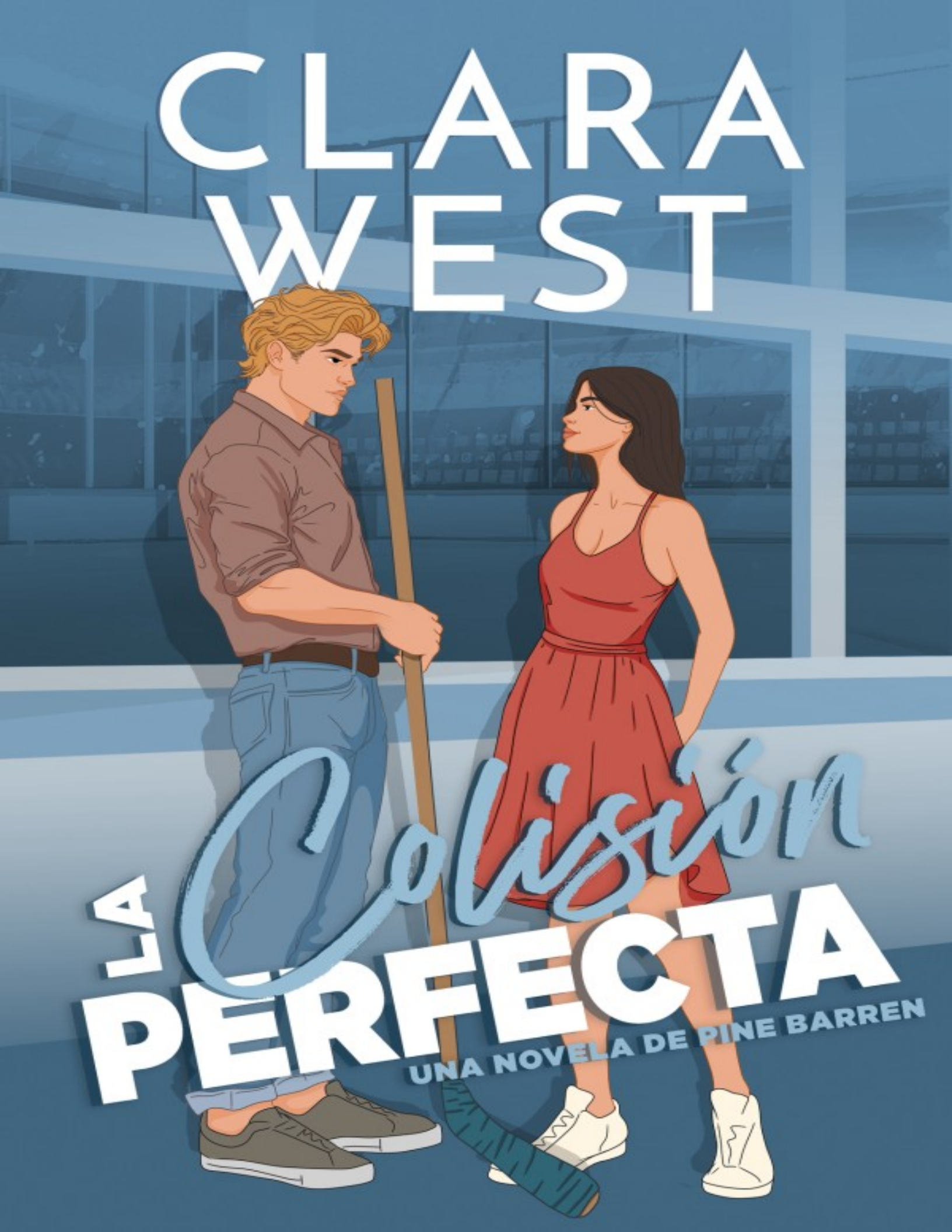
CLARA WEST
LA Colisión PERFECTA
UNA NOVELA DE PINE BARREN

la colisión perfecta

CLARA WEST

La Colisión Perfecta © 2026 Clara West

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro podrá ser reproducida, distribuida ni transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, incluidos la fotocopia, la grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la autorización previa por escrito de la autora, salvo en el caso de citas breves incorporadas en reseñas críticas y ciertos otros usos no comerciales permitidos por la legislación sobre derechos de autor. Para solicitar autorización, póngase en contacto con la autora.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, hechos o lugares es pura coincidencia.

también de clara west

La serie Pine Barren University
Más Allá de los Límites
La Práctica Hace la Perfección
Cambiando las Reglas del Juego
La Colisión Perfecta
La Apuesta Más Arriesgada
La Señal Rota

Todos estos libros tienen un final feliz garantizado y pueden leerse en orden o de forma independiente.

índice

También de Clara West
Acto 1
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Acto 2
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Acto 3
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30

Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Epílogo
Extracto de La Apuesta Más Arriesgada
Uno
Dos
Tres
También de Clara West

acto 1

uno

MAINE

—¡CHICOS, es hora de follarle el cráneo a la sobriedad!

La declaración me estalla desde dentro mientras me tambaleo sobre un taburete, con los brazos abiertos de par en par como el mismísimo Cristo, si se hubiera especializado en malas decisiones. Una veintena de jugadores de hockey me miran boquiabiertos con la reverencia que suelen reservar para las tetas, las mejores jugadas…

Y el Show de Maine.

Las pantorrillas me arden de luchar contra esta mierda tambaleante, pero el espectáculo debe continuar, y este es mi escenario: tablas combadas bautizadas en cerveza, neones desangrando luz entre el humo de los vapeadores, y dos docenas de compañeros de equipo empeñados en llegar a la cirrosis antes del entrenamiento de mañana.

—¡Degenerados! —Mi botella corta el aire—. Hemos pasado dos rondas y quedamos seis.

El rugido resultante me golpea en el pecho: pura validación cinética alimentando ese pozo sin fondo en mis entrañas que nunca deja de roer. Y absorbo cada gota, junto con la colonia distintiva del bar: grasa de freidora, Bud Light, y suficiente Axe como para tumbar a un caballo.

—¡Es hora de la tercera ronda! —Apuñalo el aire con mi botella señalando a Mike, con dramatismo de telenovela—. ¡Primero, Altman

contra su hígado!

Mike levanta su chupito y se lo baja de un trago, la garganta apenas moviéndose, hasta el fondo. Presumido. Pero por eso es mi hermano: me sigue el ritmo dentro y fuera de la pista, y todavía responde mis mensajes, lo que lo convierte en un compañero incondicional o en un demente.

Las dos cosas, probablemente.

—¡Y Rook! —Me giro hacia nuestro portero, que se inclina peligrosamente a estribor—. Que lleva más alcohol encima que el que se ha tragado.

—¡Chúpame el culo, Maine! —balbucea Rook, intentando hacer una peineta pero logrando una especie de danza interpretativa.

Cuando Rook se baja el chupito y casi lo devuelve, las risas detonan a mi alrededor. Me monto en la ola como la puta de la atención que soy, dirigiendo esta orquesta gloriosa y transformando otro jueves olvidable en la leyenda de mañana.

Estoy a punto de presentar al siguiente concursante cuando el muslo me vibra dos veces. Considero ignorarlo, pero mi hermana tiene tratamiento hoy, así que levanto una mano hacia los chicos y saco el teléfono. Veo que es un mensaje de mi madre, y se me contrae el estómago: la reacción instantánea después de los últimos cien mensajes de pesadilla.

Abro el mensaje y la foto aparece en pantalla, y ver la cara de Chloe es un golpe en los riñones. Está en una cama de hospital, una mascarilla de nebulizador convirtiéndola en la astronauta más frágil del planeta. Tiene los ojos cerrados, las cuencas amoratadas, casi negras, y parece tan delgada como una astilla.

El ruido del bar se aplana hasta convertirse en estática blanca mientras se me cierra la garganta.

Nunca me acostumbraré a ver a mi hermana pequeña así.

Leo el mensaje:

Noche dura. ¿Mandas algo gracioso?

Eso es todo. Sin detalles sobre qué provocó este ingreso. Otro jueves de emergencia en Hamilton-landia, donde yo soy el bufón de la corte mandando chistes por mensaje, porque conmigo siempre se

puede contar para levantar el ánimo y cargar con el peso… el hijo sano, a kilómetros de distancia, «viviendo su vida».

—Eh, Hamilton, ¿te está dando un ictus? —La voz de Mike atraviesa mi autodesprecio—. ¡Ya terminamos esta ronda!

Parpadeo y lo miro desde arriba. Su cara muestra que ha pasado de colega de copas a amigo preocupado, la misma expresión de cuando me encontró desplomado en el vestuario después de hacer turnos triples para pagar el alquiler el mes pasado. Está claro que me cala la función, pero no va a delatarme en público.

Las palabras se me atascan detrás de los dientes.

Mi hermana pequeña se está ahogando en sus propios pulmones.

Mis padres no preguntan por mí desde agosto.

Pizza Plus me recortó horas y estoy a un mes de dejar la universidad.

Estoy tan jodidamente agotado de tener que estar bien todo el puto rato.

Pero ninguna de esas palabras sale. En su lugar, aprieto la mandíbula hasta que me duele. Está claro que Mike está preocupado, pero Maine Hamilton no tiene dolor: es la morfina de todos los demás. Nadie pidió el especial aguafiestas para este jueguecito de beber, así que hago lo que hago: enterrarlo todo bajo aspavientos y una sonrisa enorme.

—¿Bien? —Mi volumen sube a once—. Hermano, estoy ESPECTACULAR. Me acaba de escribir una potra que quiere que la monte luego.

—¡Y una mierda! —brama Rook, más fuerte que de costumbre porque va como una cuba—. ¡Nadie está tan desesperado!

—Qué raro, la reseña de tu madre decía otra cosa. —La réplica sale antes de que el cerebro se active, pura memoria muscular.

El momento se disuelve mientras los chicos rugen.

Mike niega con la cabeza, pero sonríe.

Me giro hacia el teléfono y busco a toda velocidad el meme más idiota posible —un gatito colgando de una rama, Comic Sans «¡Aguanta!», la ofrenda de «mejórate» más vieja y trillada que existe— y luego le añado la salsa especial que le sacará una sonrisa:

Deja de fingir por atención, perdedora (¡espero que te mejores!).

Listo.

Deberes de Buen Hermano completados.

Hora de darle caña al espectáculo.

—¡ATENCIÓN! —Se me quiebra un poco la voz del esfuerzo. El taburete se tambalea y durante un segundo glorioso estoy seguro de que me voy a estampar de cara, pero la pura mala leche y los abdominales me salvan—. La piscina de niños se ha cerrado, así que es hora de la ronda de campeonato con Rook, un servidor, el Capitán, y nuestros otros tres supervivientes.

Observo a los concursantes restantes como Patton antes del Día D.

—¡Kellerman! —Apuñalo el aire con la botella hacia él, haciéndolo dar un respingo—. ¡Mirad a este crío! ¡Se cree listo para los mayores! —Sus ojos verdes son dos platos: un cóctel de pánico y confianza mal puesta—. Ben, ¿tu identificación falsa aguanta este nivel de autodestrucción?

La cabeza le da sacudidas como una bailarina hula de salpicadero.

Luego paso la atención a Schmidt, que está secando meticulosamente su cuarto derrame con su sexta servilleta.

—Schmidt, la encarnación humana de un suspiro de decepción. —Sus ojos grises podrían congelar el vodka—. Erik, admítelo, eres tan adicto a nosotros como a tu fondo fiduciario. Es hermoso, la verdad.

Me hace una peineta, y me conformo, siempre que no me demande por difamación.

Mi mirada se desliza hacia Cooper, que está sentado con postura de libro de texto, los ojos color avellana catalogándolo todo con intensidad de microscopio electrónico.

—¡Cooper! ¡Parpadea si eres un dron del gobierno investigando patrones de intoxicación humana para nuestros amos de la inteligencia artificial!

Cooper espera, y lo hace: un parpadeo deliberado. Y es tan perfecto que me arranca una carcajada genuina.

—¡Hostia, está aprendiendo! —Sonrío de lado—. ¡Para la graduación igual hasta le cargamos «diversión.exe»!

Los chicos —los que siguen en el concurso y los que fueron lo bastante listos para retirarse en rondas anteriores— rugen todos. Y en este momento me siento en la cima del mundo después de unas vacaciones de semestre que han estado demasiado llenas de trabajo y demasiado vacías de dinero.

—¡Enfrentamiento final! —Atropello las palabras—. ¡Ronda de velocidad, caballeros! Jarras de Bud para todos, el más rápido gana, y el hijo de puta más lento paga las jarras y compra ocho pizzas para que el equipo absorba todo este caos.

—¿Ocho pizzas? —A Kellerman se le quiebra la voz como si estuviera pasando por la pubertad otra vez.

—¡Con ingredientes de primera, Benjamin!

Mientras Kellerman, reconocido tacaño, se queja de lo que está en juego, salto la barra. O lo intento. Mi rodilla golpea el borde y tropiezo, recuperándome y rodando con ello como si mi intención fuera hacer parkour hacia la gloria. El camarero acaba de preparar las jarras, seguramente esperando que bebamos hasta quedarnos callados.

Mientras distribuyo las jarras con estilo de presentador de concurso, Mike se coloca a mi lado, toda confianza relajada, mientras Rook se tambalea hasta su posición, ya inclinado cuarenta y cinco grados respecto a la vertical y el tío por el que apostaría como el perdedor definitivo.

Y cuando los demás se unen, lo arranco.

—¡Reglas estándar! Del primer trago a la última gota, ¡y demostrad vuestro compromiso con la insuficiencia hepática! ¿LISTOS?

Cruzo la mirada con Mike. Me dedica una sonrisita de lado.

—¡PREPARADOS!

El bar se queda en silencio de iglesia. Alguien apaga la música. Perfecto.

—¡BEBED!

La cerveza fría me inunda la garganta. La carbonatación contraataca de inmediato, intentando escapar por la nariz, por los ojos y posiblemente por el alma. Pero me lanzo de cabeza, abriendo

la garganta como si intentara desencajar la mandíbula, metiéndole caña porque literalmente no me puedo permitir perder.

Y porque tengo una reputación que mantener.

De reojo, veo a Mike igualándome trago a trago, suave como una máquina. Rook ya se está atragantando, y estoy seguro de que no aguantará. Kellerman está emitiendo los sonidos que usan las ballenas para comunicar angustia. Schmidt bebe como si siguiera un tutorial de YouTube.

Se me llenan los ojos de lágrimas. El estómago me grita. Pero ir más despacio significa perder reputación y dinero, y no me puedo permitir ninguno de los dos. Así que bebo más fuerte, la cerveza escapándome por la barbilla y empapándome la camiseta. Con tres cuartos bebidos, Mike sigue pegado, y Cooper avanza como un puto Terminator, pero creo que tengo cubiertos a los demás.

—¡HECHO!

Estampo la jarra vacía en la barra, la victoria rugiéndome por dentro. Mike termina medio segundo después, luego Cooper. Schmidt deja la suya con precisión de laboratorio. Kellerman sigue luchando por la mitad, con cara de estar bebiendo puro meado.

¿Y Rook?

Está en el suelo, pero su jarra está vacía.

—¡CINCO MINUTOS Y DIECIOCHO SEGUNDOS! —grita alguien—. ¡A DOS SEGUNDOS DEL RÉCORD DEL BAR!

—¡Y Kellerman! —Señalo a nuestro estudiante de segundo, aún luchando—. ¡Actualmente entrando en el minuto siete de su viaje espiritual!

Me hace una peineta sin dejar de concentrarse. Buen chico.

—¡La pizza la paga el Bebé Ben! —Abro los brazos de par en par, casi llevándome a una camarera que pasa—. ¡Ocho familiares, chicos! ¡Hacedlo sufrir!

El equipo estalla. El dinero cambia de manos por apuestas secundarias. Alguien ya está enumerando combinaciones de ingredientes, y hay una discusión sobre si los palitos de pan estaban incluidos en la apuesta. Mike me da una palmada en el hombro —ese peso específico que dice *buen espectáculo* y *¿estás bien?* con el mismo gesto— y yo simplemente le respondo con un asentimiento.

—Que te jodan mucho a tu puta madre —jadea Kellerman, terminando por fin, con cara de que le hubieran hecho un submarino.

—¡Ese es el espíritu! —Lo atrapo en un híbrido de llave de cabeza y abrazo—. ¡Sigue practicando y algún día serás un niño de verdad!

—Sigue practicando y estaré muerto —grazna.

El teléfono me vibra contra la pierna. Sé sin mirar que es o mi madre con una actualización o mi jefe recortándome el turno del fin de semana. De todas formas, la noche es joven y estos idiotas aún necesitan a su maestro de ceremonias, así que decido ignorar el teléfono por ahora y darme un momento de respiro.

—¡Vuelta de honor! —bramo—. ¡Chupitos para los vencidos y agua para los ganadores: somos deportistas, no salvajes!

Se lanzan hacia delante como si estuviera repartiendo vino de comunión. Y solo por ahora, solo por esta noche, sus risas son casi lo bastante fuertes.

Casi.

❄

Cuarenta y siete dólares a mi nombre, y mi hermana respirando con silbidos otra noche más.

Jodidamente espectacular.

En cuanto la puerta de mi departamento se cierra a mi espalda, es como si alguien me cortara los hilos. Toda esa bravuconería de primera categoría que he estado tragando en O'Neil's se evapora más rápido que el dinero en un club de striptease, dejándome apoyado contra la pared, calculando exactamente lo jodido que estoy.

Sin compañero de piso para repartir las facturas.

Sin muebles que merezca la pena vender para adelantarme al extracto de la tarjeta de crédito.

Ahí está el sofá de Craigslist —cuarenta pavos y riesgo de tétanos— que todavía apesta a las decisiones vitales de su dueño anterior. La mesa de centro que cojea donde la cinta americana se

rindió la semana pasada. La tele que solo funciona si le das el golpe justo. Y, como si hubiera esperado su turno, la nevera contribuye con un estertor agónico.

Joder, deja de ser tan nena.

El pensamiento llega con la voz de mi padre, aunque nunca lo ha dicho realmente. Nunca hizo falta, porque la familia Hamilton asignó los papeles al nacer: a Chloe le tocó «la niña enferma que lo necesita todo», y a mí me tocó «el hijo sano que debería callarse y agradecer».

Veintidós años de función, y sigo bordando mi papel.

Con un suspiro largo, me despego de la puerta y me tambaleo hacia la cocina, las piernas temblando y la mente repasando las cuentas. A tres pavos la cerveza en O'Neil's, esta noche literalmente me he bebido la cena. Y el desayuno de mañana. Joder, a este ritmo, me he bebido el… eh… del mes que viene…

Mierda.

Cuando tu cerebro no puede ni terminar el chiste sobre el alquiler, estás arruinado de verdad.

Bueno, siempre quedan los batidos de proteínas. El programa de hockey los da gratis, y todavía no he encontrado un límite. Porque nada grita más «viviendo el sueño» que polvo mezclado con agua. Lo que sí me hace preguntarme cuándo fue la última vez que comí comida de verdad.

Debería pedir algo, pero eso implicaría calcular si puedo encajar el alquiler y la compra en mis recursos en rápida retirada. Ayer entró una nómina de Pizza Plus, pero también le mandé cincuenta pavos a mi madre para echarle un cable, así que quién sabe cómo están las cosas después de la noche en O'Neil's.

Míralo mañana, me tienta mi mente.

Pero la cara de Chloe sigue cruzándome el cerebro. Pálida, agotada, la mascarilla haciendo que parezca que se ahoga en oxígeno mientras su hermano mayor se ahoga en cerveza y autocompasión y deudas. La culpa llega de golpe, brutal, completamente merecida.

Mira el puto teléfono, cobarde.

Lo saco. Abro la aplicación. El número aparece: 47,23 $.

Me quedo mirándolo, esperando un milagro. Que los dígitos se reorganicen en algo menos patético. Pero a las matemáticas les importan una mierda mis sentimientos. Eso es todo. Eso es lo que vale Maine Hamilton —de último año, prospecto de ala izquierda de la NHL, tres veces campeón de karaoke en O'Neil's.

—Joder —murmuro.

La realidad golpea, atravesando la borrachera como napalm. Tengo ochocientos de alquiler que vencen en una semana. Desde que mi compañero de piso se fue el semestre pasado, he estado intentando desesperadamente encontrar a otro, pero todos los que he probado o están locos, o están tan pelados como yo, o tienen pinta de asesinarme mientras duermo.

Los ahorros, una tarjeta de crédito y turnos extra me trajeron hasta aquí.

¿Pero ahora?

Lo mismo debo ocho millones.

Recibo dinero de la beca y me he dejado la piel en Pizza Plus, pero no es suficiente. Joder, cualquier posibilidad que tenía de pagar el alquiler se esfumó con una llamada de mi madre hace una semana, justo una semana después de volver a Pine Barren tras las vacaciones del semestre.

«Cariño, odio pedirte esto…», había dicho, en ese tono particular que significa que ha estado llorando otra vez. «El nuevo inhalador de Chloe… el seguro está poniendo pegas…»

Transferí el dinero antes de que terminara de explicar. Me preguntó si era un problema, y le dije que lo gané apostando por los Rangers. Se lo creyó porque lo necesitaba, porque el espectáculo debe continuar, y todos nos sabemos los papeles asignados de memoria.

El teléfono me vibra contra la encimera. Es un mensaje de mi casero:

El alquiler se paga el lunes. El mes pasado te retrasaste. Cualquier demora, y tendremos que hablar de otras opciones.

Otras opciones. Eso es jerga de casero para «recoge tu mierda y que no te dé la puerta en ese culo arruinado al salir», envuelto en cortesía. Pero no puedo enfadarme con él, porque Gene se ha

portado bien. Ignoró el agujero que Rook hizo en la pared, me mantuvo el alquiler razonable cuando todos los demás subieron el suyo, y aguantó un pago atrasado.

Y así es como se lo pago.

El pánico llega por platos. Primero: el pecho apretándose como si alguien se me sentara en los pulmones. Segundo: el sabor a cobre inundándome la boca, el pulso martilleándome en los dientes como si intentaran escapar del cráneo. Tercero: los sudores, fríos y pegajosos, la forma que tiene mi cuerpo de decir: «Eh, gilipollas, ¿recuerdas las consecuencias?».

No puedo quedarme sin casa. El pensamiento se cristaliza con claridad de alta definición. *Los chicos verían al mago detrás de la cortina.*

Tampoco puedo volver a casa de mis padres. Eso me dejaría demasiado lejos de Pine Barren para seguir con el hockey, y no puedo permitirme cambiar de universidad y perder la beca. Además, mis padres no necesitan que el aviso de desahucio de su hijo sano se sume a su colección de malas noticias.

Se acabó el tiempo, gilipollas. Mi mente está de un humor alegre esta noche. *Tienes una opción: turnos extra y un compañero de piso, y necesitas dejar de ser tan jodidamente exigente.*

Mañana.

Lo resolveré mañana.

Me guardo el teléfono y arrastro los pies hasta mi habitación, pasando por el baño que estaré compartiendo con algún desconocido que se preguntará por qué canto a las cuatro de la mañana y me alimento de batidos de proteínas para cada comida. Paso por delante de la foto escolar de Chloe —la que sale sonriendo alrededor de su tubo de respiración, consiguiendo parecer más feliz que yo.

Mañana.

Y con él vendrá la resurrección de Maine Hamilton. El alma de la fiesta, el tío que lo tiene todo resuelto y no necesita nada de nadie, y que definitivamente no está midiendo su vida en horas hasta quedarse en la calle. La máscara siempre vuelve a su sitio, así que tendré que encontrar la manera.

Pero esta noche, solo en este cuchitril que estoy a punto de perder, con cuarenta y siete dólares entre el desastre y yo, me permito sentir todo el peso de lo completa, absoluta y espectacularmente jodido que estoy. Y entonces, otra vibración de teléfono después, la aplicación me informa amablemente de que la comisión mensual de un dólar del banco ha sido descontada.

Cuarenta y seis dólares ahora.

Porque hasta mi pobreza tiene precio de entrada.

dos

MAYA

ALGUIEN ESTÁ VOMITANDO sobre la cartera de inversiones de mi madre.

El sonido se cuela por encima de Cardi B a todo volumen, esa sinfonía específica de arcada-chapoteo-jadeo que significa que alguien acaba de bautizar el baño que paga mi madre. Y probablemente usarán las toallas que ella también paga para limpiarse la boca, que sin duda habrá que reemplazar.

Catalogo ambos problemas con el mismo desapego clínico que uso para las valoraciones de pacientes. Para el vomitador: emesis productiva, aproximadamente 500 ml, probable toxicidad etílica. Para mi madre: alerta de AmEx, inicio diferido, y probablemente requerirá Xanax con receta.

Perfecto.

Me giro hacia la fiesta, que está en pleno auge, contenta de haberle deslizado cien dólares al conserje del edificio para mantener a los vecinos y a la policía lejos de mi culo hasta las tres de la madrugada. Tres años de práctica me han enseñado exactamente dónde está el límite, y yo bailo sobre él en Louboutins.

—¡Maya! ¡Esta fiesta es legendaria! —Kelsey, de la rotación clínica, grita por encima de la música—. ¿Cómo haces siempre para...?

—Talento natural —miento, levantando mi vaso rojo en un saludo burlón—. Dylan, del equipo de fútbol americano, estaba preguntando por ti.

Me sonríe radiante, emite una especie de sonido feliz y se va a buscarlo. Lo que no sabe es que hace cinco minutos le dije a Dylan que ella estaba preguntando por él: la titiritera manipulando los hilos para juntar a dos personas geniales.

Continúo mi ronda, dando sorbos a mi bebida, achispada pero no lo bastante borracha como para poner en riesgo mi control de este hermoso desastre. Alguien tiene que mantenerse lo suficientemente lúcida para garantizar el máximo caos del que mis amigos hablarán durante meses.

Cuando vuelvo a la sala, descubro que los cuerpos están generando su propio sistema climático. La temperatura ha pasado de «incómoda» a «experiencia auténtica de discoteca», incluyendo esa niebla particular de sudor, perfume de diseñador y tensión sexual que convierte la seda en una segunda piel.

Y no son solo mis invitados los que lo sienten.

Mi vestido se me pega en los lugares menos indicados, y Tyler —o posiblemente Taylor— del laboratorio de anatomía parece apreciar las vistas mientras intenta abrirse paso hacia mí entre la multitud. Sus manos pegajosas de cerveza buscan mi cintura y solo encuentran aire y actitud.

—¡Maya, ven a bailar! —farfulla.

—¿Luego? —Me alejo girando con una sonrisa que promete todo y no cumple nada.

En la cocina, encuentro a los futuros profesionales de la salud realizando un estudio improvisado sobre tasas de absorción de etanol. Jessica —la primera de nuestra promoción, y también irritantemente guapa— está dejando que un estudiante de ingeniería le haga un body shot, todo en nombre de la ciencia.

—Te saltaste la clavícula —observo, ajustando la colocación de la sal sobre Jessica—. La escotadura suprasternal ofrece mejor soporte estructural para el líquido.

Observo mientras el de ingeniería completa su tarea —sal, tequila, limón— y cuando Jessica lo rodea con los brazos y lo besa,

saboreando el tequila y el limón y la sal que hace un momento estaban sobre su cuerpo, el afortunado parece haber descubierto a Dios.

Me río, contemplando la encimera de mármol, que ahora parece un cuadro de Jackson Pollock. Por desgracia, mi madre no verá ese daño hasta que venga de visita. O sea, hacia 2037, pero mientras tanto tendré que conformarme con imaginarla leyendo el extracto de su tarjeta de crédito.

Vintners & Vines: 847,23 dólares. Pausa. Tic sutil en el ojo.

Campus Liquor Mart: 623,50 dólares. Pausa más larga. Tensión muscular en el masetero.

Jim's DJ Equipment Rental: 450 dólares. Punto final. Hora de llamar al médico.

—¡...necesitamos más hielo! —Sophie se materializa a mi lado durante un raro momento de calma.

Me giro y le sonrío, pero luego mi sonrisa se convierte en ceño fruncido, porque está sujetando lo que reconozco como su bebida emblemática de «sí estoy bebiendo»: refresco con una dosis homeopática de vodka. Me hace sentir que todos los años que he pasado empujándola hacia el caos y el desenfreno fueron en vano.

Y culpo a Mike.

Lo que empezó como un polvo de una noche con un dios del hockey buenísimo se convirtió en una relación que ya lleva cinco meses y va para largo, y que no solo la ha vuelto más hogareña —si es que eso era posible— sino que también la ha hecho asquerosamente feliz. Y, aunque me alegro por lo segundo, lo primero es un bajón.

—¿Te diviertes? —le pregunto, envolviéndola en un abrazo que espero le transfiera algo de mi energía caótica.

Como siempre, pone esa cara donde la preocupación y la admiración se pelean por el control.

—¿Cómo estás pagando todo esto? Acabo de ver el recibo de...

—Financiación creativa. —Me encojo de hombros y le pongo una bebida nueva en las manos para cortar el interrogatorio—. ¿Dónde está Mike? ¿Siendo responsable?

Su cara se transforma al oír su nombre —esa luminiscencia particular de las mujeres que han encontrado a su persona, la que ve más allá de su fachada y elige quedarse de todos modos— y adoro cada cambio microscópico en sus rasgos, porque si hay una mujer en Pine Barren que merece ser feliz, es ella.

—Cosas del equipo. —Sonríe—. Dijo que te mandara saludos, y que quizá se pase más tarde si puede...

Un movimiento en mi visión periférica me distrae de Sophie: una pareja tambaleándose hacia mi dormitorio con intención inconfundible.

—¡Ni de broma! —Los intercepto con la eficiencia de alguien que ha bloqueado esta jugada concreta una docena de veces esta noche —. ¡No, no, no, no!

El chico empieza a protestar.

—Vamos, solo...

—Déjenme explicarles algo. —Mi sonrisa podría grabar cristal—. Detrás de la puerta de mi dormitorio hay lava, en lo que a ustedes respecta. En lo que a mí respecta, hay una funda nórdica de Frette que costó más que su matrícula. Y si le ponen encima cualquier fluido corporal, voy a hacer que los años que les quedan en Pine Barren sean socialmente radiactivos. ¿Queda claro?

Se retiran hacia el balcón.

—Eres terrorífica —observa Sophie.

—Es un don —digo, y entonces noto que me está mirando de cierta manera—. ¿Qué?

—Nada. Es que... pareces... extra esta noche.

Extra.

Como si fuera un pedido de café.

Como si toda mi existencia pudiera reducirse a un adjetivo.

Soy extra porque lo normal no bastaba para captar su atención. Porque ser la primera de la clase en Chesterson Prep significaba que simplemente cumplía con las expectativas. Porque elegir enfermería en lugar de derecho se consideró un defecto de carácter en vez de carácter de verdad. Porque, según mi padre, no estoy perpetuando la tradición Hayes como mis hermanos, como si el estreñimiento emocional fuera un rasgo hereditario deseable.

—¿Maya? —La mano de Sophie en mi brazo me quema a través de la seda de diseñador—. ¿Todo bien?

—Dijiste que necesitamos más hielo. —Me aparto con otra risa perfectamente calibrada—. El Grey Goose no puede estar tibio.

Escapo antes de que pueda insistir, navegando por mi departamento como una general inspeccionando una carnicería exitosa. La pantalla plana que compré con la tarjeta de «solo para gastos de emergencia» de papi muestra videos musicales que harían que mi madre se agarrara las perlas.

Dos jugadores de fútbol americano se encaran junto a mi equipo de sonido, todo testosterona y nada de sentido común. Uno exige más hip-hop, el otro insiste con house. Una chica de primero revolotea entre ellos con esa clase de desesperación que me produce simpatía y asco a partes iguales.

—Caballeros. —Me deslizo entre sus moles, sabiendo que los dos van a ceder—. Están equivocados los dos. Lo que esta fiesta necesita son clásicos.

Pongo Talk y veo cómo doscientos veinteañeros borrachos se transforman en coquetos adolescentes de diecisiete. Los de fútbol americano dejan de pavonearse y empiezan a restregarse lentamente. La chica de primero me mira como si le hubiera leído la mente, deseando poder leer la mía.

—¿Cómo haces eso? —pregunta.

Sonrío.

—Práctica.

No menciono los años estudiando dinámicas de grupo como si fuera una habilidad de supervivencia. Cómo leer el ambiente se volvió necesario cuando expresar emociones reales se consideraba de mal gusto. Cómo las cenas familiares eran una pelea a cuchillo. Cómo aprendí a ser quien la gente necesitaba que fuera porque ser yo misma nunca fue del todo suficiente.

Alguien tiene que hacerlo.

Las palabras de mi padre, pronunciadas con precisión quirúrgica cuando anuncié mi carrera de enfermería, demostrando de una vez por todas que yo no era suficiente. Ni un «estoy orgulloso de ti» ni un «sigue tus sueños», solo el reconocimiento de que alguien, en

algún lugar, tiene que encargarse de las realidades sucias de la existencia humana.

Solo que, preferiblemente, no su hija.

Con el cambio de canción, los cuerpos se mueven con esa clase de alegría desinhibida que yo solo puedo imitar. Incluso aquí, organizando la fiesta de la que todos hablarán mañana, estoy actuando. Soy la arquitecta social, la coordinadora del caos, la chica que hace todo más divertido con solo aparecer.

Es agotador ser la diversión de todo el mundo.

Pero es mejor que no ser absolutamente nadie.

La fiesta sigue girando, alimentada por rencor y licor de primera. Mañana me pondré el uniforme sanitario y seré competente y profesional y todo lo que aprobarían si consideraran la enfermería digna de aprobación. Mañana lidiaré con mierda literal con más gracia de la que ellos lidian con la honestidad emocional.

Pero ahora, levanto mi vodka con arándano —medido con precisión— en tributo a la cristalería de lujo que acaba de morir por mis pecados.

—Por las malas decisiones —brindo al vacío.

—Y las tarjetas de crédito que las hacen posibles —añade Sophie, apareciendo con su habilidad característica de estar presente en mis peores momentos.

Enlaza su brazo con el mío, y por un solo segundo, se me cae la fachada.

Y, por un solo segundo, soy solo Maya.

La reina de su propio hermoso desastre.

❄

No me acuerdo de su nombre.

El pensamiento detona en mi resaca, arrancándome del vacío misericordioso hacia un mundo que huele a arrepentimiento. Mi boca es un cementerio donde el tequila fue a morir —metálico y raro— y ya sé que la luz de la mañana está lista para practicarme cirugía láser en las retinas en cuanto abra los ojos.

Abro un ojo a la fuerza, arrepintiéndome al instante de cada decisión vital que me trajo a este momento mientras la habitación hace piruetas. Mi dormitorio parece CSI: Malas Decisiones —ropa esparcida como marcadores de evidencia, una botella de vino vacía montando guardia en mi mesita de noche como un padre decepcionado, y eso es...

Sí, eso es sin duda el sostén de alguien haciendo de helicóptero en mi ventilador de techo.

No es mío, lo que significa que alguien se fue a casa con las tetas jugando al Marco Polo.

Mientras la sección de percusión en mi cráneo marca el compás de mi pulso, me incorporo a la vertical con el estómago protestando. El espejo de cuerpo entero frente a mi cama refleja una obra maestra de malas decisiones: rímel corrido bajo los ojos, pelo que podría solicitar ayuda federal por desastre natural, y...

—¿Pero qué mierda? —digo.

Hay un chupetón floreciendo en mi clavícula como un trofeo de participación.

—¿Pero quién mierda?

Él. Cierto.

¿Tyler? ¿Taylor? ¿Tanner?

Empezaba con T, seguro. O quizá con D.

El departamento más allá de la puerta de mi dormitorio mantiene un silencio inquietante, y solo espero que todos hayan llegado bien a sus casas, porque lo único peor que esta resaca sería esta resaca con compañía. Salgo arrastrando los pies a la sala y me quedo tan tiesa que podría hacer de cadáver en la facultad de medicina.

Guau.

Parece que varias fraternidades tuvieron una orgía, se quedaron embarazadas y parieron este desastre en mi sala. Hay vasos rojos por todas partes, la mesa de centro tiene una capa de... algo reseco, y cuando avanzo para contemplar el panorama, mi pie descalzo descubre algo húmedo y viscoso.

Después llega el olor —un bouquet complejo de cerveza rancia, vapeo y colonia barata. Además, alguien claramente le ofreció un sacrificio al dios de porcelana en algún lugar, porque lo huelo

acechando bajo todo lo demás como un depredador esperando a abalanzarse cuando mi reflejo nauseoso menos se lo espere.

Esta es tu rebelión, me recuerdo, sacando una bolsa de basura de debajo del fregadero. *Tu enorme dedo medio a los brunch de champán de Chestnut Hills.*

Empiezo a limpiar —recogiendo vasos, limpiando superficies, abriendo ventanas— satisfecha sabiendo que a mis padres les daría un paro si presenciaran esto, que era en parte el objetivo. Mis esfuerzos por maximizar el rendimiento negativo que represento en su cartera de inversiones parental rindieron dividendos.

Cuando lo peor de la basura está embolsado, decido que mi cabeza está lo bastante despejada para bajar el sostén del ventilador. Arrastro una silla de la cocina a mi cuarto y me subo, la habitación bailando el chachachá mientras me tambaleo, y estoy a punto de liberar el sostén cuando mi teléfono empieza a gritarme.

La pantalla se ilumina como un temporizador de bomba: PADRE.

Se me hiela la sangre en las venas. Casi nunca llama, pero los fines de semana jamás llama. Los fines de semana son para el golf en el club donde las membresías cuestan más que la facultad de medicina y para galas benéficas donde discuten cómo ayudar a «los menos afortunados» sin tener que verlos de verdad. A menos que...

Lo sabe.

Quizá podría simplemente... no contestar. Podría decir que estaba en la biblioteca... en coma... descomponiéndome en un contenedor de basura. Dudo que le importara de todas formas. Pero ignorar al Dr. Robert Hayes solo acumula intereses sobre tu sufrimiento, la decepción creciendo como una masa informe hasta que no cabe por la puerta.

Así que, con un suspiro, bajo de la silla y contesto.

Y habla antes de que pueda decir una palabra.

—Tengo el extracto de tu tarjeta de crédito abierto en mi pantalla, Maya.

Ningún saludo —ningún «cómo está mi hija» ni nada parecido—, directo a la acusación. Me lo imagino en su estudio, el extracto desplegado en su monitor como evidencia condenatoria en un juicio

por asesinato, como si el dinero fuera a suponer la más mínima diferencia en su vida.

—Bien, yo...

Me corta, leyendo cada cargo como si estuviera presentando los síntomas de un diagnóstico terminal. Cada palabra aterriza como una incisión de bisturí —precisa, estéril, diseñada para causar el máximo daño con el mínimo trauma visible— así que lo dejo seguir, poniendo los ojos en blanco con cada partida y sonriendo con sorna ante más de unas cuantas.

—¿Así es como decides desangrar mi dinero? —El asco en su voz podría esterilizar instrumental quirúrgico—. ¿En excesos bacanales?

Bacanales.

Pongo los ojos tan en blanco que me veo el cerebro. Típico de él soltar referencias a la antigua Roma. Como si organizar una fiesta para estudiantes de enfermería ahogados en préstamos estudiantiles y angustia existencial equivaliera a dirigir un fumadero de opio victoriano cruzado con un burdel de muy mala muerte.

—Papá, solo fue...

—Una vergüenza. —Bisecciona mi explicación con precisión quirúrgica, la técnica que ha perfeccionado durante veintitrés años de no dejar jamás a su hija terminar una puta frase—. Veintitrés años y todavía comportándote como una estudiante de primero.

—En mi defensa...

—Tus hermanos están montando sus consultas, estableciéndose como miembros productivos de la sociedad, ocupando su lugar en los círculos correctos con la gente adecuada, y tú... ¿qué? —Suspira —. ¿Organizando fiestas de barril como una presidenta de hermandad de alguna universidad pública? ¿Estudiando enfermería?

De repente, todos los que-te-jodan que he ensayado en la ducha durante los últimos años, mientras me restregaba sangre y fluidos corporales de turnos de doce horas del pelo, se evaporan. Tengo quince años otra vez, de pie en su despacho mientras él cataloga mis fracasos por orden alfabético.

—Mantengo un promedio de 3,9.

—El rendimiento académico nunca fue tu deficiencia, Maya. El carácter y la toma de decisiones son los problemas. —Hay una larga

pausa—. Y tu madre y yo hemos decidido que seguir posibilitando este estilo de vida con la esperanza de que algún día madures ya no es sostenible.

La bomba da justo en el blanco.

Respira.

Habla como si me estuviera inyectando cocaína y vodka en vena. Como si fuera un delito desahogarse después de sostenerle la mano a alguien mientras se le para el corazón, después de limpiar cada fluido que el cuerpo humano puede producir, o después de ver cómo le da un paro a un niño de seis años porque la vida es así de jodidamente graciosa.

—Tu tarjeta de crédito ha sido cancelada, con efecto inmediato.

Las rodillas se me doblan y me agarro a la encimera con los nudillos blancos para no caerme.

No. Mierda, no. Mierda, mierda, mierdísima mierda...

—Además —su voz se endurece—, no vamos a renovar tu contrato de alquiler. Tienes treinta días para conseguir alojamiento alternativo.

La línea se corta.

Me quedo ahí de pie, el teléfono todavía pegado a la oreja, escuchando el sonido de mi respiración haciendo una imitación pasable de un respirador agonizante. A mi alrededor, el departamento —mi departamento por treinta amaneceres más— de repente me hace sentir como una intrusa en mi propia existencia.

Treinta días.

El número da vueltas en mi cerebro. Treinta días para encontrar techo sin dinero y sin trabajo. Treinta días para descifrar cómo los civiles sin fondo fiduciario navegan por el capitalismo. Treinta días para aprender habilidades como «pagar la compra» y «no morir a la intemperie».

Treinta días antes de quedarme...

Sin hogar.

Maya Hayes, hija de la dinastía médica de Boston, dueña de más La Perla que una boutique, está a punto de quedarse catastrófica, innegable, durmiendo-en-una-caja-de-cartón sin techo. Mis piernas

presentan su renuncia ante la idea, y me deslizo por el mueble de cocina hasta que mi culo da con la alfombra.

Anoche era invencible. Decidida a cabrear a mis padres y orquestar caos hedonista para mis amigos. La que podía ayudarlos a escapar de su realidad de ramen para cenar y su terror por las residencias, aunque fuera por una sola noche. Y cumplí la misión.

Pero, esta mañana, soy solo otra estudiante de posgrado sin un centavo y con un chupetón.

tres

MAINE

CUARENTA Y SIETE HORAS. Esas son las horas que trabajo en esta cloaca para pagar el alquiler.

El cálculo me rebota en la cabeza mientras hundo los brazos hasta los codos en el fregadero, excavando colillas y lo que en otra vida podrían haber sido rodajas de lima para que no tapen el desagüe. Algo sólido me roza los nudillos, definitivamente orgánico, posiblemente con vida propia, y absolutamente no quiero saberlo.

El hedor me asalta —lúpulo fermentado reproduciéndose con la sopa primordial que prospera en los desagües de los bares después de medianoche— y mi estómago, alimentado por media PowerBar y puro despecho, se contrae como si tuviera el penalti de la prórroga para ganar la Stanley Cup.

Que alguien avise a SportsCenter: la glamurosa noche de martes de Maine Hamilton.

El reloj me fulmina con la mirada: 2:17 de la madrugada, y el plan del día se extiende ante mí. Una hora más aquí, luego cinco horas de inconsciencia (con suerte), después entrenamiento matutino intentando no vomitar, tres clases intentando no quedarme dormido mientras los profesores sueltan el rollo sobre gestión de crisis, y luego Pizza Plus para el turno de cenas.

A este ritmo, la Parca tiene más probabilidades de llegar a las vacaciones de primavera.

—¡Eh, Ivy League! —Los dedos de Derek chasquean como petardos—. ¿Esos vasos van a lavarse solos mientras te pones filosófico?

Las palabras se ordenan solas —Que te den, Derek— pero me las trago junto con lo que queda de mi orgullo. Porque, ahora mismo, no me puedo permitir principios. No me puedo permitir nada salvo esta álgebra constante de humillación acumulada contra dinero del alquiler.

—Viviendo el sueño —murmuro, dándome por vencido con el fregadero de momento y cargando otra bandeja de vasos de pinta.

El lavavajillas industrial eructa vapor como un dragón con indigestión. Los ojos me lloran donde el calor y el agotamiento se encuentran a medio camino. Mi camiseta de PBU Hockey —la que llevo como una armadura para recordarme que soy alguien— se me pega al pecho empapada de sudor.

Ocho cincuenta la hora. Sin propinas para la mano de obra mientras Derek se embolsa todo.

Un estruendo retumba desde la sala principal. A través de la ventanilla de servicio, veo a un imbécil con camiseta de los Patriots de pie sobre una constelación de vidrio roto. Por supuesto que es fan de los Patriots, porque el universo tiene un guion y este tío lo está bordando.

—¡Ivy League! —ladra Derek—. ¡Limpia eso!

Agarro el cubo de la fregona y salgo. —Ahora mismo lo recojo —digo.

Cuarenta y siete horas al mes comiendo mierda con una sonrisa. Cuatrocientos dólares del bar. Más o menos lo mismo de las pizzas y de la beca. Y puede que me llegue para el alquiler, los suministros y alimentarme a base de ramen instantáneo.

Mientras friego, florecen tres desastres más. Una despedida de soltero metiéndose chupitos como si fueran refrescos. Una pareja junto a las mesas de billar manteniendo una pelea susurrada que es básicamente entretenimiento gratuito para el bar. Y, desde el baño de mujeres, llega esa sinfonía especial del alcohol encontrándose con la porcelana.

Me retiro a mi fortaleza de agua sucia, con las manos en carne viva por el desengrasante industrial. Las grietas entre mis dedos dejan escapar hilos rosados entre la espuma. Y, cuando termino con eso y paso a la basura, la bolsa pesa lo suficiente como para poner a prueba mi forma física de jugador de hockey mientras la arrastro al contenedor.

Donde detona como una granada de basura cuando intento meterla dentro.

El contenido se desparrama por todas partes —guarniciones viejas, colillas, misterios que Sanidad no necesita conocer— y un líquido frío y viscoso me empapa los vaqueros y me cala los zapatos... los que tienen que durarme hasta primavera porque unos nuevos no van a caer.

—Joder, la puta... —Mi voz rebota contra las paredes del callejón. Un gato tuerto se materializa de detrás del contenedor, bufando—. Perdona, Cíclope. No quería interrumpir tu cena con estrella Michelin. Deja sitio para el postre, que creo que por aquí hay medio palito de mozzarella.

El gato parpadea con su único ojo, nada impresionado con mi intento de conversación.

Con un suspiro, vuelvo adentro, donde Derek me hace un gesto. —Hay que cambiar los barriles del sótano. El de Bud Light se ha acabado.

—Eso es trabajo de dos personas —señalo, sabiendo que es inútil —. Ya sabes, lesiones de columna, baja laboral...

Resopla. —Tú juegas a hockey. Todos esos músculos tienen que servir para algo aparte de ocupar espacio.

—Lo que tú digas, jefe —digo, con toda la alegría que puedo reunir, porque necesito la paga—. Usaré mi columna lista para la NHL como carretilla elevadora.

Si detecta el sarcasmo, no reacciona, y bajo a por el barril. La espalda baja me grita mientras lo muevo —no el ardor bueno del peso muerto, sino el dolor agudo de veinte horas sin dormir— y cada músculo amenaza con amotinarse. Aun así, arrastro el barril escaleras arriba a base de puro despecho.

—Has tardado lo tuyo —murmura Derek cuando reaparezco.

Ocho cincuenta la hora por hacer el casting para una hernia discal.

Con Derek ahora conectando el barril —menudo tío— ataco la siguiente bandeja de vasos con una violencia normalmente reservada para los defensas rivales. Pero un vaso se astilla, agrietándose en mi mano como una telaraña, y la sangre se extiende por la espuma del jabón, rojo oscuro mezclándose con espuma gris.

—¡Te lo descuento de la paga! —grita Derek por encima de la música.

¿De la que ya está gastada en tres dimensiones distintas?

Me envuelvo el corte con una servilleta del bar —primeros auxilios de primera categoría— y me sumerjo de nuevo en un agua sucia que escuece como una traición personal. Unas chicas pasan tambaleándose hacia el baño en fila de conga borracha, la del medio llorando por alguien llamado Brad, y la de la izquierda lleva una camiseta de PBU Hockey.

Mi número, estirado sobre su espalda.

No registra mi existencia.

¿Por qué iba a hacerlo?

Soy mobiliario que se mueve.

No el tío cuyo nombre probablemente gritó cuando la metí por entre las piernas del portero de Vermont, y cuyo nombre probablemente gritaría en la cama si le invitase a unas copas en un bar mucho mejor que este. Si pudiera permitirme invitar a copas. Así que, en vez de eso, estoy limpiando su pintalabios de un vaso.

Bienvenido al fondo. Población: yo.

❄

El frío no existe al amanecer; solo grados de puta miseria.

El aire de la pista me atraviesa el equipamiento como un cuchillo, y cada respiración se cristaliza en esquirlas de hielo en mis pulmones. La garganta me arde con sabor a cobre, y los fluorescentes taladran unos ojos que se cerraron hace quizá cuatro

horas y se abrieron de nuevo veinte minutos antes del entrenamiento.

Parezco un cadáver, y patino peor.

Mientras mis piernas bombean en piloto automático —el cerebro se desconectó en algún punto entre fregar vómito de cerveza a las tres y correr al entrenamiento a las ocho y media— el hielo sisea bajo mis cuchillas. Normalmente se siente como un hogar, pero hoy se siente ajeno, y todos los demás sobre el hielo me dan vueltas.

Impostor. Fraude. Todos lo saben.

El entrenador pita y ordena un ejercicio de esquina. Para mí debería ser automático, pero pillo mal un canto y me voy al suelo. El hombro se lo come primero, y el impacto me recorre los huesos. Notas altas del hombro, línea de bajo de las costillas, y el coro urgente de levántate antes de que—

—¡Hamilton! ¿Qué te pasa?

El ladrido del entrenador Pearson lo corta todo. Después de dejar la cabeza apoyada en el hielo un segundo, el frío sacudiendo mi cuerpo agotado como un chupito de espresso, me levanto como puedo, con virutas de hielo pegadas a la camiseta. La sonrisa que fuerzo probablemente parece más un rigor mortis incipiente, pero tengo una reputación que mantener.

—Control de calidad, Coach —murmuro—. Tengo que asegurarme de que es reglamen...

—Ahórratelo. —Su voz me dice que se le acaba la paciencia—. Haz el ejercicio o lárgate de mi hielo.

Veinte pares de ojos me diseccionan con precisión quirúrgica. Hasta Rook mantiene la boca cerrada, y el puto apocalipsis está cerca cuando James Fitzgerald deja de vacilar. El silencio es prácticamente un grito: Maine Hamilton, el payaso del equipo, muriéndose sobre el hielo.

Siguiente ejercicio, ataque de tres contra dos. Pan comido. Mike me pasa en el centro, y durante medio latido, todo cristaliza. La camiseta de Schmidt brilla en mi visión periférica. El defensa se compromete, el carril de tiro se abre de par en par. Esto es mi casa. Aquí es donde Maine Hamilton arrasa.

La jugada es perfecta, pero el tiro se va.

—¡HAMILTON! —El hielo en la voz del entrenador podría acabar con el calentamiento global. Sus cuchillas me rocían las espinillas con metralla helada mientras se acerca—. ¿Resaca o simplemente pasando del tema?

La acusación quema peor que una congelación. Pearson no grita, pero ahí está el padre de Sophie, el señor Gajos de Naranja, poniéndose en plan sargento instructor conmigo mientras los chicos presencian mi funeral. El broche perfecto a lo que ha sido un día, una semana, un mes de mierda... varios meses.

—No, Coach, yo...

—Ahórrate las excusas. Suicidios. Ya. El resto, a trabajar.

Suicidios. El ejercicio diseñado para hacerte vomitar, desmayarte o replantearte tus decisiones vitales en el mejor de los casos. Pero con cuatro horas de sueño y una barrita de cereales rancia, esto va a ser puta poesía. Me dirijo a la línea de gol, consciente de que los chicos me observan de reojo mientras siguen entrenando.

Arranco. Y, los primeros metros, es como arrastrar anclas por arenas movedizas. Para la línea azul, los muslos me gritan. De la portería a la azul y vuelta. De la portería a la roja y vuelta. Por ahí, mis pulmones deciden que el oxígeno está sobrevalorado. Hasta la azul lejana, y vuelta al inicio para repetirlo todo.

Sigo oyendo los sonidos del entrenamiento como si vinieran de otra dimensión. Pases de cinta a cinta. Entrenadores dictando jugadas. El hockey continúa mientras yo estoy atrapado en el purgatorio. El sudor me cae por la columna, listo para congelarse en cuanto el entrenador pite para que pare o me desplome sobre el hielo, lo que ocurra primero.

Sprint siete. La línea azul lejana oscila en mi visión. Los cantos se me van a la mierda —ya no patino, solo negocio con la física, cada zancada una disputa sindical entre voluntad y carne— y, por primera vez, miro al entrenador. Me observa, sin piedad, así que aprieto los dientes y sigo.

En el sprint nueve se apiada por fin de mí, y cuando pita, me desplomo sobre el hielo con la gracia de Bambi con benzodiacepinas. Debería levantarme, pero una parte de mí —la agotada, derrotada,

acabada— quiere quedarse. Fundirme con la superficie. Pasar a formar parte de la pista.

Quizá hasta me pondrían una plaquita.

Aquí yace Maine Hamilton: Que murió por ser demasiado orgulloso para pedir ayuda.

—Arriba. —La voz del entrenador es tranquila. Es peor que los gritos, porque la decepción significa que ha rebajado sus expectativas.

Me impulso con brazos de gelatina, y cuando encuentro los ojos del entrenador, algo en mi cara cambia los suyos de furia a preocupación o lástima o ambas. —Perdón, Coach.

—Ve a las duchas. —Suspira—. Y, ¿Hamilton?

Espero.

—Si necesitas ayuda, pídela.

Asiento y me dirijo al túnel, veinte miradas clavadas en mí. Mantengo la barbilla alta —aguanta tu castigo de pie aunque estés desangrándote por dentro, ese es mi lema— pero no estoy seguro de que mis piernas y mi cuerpo se hayan sentido nunca tan rotos. Agotado por trabajar decenas de horas extra mientras intento compaginarlo con ser atleta de élite.

En el vestuario, me desplomo en el banco y empiezo a quitarme la armadura. Los chicos van entrando poco a poco, manteniendo la distancia. Se desvisten en silencio funeral —sin vaciles, sin música, ni siquiera los cantos horribles de Rook— porque todos saben que me estoy ahogando en mierda. Debería soltar un chiste para romper la tensión, pero no me queda nada.

—¿Mala noche? —dice Mike sentándose a mi lado.

—Algo así. —Tiro de los cordones como si me debieran dinero.

—No ha sido alcohol. —Es una afirmación, no una pregunta—. ¿Qué pasa?

Dudo. Mike me ha visto jugar con resacas que matarían a un civil, marcando hat tricks mientras sudaba Bud Light, así que sabe que esto es diferente. Es básicamente mi hermano —uno de los pocos tíos a los que dejaría ver detrás de la máscara aunque solo fuera un poco— y la verdad se queda entre nosotros, pesada como mi equipamiento.

El semestre pasado, le dije que mi compañero de piso se había largado y que necesitaba dinero. Él ofreció, yo rechacé, y lo dejamos ahí. Pero ahora, meses después, está claro que sabe que tengo un problema, aunque no estoy seguro de que sepa exactamente cuál ni lo grave que es. Podría mentir, pero estoy tan puto harto de ahogarme solo.

—Estoy jodido, Mikey. —La confesión me raspa la garganta en carne viva—. Necesito un compañero de piso para ayer o estoy...

No puedo terminar. No puedo decir en la calle. No puedo mencionar los turnos hasta las tres antes del entrenamiento a las ocho y media ni que estoy a un día de baja de vivir en un Honda que no arranca por debajo de cero. Porque esos detalles destrozarían la ilusión por completo y transformarían a Maine Hamilton de animador a caso de caridad.

—¿Cómo de mal? —No hay juicio, no hay interrogatorio, porque Mike ha tocado fondo y ha vuelto él mismo en los últimos años.

—Mal del tipo dormir-en-mi-coche. —Por fin me quito los patines y los tiro con asco—. Gene está listo para echarme a la calle, y simplemente...

No puedo admitir que al cómico se le han acabado el material y las opciones, y agradezco que se quede callado un momento, pensando. No hay oferta de caridad que rechazar, ni préstamos de pena que empeoren esto, solo respaldo silencioso de alguien que entiende que a veces necesitas una mano sin la autopsia completa.

—Preguntaré por ahí. —Mike me aprieta el hombro y se va a la ducha.

Los demás le siguen, hasta que me quedo solo. Sé que debería ducharme, lavarme la desesperación y la peste de bar que estaba demasiado cansado para quitarme anoche, pero en vez de eso me quedo sentado, la cabeza entre las manos, mirando el suelo como si las baldosas tuvieran respuestas a preguntas que me da miedo hacer.

El móvil vibra —o Derek queriendo otro turno, o Gene inventándose más gastos, o mi madre necesitando dinero o que le haga la pelota a Chloe mientras yo me autodestruyo en tiempo real

— pero no lo miro. Mi depósito está vacío, así que el infierno de turno puede coger número.

En vez de eso me quedo sentado, escuchando a los chicos vacilar y ducharse al lado. Me pregunto cuánto tiempo puedo fingir antes de que la máscara me reviente el cráneo. Cuánto tiempo hasta que mis piernas rechacen la farsa. Cuántas sonrisas antes de que mi cara diga que le den y se ponga en huelga.

Y la respuesta a las tres preguntas cae pesada.

Una puta mierda.

cuatro

MAYA

ESTE DEPARTAMENTO apesta como si alguien hubiera muerto aquí hace poco, y no es el peor que he visto hoy.

El pensamiento me martillea el cráneo mientras mis dedos se deslizan por la encimera, catalogando cada desconchón y burbuja en el laminado barato. Esta superficie repele activamente la luz, se la traga en una veta de madera falsa que se siente como jarabe seco bajo mi palma.

¿De ciento veinte metros cuadrados a... esto?

Veinticuatro días para quedarme en la calle, y aquí estoy, calculando si estoy tan desesperada. Mi madre necesitaría que le duplicaran la dosis de Xanax si supiera que estoy siquiera respirando este aire, aunque ella es la mitad del motivo por el que estoy en esta situación.

Sophie orbita a mi lado, irradiando compasión. Puedo sentir cómo cataloga cada una de mis microexpresiones en busca de señales de colapso inminente, ensayando mentalmente discursos de consuelo. Pero a mí me entrenaron maestros, y años de cenas familiares Hayes me han convertido en alguien capaz de sonreír durante su propia autopsia.

—El inquilino anterior era muy limpio —anuncia el casero, justo cuando estamos paradas debajo de una mancha de humedad claramente visible en el techo.

Fuerzo los músculos de la cara a una posición de interés, por si acaso decido quedarme con este cuchitril.

—Qué maravilla.

La cocina —y estoy siendo generosa con ese sustantivo— es más pequeña que mi vestidor. Pero cuando me veo reflejada en la mugrienta ventana sobre el fregadero, no reconozco a la chica que me devuelve la mirada. Se ve agotada, ordinaria, como alguien que de verdad podría vivir aquí.

¿Cuándo empecé a verme tan... derrotada?

—Los servicios son aparte —recita el casero, consultando su portapapeles—. Se requiere el primer y último mes por adelantado, más depósito de seguridad. No se admiten mascotas, no se permiten fiestas después de las diez, no se—

—¿Cuánto?

Las palabras cortan su monólogo como un bisturí en la piel, y dice una cifra que es un puñetazo en el estómago. Hace un mes, gasté más que eso en una sola noche de fiesta: servicio de botellas y una mesa desde la que veías todo el club extendiéndose abajo como territorio conquistado.

¿Pero ahora?

—Me lo voy a pensar —logro decir, la mentira deslizándose pulida y practicada mientras algo muere dentro de mí—. Muchas gracias por su tiempo.

Me doy la vuelta y me dirijo a la puerta, el cuerpo en piloto automático mientras mi cerebro da vueltas con cálculos que nunca cuadran. Mi beca cubre la matrícula. El trabajo del campus paga los libros y el ramen. Pero incluso con turnos extra y alimentándome de puro rencor y agua del grifo, no podría pagar este sitio.

No sin llamarlos a ellos.

No sin admitir la derrota y pedir su ayuda.

Ni en puta vida.

Mi mano se aferra a la barandilla mientras bajo las escaleras, y a través del cuero de diseñador puedo sentir décadas de mugre de manos desesperadas deslizándose por este mismo metal, dejando atrás su ADN y su esperanza. La respiración se me hace corta, las

paredes se comprimen, y por un momento horrible, creo que podría de verdad—

—Dios, ¿cómo vive la gente así? —Las palabras estallan.

Sophie suspira detrás de mí.

—Maya...

—No, en serio. ¿Cómo se levantan cada día sabiendo que esto es todo?

—Maya.

—¿Este es su techo? ¿Su—?

—Maya.

La voz de Sophie corta el aire, y me doy cuenta de que he dejado de moverme. Estoy aquí parada en este hueco de escalera de pesadilla, aferrada a la barandilla como si fuera lo único que me mantiene en pie. Suspiro con frustración, salgo a la calle, y el aire frío me abofetea.

Sophie se pone a mi paso, y siento sus preguntas presionando contra el silencio.

—Bueno —dice por fin—. Ese es el tercero de la mañana.

—Tu capacidad para contar no tiene igual. —El sarcasmo sale disparado, automático como respirar—. ¿Te cambias de carrera?

No muerde el anzuelo. Sophie nunca lo hace. Es exasperante, la verdad, al mismo nivel que su capacidad para calar todas mis gilipolleces. Pero mientras caminamos en silencio media manzana, nuestros pasos creando ritmos que compiten —el chirrido constante de sus Adidas contra los golpes cada vez más erráticos de mis tacones—, me alegro de que esté conmigo.

El barrio pulsa con vida ajena: universitarios tambaleándose de vuelta de los bares, un camión de comida vendiendo algo que cuesta menos que mi café con leche matutino ya discontinuado, gente normal viviendo vidas normales en departamentos que pueden pagar cómodamente.

—Mira —empieza Sophie de nuevo, aparentemente harta de la ley del hielo—, hay residencias disponibles para estudiantes de posgrado. McKinley Hall tiene individuales—

La risa me sale arrancada, afilada y amarga.

—¿Una residencia? ¿Qué sigue, cestas de ducha y baños compartidos?

La imagen se descarga en horror de alta definición: yo arrastrándome por un pasillo en una bata de seda de imitación (porque alguien seguro se robaría la de verdad), agarrada a una cesta de plástico mientras alguna novata con resaca vomita en el único lavabo que funciona.

—No es para tanto —insiste Sophie, pero hasta ella suena como si se estuviera atragantando con la mentira—. Muchos estudiantes de posgrado—

—Muchos estudiantes de posgrado no crecieron con madres que literalmente tendrían un orgasmo con la idea de la humillación pública de su hija. —La crudeza es deliberada, una granada de impacto—. Emitiría un comunicado de prensa: «La Decepción Continúa su Inevitable Declive, la Familia Mantiene la Distancia Apropiada».

La cara de Sophie hace eso de esforzarse tanto por no reaccionar que se convierte en una reacción en sí misma.

—Vale, nada de residencias. ¿Y qué tal si...? O sea, Mike y yo—

—No termines esa frase si acaba con «sofá».

—¿Es un sofá muy bonito?

Esta vez mi risa es genuina, brotando de algún lugar más profundo que la desesperación. Lo absurdo de la imagen: yo, la chica que una vez voló a Milán porque Bergdorf's no tenía los zapatos que quería, durmiendo en los muebles de Ikea de Sophie y Mike.

—Sophie Pearson —digo entre risitas que podrían ser histeria disfrazada—, ¿me estás sugiriendo en serio que haga de sujetavelas en el departamento de Mike? ¿Debería invertir en auriculares con cancelación de ruido ya, o van a programar sus momentos íntimos alrededor de mi colapso emocional?

Se le enciende la cara de rojo desde el nacimiento del pelo hasta el pecho.

—¡No somos tan ruidosos!

—Cariño, he oído los rumores. El ventilador de techo tiembla. Las plantas vibran. Estoy bastante segura de que el vecino de abajo

conoce toda la rutina de Mike. —Me limpio las lágrimas, con cuidado de no correr el rímel que apenas aguanta—. O sea, Mike es genial, y te quiero, pero no.

La ligereza se evapora cuando la realidad vuelve a apretar su mano alrededor de mi cuello. Estamos en la esquina de Maple con Third, mirando el tráfico pasar a paso de tortuga. Un autobús pasa retumbando, con un anuncio en el costado de algún gimnasio —¡Año Nuevo, Nuevo Tú!— y me pregunto si tendrán un programa de Año Nuevo, Diferente Estatus Socioeconómico.

Pero entrecierro los ojos cuando Sophie lleva suficiente tiempo callada como para saber que algo peor se está cocinando.

—Suéltalo —digo por fin.

—Hay una opción más —dice—. Mike mencionó que Maine necesita un compañero de piso. Su departamento es bastante bonito, dos habitaciones, cerca del campus—

—No.

La palabra sale disparada como una bala.

Maine Hamilton.

Cada célula de mi cuerpo retrocede mientras la imagen se cristaliza: un metro noventa y cinco de puro jugador de hockey sin filtro. El equivalente humano de una bocina de aire en un funeral. El tipo que intentó enseñarle a todos la forma «correcta» de bajarse una cerveza de un trago haciendo la demostración con una La Croix en la fiesta de cumpleaños de Sophie.

Pero debajo del rechazo visceral, otra imagen parpadea: hombros anchos llenando un marco de puerta. La forma en que sus camisetas se estiran sobre su pecho como si estuvieran perdiendo una batalla. Esa sonrisa estúpidamente brillante que te hace perdonarlo por ser tan jodidamente ruidoso. La forma en que se le arrugan los ojos cuando—

No. Ni de puta broma.

—Sophie, no. —Las palabras salen tan planas como un animal atropellado—. Preferiría vivir en mi coche.

—Ya no tienes coche.

El recordatorio escuece, porque el Audi fue la primera baja de mi nueva realidad económica.

—Robaré uno específicamente para vivir en él.

—Contraproducente—

—¿Sabes cómo debe de ser su departamento? —Estoy en espiral, pintando desastres porque si no me río, voy a gritar—. Equipo de hockey fermentando en las esquinas como una especie de kombucha atlética. Una televisión permanentemente puesta en ESPN. Y la nevera seguro que es solo Gatorade y leche para la proteína en polvo.

—Maya—

Vuelvo a caminar, como si pudiera dejar atrás la idea.

—¿Y el desfile de groupies del hockey haciendo el paseo de la vergüenza cada mañana? —Resoplo—. Bien por ellas, sinceramente, pillando esa polla de hockey, pero no necesito un asiento en primera fila para la Experiencia Fuckboy de Maine Hamilton—

—Su alquiler es menos de la mitad del de ese sitio, en total, y tú pagarías la mitad —interrumpe Sophie con precisión quirúrgica—. Y no es como si tú no fueras una fiestera empedernida.

Su sarcasmo me golpea como agua fría, porque no se equivoca.

—Maya. —La mano de Sophie encuentra mi brazo, cálida a través del Canada Goose que probablemente tendré que vender la semana que viene—. Sé que esto no es lo que tenías planeado—

—¿Planeado? —Me río, pero sale mal—. Sophie, yo planeaba trabajar en una organización benéfica mientras mi fondo fiduciario me mantenía a flote...

—Pero ahora necesitas un lugar donde vivir —continúa con suavidad—. Y Maine... bueno... debajo de todo ese—

—¿Testosterona? —Me detengo otra vez y me giro para mirarla.

—Iba a decir personalidad. —Me aprieta el brazo, y odio lo mucho que ayuda—. Es amigo de Mike. No va a ponerse raro. Y es solo temporal, ¿no?

Claro.

Como si Eleanor Hayes fuera a llamar mañana con un trasplante de personalidad y un corazón funcional. Como si mi viejo fuera a echarse atrás de repente en una decisión que lleva años queriendo tomar, cuando no se ha echado atrás en nada en toda su vida.

La pelea se me escapa de golpe, dejándome desinflada. Los hombros se me hunden. Mi columna se curva en un signo de interrogación. Por primera vez desde esa horrible llamada, siento todo el peso de este desastre. Porque, en el fondo, aunque me hayan cortado el grifo, creía que podría arreglármelas.

—Vale —me oigo decir, la palabra raspando al salir como cristal roto—. Organiza una reunión.

Sophie intenta ocultar su alivio, pero lo detecto en cómo se le relajan los hombros y la forma en que su suspiro se condensa entre nosotras. Cree que me está salvando. La dulce y eternamente optimista Sophie, que todavía cree en los finales felices, aunque, para ser justa, ella consiguió el suyo...

—Va a estar bien —dice, y por un segundo, casi me permito creerle—. Ya verás. No va a ser para tanto. Maine en realidad es muy—

—Si dices «un encanto en el fondo», te empujo al tráfico. —Sonrío, intentando poner buena cara ante el hecho de que quiero llorar.

—Iba a decir «sorprendentemente limpio».

—Mentirosa. —Le paso el brazo por encima—. Gracias por venir conmigo hoy.

Sonríe en respuesta, ya sacando el teléfono para escribirle a Mike.

—Pero en serio, su sitio está bien. Y casi nunca está, entre el hockey y—

—¿Y su elenco rotativo de rollos?

—Eso... probablemente no sea inexacto.

Vuelve a teclear, organizando la reunión que o resolverá mis problemas o acabará con lo que queda de mi dignidad. Quizá ambas cosas. El sol de media tarde atraviesa las nubes de febrero, pintándolo todo de un dorado engañosamente cálido que hace que la basura parezca casi romántica.

Y entonces, completamente indeseada, llega otra imagen mental como un invitado sin invitación que se niega a irse: las manos de Maine. Grandes. Probablemente callosas del hockey. El tipo de manos que te hacen olvidar tu nombre. El tipo que podría—

Joder.

Los pensamientos llegan de alguna zona profunda de mi cerebro, privada de oxígeno y claramente comprometida por el estrés, y me cuesta un esfuerzo sobrehumano desterrarlos de vuelta a esa zona. Como si mi cerebro reptiliano reconociera que si voy a tener un compañero de piso, al menos este viene con buenas vistas.

—¿Maya? ¿Estás bien? —Sophie me mira como si fuera a lanzarme al tráfico.

—Bien —miento, empujando cada pensamiento inapropiado sobre hombros anchos y sonrisas brillantes a la misma caja mental donde guardo los mensajes de voz decepcionados de mi padre. Joder, la caja está tan llena que a este paso voy a necesitar un trastero—. Solo procesando mi descenso al infierno literal.

—No es el infierno. Es Jersey.

Mi risa no oculta el hecho de que estoy completa, total y catastróficamente jodida.

Y no de la forma divertida.

cinco

MAINE

$127,43.

El número quema tanto como este café carísimo, porque eso es exactamente lo que tengo —y no mucho tiempo para darle la vuelta — después de lograr sacar el alquiler de otro mes. Y con sacar me refiero a trabajar unas sesenta horas en una semana mientras también estudio y juego hockey.

Sentado en Pine Barren Bagels, escucho la máquina de espresso chillar mientras una tipa dos mesas más allá se derrumba por completo encima de un libro de texto. Su amiga le promete que la clase no es importante, porque mentirse es para lo que están los amigos.

Pero al menos ella probablemente tiene más de $127,43 a su nombre.

Me hundo más en el asiento de vinilo agrietado, echando un brazo por el respaldo donde alguien talló JESSICA SAYERS LA CHUPA BIEN. La afirmación es correcta, porque tengo conocimiento de primera mano, y agradezco la distracción mientras mis rodillas rebotan a un ritmo que es mitad cafeína, mitad pánico apenas contenido.

Pero cuando suena la campanilla sobre la puerta, mi sistema nervioso se cortocircuita.

Maya Hayes, joder.

Jesucristo en patines.

La he visto por ahí —todo el mundo la ha visto— y hasta hemos coincidido en alguna que otra fiesta. La última vez que la vi, montó un fiestón tan épico que la policía de Pine Barrens tuvo que pedir refuerzos a la estatal. Pero verla en fiestas de barril es diferente a verla atravesar una mañana de sábado así.

No camina, detona en los espacios y llena la sala por completo, la coleta negra balanceándose con precisión militar. Es dinamita en vaqueros de marca: curvas que me secan la boca, pechos que ponen a prueba la integridad estructural de su escote en V, y un culo que debería venir con una etiqueta de advertencia.

Y todo el paquete viene envuelto en una confianza a prueba de balas.

Ni siquiera me busca con la mirada mientras va al mostrador a pedir, pero yo no le quito los ojos de encima. Las conversaciones tartamudean y mueren a su paso, los tíos se quedan clavados en su culo y las tías apenas disimulan la envidia, y hasta el barista se le traba con el cambio después de que pide.

Mientras espera, está claro que no le importa lo que piense cualquiera a su alrededor, pero tampoco es una zombi pegada al teléfono. Lo observa todo y a todos, y cuando su café está listo viene hacia mí y se desliza en el asiento de enfrente sin pedir permiso.

Me llega una bocanada de perfume caro —algo cítrico—, claro, huele a spa. Claro que hace que todos los demás parezcamos recién salidos de las malas decisiones de anoche. Claro que mi pose desparramada de repente se siente exactamente como lo que es: la actuación de un tío cuya cuenta corriente está en muerte clínica.

Y, mientras me incorporo un poco, sus ojos oscuros me escanean una vez. Diagnóstico completo. La veo catalogar cada señal: cómo estrangulo la taza, cómo tengo la mandíbula apretada hasta casi partirme los dientes, el hecho de que la rodilla me rebota con fuerza suficiente para registrar en la escala de Richter.

—Maine —dice.

Pero me quedo mudo, aunque por dentro grito en silencio, porque esto no funciona así. A mí no me intimidan. Soy cien kilos de

masa funcional que golpea gente para ganarse la vida, y después celebro tan fuerte que me llegan quejas por ruido. Soy el alma de la fiesta —joder, soy la fiesta— así que, ¿qué es esto?

La respuesta es clara: salvación, deseo e intimidación, todo envuelto en uno.

—Estaba empezando a pensar que me habías dejado plantado —consigo decir, excavando mi sonrisa marca registrada de cualquier agujero al que se haya arrastrado mi confianza—. Me habría destrozado.

Cero reacción. Ni un tic. Esos ojos siguen practicándome la autopsia en vivo mientras a mí se me empapa la camiseta interior. El silencio se estira más que mi última relación —que duró exactamente dos citas y media antes de que recordara que los sentimientos son para gente que puede pagarse un terapeuta— y me pregunto quién cederá primero.

Al final, suspira, y me apunto mi primera victoria.

—Saltémonos la parte en la que intentas encantarme. Soy inmune y estás desperdiciando el tiempo de los dos.

Saca el teléfono —último modelo, funda que probablemente costó más que mis últimas tres idas al súper juntas— y lo pone entre nosotros. En la pantalla, veo que ha escrito un montón de cosas, como una agenda de reunión para esta sesión de «¿podríamos ser compañeros de piso?».

Joder, mi única preparación fue dormir una hora extra. Así que cinco en total.

—Evaluación de compatibilidad. —Se recuesta—. Los dos estamos lo bastante desesperados como para estar aquí, así que dejémonos de actuaciones de mierda.

Asiento, aunque los nudillos se me ponen blancos alrededor de la taza, y aunque quiero protestar. Pero está claro que no se traga la ficción de que estoy buscando tranquilamente a alguien con quien dividir gastos, y que definitivamente no estoy a un sueldo de dormir en sofás ajenos o en bancos de parque.

Ese barco ya zarpó, chocó contra un iceberg, y Leo DiCaprio ya se congeló. Podría culpar a Mike —porque se lo conté a él y él se lo contó a Sophie y Sophie probablemente se lo contó a Maya—, pero

la verdad de mi agotamiento debería ser obvia para cualquiera que mire.

Y si algo sabe hacer Maya, es leer a la gente.

Continúa sin esperar mi respuesta.

—Organizo fiestas una vez al mes. Incluyen música que te hace vibrar los dientes, desconocidos desmayados en posturas creativas para las tres de la mañana, y suficiente alcohol para llenar varias bañeras. ¿Eso va a herir tus delicadas sensibilidades?

Por fin.

Algo que reconozco.

Piques y ego.

—Yo traigo a veinte jugadores de hockey después de cada partido en casa —contraataco, encontrando mi terreno—. Tíos que huelen como si un suspensorio se hubiera follado a un mapache muerto, comiéndose todo lo que no esté clavado al suelo. ¿Vas a llorar por la masculinidad tóxica o puedes aguantar el ritmo?

Algo cambia en su expresión, y aparece el más mínimo atisbo de una sonrisa torcida. No es exactamente aprobación, pero quizá el equivalente de Maya Hayes: como un tiburón decidiendo que aún no vale la pena comerte. Y, de repente, esta pelea de pesos pesados entre figuras del campus se siente un poco menos desigual.

—Mientras se larguen por la mañana y no intenten acostarse conmigo. —Suelta un bufido—. Tengo estándares, y los jugadores de hockey simplemente… no…

La negociación continúa mientras nos sostenemos la mirada a través de la mesa rayada: dos depredadores alfa marcando territorio. El aire entre nosotros no es hostil, no exactamente, pero tampoco es ni de lejos amistoso. Está claro que este es el compromiso que ambos necesitamos porque nos hemos quedado sin opciones.

Cruza las piernas, los vaqueros susurrando promesas en las que no tengo derecho a pensar. Dios. Esto es una reunión de negocios. Una reunión de negocios humillante y devastadora para mí, porque estoy en la ruina. Así que ahora estamos rodeándonos el uno al otro para determinar si podemos compartir espacio.

—Sexo —dice—, y la palabra queda suspendida entre nosotros.

Casi me atraganto con el café.

—¿Qué pasa con eso?

—Traigo tíos a casa. Diferentes, a veces más de uno, y nunca el mismo dos veces.

Hace una pausa, observando cómo voy a reaccionar. Pero cuando mantengo la cara neutra, continúa.

—No se quedan a dormir, porque no quiero que usen mis toallas ni se coman mi yogur griego. ¿Eso va a ser un problema?

—¿Por qué lo sería?

—Porque entran y salen —dice—. Y para algunos tíos, eso les parecería una oportunidad aunque nadie los haya invitado.

La franqueza está diseñada para impactar, pero cariño, llevo jugando a este juego desde que descubrí que hacer reír a las chicas era el carril rápido para desnudarlas. Se acabó sentirme incómodo, así que es hora de recordarle que no es la única con una reputación.

—Lo mismo digo. —Abro más los brazos, recuperando un poco de terreno—. Tengo todas las mujeres que quiero, con frecuencia, nunca para desayunar, y con un máximo de tres citas, así que no hay peligro de que intente algo con tu culo de marca, porque presiento que serías mucho más trabajo del que estoy dispuesto a invertir.

—¿Quieres decir que no sería fácil?

Me encojo de hombros.

—El departamento es zona libre de juicios y sentimientos.

Me estudia con la intensidad de alguien que está decidiendo dónde esconder mi cuerpo.

—Bien. Siguiente: mis rotaciones clínicas son brutales y mis horarios son caóticos.

—Yo juego hockey. —Sonrío—. Prueba con entrenamiento a las ocho, un día entero de clases, después un partido fuera de casa, y por fin a la cama a medianoche.

Entonces hace algo que no espero.

Se ríe.

—Sinceramente, los horarios universitarios deberían contar como deporte olímpico. Pesadilla logística.

El comentario aterriza de una forma que no esperaba. Es agudo, autoconsciente, más gracioso de lo que esperaba de alguien que me ha estado interrogando. Y de repente ya no estoy mirando la reputación intimidante ni el culo francamente delictivo ni la forma en que su jersey se ciñe a sus curvas.

Estoy viendo el cerebro que trata el caos como diversión.

Se me aprieta el pecho, el pulso martilleando, y ese calor familiar empieza en el bajo vientre: el que normalmente significa que estoy a punto de hacer algo espectacularmente estúpido con alguien a quien definitivamente no debería tocar.

Esto es catastróficamente malo, me ofrece el cerebro.

Porque Maya Hayes no es solo una fiestera buenorra a la que necesito desesperadamente para que contribuya a mi alquiler. Es brillante. El tipo de inteligente que ve a través de mis gilipolleces y las clasifica por estructura molecular. El tipo que hace que mis movimientos habituales parezcan los de un jugador infantil intentando regatear a Gretzky.

No es que esté fuera de mi liga, es que juega un deporte diferente y ambos lo sabemos. Mientras yo estoy aquí con mi carrera de comunicaciones y una cuenta corriente más plana que una cerveza del día anterior, ella es la tía buena que se graduó de las mejores escuelas y tiene la familia más rica de la que se haya oído hablar por aquí.

Entonces, ¿por qué cojones necesita vivir conmigo?

Mike me dijo que tiene una bronca con sus padres, pero ¿eso es todo?

Pero antes de que pueda pensarlo más, continúa.

—Servicios divididos a partes iguales, compras por separado excepto lo básico común, y las zonas comunes se mantienen neutrales y limpias.

Asiento.

—No tocar las cosas del otro, cero comentarios sobre las decisiones del otro, y absolutamente nada de desarrollar sentimientos. ¿Crees que puedes con todo eso?

La última parte me golpea fuerte. Quizá me pilló mirándola, o notó cómo agarro la mesa como si fuera lo único que me impide

salir flotando. Pero tengo una reputación que mantener, y estoy prácticamente empalmado por cómo esta mujer convierte los acuerdos de alquiler en preliminares.

—Por favor. —Resoplo, rebuscando bravuconería en el páramo de mi dignidad—. Soy emocionalmente no disponible por diseño. Consulta mis reseñas de Google.

Ladea la cabeza, esos ojos diseccionando mis gilipolleces con eficiencia despiadada. Por un segundo estoy seguro de que me va a pillar —señalar que en este momento tengo más sentimientos que un maratón de películas de Hallmark, y que estoy tan desesperado que busco compañero de piso a través de la red social de la novia de mi amigo—, pero solo asiente.

—Perfecto —dice, dando por hecho que tiene el puesto antes de que yo siquiera lo confirme, como si nadie le hubiera negado nada en la vida—. Entonces tenemos un trato.

Se pone de pie en un solo movimiento fluido que cortocircuita lo que queda de mi cerebro, su cuerpo un estudio en intimidación compacta y concentrada. Me mira hacia abajo —literalmente hacia abajo, a pesar de que sentado casi soy más alto que ella de pie— y juro que mentalmente me está archivando en «Hamilton, Maine; Desastre; Buenorro».

—Te mando por mensaje la logística de mi mudanza —dice, regalándome el amago de una sonrisa—. Intenta no hacer nada que requiera fianza o ambulancia de aquí a entonces, porque entrevistar a un niño grande emocionalmente atrofiado ya es más que suficiente.

—No prometo nada —consigo decir, pero ya se está yendo, la coleta balanceándose con cada paso.

La miro irse porque soy débil y tiene un culo capaz de hacer que un cura se replantee su vocación. La campanilla anuncia su salida, abandonándome con café frío y la aplastante certeza de que acabo de apuntarme a montar un tornado.

Se suponía que esto iba a ser simple. Encontrar compañero de piso. Dividir el alquiler. Evitar la indigencia. Mierda básica que hasta mi última neurona funcional podría manejar sin supervisión adulta.

Pero, en lugar de eso, estoy repasando la forma exacta en que su voz bajó una octava al decir «sexo».

Y una cosa queda jodidamente clara como el agua: no he resuelto mi problema.

Lo he cambiado por la única persona en la Tierra capaz de igualar mi energía.

Porque Maya Hayes no es solo una compañera de piso. Es un desastre natural en vaqueros de marca, una mujer que podría destruirme sin que se le corra el pintalabios ni se le rompa una uña. Y acabo de invitarla a compartir mi espacio, mis facturas, y lo que queda de mi cordura después de cuatro años de hockey en Division I.

¿Y la parte verdaderamente jodida?

Ya estoy contando los minutos para que se mude.

seis

MAYA

CUANDO LLAMO A LA PUERTA, sé que he cometido un error terrible.

La moqueta industrial frente al departamento 4B tiene zonas desgastadas hasta la trama que dejan ver cicatrices de cemento debajo. Y, mientras me quedo congelada, Sophie flota a mi lado irradiando esa energía de apoyo tan particular que emiten las amigas cuando te ven conducir directo contra un muro después de haber jurado no tocar el volante.

—Todavía puedes echarte atrás —susurra, aunque las dos sabemos que ese barco ya zarpó, porque mis tarjetas de crédito rebotan y mi departamento está recogido.

—Me queda exactamente una opción que no implique vender un riñón —digo—. Vivir con Maine.

Dios del hockey.

Leyenda del campus.

Dueño de un culo capaz de matar y una risa capaz de resucitar a las víctimas.

Mi estómago se revuelve con advertencias volcánicas que no tienen nada que ver con los tres expresos que me metí en vena esta mañana. Eran armadura estratégica, diseñada para fortificarme ante esta catástrofe: plantada frente a la guarida del hombre que acaba de abrir la puerta.

—¡Hayes! ¡Justo a tiempo! —Maine llena el marco de la puerta, su sonrisa iluminando todo el pasillo. Lleva unos pantalones cortos de baloncesto que preceden a varias presidencias y una camiseta de los Pine Barren Devils con agujeros de ventilación que definitivamente no venían de fábrica—. ¡Pasen! Los chicos solo están…

El olor golpea con fuerza de tsunami de testosterona, tan agresivo, tan triunfalmente masculino. Como si alguien hubiera convertido el concepto de «macho» en arma biológica y lo hubiera fumigado. Pero al menos ha hecho un esfuerzo, porque hay un ligero aroma a pino luchando una batalla perdida.

—…terminando con un jefe final —continúa Maine, felizmente ajeno a mi trauma olfativo—. ¡Mike! ¡Rook! ¡Muevan sus culos vagos y ayuden con las cajas!

Fuerzo lo que espero sea una sonrisa aceptable y lo sigo adentro. La sala se despliega ante mí como un cuento con moraleja. Hay un sofá seccional de cuero rojo sangre capaz de sentar cómodamente a todo el equipo de hockey, frente a un televisor tan descomunal que me preocupa genuinamente la capacidad de carga de esa pared.

Sí, confirmado.

Esto es tocar fondo, con paquete de canales deportivos y bong comunitario.

—Dejen todo en esa esquina por ahora —Maine señala vagamente un espacio ya colonizado por equipo de hockey—. Ya lo resolveremos.

Ya lo resolveremos.

Tres palabras que probablemente explican todo, desde la decoración del departamento hasta varias de las decisiones vitales de Maine, pero no me da tiempo a pensarlo más porque Sophie ya está luchando para pasar por la puerta con mi primera caja —COCINA: CRISTALERÍA FRÁGIL, escrito en mi letra precisa.

—Cocina —digo, desesperada por establecer algún tipo de cabeza de playa en este páramo de machos.

Me dirijo a la cocina mientras Maine merodea y los otros bajan a por más cajas. El fluorescente del techo parpadea como si estuviera transmitiendo un SOS, bañándolo todo en una luz cruda de morgue

que resalta cada derrame fosilizado y cada mancha misteriosa. Abro el primer armario de un tirón y literalmente retrocedo tambaleándome.

Es el infierno de la vajilla. Vasos de plástico promocionales compiten con jarras de cerveza robadas en una torre precaria que desafía varias leyes de la física. Hay al menos seis logos distintos de equipos de hockey, más una taza con forma de tetas que dice BEBE SI ESTÁS CALIENTE.

Mis copas de vino —delicadas, a juego, de diseño— sobrevivirían cinco segundos.

—¿Algún problema? —Maine se materializa a mi espalda, claramente sin sentir ninguna de mis dudas o haciendo un trabajo mucho mejor al disimularlo.

—Tus armarios están… —busco la diplomacia mientras mi cerebro grita obscenidades—. Ocupados.

—Ah, claro que podemos hacer sitio. —Se estira por encima de mí, su brazo rozando el mío con esa indiferencia casual por el espacio personal que debe venir de fábrica en los deportistas, y empieza a empujar tazas como si jugara al Tetris de la vajilla. Después de que la cerámica chirríe contra la cerámica, sonríe—. Un montón de espacio.

Una taza se tambalea al borde del precipicio. Observo su bamboleo mortal en cámara lenta, todo mi futuro pasando ante mis ojos —un futuro sirviendo Pinot Noir en recipientes que dicen CAMPEÓN DE BEER PONG 2024— antes de que, piadosamente, caiga y se haga añicos en el suelo.

—¡Cuidado, princesa! —La voz de Rook retumba por todo el departamento mientras maneja mis pertenencias con la delicadeza de un rinoceronte con cafeína. Está sacudiendo una caja etiquetada COCINA: CERÁMICA DECORATIVA FRÁGIL como si intentara adivinar qué hay dentro—. ¡Esta pesa un huevo!

—Por favor, no… —empiezo, pero ya la ha dejado caer con un golpe que definitivamente acaba de asesinar algo irreemplazable.

—Huele como si hubiera explotado un puto vivero aquí dentro —anuncia, abriendo las fosas nasales con dramatismo.

Mike entra detrás de Rook y levanta una caja con sorprendente cuidado.

—Joder, ¿cuánta mierda tienes?

—Lo normal —respondo a la defensiva.

—Esta dice BAÑO: LUJOS —lee Mike, sosteniéndola como si fuera contagiosa—. ¿Qué coño es un lujo de baño?

—Productos de cuidado facial —explico, sintiendo el calor subir por mi cuello—. Mascarillas, sales de baño, aceites esenciales…

—¿Esenciales para qué? —interrumpe Rook, pareciendo genuinamente desconcertado mientras ya va a medio camino de la puerta a buscar la siguiente caja.

—Para no parecer que te lavas la cara con una pastilla de jabón y una oración —le suelto.

La risa de Maine detona —ese sonido sísmico que probablemente registran los sismógrafos— y de pronto soy hiperconsciente de que estoy rodeada de tres jugadores de hockey defendiendo mi rutina de cuidado facial de diez pasos. Así muere la dignidad: no con una explosión, sino rodeada de hombres que creen que el protector solar es una conspiración.

—Ya, ya, niños —dice Maine, todavía sonriendo como si fuera el mejor entretenimiento que ha tenido en toda la semana—. Menos investigar su mierda y más moverla. Mike, tú te encargas de la lámpara. Rook, agarra los libros e intenta no usarlos como pesas.

Se dispersan con sorprendente eficiencia. Mike maneja mi lámpara de pie con la reverencia cuidadosa de alguien adiestrado por Sophie para no romper cosas, mientras Rook hace malabares con mis libros de enfermería, silbando con aprecio por su peso. Sophie me lanza una mirada que grita voy a convertir esto en una serie de TikTok.

Me retiro hacia la nevera, rezando por un pequeño territorio en este campo de batalla doméstico. Pero no puede ser, porque hay una caja de pizza acaparando el estante de arriba, una puerta que es un monumento a la salsa picante —al menos quince botellas creando un arcoíris de arrepentimientos futuros— y un cajón entero que es solo cerveza.

Mi leche de almendras. Mis verduras del mercado de productores. Todas van a morir aquí.

Me giro hacia Maine.

—La nevera está asquerosa.

—Pero está fría. ¿El frío no mata los gérmenes?

Lo miro fijamente, buscando desesperadamente cualquier indicio de sarcasmo, pero todo lo que recibo es orgullo y calidez. Sus ojos azules están muy abiertos con lo que parece ser genuino interés científico, un hombre que ha llegado a la edad legal para beber creyendo que refrigeración equivale a esterilización.

—No es así como funciona la microbiología —digo lentamente—. Voy a necesitar limpiar esto…

Se encoge de hombros y se apoya en la encimera, su cuerpo haciendo que la cocina parezca una casa de muñecas.

—Uno aprende algo nuevo cada día.

Me tiembla un ojo, pero comienzo mi misión de saneamiento con la determinación sombría de alguien que se ha quedado sin opciones, tallando un estante inmaculado a pura fuerza de voluntad y desinfectante de uso industrial. Cuando termino, mi comida y mi leche de almendras se apiñan como supervivientes de un desastre.

Rook brama desde la sala, sosteniendo mi difusor de aceites esenciales como si pudiera explotar.

—¡Hamilton! ¿Dónde va esta brujería?

—Eso es… —empiezo.

—Al dormitorio —interrumpe Maine con decisión—. Todo lo que huele bien va ahí.

—No son «cosas que huelen bien», es aromaterapia para…

—Al dormitorio —repite, su sonrisa virando hacia algo peligrosamente burlón.

Suelto un suspiro exasperado.

—Yo…

—¿A menos que estés intentando seducirnos a todos con tus olores mágicos de señorita?

—Son aceites esenciales de grado terapéutico diseñados para…

—Seducirnos. Entendido.

Rook hace ruidos dramáticos de arcadas mientras Mike y Sophie comparten una mirada —esa mirada repugnante de pareja exitosa que de alguna manera lo empeora todo. Y, teléfono en mano, Sophie definitivamente está grabando este desastre, sus pulgares volando por la pantalla con velocidad de documentalista.

—Mierda —dice Mike, habiendo excavado algo de mis cajas: mi primera edición de The Beautiful and Damned—. Tiene libros de verdad. No solo los de la universidad.

—Yo sé leer —protesta Maine, sonando herido por la comparación implícita, dado que sus estanterías no tienen… bueno… libros—. Leo todo el tiempo.

Mike resopla.

—Los pies de foto de Instagram no cuentan, amigo.

—¡Leo otras cosas!

—Nombra literalmente un libro que hayas leído este año.

La pausa se extiende. Luego, Maine sonríe.

—¡El libro de jugadas!

—Eso no es un libro, idiota hermoso.

—¡Tiene páginas! ¡Y palabras! ¡Esa es literalmente la definición de un libro!

Esta es mi vida ahora.

—¡Última caja! —anuncia Sophie con la falsa alegría de alguien que me abandona a mi suerte—. ¿Dónde va el equipo de ejercicio?

Maine se anima como un golden retriever que ve una pelota.

—Ah, genial, ¿haces ejercicio? ¡Convertimos el cuarto extra en gimnasio! Tenemos un banco, pesas libres, una…

—Yoga —interrumpo secamente—. Es para yoga.

Su entusiasmo se desinfla.

—Claro. Eso es como… ¿estiramiento competitivo?

—Es una práctica espiritual y física que… —Me detengo, al darme cuenta de que estoy a punto de perder el tiempo explicándole la atención plena a alguien que probablemente piensa que meditar es lo que pasa cuando olvidas el teléfono en otra habitación—. Sí. Estiramiento elegante.

—Genial. Eso también puede ir en tu cuarto.

Mi cuarto. El potencial infierno que todavía no he presenciado.

—Hablando de eso —dice Maine, leyendo mis pensamientos catastróficos—, ¿quieres verlo?

No quiero, pero lo sigo por el pasillo de todas formas. Pasamos frente a su puerta abierta, que revela exactamente el riesgo biológico que esperaba: ropa colgando de cada superficie como estalactitas de tela, equipo de hockey reproduciéndose en las esquinas, y lo que parece ser un altar construido enteramente con botellas vacías de Gatorade.

Es horripilante y me hace temer lo peor sobre el estado de mi cuarto. Pero entonces sigue por el pasillo y abre mi puerta con un ademán que sugiere que está orgulloso de algo. Y, al entrar detrás de él, me sorprende ver que la habitación está vacía.

Completa, bendita y milagrosamente vacía.

Y limpia.

De verdad limpia, no limpia-según-hombres, donde redistribuyes la suciedad de forma democrática.

La luz de la tarde entra por ventanas impolutas sobre suelos de madera relucientes. Las paredes están recién pintadas de beige y no muestran evidencia de inquilinos anteriores. Hasta huele a limpio, un aroma punzante a limón que corta el hedor de base del departamento.

—Supuse que querrías organizarla tú misma —dice, de pronto pareciendo casi tímido, una mano enorme frotándose la nuca—. Pero la limpié ayer, porque Sophie mencionó que eres… exigente con esas cosas. Compré algunos productos en la tienda y le robé un poco de pintura al encargado del edificio…

Algo cálido florece en mi pecho, pero no puedo formar palabras.

—El armario es bastante decente y tienes tu propio baño justo enfrente en el pasillo —continúa, las palabras saliendo cada vez más rápido—. Puse las mejores toallas ahí, las que combinan y todo, aunque supuse que a lo mejor traes las tuyas…

De verdad se esforzó.

Yo había sido una perra desdeñosa con él en Pine Barren Bagels.

Al venir aquí, me había comportado como una emperatriz visitando a los plebeyos.

Había ignorado que él está tan jodido como yo económicamente, y aun así, se esforzó.

Gastó dinero que no tenía haciendo algo que no necesitaba hacer.

—Es perfecto —digo, y me sorprendo a mí misma al decirlo en serio.

Su sonrisa florece.

—¿Sí? Genial. O sea, probablemente no es como tu lugar anterior…

—Es perfecto —repito, con más firmeza, porque se siente como un salvavidas en el caos.

—¡Maya! —llama Sophie desde la sala, rompiendo el momento—. ¡Me tengo que ir!

Roto el hechizo entre nosotros, sigo a Maine de vuelta a la zona de guerra, donde Mike y Rook han retomado su violencia digital en la consola. Mis cajas están apiladas en la esquina con una precisión impactante, las etiquetas hacia afuera, demostrando que a ellos también les importa.

—Buena suerte con… todo esto —dice Sophie, señalando todo con un gesto de impotencia. Su abrazo es feroz y significativo—. Manda un SOS si necesitas que te rescaten.

—Sobreviviré —digo, y quizás de verdad lo creo.

—Claro que sí —susurra, con un brillo conspirador en los ojos—. Limpió la habitación. Eso prácticamente es una propuesta de matrimonio en lenguaje de chicos.

Mike va a la nevera y saca una cerveza.

—Bienvenida al Thunderdome. Intenta no civilizarnos demasiado rápido.

—Sí —añade Rook con una sonrisa que promete caos futuro—. Somos como animales de zoológico, así que los cambios bruscos en nuestro entorno nos causan estrés.

Maine abre su cerveza.

—Puede que empecemos a lanzar nuestra mierda si nos mueves las cosas.

—Eso es asqueroso.

—Eso es un jueves —contraataca.

Mike y Rook vuelven a su partida, y de pronto somos solo Maine y yo en la cocina, el silencio abrumador de la realidad asentándose sobre nosotros. Está claro que está menos estresado de lo que ha estado en mucho tiempo —lo noto al comparar lo hecho mierda que se veía en la tienda de bagels con cómo se ve ahora— y está claro que el dinero es la razón.

—Bueno —dice, meciéndose sobre los talones.

—Bueno —repito.

Nos quedamos ahí de pie, rodeados por los restos de su vida y las cajas de la mía, dos sistemas operativos incompatibles intentando funcionar en el mismo hardware.

—¿Quieres una cerveza para celebrar? —ofrece con esperanza.

—Son las once de la mañana.

—¿Eso es un no?

—Eso es un «¿qué te pasa?».

—Muchas cosas. ¿Quieres que las enumere en orden alfabético o por gravedad?

Lo miro —lo miro de verdad— en toda su gloria desastrosa: pantalones cortos prehistóricos, camiseta ventilada y una sonrisa que sugiere que le parece hilarante su propia existencia. Un metro noventa y cinco de decisiones cuestionables y consideración inesperada. Y, por ahora, mi compañero de piso, la persona con quien compartiré el oxígeno y la contraseña del wifi.

Que Dios nos ayude a los dos.

—Acepto agua —concedo—. Pero solo si es en un vaso de verdad. No en algo que diga «SOBREVIVÍ LAS VACACIONES DE PRIMAVERA».

—¿Del grifo o embotellada?

No puedo ocultar mi sorpresa.

—¿Tienes agua embotellada?

Parece genuinamente ofendido.

—No soy un neandertal del todo. A veces compro en Target, y tienen un pasillo entero de agua elegante con minerales y esas mierdas.

Desaparece hacia la nevera, dejándome a solas con mis decisiones de vida. En algún lugar de este departamento, una

superficie está desarrollando su propio ecosistema. Pero tengo una habitación limpia. Y agua embotellada. Y un compañero de piso que limpió antes de que yo llegara solo porque mi mejor amiga mencionó que podría importarme.

En la jerarquía de desastres, esto se ubica en algún punto entre «sobrevivible» y «material para futuras sesiones de terapia».

Maine regresa con agua en un vaso de verdad —no de cristal fino, pero tampoco de plástico— y me lo entrega con sorprendente delicadeza.

—Bienvenida a casa —dice.

Casa.

La palabra pesa en mi pecho mientras chocamos bebidas, su cerveza de desayuno contra mi vaso, con una sonrisa mitad dulce, mitad descarada. Doy un largo trago, concentrándome en el agua limpia y fría en lugar del pánico interpretando El lago de los cisnes en mi estómago. Una cosa prístina en el caos. Con esto puedo trabajar.

—Gracias —logro decir—. Es un buen lugar.

Asiente.

—No es lujoso, pero es bueno. Como tu ropa interior favorita.

—¿Acabas de comparar tu departamento con ropa interior?

—Ropa interior buena. —Se encoge de hombros—. De la que te mantiene todo en su sitio…

—Te lo suplico, deja de hablar.

Pero se está esforzando. La habitación limpia lo demuestra. El agua embotellada lo demuestra.

Eso cuenta para algo.

Y me reta a intentarlo yo también.

siete

MAINE

VEINTISIETE PASOS HASTA MI CAMA.

Veintisiete pasos antes de poder dejar de fingir que no estoy completamente jodido.

Ya no estoy en la ruina, como antes. Pero igual de jodido.

La puerta de mi departamento chilla en las bisagras cuando la empujo con el hombro, con el cuerpo marinado en la colonia insignia de Pizza Plus —ajo, queso, pepperoni y el tufo particular del salario mínimo— y los pies latiéndome después de ocho horas haciendo pizzas.

El aire del departamento trae algo agradable y limpio que hace que mi propia peste me florezca en las fosas nasales. Las velas de Maya otra vez, o su difusor, o su perfume… La mujer es básicamente una fábrica de fragancias andante, y no me extraña que necesite a alguien que le ayude a pagar el alquiler con toda la mierda en la que se gasta el dinero.

Pero ese es su problema, no el mío, mientras cargue con su mitad de las facturas.

Cuando entro, la sala está ahogada en sombras salvo por la luz que sangra de la pantalla del portátil de Maya sobre la mesa del comedor. Antes de que Maya se mudara, me desplomaba donde ganara la gravedad. El departamento era el único sitio donde Maine

Hamilton, Alivio Cómico y Estrella del Hockey, podía por fin apagarse.

Ahora es solo otro escenario, y mi crítica más dura tiene asiento en primera fila.

Me quito las zapatillas a tirones, porque ella ha dejado clara su postura sobre llevar zapatos dentro de casa mediante una escalada progresiva: miradas de desaprobación, carraspeos intencionados, y finalmente una nota adhesiva rosa chillón con lo que podría haber sido una cara triste o un símbolo de riesgo biológico.

Y entonces la veo.

Vuelve de la cocina, me dedica el más mínimo gesto de saludo con la cabeza y se sienta frente a su portátil. Mis ojos la siguen todo el rato, y mi agotamiento se evapora de golpe, convertido en una claridad cristalina. Incluso en su estado más relajado, haciendo trabajos a altas horas de la noche, es sexo con patas.

Lleva una camiseta de tirantes gris, fina como el papel, con los tirantes negros del sostén cortando líneas oscuras sobre hombros pálidos. Los shorts de dormir se le suben un poco más por los muslos con cada microajuste, regalándome un espectáculo. Y su pelo está recogido en un moño caótico, atravesado por un bolígrafo.

Mi garganta alcanza condiciones desérticas, y la visión se me va derecha a la polla. Y lo peor es que ni siquiera lo está intentando. Esto no es un modelito de fiesta con tacones de fóllame y labial depredador. Esto es Maya estudiando a medianoche, en modo ahorro de energía.

Me doy cuenta de que llevo congelado en la puerta mirándola justo cuando ella levanta la vista hacia mí. Su mirada sostiene la mía un instante más allá de lo casual, más allá del saludo entre compañeros de piso, hasta un territorio que me oprime el pecho. Apuesto a que lo ve todo: el estrés detrás de mi fanfarronería, la atracción abrasadora que escondo.

Bueno, que *intento* esconder.

—¿Gran noche en la oficina? —Su voz corta la distancia, fría, y hay algo bajo el sarcasmo, algo que nota que llego más tarde de lo habitual.

—Viviendo el sueño. —Las palabras me salen ásperas—. Una pizza grande de pepperoni a la vez.

Me dedica un medio asentimiento, ya girándose hacia su pantalla, despachándome con la misma eficiencia con la que procesaría un pedido a domicilio. El bolígrafo queda atrapado entre sus dientes cuando se lo lleva a la boca, y tengo que apretar la mandíbula para no emitir ningún sonido.

Me retiro hacia mi habitación, la puerta se abre de par en par, y entonces lo veo.

Justo en el centro de mi almohada, colocado con precisión patológica: el plato que abandoné en el fregadero esta mañana, ahora irradiando una limpieza agresiva. La cerámica devuelve la luz como una acusación, y una nota adhesiva rosa chillón lo corona:

¿Se perdió de camino a casa?

La rabia me inunda el sistema, instantánea e inútil, porque esto es la última de las microagresiones de ida y vuelta que compartimos desde que se mudó. Intenté darle la bienvenida, limpié su habitación y le di libertad para llenarla —y el resto del departamento— como necesitara para sentirse acogida.

Pero no para de cruzar la línea.

Ha sincronizado sus duchas maratonianas con mi horario de entrenamientos con una precisión admirable. Ha «optimizado» la cocina convirtiéndola en algún sistema de organización nórdico que seguramente requiere certificación. Ha impuesto su dominio sobre el olor del departamento entero, y ahora va a por la vista.

Sus mierdas —objetos decorativos, plantas— están ahora por todas *putas* partes.

Así que yo sigo empujándola en silencio de vuelta al otro lado de la línea.

Una bolsa de hockey dejada aquí, un plato en el fregadero allá. Es infantil, pero es la única rebelión posible en la guerra fría entre nosotros, porque la realidad es que no me puedo permitir que la guerra se caliente. Su parte del alquiler marca la diferencia entre sobrevivir y ahogarme.

La nota se arruga en mi puño y la energía me zumba por dentro —frustración y agotamiento y la presión fantasma de su mirada—, y

necesito quemarla antes de hacer alguna estupidez. Algo como volver ahí fuera hecho una furia, decirle lo que esos shorts me están provocando, y decirle que se lleve sus *putas* velas…

Y quizá preguntarle si le apetece follar antes de irse.

Pero no lo hago, porque la necesito. Y si la confrontara, podría acabar admitiendo que calculo el momento de mi batido de proteínas en función de cuándo sale de la ducha y va a prepararse el café. O que me siento como un crío emocionado cuando baja la guardia y casi se le escapa una sonrisa con mis chistes estúpidos.

Así que, en vez de eso, hago lo que hago siempre que tengo energía que quemar y ninguna fiesta que dirigir. Mi camiseta de trabajo cae al suelo, manchada de grasa, y la barra de dominadas acecha en el marco de mi puerta como un reto constante. Al menos la barra no deja notas pasivo-agresivas ni hace que mi departamento huela a promesas que no me puedo permitir.

Me impulso hacia arriba, los dedos mordiendo el metal, y tiro.

Una. Dos. Tres.

Los hombros me chillan de inmediato: un dolor limpio que entiendo.

Cuatro. Cinco. Seis.

Lo jodido es esto: tengo un doctorado en leer a las mujeres. Después de tres minutos del Método Maine Hamilton, suelen estar riéndose y dándome su número. Pero Maya está hecha de otros materiales, que me devuelven mis patrañas y me hacen sentir un poco idiota.

Siete. Ocho. Nueve.

Aunque unas pocas veces lo he clavado. Un chiste en el momento justo o una réplica ingeniosa. Y cuando se ríe… bueno, no voy a soltar una cursilada tipo «es como ángeles cantando», pero cuando se ríe *de verdad* —no esa exhalación quirúrgica, sino la auténtica— es desordenada y preciosa.

Diez. Once. Doce.

Oigo su silla arañar la madera, pero no le doy importancia, hasta que literalmente la huelo acercarse, su aroma cortando a través de mi marinada post-turno. Se materializa en mi visión periférica,

deteniéndose justo fuera del umbral de mi dormitorio como si respetara las reglas de los vampiros.

Y entonces, observa.

Trece. Catorce. Quince.

No digo nada. Ni siquiera reconozco que está ahí. Si quiere espectáculo, estoy encantado de ofrecerle algo digno de un anuncio de los Marines, con la esperanza de darle algo de la frustración y la atracción que yo llevo sintiendo durante días.

Dieciséis. Diecisiete. Dieciocho.

—¿Pavoneándote para un público de una, Hamilton?

Su comentario hace que mi piel, ya recalentada, arda aún más, pero me concentro en mantener la forma impecable: pecho a la barra, extensión completa, descenso controlado. Lo último que necesito es que piense que me ha descolocado, pero mientras intento cargar una réplica, cometo un error crítico.

Le sostengo la mirada.

Y ahí está.

Durante medio latido, quizá menos, algo más se filtra a través de su expresión. La sonrisa burlona se mantiene en su sitio, pero sus ojos la traicionan, recorriendo mi pecho con precisión de misil teledirigido. Se detienen en mis abdominales, donde el sudor se acumula en los surcos, y se demoran en la V donde el pantalón deportivo apenas se agarra a los huesos de la cadera.

Luego suben de golpe, pero no antes de que vea lo que había en ellos.

Deseo.

En bruto, sin filtro, enterrado a toda prisa.

La revelación me golpea como un palazo en los pulmones. Maya Hayes —el objeto inamovible frente a mi farsa imparable— acaba de inventariarme como si estuviera en el menú. Y de repente, lo que creía que era una chispa de atracción en un solo sentido es ahora un incendio en ambas direcciones.

Eso me remata. Mi concentración se hace añicos y mi ritmo se disuelve. Mi palma derecha, de repente resbaladiza como hielo negro, pierde el agarre por completo. La gravedad me reclama y me desplomo: rodillas cediendo, mano izquierda arañando desesperada

el marco de la puerta para evitar una catástrofe total, y mi culo se estampa contra el suelo.

Levanta una ceja, su sentido de la victoria claro en esa sonrisa afilada.

—Muy comprometido con ese aterrizaje —dice—. Puntos por creatividad.

Abro la boca para soltar alguna chulada y recuperar mi dignidad, pero no tengo nada. Maine Hamilton, que nunca ha conocido un silencio que no pudiera llenar ni un listo al que no pudiera ganarle, está sentado de culo en el suelo con el sudor enfriándose hasta convertirse en vergüenza y oliendo a ajo.

—Bueno, sí. —Me pongo de pie, intentando rescatar algo de dignidad de este accidente de tráfico—. Hay que darle al público lo que quiere.

Es una réplica de mierda, y los dos lo sabemos.

—El público. —Saborea las palabras, las deja suspendidas; su silencio me dice lo que piensa de mi devolución—. Una sola: yo.

Da un paso más cerca. El pasillo se contrae. Tiene que inclinar la cara hacia arriba para mantener el contacto visual —le saco más de treinta centímetros—, pero de alguna manera sigue ganando este combate de alturas. Puedo olerla, y esa maldita combinación de sostén y camiseta de tirantes intenta arrastrarme la mirada hacia su escote como un rayo tractor.

Joder.

Ni en mi dormitorio puedo escapar de ella.

—Te dejaste un trozo en tu… entusiasta… actuación de limpieza de antes —dice—. Hay salpicaduras de marinara de hace cinco días.

Un segundo me está follando con la mirada, y al siguiente me está criticando mi higiene alimentaria.

—Mañana —consigo decir, con algo parecido a una voz firme—. Palabra de scout.

—Tú nunca fuiste scout. —Otra sonrisa burlona—. Los scouts tienen disciplina. Constancia. La capacidad de completar dominadas sin necesitar atención médica.

La artillería coqueta da justo en el blanco.

—Ay. —Me llevo una mano al pecho—. Mi frágil ego.

—Nada frágil en ti. —Le echa un vistazo a mi pecho y se va a su habitación.

La física se convierte en mi enemiga mientras esos shorts libran una guerra contra la cobertura de su culo con cada paso. Si son veintisiete pasos de la puerta de entrada a mi habitación, los cinco que ella da desde mi puerta hasta la suya son la cosa más jodidamente sexy que he visto en mi vida. Y entonces su puerta se cierra con un clic tan definitivo como un punto y aparte.

Me quedo respirando como si hubiera corrido suicidas, la piel electrificada, el aire todavía drogado con su aroma. Mi agotamiento ha ardido como una chispa en una habitación llena de pólvora, y mi polla muestra un interés inequívoco en los acontecimientos recientes, lo cual es espectacular considerando que comparto pared con la responsable.

Agarro el plato acusador y voy a la cocina, donde su portátil hiberna pero su presencia persiste: una taza de té a medio beber colocada con precisión matemática, tres resaltadores dispuestos con pulcritud y un libro de texto de enfermería desplegado en la página en la que estuviera.

El conjunto grita *no molestar*.

Así que, naturalmente, molesto, porque vivo con alguien que trata la agresividad pasiva como un deporte de competición. Ella lleva la cuenta, y voy perdiendo, lo cual es inaceptable. Porque si hay algo que Maine Hamilton no hace es perder con elegancia, y si hay algo que *sí* hace es subir la apuesta constantemente.

Es solo un empujoncito. Nada catastrófico, nada que vaya a interrumpir su estudio o arruinar sus apuntes, porque no soy un completo imbécil. Pero disfruto enormemente intercambiando la tapa del resaltador verde con la del naranja, y luego rotándolos justo lo suficiente para romper su perfecta disposición en paralelo.

¿Y cuando le adelanto el marcapáginas tres capítulos?

La satisfacción mezquina sabe mejor que un gol de la victoria.

Hecho eso, meto el plato en el armario de un golpe, con una sonrisa en la cara, reviviendo esa mirada. Esa astilla de tiempo en la que su control se resbaló y entreví… ¿qué? ¿El mismo deseo

inconveniente que lleva comiéndome las defensas desde que invadió mi espacio?

La posibilidad se me asienta en las tripas.

Porque aquí está el chiste espectacular: estoy encadenado. Su dinero del alquiler es mi soporte vital. Y si esto se complica más allá del tira y afloja pasivo-agresivo… Joder, *cuando* se complique, porque esa mirada prometía complicaciones con interés compuesto, no puedo ejecutar mi estrategia de salida habitual y desaparecer sin más.

Estoy esposado financieramente a una mujer que acaba de hacerme olvidar mi nombre con dos segundos de atención con la guardia baja.

Pero hay más en ella que eso. Veo el agotamiento que intenta ocultar, el miedo que siente desde que sus padres le cortaron el grifo (ella no me lo ha contado, pero Mike sí…), y los momentos con la guardia baja que son grietas en su fachada de fiestera indomable, de potra salvaje.

Y cada grieta en su perfección solo la hace más fascinante.

Pero ese es el problema. No es solo una compañera de piso o un medio para un fin. Es una fuerza que ha desestabilizado por completo mi equilibrio, y no tengo ni idea de cómo recuperarlo. Y lo más aterrador es cuánto quiero volver a ver esa mirada hambrienta en ella.

Y cuánto quiero ser la razón de que su control se fracture.

ocho

MAINE

—¡LA PUTA MADRE, KELLERMAN!

Mi voz retumba por el campo de prácticas cuando el driver de Kellerman corta el aire vacío —ni cerca de la pelota— y el impulso lo hace girar hacia atrás, tres pasos tambaleantes, hasta que casi se estampa de cara contra la alfombrilla de goma.

Perfecto. Para esto vivo.

Los chicos estallan. Incluso bajo esta luz de sodio amarillo meado que hace que todos parezcan medio muertos, distingo el ceño fruncido de Kellerman. Pero enseguida él también sonríe, porque este es nuestro ecosistema: yo soy el depredador alfa que convierte los fracasos de los demás en entretenimiento.

—¿Le apuntabas a la pelota o intentabas despegar de vuelta al campus como helicóptero? —Aparto a Cooper con el hombro. Lleva un rato diseccionando su agarre con la intensidad que normalmente reserva para los enlaces moleculares—. Háganse a un lado, criaturas. Déjenme enseñarles cómo se hace.

El driver se acomoda en mis manos. La cinta de agarre gastada, áspera contra las palmas, su peso real y sólido. No se parece en nada a la presión que me aplasta el pecho desde hace tres semanas. Las facturas, el dinero, la presencia constante de Maya y nuestra guerra de agresión pasiva, y —joder— la atracción.

¿Pero aquí? ¿Bajo estas luces?

Vuelvo a ser yo mismo.

No soy gran golfista, pero soy mejor que estos otros inútiles, y mi cuerpo se encarga de cubrir el cheque que firmó mi ego. Destrozo la pelota y el chasquido resuena por todo el campo, puro sexo en forma de sonido. Sigo su vuelo contra el cielo negro hasta que desaparece en algún punto más allá del marcador de doscientas cincuenta yardas.

—Doscientas cuarenta, fácil. —Me doy la vuelta con el palo apoyado en el hombro.

—Y una mierda. —Rook se materializa desde su puesto—. Doscientas veinte como mucho.

—…¿por qué tengo el mejor porcentaje de paradas del hockey universitario? —Sonríe, ya colocando su pelota en el tee—. Dedícate a meter goles, Hamilton. La geometría déjamela a mí.

Niego con la cabeza. Putos porteros. Todos y cada uno operan en una frecuencia que solo captan los perros y los locos, pero Rook además opera a un volumen que rivaliza con cualquiera. Y, siendo honesto, me encanta, porque su confianza emergente me ha dado a alguien en el equipo con quien picarme.

Sonrío.

—Tira entonces, si tu percepción de profundidad es tan buena…

Se encoge de hombros, se acerca al tee y golpea.

Y la pelota desaparece en órbita.

Mierda.

—Doscientas cincuenta —anuncia, examinándose las uñas—. Mínimo.

Y arrancamos.

Nos turnamos los golpes con cada vez más ganas. Cada impacto me vibra por el titanio hasta los huesos, pero necesito esto. Necesito la simplicidad binaria de más lejos / no tan lejos, la competencia sin sentido donde lo único que importa es ganar. Algo simple y divertido.

El público se forma a nuestro alrededor: Schmidt comentando nuestra técnica, Cooper sacando una petaca de la nada, y Martínez callado pero diciendo más que nadie con ligeros asentimientos y negaciones de cabeza. Y Mike, con una enorme sonrisa descarada todo el rato.

—Estás agarrando el palo como si intentaras estrangularte la polla —observa Mike, señalando mi agarre con la barbilla.

Sonrío de lado.

—Se llama técnica, Altman. Algunos necesitamos más de cinco centímetros de contacto.

Los aullidos me alimentan.

Este es mi elemento.

No el departamento, con la presencia constante de Maya.

Me preparo para el siguiente golpe, peso equilibrado, brazos rectos —forma de manual—, pero mi cerebro no está en la pelota que espera a un metro de distancia. Está a veinte minutos cruzando la ciudad, en mi departamento, donde hasta el pensamiento fugaz de Maya me tiene preguntándome qué estará haciendo en casa mientras yo estoy aquí.

Planeando mi próxima humillación.

La guerra de agresión pasiva ha continuado de manera bastante sencilla. Después de que yo le jodiera los materiales de estudio, ella me reorganizó el rincón de la consola mientras yo estaba en el entrenamiento, enrollando los cables de mi PS5 en espirales perfectas con putas etiquetas y todo. *HDMI a TV. Corriente. Mando 1.*

Así que respondí «ayudándola» a cambiar las tapas de su colección de esmaltes de uñas, asegurándome de que ninguna tapa con el puntito de color coincidiera con el color real del frasco. El chillido que soltó cuando se dio cuenta valió cada segundo de la mirada asesina en el desayuno.

Y así habíamos seguido. Pequeños actos de agresión pasiva que se convirtieron en bromas pesadas, que se convirtieron en… otra cosa. Y pronto, en vez de simplemente responder con bromas, empecé a anticipar sus movimientos y a preguntarme con qué me encontraría al llegar a casa.

Y en los últimos días, he empezado a fijarme en cómo se muerde el labio inferior cuando está tramando algo perverso, y en cómo sus ojos se entrecierran justo antes de atacar. Empecé a esperar con ganas cualquier nuevo infierno que hubiera inventado, porque al menos significaba que había estado pensando en mí.

Somos dos alfas en rumbo de colisión, y en veintiséis días viviendo juntos, ya he memorizado el tono exacto de rosa que adquieren sus mejillas cuando está cabreada, que es diferente al de cuando está avergonzada. Pero entonces… bueno… ella subió la apuesta.

Marcó su territorio.

Afirmó su dominio.

Empezó a hacer yoga en la sala cada mañana.

Sin problema, ¿no? Todos hacemos ejercicio, ¿no?

Pero lo hace con unos shorts minúsculos que se le suben cuando se pone en postura de perro boca abajo, dándome una vista de primera fila de un culo que debería estar en una valla de Nike. Pura guerra psicológica, un nuevo frente caliente en nuestra guerra fría, y los dos lo sabemos.

Hace una semana, pasé intentando no quedarme mirando mientras ella mantenía posturas que le hacían temblar los muslos. Mientras esos shorts diminutos se le ceñían al culo y la camiseta se le subía, dejándome entrever el sostén deportivo, me ignoró por completo salvo por la sonrisita mínima cuando tropecé con mi bolsa de equipo.

Así que empecé a entrenar sin camiseta. Flexiones en la sala seguidas de una rutina completa de abdominales en el suelo mientras ella intentaba hacer una videollamada con Sophie. Cada abdominal la hacía perder el hilo, tartamudeando mientras sus ojos seguían el movimiento de mis músculos.

¿Y anoche?

Trajo a alguien a casa y se aseguró de que oyera cada puta risita a través de las paredes de papel. Mi mente se desbocó, imaginando su piel pálida contra sábanas oscuras y sus sonidos, y pronto me encontré pajeándome en la cama, escuchando la orquesta del cuarto de al lado.

Fue otro movimiento en nuestro jodido juego de ajedrez.

Así que esta mañana me aseguré de pasar por delante de su puerta con nada más que una toalla, aún mojado de la ducha, mientras su invitado de la noche intentaba escabullirse. Le solté un

«buenos días, hermano» que hizo que el tipo prácticamente saliera corriendo hacia la puerta.

Punto: Maine.

O no.

Porque Maya apareció cinco minutos después con una camiseta enorme que apenas le cubría el culo, con el pelo revuelto de sexo que me daba ganas de revolvérselo más. Y montó una actuación porno mientras cortaba fruta: lamiéndose el jugo de mango de los dedos, soltando un murmullo de satisfacción al morder una fresa.

Me retiré a la seguridad de una ducha fría.

Y ese es el verdadero problema. Ya no es mierda pasivo-agresiva de compañeros de piso. Son juegos previos disfrazados de disputas territoriales, dos personas acostumbradas a ganar convirtiendo su espacio en una arena de tensión sexual, y estoy a una postura provocativa de yoga de hacer algo estúpido. Y—

—¡MAINE! —La voz de Rook corta mi espiral—. ¡Cuando quieras, princesa!

Parpadeo. La pelota no se ha movido. Tengo el palo levantado como si fuera a operar en vez de golpear una puta pelota de golf. Todos me miran: Mike con preocupación cómplice, Rook con burla jubilosa, y Cooper con su habitual análisis de androide.

—Alguien tiene la cabeza en otra parte —anuncia Rook, lo bastante alto para que lo oiga todo el campo—. No puede concentrarse. ¿Cómo se llama?

—Tu madre —disparo automáticamente, pero no le pongo ganas —. Solo estaba entrando en la zona…

El golpe, cuando por fin lo lanzo, es basura. Basura total. El seguimiento es peor, la cabeza del palo atrapa el césped y levanta un trozo de hierba y goma sintética. ¿Y la pelota? Bueno, sale disparada a la izquierda, tan desviada que podría darle a alguien en el aparcamiento.

Silencio.

Un silencio hermoso y horrible.

Y entonces los chicos estallan en carcajadas; Rook literalmente doblado de risa.

—¡No me jodas! —Jadea entre resuellos—. ¡Ha sido precioso! ¡Absolutamente precioso! ¡Como ver a una jirafa bebé intentando patinar sobre hielo!

Schmidt hace una mueca.

—Eso va a destrozar el parabrisas de alguien.

—Eso va a destrozar el alma de alguien —añade Martínez en voz baja, su versión de sumarse al ataque.

Hasta Kellerman se ríe tapándose la boca con la mano, probablemente eufórico de que otro sea el hazmerreír de esta noche.

—El viento me la desvió —suelto, agarrando otra pelota.

—¿Qué viento? —pregunta Schmidt con precisión quirúrgica—. La presión atmosférica ha estado estable toda la…

—A lo mejor está distraído. —Rook abandona su palo y empieza a rodearme—. Lo de la compañera de piso nueva debe de estar fundiéndole la cabeza. ¿Cómo se llamaba? ¿Maya?

Se me tensan los hombros.

—Mi compañera de piso no tiene nada que…

—Porque Mike mencionó que está que arde. —Ahora sonríe, enseñando todos los dientes—. Dijo que hace que las modelos de Instagram parezcan señoras de comedor. Y llevas viviendo con ella, ¿qué, tres semanas? Eso es mucha presión. Muchas duchas frías. Escucharla mucho por las noches a través de las paredes…

—No tienes ni puta idea de lo que hablas.

Pero la voz se me quiebra —literalmente se me quiebra— y se lanzan a por mí.

—Demuéstralo, entonces. —Los ojos de Rook brillan—. Dale recto a esta, y me creeré que tu misteriosa compañera de piso no vive gratis en tu banco de pajas.

Me coloco. Concentración. Respiro.

Mi golpe es puro caos. La pelota sale zumbando hacia un lado, casi le da al dispensador de pelotas del campo antes de desaparecer. Suelto el palo con un golpe seco. Fuerzo la sonrisa patentada de Maine Hamilton —todo dientes y nada de alma— porque es hora de cambiar la narrativa antes de que esto se convierta en la historia que me persiga toda la temporada.

—¿Saben qué? —Abro los brazos de par en par, a lo predicador—. Tienen toda la razón. Mi juego de golf está jodido. Pero ¿saben en qué juegos no pierdo nunca?

Mike gruñe.

—Aquí vamos.

—Hockey y mujeres. —Dejo que la confianza empape cada palabra—. ¿Darle a una pelotita blanca? Lo que sea. ¿Pero mujeres? Eso es cuestión del juego. Y yo no pierdo.

Rook me estudia con la intensidad que reserva para leer a los tiradores en los contraataques.

—¿Ah, sí?

No me gusta la falsa inocencia de su voz, pero ya estoy demasiado metido como para echarme atrás, y —más importante— los chicos ya no están pendientes de mi golpe de golf.

—Sí —digo.

Los ojos de Rook se clavan en los míos, y sé hacia dónde va esto.

—Pero después de tres semanas viviendo con la reina del campus, ¿sigues volando solo?

Las palabras pegan fuerte. Se me tensa la mandíbula, pero mantengo la sonrisa en su sitio, chulesca e indestructible.

—Estoy jugando a largo plazo —digo.

—¿A largo plazo? —se ríe Rook—. ¿O sin juego?

El calor me sube por el cuello. La verdad está justo ahí: que Maya ha estado destruyendo mi cordura de manera sistemática, un par de shorts de yoga a la vez. Que me he estado pajeando pensando en sus estiramientos matutinos. Que he memorizado exactamente cómo se le sube la camiseta de tirantes cuando se estira para alcanzar los estantes de arriba.

¿Pero admitir eso?

Ni de coña.

Las palabras salen disparadas antes de que pueda frenarlas.

—Podría tenerla suplicándome.

El silencio tiene peso. Hasta el campo de prácticas parece detenerse.

Rook sonríe lenta y peligrosamente.

—¿En serio?

—Totalmente.

Cállate, cállate, me grita el cerebro, pero la boca sigue hablando.

Se gira hacia nuestro público.

—¡Señores! ¡Maine Hamilton acaba de subir la apuesta!

Se me cae el estómago, porque el que siempre monta el espectáculo acaba de convertirse en el espectáculo.

—Nuestro niño de oro —anuncia Rook— afirma que puede hacer que Maya Hayes, *la* Maya Hayes, se enamore perdidamente de él.

—¿Enamorarse? —Se me quiebra la voz—. Nadie dijo…

—Ah, perdón. —Rook gira sobre sus talones, ojos brillantes—. ¿Te referías a un polvo rápido? Porque media costa este ya tiene esa insignia. No, dijiste «suplicándome». Eso son sentimientos, hermano. Eso es lo real. Eso es brunch del domingo y conocer a los padres.

Dios santo.

Me arrepiento al instante de haber tomado este camino, pero no voy a dar marcha atrás.

Porque Maine Hamilton es todo gas, sin frenos.

—Entonces aquí va la apuesta —se dirige Rook al grupo—. Hamilton hace que Maya se enamore de él antes del último día de finales, o paga cien pavos a cada uno de los que entren.

Se me va la sangre de la cara. Las rodillas me tiemblan de verdad. Cien dólares. Por cabeza. Con un mínimo de seis, son seiscientos dólares que no tengo, cuando apenas acabo de salir de la montaña de mierda que me dejó pagar solo un departamento de dos habitaciones.

—Chicos, a lo mejor deberíamos olvidarnos… —La voz de Mike atraviesa la burbuja de bravuconería, pero tiene los ojos clavados en mí—. Es mucho dinero.

Agradezco el salvavidas de Mike, pero no soporto los ojos en blanco y los resoplidos de desdén que le siguen. Para estos chicos, soy el cabecilla del caos, el bufón mayor, el jefe supremo de joder al prójimo sin descanso. Y echarme atrás sería más que mantener el dinero en el bolsillo. Sería entregarle mi corona a Rook.

—Es una apuesta —digo, antes de que mi mente pueda disuadirme—. ¿Quién entra?

—Yo —dice Mike encogiéndose de hombros, después de haberme ofrecido una salida que rechacé.

—Yo también —añade Cooper con su eficiencia robótica.

Schmidt, Martínez, Kellerman y Rook se apuntan.

—¿Y bien? —Rook extiende la palma—. ¿Lo hacemos, o es puro cuento?

La jugada inteligente es reírse. Dar marcha atrás. Tomar la salida que Mike me ofreció. Pero todos están mirando, esperando, y no hay ninguna posibilidad de que me eche atrás ahora. Así que mi mano se mueve en piloto automático, agarra la de Rook y la estrecha: su palma seca de confianza, la mía resbaladiza de pánico.

—Hecho.

El campo estalla.

—Esto va a ser precioso —dice Rook, soltándome la mano.

¿Las burlas del golf? Historia antigua. Les he dado algo mejor, porque Maya pasa de las relaciones, pasa de los sentimientos, y desde luego pasa del amor. Hace ataques de precisión de una noche en los que sus ojos te hacen sentir como la única persona viva, y para el amanecer ya ha olvidado tu nombre.

Y acabo de apostar seiscientos dólares que no tengo a que puedo reescribir su código.

Piensa, pedazo de idiota. PIENSA.

Pero lo único que veo es a Maya en esos shorts de yoga. Ese ingenio quirúrgico que me disecciona cada vez. La forma en que me ha mirado un par de veces, calor real en esos ojos oscuros durante un segundo de paro cardíaco, antes de apagarlo. Su olor, su risa…

Y, de repente, decido lanzarme.

¿Por qué no?

Soy el puto Maine Hamilton, y que empiece el juego.

nueve

MAYA

MI MANUAL DE prácticas clínicas bien podría ser los abdominales de Maine, con lo mucho que estoy consiguiendo estudiar.

El recuerdo me golpea a traición: el agua deslizándose por su pecho, acumulándose en esa línea criminal donde empieza la toalla, la flexión de músculos cuando se pasó los dedos por el pelo mojado y dorado. Mi bolígrafo ataca la ficha con saña personal al pensarlo, porque me está afectando.

Buenos días, bro. Dos palabras. Eso fue todo lo que hizo falta para marcar territorio y que Tyler saliera corriendo como si le hubieran prendido fuego a sus Sperrys.

Punto: Maine.

Pero yo le había devuelto el golpe, ¿no?

Salí llevando solo la camiseta robada de Maine, con el dobladillo jugando un peligroso cucú con el decoro. Y después convertí el consumo de fruta en una clase magistral de felación, trabajándome esa fresa como si estuviera haciendo una audición para un canal de madrugada.

¿La respuesta?

Una mandíbula tensa y un reajuste de vaqueros que gritaban «alerta de empalme inesperado».

Punto: Maya.

Mis muslos se aprietan bajo la mesa, una traición corporal que me niego a reconocer mientras vuelvo al manual. Regulación del gasto cardíaco... hilarante, teniendo en cuenta que mi corazón se revoluciona al máximo cada vez que pienso en nuestra convivencia, que es a la vez necesaria (el dinero...) y embriagadora (todo lo demás...).

Estamos atrapados en este juego psicosexual a ver quién se raja primero, cada mañana una nueva escalada en nuestra guerra de desgaste. Sus dominadas sin camiseta. Esos pantalones deportivos grises que violan varios artículos de la Convención de Ginebra. La forma en que sale de la ducha con esa toalla sostenida por una oración y leyes de la física que no comprendo.

Mi represalia: yoga ejecutado con intención maliciosa, rutina de cuidado facial nocturna en seda que se pega como un susurro a donde la gravedad dicte, y reorganizarle el estante de la ducha solo para imaginarlo tanteando a ciegas, mojado, maldiciendo mi nombre de formas que me hacen cosquillear la columna.

Es...

—...tiene que ser tan intenso vivir con Maine.

La voz de una de mis compañeras de estudio corta mi montaje mental clasificado X, y la realidad se reimpone: el zumbido de los fluorescentes, el clic-clac de teclas del pánico de última hora desde todas las direcciones, y mi grupo de estudio mirándome con expresiones que van de la preocupación a la sed apenas disimulada.

Sophie va directo a la yugular.

—O sea, ¿con la fama que tiene? ¡Seguro que necesitas un portero de discoteca solo para llegar a tu puerta!

Zorra, la fulmino con la mirada, pero las dos sabemos que no va en serio, porque sonríe de lado.

Las demás asienten con la cabeza en compasión sincronizada. Jenny aferra su resaltador con la intensidad de alguien que ya tiene preparado su discurso de aceptación del Nobel. Priya se ajusta las gafas de terapeuta pretenciosa —de carey, cómo no— con la expresión que lleva meses perfeccionando.

—Tiene que ser muy difícil —arrulla Priya—. Navegar ese tipo de... energía masculina depredadora en tu propio espacio seguro.

Mi columna se endereza de golpe con fuerza suficiente para que la silla chirríe en protesta. Me ven como un corderito indefenso mientras el gran lobo feroz del hockey ronda nuestro territorio compartido. La suposición me quema, porque deberían saber —todos deberían saber— que yo soy la dueña de cualquier territorio que piso.

Bueno, excepto la casa de mi infancia.

—Idiotas adorables —digo, las palabras destilando miel con cianuro—. Tenéis la cadena alimenticia al revés.

Me inclino hacia delante, dejándoles entrever lo que se han perdido —la depredadora escondida bajo uniforme sanitario y estrés— y la luz del techo capta mi brillo de labios cuando enseño los dientes.

—Maine no está cazando nada —digo, mientras los ojos de Jenny se abren tanto que casi puedo ver su cerebro recalibrándose—. El tipo anuncia sus intenciones con la sutileza que esperaría de un jugador de hockey. Es básicamente una paloma cachonda pavoneándose por unas migajas.

El café de Sophie se congela a medio camino de su boca, como si acabara de darse cuenta del peligro de que las demás se burlen de mí.

—Maya, no creo que...

Priya la interrumpe, revelando el duende del cotilleo que se esconde bajo su fachada de indiferencia:

—Espera, ¿estás diciendo que... él intenta llamar tu atención?

—Desesperadamente. —La palabra rueda por mi lengua como champán de victoria—. Todos esos músculos, toda esa energía de *la tengo enorme*... me desea más que al aire.

El cambio de atmósfera golpea como un colocón por contacto. Pero bajo su deleite escandalizado, lo detecto: su duda, ese destello de *venga ya* que enciende mis neuronas competitivas, y me doy cuenta de que hay una oportunidad de canalizar toda la incertidumbre que siento con Maine a mi favor.

—Podría tenerlo en mi cama antes de que acabe el día —digo, reclinándome en la silla y cruzándome de brazos—. Demasiado fácil.

—Demasiado fácil con creces —se ríe Jenny—. Es Maine Hamilton, por el amor de Dios. Cualquiera de nosotras podría tenerlo en la cama antes de que acabe el día.

Las chicas se ríen, llamando la atención de las mesas cercanas, y no puedo decir que Jenny se equivoque. Maine tiene una reputación, y ahora he visto las pruebas que la confirman. Una chica cada pocas noches, y más si quisiera, todo el campus básicamente su colección personal de Pokémon. Pero hay algo que no hace.

—Amor —la confianza recubre cada sílaba como armadura de diseñador—. Me desea tanto que podría tenerlo enamorado de mí para los finales.

El silencio cae como si alguien hubiera cortado el sonido en posproducción. Hasta el ruido blanco de la biblioteca parece entrecortarse. El guante cae entre nosotras con estrépito, imposible de ignorar. Mi pulso monta una rave en la garganta, pero mantengo la expresión lisa como el mármol.

—Maya, eso es... —Jenny busca las palabras—. Es uno de los mayores mujeriegos del campus; ten cuidado de que no acabe jugando contigo.

La compasión de Jenny golpea como una bofetada a mano abierta.

Mi columna se bloquea contra el plástico barato mientras, alrededor de nuestra mesa apretada, tres caras se transforman en máscaras idénticas de lástima mezclada con preocupación. Y, como siempre, ese cóctel particular de emociones hace que mi piel se tensa hasta adherirse al músculo. Y el hecho de que llegue tan poco después de que mis padres me desestabilizaran...

Pues...

Digamos que me siento un poco vulnerable...

...lo cual es probablemente la mitad de la razón por la que me pone tanto el tira y afloja con Maine.

¿Pero esto? Esto es inaceptable.

Pobre Maya. Pobre corderito. Compartiendo paredes con el lobo más infame del campus.

La estrella del hockey, el rey de la comedia, el evaporador de bragas.

La suposición se propaga por mi torrente sanguíneo y siento una quemazón familiar: la de cada cena familiar donde mis logros se ganaban asentimientos distraídos mientras los de mis hermanos merecían Dom Pérignon, y cada vez que mis padres me decían por qué no podía o no debía en lugar de debía o podía.

Ven vulnerabilidad. Ven presa.

Y eso no va a pasar.

¿La idea de que alguien pueda jugar conmigo, especialmente Maine? ¡Ja!

—Final del semestre —digo—. Me dice que me quiere, o algo equivalente, o cruzo el campus corriendo desnuda.

El café de Sophie se suspende a medio sorbo, su expresión preocupada congelada en tiempo real. El resaltador rosa chicle de Jenny queda suspendido en el aire, olvidado. Priya mira a las demás, intentando averiguar si bromeo y tomar el pulso del grupo, y luego simplemente se queda mirándome.

Es la situación y las apuestas combinándose en una explosión.

Y es glorioso.

La voz de Sophie se quiebra.

—Maya, eso... A Maine no le van las relaciones.

—E-xac-to. —Mi sonrisa se afila—. Lo que hace que ganar sea tan delicioso.

Jenny juguetea ahora con sus uñas acrílicas de farmacia.

—Pero ¿y si pierdes...?

Sonrío.

—Cuando gane, las mismas apuestas para vosotras tres. Una carrera desnudas por el campus.

La sangre se les drena de la cara en horror sincronizado, pura mortificación por triplicado. La magnitud se asienta pesada, definitiva y aséptica. Esto trasciende a Maine. Esto va de poder, de demostrar que no necesito el dinero ni la aprobación de mis padres, y desde luego no necesito que mis amigas crean que soy una víctima.

Pero es más que eso, incluso yo lo admito (¡solo para mis adentros!). Se trata de ponerle apuestas a mi guerra fría con Maine —encontrar una razón para convertirla en caliente— porque la

tensión actual me tiene incapaz de pensar, incapaz de estudiar, incapaz de hacer nada sin que sus estúpidos (deliciosos) abdominales me crucen la mente.

Es lujuria canalizada con un propósito.

Es contener la fisión nuclear para bien, antes de que me destruya.

—¿Trato? —Mi mano se extiende sobre la mesa, firme como una sutura.

Apilan sus manos temblorosas sobre la mía: la de Jenny helada, la de Priya resbaladiza de ansiedad, y la de Sophie con el peso de alguien que me ha sujetado el pelo durante intoxicaciones de tequila, que sabe exactamente hasta dónde soy capaz de llevar cualquier cosa, y que sabe que no hay quien escape a la gravedad de Maya.

—Trato —susurran.

Me reclino, inundada por una satisfacción cálida como la morfina, mientras ellas vuelven a estudiar. Pero por más que estudien, no llegarán a ver su punto ciego: los hombres como Maine funcionan con un código tan predecible que podrías publicarlo en los libros de texto, y yo perfeccioné su programación hace años.

El hombre ya me quiere y no lo sabe.

Y estas chicas han perdido tan estrepitosamente que ya podrían ir sacándose las tetas.

Mi teléfono vibra. Es mi madre:

Tu hermana se graduó primera de su promoción en Harvard Med. Quizá quieras llamarla.

Quizá quiera responder *que te jodan*, pero no lo hago.

Es solo otro recordatorio de que, en mi familia, soy la marginada. La oveja negra. Algunos lo verían como una tragedia, pero lo he convertido en mi identidad, y por eso que las chicas me tengan lástima y asuman que soy la víctima me escoció tanto. Y por eso quiero reclamar mi espacio —mi estatus— con ellas y con Maine.

Porque con mi familia...

Bueno, ahí no hay vuelta atrás.

—Señoritas —me levanto con gracia coreografiada—. Si me disculpáis, tengo un infarto que provocar.

Sus caras atónitas siguen mi salida de la biblioteca, y me aseguro de añadir un contoneo extra de caderas porque la confianza es mitad actuación, mitad delirio. Mis botas anuncian cada paso con autoridad, perturbando a todos los demás en la biblioteca y atrayendo cada par de ojos masculinos —y algunos femeninos— a mi culo.

Cada zancada es eléctrica.

La apuesta se me inyecta directo en las venas. Maine Hamilton cree que conoce el juego —pura testosterona y necesidad obvia— pero el juego ha cambiado. Ahora hay apuestas, y todavía no ha registrado que cada movimiento ha sido trazado, diagnosticado y prescrito.

Que a Maya Hayes no la juega nadie.

Ella juega.

Y nunca pierde.

diez

MAINE

ASÍ QUE MI plan brillante es seducir a mi compañera de piso por una apuesta que no me puedo permitir perder.

Este podría ser el mejor, o el peor, episodio del Show de Maine de la historia.

El agua de la ducha todavía me gotea del pelo mientras reviso mi reflejo una última vez, repasando mi lista mental. Duchado. Listo. Recién afeitado. Listo. Colonia aplicada con toda la sutileza de un hombre desesperado intentando enmascarar el olor a fracaso. Listo.

Ahora a ver si logro encandilar a Maya, que me mira como si fuera un programa de televisión diurna que se olvidó de apagar.

Me he liado con un montón de tías que de verdad querían la experiencia completa Maine Hamilton. Todo encanto superficial, sin montaje necesario. Pero Maya me cala y lo encuentra vagamente entretenido, con suerte, como ver al perro de otra persona persiguiéndose la cola.

Después de vestirme, salgo del baño a la sala, donde Maya ha colonizado el sofá. Tiene los libros de medicina apilados a su alrededor como si se estuviera preparando para una guerra de asedio contra la ignorancia, y está tan absorta en uno de ellos que ni siquiera levanta la vista hacia mí.

Pero yo la miro a ella.

Dios, cómo la miro.

El sol de la tarde se cuela en diagonal por nuestra ventana más o menos limpia —obra suya, obviamente— tiñéndole de ámbar las puntas del pelo negro. Tiene la costumbre de doblar una pierna debajo de ella cuando estudia, con el pie libre marcando ritmos de una música que solo ella oye.

Como siempre, el pequeño movimiento me atrae la mirada hacia su tobillo desnudo asomando bajo los vaqueros remangados, los huesos delicados, que parecen imposiblemente frágiles para alguien que les dice a hombres hechos y derechos dónde meterse sus opiniones. Y mientras ella...

¡Joder!, me grita mi cerebro. *¿Desde cuándo tienes un fetiche con los tobillos?*

Me acerco y me despliego en el sofá con la gracia calculada de alguien que ha practicado este movimiento frente al espejo (dos veces), dejando que mi muslo se apoye contra el suyo. Nada agresivo, solo... geográficamente inevitable. Ella no se aparta, pero su pie se frena a medio golpeteo como un disco que salta, el resaltador suspendido en el aire.

—¿Qué quieres, Maine? —suspira sin levantar siquiera la vista del libro, aunque le pone el capuchón al resaltador.

—¿Estudiando mucho o mucho estu...? —Las palabras se me escapan antes de que mi cerebro pueda intervenir—. Joder, haz como que no he dicho eso...

La comisura de su boca tiembla, luchando contra una sonrisa.

—Demasiado tarde. Ese chiste es terminal; lo dice aquí mismo en la página treinta y tres...

Me río, de verdad, no porque me intimide ni porque esté intentando ganar una apuesta.

—Mierda, ¿cuánto me queda?

—Segundos. —Todavía no ha levantado la vista, pero le pillo cómo se le entrecierran los ojos con risa contenida—. La única cura es el cese inmediato de los juegos de palabras espantosos.

—Pero entonces, ¿cómo me comunicaría? —Sonrío—. Es como pedirme que juegue al hockey sin palo.

Una media sonrisa.

—Mejor todavía...

Me inclino hacia ella, lo bastante cerca para que le llegue toda la experiencia de la colonia de doce dólares. A grandes males, grandes remedios.

—Además, solo estoy estableciendo un nivel base de pésimo. Todo lo que venga después va a parecer Shakespeare, ya verás.

Eso me gana la Mirada Diagnóstica Maya Hayes completa, esa que te hace sentir que está catalogando tus constantes vitales y las encuentra deficientes. Sus ojos oscuros recorren desde la mancha húmeda donde mi pelo gotea sobre el cuello de la camiseta, hasta donde mi mano descansa sobre mi muslo, los dedos tamborileando con energía nerviosa a centímetros de su rodilla.

—Solo intento averiguar qué pretendes aquí, Maine. —Su voz tiene ese tono particular que he aprendido que significa peligro, el equivalente vocal de un bisturí, listo para diseccionar cualquier chorrada que venga a continuación—. Llevamos semanas dando vueltas el uno alrededor del otro. Bromas, ojo por ojo, incluso algo de coqueteo, así que...

—Podríamos llamarlo muchas cosas... —Ejecuto la clásica maniobra del brazo-por-detrás-del-sofá, y las puntas de mis dedos encuentran los extremos de su pelo, tanteando—. ¿Vínculo entre compañeros de estudio? ¿Maine consiguiendo que Maya baje la guardia antes de atacar? Quién sabe.

—¿Qué tal «Maine tiene un episodio neurológico y yo estoy intentando memorizar las vías de conducción cardíaca»?

Ella se mantiene firme verbalmente, pero no se ha apartado del contacto de muslo contra muslo ni de la mano en su pelo. Ni se ha refugiado en su habitación como hace la mayoría de las veces cuando se harta de mis gilipolleces. En cambio, su pie se ha quedado completamente quieto, y hay tensión en su postura.

Como un jugador esperando el saque.

—Mira, ese es tu problema. —Señalo su fortaleza de libros, inyectándome confianza como si fuera una sustancia dopante—. Te complicas demasiado con el corazón. A veces hay que confiar en el ritmo... sentir el flujo... entrar un poco en la zona.

Su risa le estalla de dentro, mitad resoplido, mitad carcajada, y es música.

Cuando se ríe de verdad, no la versión calculada que despliega en las fiestas, sino la auténtica, se le transforma toda la cara. Se le cierran los ojos en forma de media luna, se le arruga la nariz, y hay un diminuto jadeo al final que probablemente odiaría saber que tiene.

—¿Acabas de usar la fisiología cardíaca como preliminares? —dice—. De todas las gilipolleces que he oído de todos los tíos, esa es nueva.

Joder, ¿tengo una oportunidad aquí? ¿Ya?

De repente, el miedo a soltar un dinero que no tengo es reemplazado por la emoción de ganar un dinero que me vendría muy bien. Y, bueno, la idea de acostarme con Maya, que tampoco estaría mal. Sería como un extra en metálico por follar para liberar la tensión que lleva semanas acumulándose en nuestra convivencia.

—Soy el primero en muchas cosas —digo, probando la frase.

—Oh, cariño. —Se gira completamente hacia mí, su rodilla presionando la mía con una intención tan deliberada como una carga, los ojos chispeando con algo que me seca la boca—. Vas a tener que hacerlo mucho mejor que eso. Esto no es una groupie del hockey en una fiesta post-partido.

Un momento crepita entre nosotros como un relámpago, porque en los últimos diez segundos los dos hemos declarado que la atracción entre nosotros está en juego. Ha estado ahí sin palabras durante semanas, coqueteos y miradas de reojo, pero ahora está sobre la mesa. Y no son solo palabras. Es la forma en que está inclinada hacia mí, la cabeza ladeada, los labios carnosos entreabiertos...

Interés. Genuino interés de joder-esto-está-pasando-de-verdad.

Reto aceptado.

El pulso se me dispara como si estuviera en muerte súbita.

Es ahora. Meter el gol o comer hielo.

—Podría ayudarte a estudiar. —Alargo la mano hacia su libro, deliberadamente torpe para que nuestras manos choquen sobre los diagramas anatómicos—. Eh, perdona, yo...

Sus dedos se deslizan entre los míos como agua buscando grietas, piel cálida como la fiebre y suave.

—¿Te está dando un ictus? ¿Te reviso las pupilas?

Su mano se queda enredada con la mía, su pulgar dibujando pequeños círculos ahora, cada rotación enviando señales directas a las partes más meridionales de mi anatomía, para las que su libro de texto seguramente tiene nombres clínicos, pero la mayoría de mis compañeros de hockey tienen nombres mucho más ordinarios.

Excepto Kellerman. Puto empollón.

Ella continúa, mirándome a los ojos.

—Pupilas normales, aunque el paciente padece una enfermedad crónica de meter la pata. Bastante mayor para saber qué hace, bastante joven para...

Tres golpes rápidos.

Pausa.

Dos más.

Cada músculo de mi cuerpo se bloquea como si me hubieran estampado contra las vallas.

Ahora no. No cuando por fin parece que estoy llegando a algún sitio.

Ese golpeteo lleva grabado a fuego en mi cerebro desde que tenía quince años: el código especial de mamá de cuando comprobaba si estaba dormido antes de salir corriendo al hospital con Chloe. Solo que ya no tengo quince, y ellos nunca pasan «por aquí sin más». La gasolina cuesta un dinero que no tienen, así que si han venido en coche...

Algo va mal.

—¿Esperabas a alguien? —pregunta Maya, todavía algo coqueta, sin detectar el cambio de ambiente.

Pero yo ya me estoy moviendo, las piernas en piloto automático como memoria muscular de una jugada que nunca quise aprender, y cuando abro la puerta me encuentro con el espectáculo completo de variedades del desastre Hamilton. Parpadeo unas cuantas veces, sin saber muy bien qué decirles.

Mamá se aferra a su bolso, el mismo de las rebajas de Target, agrietándose, que lleva manteniendo con vida cinco años a base de pegamento y oraciones. Papá mira la hora en el Timex barato de cojones que le compré hace años. Y Chloe, mi hermanita que dejó

de ser pequeña la primera vez que preguntó si se iba a morir, bueno...

Bueno, joder, parece la muerte recalentada en el microondas.

Chloe se desploma contra el marco de la puerta, porque estar de pie es simplemente otra cosa más que intenta matarla. Su piel con tinte grisáceo dice que el oxígeno es un lujo que sus pulmones no se pueden permitir, y las ojeras han evolucionado de sombras a moratones en toda regla.

—Hola, campeón —dice mi padre, y puedo notar que está calculando gastos de gasolina y jornales perdidos—. Chloe ha tenido una mañana dura. Pensamos que quizá un cambio de aires...

Traducción: estamos a un mal día del colapso total y tú eres el único cuidador de respiro que no cobra.

El peso familiar me aplasta los hombros: responsabilidad envuelta en resentimiento envuelta en amor envuelta en un agotamiento que cala hasta los huesos. Han venido sin preguntar porque saben que nunca diré que no, sin importar lo que esté pasando conmigo.

Pero mi boca ya se está moviendo, interpretando el guion escrito antes de que yo supiera leer.

—Claro. Joder, Chlo, ¿estás haciendo el casting para The Walking Dead?

Consigue una risa que degenera en un silbido, y luego usa una palabra que la mayoría de las niñas de ocho años no tienen permitido usar, pero ella tiene un permiso especial.

—Capullo.

—Esa boca —dice mamá en piloto automático, las manos ya excavando su bolso—. Los medicamentos de las cuatro están en el bolsillo delantero; las pastillas azules solo, no las blancas, porque esas ya se las ha tomado, y el medidor de flujo está ahí también. Si baja de doscientos...

—Urgencias, lo sé. —Le tomo el codo, aceptando su peso como llevo haciendo desde que ella empezaba a caminar y yo era un adolescente y nadie pensó en preguntar si era lo bastante fuerte. Pesa menos que la última vez. Siempre pesa menos—. Ya nos sabemos este baile, mamá.

—El nebulizador está en el coche. Puedo...

—Yo tengo uno aquí.

Las palabras salen con filo suficiente para sacar sangre. Mamá parpadea como si acabara de recordar que existo más allá de ser cuidador de respiro. Porque sí, compré un puto nebulizador con dinero que no tenía porque ella se olvidó de traer uno la última vez, y ahora lo escondo debajo de mi cama como si fuera droga. Por si acaso.

—Oh. —El alivio y la culpa libran una guerra a lo largo del rostro de mamá—. Maine, cariño, no tenías por qué...

—No pasa nada —miento.

Nada de esto está bien, pero ¿qué más puedo decir?

Hola, soy Maine, me estoy ahogando en deudas y mi desayuno ha sido agua del grifo.

Pero da igual, porque la mentira no se cuestiona lo más mínimo. No preguntan cómo van las clases (mal). No preguntan por el hockey (más vale que llegue a profesional si alguno de nosotros quiere comer). No preguntan por qué los vaqueros me quedan sueltos ni por qué las manos me tiemblan a veces de sustituir calorías por cafeína.

Porque estoy bien. Siempre lo he estado. Siempre he tenido que estarlo.

—Dos horas. —Papá ya está retrocediendo, las llaves tintineando la retirada—. Tres como mucho. Solo necesitamos...

—Sin prisa. —La sonrisa me parece tallada en la cara con un patín oxidado—. Aquí estamos bien.

Se han ido antes de que la puerta termine de cerrarse, dejándome con la respiración trabajosa de mi hermana y la sensación familiar de que soy el último recurso disfrazado de primera opción. Y...

—¿Era tu familia?

La voz de Maya interrumpe mi fiesta de autocompasión. Cierto. Ha presenciado toda esa producción patética. Nada dice «potencial de dios del sexo» o «material de novio» como ver a un hombre adulto siendo tratado como personal de enfermería no remunerado

por sus propios padres. Pero ahora no puedo pensar en eso, porque Maya y la apuesta son lo más lejano en mi cabeza.

Así que solo asiento, y ella se retira a la cocina mientras guío a Chloe al sofá.

—Despacito, Chlo. Hogar, dulce sofá.

—Es guapa —logra decir Chloe una vez acomodada, incluso con los pulmones funcionando al cuarenta por ciento de capacidad—. Buena estructura ósea.

—Eso es rarísimo en lo que fijarse, joder. —Le coloco los cojines detrás de la espalda exactamente como le gustan: dos en vertical, uno en horizontal.

—No para de mirar hacia aquí. —Los ojos de Chloe, afilados pese al agotamiento, siguen los movimientos de Maya—. Como si estuviera pendiente de ti.

—Probablemente está huyendo de tus gérmenes. —Le meto los pies cubiertos por la manta debajo de un cojín—. Hay gente rara con las enfermedades pulmonares. No me explico por qué.

—Maine. —Su voz seria suena mal filtrada a través de sibilancias —. Estás flaco. Y cansado. O sea, más cansado de lo normal.

—Estoy bien. —La respuesta viene instalada de fábrica en mi ADN junto con la incapacidad genética de pedir ayuda—. Voy a por tu manta. Intenta no morirte mientras no estoy.

—No prometo nada.

Me escapo al armario del pasillo donde la colcha de la abuela vive bajo custodia protectora. Estante de abajo, envuelta en una bolsa de basura. La cosa es un crimen contra la estética: estampados que chocan entre sí y que quizá fueron flores antes de rendirse, colores que no existen en la naturaleza, todo sujeto por pura cabezonería. Pero Chloe decidió a los tres años que tenía propiedades curativas, y quién le va a discutir a una niña enferma su teoría de la manta mágica.

Cuando me doy la vuelta, Maya está ahí en el pasillo estrecho.

—Yo... —Empieza, se detiene, y baja la mirada a la explosión de colcha en mis brazos—. Eso es toda una declaración de intenciones.

—Reliquia familiar. —La levanto más, un metro noventa y cinco de músculo atlético agarrado a una manta como si fuera apoyo

emocional—. Es horrenda, lo sé.

—Es querida. —Su voz se vuelve más suave de lo que le he oído jamás, como si estuviera manejando algo frágil—. Se nota por cómo la sujetas. Importa.

Algo complicado y doloroso se me mueve en el pecho. Pero antes de que pueda procesar eso, ella se pega a la pared para dejarme pasar. El movimiento nos acerca lo suficiente para compartir el mismo aire, lo suficiente para sentir su calor corporal a través del algodón fino, lo suficiente para ver su pulso latiendo en la garganta.

Durante un segundo de locura, considero soltar la colcha horrible.

Apretarla contra esa pared.

Pero entonces Chloe tose.

Húmeda y dolorosa y llena de fluido que no debería estar ahí.

La realidad llamando.

Paso junto a Maya y vuelvo a la sala, donde Chloe se inclina hacia un lado, ese desplome particular de agotamiento que significa que respirar es un trabajo a jornada completa con prestaciones de mierda. La envuelvo en la colcha como le gusta: recogida bajo la barbilla para sentirse segura, holgada alrededor del pecho para que pueda respirar.

—¿Tratamiento o solo pastillas hoy, renacuaja? —Suspiro, desplomándome en el sofá a su lado, deseando poder envolverme también en la manta.

—Tratamiento completo. —El silbido empeora, desarrollando ese filo de pitido que me contrae mi propio pecho por simpatía—. Pero puedes...

—Sí, sí. Ya sé. Hora del cuento. —Le revuelvo el pelo, más suave de lo que admitiría jamás—. Déjame ir a por el contrabando.

La caja de suministros médicos vive debajo de mi cama, escondida detrás del equipo de hockey que igual acaba en una casa de empeños si mis finanzas empeoran. Pero dentro está la mierda más valiosa que tengo, todo dispuesto con precisión militar: viales de medicación en posición de firmes, tubos enrollados con pulcritud obsesiva, mascarilla de grado hospitalario.

Mis manos se mueven sin consultar a mi cerebro: comprobar la medicación, medir el suero, todo cargado con la memoria muscular de demasiados años, demasiados tratamientos. Y cuando vuelvo, Maya se ha adueñado del brazo del sillón reclinable, lo bastante cerca para observar pero manteniendo las distancias.

Lleva una expresión que no puedo descifrar: no es lástima, menos mal, joder, sino algo que me hace sentir desnudo más allá de la piel.

—Vale, imaginaos este puto desastre —empiezo, ignorando a Maya por el momento pero reconfortado por tenerla cerca mientras me siento al lado de Chloe, ajustando la mascarilla con la tensión exacta necesaria—. Hace una semana, mi colega Rook decide que va a hacerse un batido de proteínas, y...

Bajo la voz a un tono grave y constante, el ritmo exacto que se sincroniza con el zumbido del nebulizador. Cuento la historia, pura mentira, totalmente inventada, pero la tranquiliza mientras administro el tratamiento. Como hace desde que era pequeña, los ojos de Chloe bailan con risa silenciosa, la respiración aliviándose ya mientras la medicina hace su efecto.

Mi mano se mantiene firme en su hombro, contando respiraciones sin pensarlo, contando la historia sin siquiera pensar en lo que digo. Esto somos nosotros. Esto es lo que hacemos. Yo la hago reír cuando no puede respirar, porque la ayuda a ella, y ella se ríe todo lo que puede, porque me ayuda a mí.

Así nació el Show de Maine, y así continúa hasta el día de hoy.

A medida que la historia avanza, los hombros de Chloe tiemblan con risas contenidas. Mantengo la mano firme, asegurándome de que la risa no desencadene otro ataque de tos. El nebulizador tararea su nana mecánica, y yo acompaso mi respiración a la suya sin pretenderlo. Veinte minutos después, la medicación se agota.

—¿Mejor? —pregunto, retirando la mascarilla con cuidado y limpiándole la condensación de alrededor de la boca, porque odia cómo se siente la humedad en la piel.

Asiente, ya adormilada por la medicación, y su mano encuentra la mía debajo de la colcha.

—Se te da bien cuidar de la gente.

Resoplo.

—Sí, bueno. Uno de los dos tiene que ser el que tiene talento.

—Lo digo en serio.

Las palabras golpean como un diagnóstico que no quería. Se me da bien cuidar de la gente porque la alternativa es ser invisible. Porque ser necesitado gana a ser nada, aunque me esté matando un tratamiento a la vez, aunque no pueda cuidar de mí mismo, aunque...

—Maine.

La voz de Maya me saca de la espiral. Sostiene dos tazas, el vapor elevándose entre nosotros como una ofrenda de paz. Me tiende una con cuidado. Cuando la cojo, nuestros dedos se solapan sobre la cerámica caliente más tiempo del que la física exige. Le dedico una sonrisa fina, porque ahora mismo no tengo palabras.

El café me quema la lengua, pero me lo bebo igual, necesitando hacer algo con la boca que no implique desparramar mis tripas por toda la empatía de diseño de Maya Hayes. El café está exactamente como me gusta, y me pregunto cuándo coño se fijó en eso.

Y lo que es más importante, ¿por qué se molestó en archivar esa información?

—Tu hermana tiene suerte. —Su voz llega baja, cuidadosa como un patín sobre hielo fino. Observa a Chloe sumirse en el sueño post-tratamiento con el ojo entrenado de una enfermera que probablemente ha visto cosas mucho peores, pero puedo sentir que en realidad me está mirando a mí—. De tener a alguien que sabe exactamente lo que necesita.

—Es lo que se hace —consigo decir, las palabras más ásperas de lo que pretendía—. Es la familia... simplemente apareces...

Algo oscuro y afilado le cruza el rostro, algo entre la conmoción y el dolor, pero desaparece antes de que pueda identificarlo. Sus dedos estrangulan la taza hasta que los nudillos se quedan sin sangre, la mandíbula apretándose como si estuviera triturando un trabajo dental caro.

—Claro. Familia.

La palabra sale como cristal roto, bordes afilados apenas contenidos. Como si quizá ella también supiera algo sobre familia.

Pero antes de que pueda excavar esa mina, antes de que este momento se pueda abrir en algo peligroso y real, Chloe tose.

No de las que dan miedo, solo irritación residual, pero es suficiente.

Vuelvo al modo cuidador, dejando el café que sabe a posibilidad, comprobándole el color, ajustando la colcha horrible que es más vieja que mis sueños fracasados. Porque esto es lo que hago, y esto es quien soy cuando la actuación termina y la realidad me golpea entre los ojos.

Y Maya acaba de conseguir un asiento en primera fila para el show que nadie debería ver.

once

MAYA

INTENTO que me absorban los criterios diagnósticos del shock cardiogénico, pero mis ojos no dejan de desviarse hacia la sala, donde Maine está desmantelando silenciosamente cada idea preconcebida que he tenido sobre él.

Lleva una hora sentado con Chloe, sin ser su yo habitual —el que actúa, el que encanta— simplemente estando. Pero tampoco ha sido su yo privado, el tipo que he visto estresado por el dinero o por un mal entrenamiento de hockey, aunque no me lo admita. Esto es una tercera fuerza… un tercer Maine…

El tipo que se vuelve sólido y suave para su familia.

Sin aristas, sin debilidad.

Confiable.

Sea verdad o no.

Lo veo en cada minuto de su interacción con Chloe. Cuando ella se remueve incómoda, él le ajusta las almohadas antes de que pueda pedirlo. Cuando el nebulizador empieza a fallar, revisa el nivel de medicamento. Cuando ella intenta hacer un chiste que se disuelve en sibilancias, espera pacientemente a que recupere el aliento, con la mano firme sobre su hombro.

Joder, incluso le cronometra la respiración fingiendo que tamborilea en la pierna, y la enfermera que hay en mí lo ve claro como el agua. Veinte respiraciones por minuto es el límite para su

condición, y él claramente lo sabe, pero ella se mantiene por encima de la línea por ahora. Cada pocos minutos, su pierna empieza a tamborilear otra vez, y vuelve a contar, asegurándose de que está bien.

Este no es el tipo que deja tubos de pasta de dientes junto al lavabo como marcas territoriales, ni el que puede convertir cualquier conversación en un doble sentido, ni el que, si soy sincera, estaba coqueteando conmigo antes de que llegaran sus padres. Este no es el alma de la fiesta, la polla más grande de cualquier grupo, el alfa entre alfas del equipo de hockey de los Pine Barren Devils.

Este es alguien completamente distinto. Alguien real, alguien que sabe exactamente cuántas respiraciones por minuto significan que su hermana está mal, alguien que tiene un nebulizador de uso médico escondido debajo de la cama como si fuera contrabando. Y el dolor en mi pecho cada vez es más difícil de ignorar. No es atracción —bueno, no solo atracción— es algo más peligroso.

Es reconocimiento.

Sé lo que es interpretar un papel durante tanto tiempo que te olvidas de que hay una persona debajo. Pero mientras yo elegí mi rebelión, forjé mi armadura de fiestera como una cota de malla de diseñador, Maine no tuvo elección. Su papel fue asignado al nacer: el hijo fácil, el que no necesita nada, el alivio cómico en el drama médico de su familia. Y es un manto que se pone por amor y por respeto.

Distinto del mío, porque mis padres decidieron mi papel por mí.

Nunca lo bastante buena.

Nunca tomando las decisiones correctas.

Pero, aun así, ver sus interacciones con Chloe ha desencajado algo dentro de mí.

Mi teléfono vibra contra la mesa, interrumpiendo mis pensamientos, y bajo la mirada para encontrar el chat de mi grupo de estudio desbordado de mensajes sobre el examen de mañana. Pero la notificación que realmente busco —la que llevo esperando desde que envié esa patética rama de olivo a mis hermanos hace veinte minutos— no está ahí.

Pensando en vosotros.

Tres palabras. Eso es todo lo que logré. Tres palabras que me llevó veinte minutos escribir, borrar, reescribir, mirar fijamente, casi borrar de nuevo, y finalmente enviar en un momento de esperanza estúpida y vulnerable. Las confirmaciones de lectura aparecieron casi de inmediato. Mi hermano y mi hermana lo vieron. Y después… nada.

El silencio es más ruidoso que cualquier respuesta posible.

Ni yo ni mi vida les importamos, y están de acuerdo con nuestros padres. Soy la decepción. La que tiró a la basura su pedigrí de Chestnut Hill para «jugar a ser enfermera» y vivir como «gente común». Y las marcas azules burlonas que muestran que han leído el mensaje pero han elegido no responder son confirmación suficiente.

—¿Todo bien? —La voz de Maine corta mi espiral. Me mira desde el sofá con genuina preocupación.

Esto es real, y va dirigido a mí, y no tengo ni idea de qué hacer con ello.

—Bien —digo automáticamente, poniendo el teléfono boca abajo —. Solo miraba la hora.

No señala la mentira obvia, solo asiente y vuelve hacia Chloe, que se ha quedado dormida contra su hombro. La colcha fea está remetida a su alrededor con el mismo cuidado que yo uso para preparar campos estériles en el laboratorio de prácticas: cada esquina precisa, cada pliegue intencional.

Bajo la mirada hacia mi libro de texto para que no vea las lágrimas que se me acumulan en los ojos —por verlos a él y a Chloe, o por el silencio de mis hermanos, no estoy segura— pero las palabras se desdibujan. Lo único en lo que puedo pensar es en la forma en que no insistió, no indagó. En mi mundo —el mundo de mi familia— la debilidad es algo que se desprecia.

Pero Maine simplemente… lo dejó pasar. Como si mi privacidad importara. Como si tuviera derecho a tener sentimientos que prefiero no diseccionar para consumo público.

Suena un golpe en la puerta —el mismo de antes— y de repente el departamento se transforma. La espalda de Maine se endereza, su expresión se recompone en algo más suelto, más fácil. Para cuando

sus padres cruzan la puerta, el Show de Maine ha vuelto con una nueva temporada.

—¡Ahí están! —Sonríe, pero puedo ver el esfuerzo que le cuesta, la forma en que su mandíbula se tensa justo antes de que la sonrisa se extienda.

Su madre apenas lo mira, con la atención concentrada en Chloe como un láser.

—¿Cómo estuvo? ¿Tuvo algún ataque de tos? ¿Se tomó la dosis de las cuatro?

—Está bien, mamá. Todavía no he perdido ningún paciente. —El chiste cae en el vacío. Su madre ya estira los brazos hacia Chloe, revisándole el color, la respiración, la temperatura.

Su padre ronda junto a la puerta, haciendo sonar las llaves en esa señal universal de tenemos que irnos ya.

—Gracias por esto, campeón. De verdad necesitábamos el descanso.

—Sin problema. —La voz de Maine es firme, pero sus manos se aprietan brevemente a los costados antes de relajarse—. Cuando queráis.

Ya están abrigando a Chloe, y ninguno de los dos le pregunta a Maine cómo le fue el día, o la semana, o el año. Ninguno nota el agotamiento tallado en las líneas alrededor de sus ojos ni la forma en que ha perdido peso, sus vaqueros colgando más bajos en las caderas que cuando me mudé. Ni siquiera preguntan por mí.

¿Saben que su último compañero de piso se fue?

Es invisible para ellos. No ignorado, exactamente, porque eso requeriría que lo vieran primero. Simplemente… no está ahí. Una pieza funcional de la maquinaria familiar que opera como se espera, así que ¿para qué examinarla de cerca cuando hay otras cosas que necesitan su atención?

Tras un abrazo incómodo de despedida, Maine suelta un chiste y les dice que conduzcan con cuidado, todavía interpretando su papel. Luego se van, y la puerta se cierra con un clic suave que suena como un disparo en el silencio repentino.

Y entonces Maine simplemente… se derrumba.

Sus rodillas golpean el suelo primero, luego su espalda se desliza por la puerta hasta quedar sentado sobre nuestro linóleo barato, con la cabeza entre las manos. La transformación es tan completa, tan devastadora, que ahogo un grito.

Mi cuerpo se mueve antes de que mi cerebro reaccione, y de repente estoy deslizándome por la pared para sentarme cerca de él, lo bastante cerca para ofrecer consuelo pero lo bastante lejos para respetar la vulnerabilidad cruda que irradia de cada línea de su cuerpo.

Es el momento, susurra una voz en mi cabeza. Es vulnerable. Un toque, una palabra suave, y podrías empezar a atraparlo. La apuesta estaría prácticamente ganada.

El pensamiento me da náuseas. Lo entierro con el resto de las lecciones tóxicas de mi familia sobre la explotación y la ventaja. Este momento no tiene nada que ver con ninguna apuesta estúpida. Se trata de un ser humano que acaba de pasar dos horas cuidando a su hermana enferma mientras sus padres lo trataban como equipo médico gratuito.

¿Pero qué le digo?

Está claro que ambos estamos tan jodidos, tan entrenados para esquivar y actuar, que la conexión genuina es como hablar un idioma que ninguno de los dos recuerda del todo haber aprendido.

El silencio se extiende entre nosotros, cargado de todo lo que no podemos decir. Puedo oírlo respirar —áspero, desigual, como si hubiera volcado toda su energía en Chloe y ahora estuviera luchando por no desmoronarse del todo—. Tengo el pecho oprimido, los ojos ardiendo con lágrimas que me niego a dejar caer.

Necesito arreglar esto. No porque quiera ganar una apuesta estúpida, sino porque Maine —el tipo al que vi cuidar de alguien tan completamente durante las últimas dos horas— merece algo mejor que estar sentado en el suelo, olvidado y exhausto y tan absolutamente solo a pesar de estar rodeado de gente que dice quererlo.

Pero no sé cómo arreglar cosas reales. Solo sé organizar fiestas y hacer que la gente se olvide de sus problemas por unas horas. Sé mezclar copas y preparar listas de reproducción y crear espacios

donde todo el mundo está demasiado borracho y feliz para recordar lo que duele.

Funciona para mí, y es mi regalo para los demás.

No es suficiente, pero es todo lo que tengo.

—¿Sabes qué? —digo, inyectando alegría falsa en mi voz como si fuera vodka del bueno—. Creo que este departamento está demasiado callado. Es deprimente.

Levanta la cabeza despacio, confundido. Sus ojos están enrojecidos, vidriosos con lágrimas sin derramar, y la imagen hace que algo se resquebraje en mi pecho.

—¿Qué?

—Creo —me pongo de pie, forzando una energía que no siento en cada movimiento— que necesitamos hacer una fiesta esta noche.

La propuesta queda suspendida en el aire entre nosotros, absurda y desesperada y completamente inapropiada. Aquí está este hombre, vaciado por la obligación familiar y el amor invisible, y mi solución es básicamente ¿has probado a apagar y encender?

Pero es mi única jugada.

Es mi armadura y mi arma contra el peso aplastante de la emoción real. Si no puedo arreglar su dolor, quizá pueda ahogarlo. Si no puedo hacer que su familia lo vea, quizá pueda llenar este departamento de gente que sí lo vea, aunque sea solo por unas horas, aunque no sea real.

—Maya… —Su voz es ronca, confundida—. No tengo dinero para…

—No te preocupes. —Agito la mano como si estuviera disipando humo, como si el dinero no fuera la razón por la que vivo en su departamento—. Tengo un plan. Y tetas.

Lo que no digo: Voy a cobrar todos los favores que me quedan. Voy a suplicarle a gente con la que juré no volver a hablar. Haré lo que sea necesario para hacerte sonreír otra vez, aunque sea falso, aunque sea solo por esta noche. Porque verte con tu hermana fue simultáneamente lo más hermoso y lo más desgarrador que he visto en mi vida.

Lo que no digo: Esta es la única forma que conozco de cuidar a alguien.

Lo que no digo: Me aterra lo que pasa cuando la fiesta se acabe.

doce

MAINE

JODER, esta chica sabe lo que es una fiesta.

La transformación de nuestro departamento —de zona de guerra doméstica a cuartel general de cuidados de hermana a epicentro fiestero— fue tan rápida que casi me da un latigazo. En un momento estaba tirado en el suelo, emocionalmente vacío, y al siguiente Maya tiene la música a un volumen tan alto que siento los graves en los dientes.

Funciono con las últimas reservas, haciendo de anfitrión en piloto automático. El Show de Maine, de vuelta con otra función a sala llena. Nadie necesita saber que hace tres horas estaba sentado contra esa misma puerta, ahogándome en obligaciones familiares y el dolor conocido de que te necesiten pero no te vean.

Porque cada vez que siento que mis reservas se agotan, la miro a ella.

Maya, moviéndose entre la multitud como si fuera suya.

No solo organizando esta fiesta, sino dirigiéndola como una sinfonía.

La veo presentar a dos tipos de círculos sociales distintos con un comentario que los hace reír a ambos, conectándolos al instante. Aleja a una chica borracha de un tipo siniestro con tal delicadeza que la chica ni se da cuenta de que acaba de ser rescatada. Cada

gesto, cada risa, cada broma perfectamente calculada... todo es deliberado.

No es solo buena en esto. Es una puta virtuosa.

Esta tarde, desde el momento en que mis padres dejaron caer a Chloe en mi puerta hasta el minuto en que la puerta se cerró tras ellos, había sido perfecta. Desplegó café para mí y caramelos para Chloe y estuvo ahí justo en los pocos momentos en que sentí que me derrumbaba.

Sin preguntar, sin agobiar, solo... perfecta.

Pero esto es diferente.

Ahora que la fiesta ha empezado —ahora que la sala está iluminada, llena y ruidosa— Maya actúa con la misma intensidad que yo. La imagen de la fiestera, la reputación salvaje, la forma en que acapara la atención sin parecer necesitarla... todo es un espectáculo. Me intimida y me excita a partes iguales.

Pero también quiero saber por qué necesita esto tanto como yo.

—¡Eh, Maine! —La voz de Mike corta mi análisis—. ¿Piensas quedarte ahí plantado toda la noche como un adorno o vas a dar el paso?

Cierto.

La apuesta.

Despego la mirada de Maya y descubro que medio equipo de hockey me observa con distintos grados de diversión. Rook ya tiene el móvil en la mano, probablemente actualizando el chat de las apuestas. Y Mike me lanza esa mirada que dice que solo está esperando a que empiece el espectáculo.

Hora de darle al público lo que quiere, se burla mi mente. La historia de tu vida.

Me despego de la pared y voy hacia la cocina con una idea tomando forma. Agarro botellas de nuestra escasa reserva de alcohol, adornando cada movimiento como si fuera Tom Cruise en Cocktail, y en menos de un minuto tengo a una multitud alrededor.

—Damas y caballeros —anuncio, lo bastante alto para que se oiga por encima de la música—, os presento mi última creación. —Sirvo el brebaje en vasos de plástico, asegurándome de que Maya me observa desde el otro lado de la sala. Nuestras miradas se

cruzan y le lanzo mi sonrisa más arrogante—. Lo llamo... la Reina de Hielo.

El nombre aterriza exactamente como pretendía. Veo cómo se le endereza la espalda, cómo entrecierra los ojos apenas un poco. Pero hay algo más, un destello de lo que parece diversión o atracción, y me sonríe con suficiencia como si acabara de lanzarle el desafío que estaba esperando.

—¡La primera ronda va por mi cuenta! —grito, repartiendo vasos entre manos ansiosas—. El trago es fuerte y dulce, en honor a nuestra anfitriona.

Estoy a mitad de servir cuando se acerca un novato con cara de nervios.

—Eh... Maine, Maya quería que te diera un mensaje.

Arqueo una ceja.

—¿Sí?

El chico se aclara la garganta.

—Dijo que, eh, que te dijera que, eh... vas a tener que esforzarte más.

Los que me rodean sueltan un «uuuuh» como si estuviéramos en secundaria, y no puedo evitar reírme. Hasta Cooper parece divertido, y tiene la personalidad de una pared de yeso. Pero no puedo dejar de mirar a Maya, porque su sonrisa está cargada tanto de diversión como de alivio.

Porque sé que solo hemos montado esta fiesta porque estaba preocupada por mí.

Y está claro que ella necesita esto —dirigir el espectáculo, reina del caos— como el aire que respira.

Lo que significa que estoy un paso más cerca de ganar la apuesta.

Que empiece el juego.

Me bebo el cóctel de la Reina de Hielo de un largo trago y localizo a una de las amigas de enfermería de Maya, Priya, junto al bar improvisado. Es guapa, aunque parece tomarse a sí misma un poco demasiado en serio, con unas gafas tremendamente intensas incluidas. Pero, y esto es lo importante, está en el círculo íntimo de Maya.

Perfecto.

Me deslizo a su lado, subiendo el encanto hasta el once.

—Oye, estás en el programa de Maya, ¿verdad? Llevo tiempo queriendo preguntar: ¿te sabes todos los huesos del cuerpo?

Se ríe con una risita —una risita de verdad— y se lanza a explicar. Me importa una mierda la anatomía a menos que implique a la mujer concreta con las curvas concretas que está bailando al otro lado de la sala, pero asiento y sonrío mientras Priya habla, asegurándome de estar colocado en un ángulo desde el que Maya tenga una vista clara de nosotros.

Tarda exactamente tres minutos.

—Disculpa. —Maya aparece a mi lado como si se hubiera materializado de la nada, ignorando por completo a Priya—. Tienes algo... —Se estira hacia arriba y me quedo paralizado cuando sus dedos me rozan la mandíbula. El contacto es ligero, clínico, pero envía una señal directa a mi polla—. ...justo aquí.

Me enseña el pulgar como si hubiera limpiado algo, pero ambos sabemos que no había nada. Después, mientras Priya observa con la boca entreabierta, Maya me endereza el cuello de la camisa con ambas manos, alisando la tela por mi pecho. El gesto es tan despreocupadamente posesivo, tan públicamente territorial, que me quedo clavado.

—Mucho mejor —dice, con voz de miel, y por fin reconoce la existencia de Priya con una sonrisa que es puro colmillo—. Perdona, ¿estabais hablando?

Y entonces desaparece, dejándome ahí plantado como un idiota con media erección y Priya mirándome con otros ojos. Es una locura lo fácil que esta mujer controla el entorno social a su alrededor; acaba de tomar mi jugada de apertura y devolvérmela con creces.

—Entonces tú y Maya... —empieza Priya.

—Es complicado —consigo decir, lo cual es quedarse corto a niveles históricos.

El juego se intensifica a partir de ahí. La encuentro en la sala, riéndose de algo que dice un tipo con la gorra al revés. Mis instintos territoriales —que no sabía que tenía hasta hace cinco minutos— se disparan, pero me obligo a mantener la calma.

Paso por delante, como si nada, y le quito el vaso de la mano. Ahoga un grito —uno de verdad— mientras doy un largo trago sin dejar de mirarla a los ojos. El tipo con el que habla nos mira a uno y a otra, claramente intentando descifrar qué está pasando.

—Gracias, tenía sed —digo, le guiño un ojo y sigo caminando.

Siento su mirada quemándome la espalda. Punto para mí.

Solo que Maya no se limita a empatar. Vuela el marcador por los aires.

Veinte minutos después, estoy junto a los altavoces con Rook, que tiene el brazo sobre mis hombros mientras grita algo sobre el próximo partido en casa. La veo acercarse entre la multitud y mi cuerpo entra en alerta máxima. No dice nada, simplemente se desliza bajo mi otro brazo como si ese fuera su sitio.

—Hola —dice, mirándome desde abajo con ojos inocentes que ambos sabemos que son puras gilipolleces. Sus pechos se aprietan contra mí y encaja contra mi cuerpo como una pieza de rompecabezas.

—Hola —respondo, con la voz rasposa.

Rook la mira a ella, luego a mí, luego otra vez a ella.

—Voy a buscarme otra copa —anuncia sin dirigirse a nadie en particular.

Hombre listo.

Maya no se mueve cuando él se va. Si acaso, se pega más, con la mano extendida sobre mi abdomen.

—¿Te diviertes? —pregunta.

—No tanto como tú, por lo que parece —respondo, hiperconsciente de cada punto donde nuestros cuerpos se tocan.

—La mejor fiesta del semestre. —Sus dedos se cuelan entre los botones de mi camisa y sus uñas me rozan el pecho—. Aunque el anfitrión parece distraído.

—Me pregunto por qué será.

Se ríe, grave y ronca, y el sonido va directo a mi polla, que ya estaba interesada.

—Será el Dolor de Cabeza Reina de Hielo. Se te suben directo a la cabeza.

Antes de que pueda responder, alguien sube la música aún más —si es que eso es posible— y la sala se transforma en pista de baile. Maya se aparta, pero no sin antes arrastrar la mano por mi pecho de una forma que claramente no es accidental.

La veo ponerse a bailar y algo dentro de mí se quiebra. Se acabaron los juegos, se acabó la coreografía calculada. El páramo emocional que ha sido este día me ha dejado en carne viva y temerario. No sé si es la apuesta, lo increíble que estuvo hoy, la necesidad urgente de sentir algo o la forma en que se mueve, pero necesito tocarla.

Me abro paso entre la multitud hasta quedar justo detrás de ella. Sin pedir permiso ni anunciarme, me pego a ella, rodeándole la cintura con los brazos y atrayéndola contra mí. De la cabeza a los pies, estoy pegado a ella, y estoy seguro de que puede sentir cada centímetro de mí.

Se congela por completo, cada músculo tenso.

Mierda. Lo he malinterpretado todo.

Mis manos empiezan a aflojarse, listo para retirarme y pedir perdón, cuando ella se derrite contra mí. Su culo empuja hacia atrás, restregándose en círculos lentos que siguen el ritmo de los graves que retumban en los altavoces. El contacto me llega directo a la polla y tengo que morderme un gemido.

Esto no es bailar. Es una promesa de lo que podría hacerme si estuviéramos solos.

Mis manos encuentran sus caderas, apretando más de lo estrictamente necesario. Ella responde restregándose con más fuerza, sus movimientos deliberados y tortuosos. La fiesta se diluye en estática. Lo único en lo que puedo concentrarme es en el calor de su cuerpo contra el mío, su olor y lo suave que se siente bajo mis manos callosas.

A nuestro alrededor, soy vagamente consciente de que la gente nos mira. Los chicos sin duda están tomando nota para las apuestas. Bien. Que miren. Que vean que tengo a Maya derritiéndose contra mí como mantequilla en una sartén caliente. Después del día que he tenido —joder, después del año que he tenido— necesito esto.

Sentirme visto. Y al mando.

Solo que entonces se gira entre mis brazos, lenta y deliberada, y la expresión de su cara frena en seco mi celebración mental.

—Hola —me sonríe con suficiencia.

No se está derritiendo. Está cazando.

Sus brazos se enroscan alrededor de mi cuello, tirando de mí hacia abajo hasta que nuestras caras quedan a centímetros. Sus caderas no dejan de moverse, manteniendo esa fricción enloquecedora que está destruyendo a toda velocidad lo que queda de mi autocontrol. Pero son sus ojos los que me joden de verdad: oscuros, cómplices y completamente al mando.

—¿Esto es lo que querías? —murmura, con los labios rozándome la oreja.

Yo pretendía derretir a la Reina de Hielo. En vez de eso, soy yo el que ha sido capturado, convertido en su presa con unos cuantos movimientos y una sonrisa que promete problemas. Ha tomado mi jugada de poder y le ha dado la vuelta, la ha hecho suya, me ha hecho a mí suyo delante de todos.

Y lo jodido es que ni siquiera quiero resistirme. Solo quiero que siga moviéndose contra mí, quiero descubrir a qué sabe esa boca perversa, quiero averiguar hasta dónde llega esta actuación suya y qué hay de verdad debajo.

Ella vio mi versión despojada, así que ahora quiero Desnuda (la versión de Maya).

La canción cambia a algo más lento pero que sigue cargado de graves. Maya no pierde el ritmo, ajustando la cadencia a la nueva canción. Sus dedos juegan con el pelo de mi nuca y reprimo un escalofrío. Ahora mismo podría preguntarme cualquier cosa y se lo diría, exigirme cualquier cosa y lo haría. Me tiene pillado. Por completo.

—Estás jugando un juego peligroso —dice, aún lo bastante cerca como para que su aliento me acaricie el cuello.

—Qué curioso —logro decir, con la voz más ronca de lo que pretendía—. Estaba a punto de decirte lo mismo.

Se echa atrás lo justo para mirarme a los ojos, y su sonrisa es puro desafío.

—Bien. Empezaba a aburrirme.

Antes de que pueda procesarlo, me dedica otra de esas sonrisitas, se gira y escapa de mis brazos, dejándome ahí plantado como un imbécil con una erección visible y la cabeza dándome vueltas más rápido que la bola de discoteca que alguien inexplicablemente instaló en mi sala.

La veo desaparecer entre la multitud, probablemente camino de orquestar otro milagro social o destruir la cordura de otro hombre. Mi cuerpo me grita que la siga, que termine lo que empezamos, pero mi cerebro —lo que queda de él— sabe que no conviene.

Tendió una trampa y caí de lleno.

Mike aparece a mi lado, con una expresión a medio camino entre divertida e impresionada.

—Bueno —dice—. Eso se veía bastante íntimo.

—Cállate.

—Solo digo que, para ser alguien que se supone que la está seduciendo, tienes toda la pinta de estar sufriendo el peor calentón del mundo.

No se equivoca.

—Los chicos están actualizando las cuotas —continúa—. Después de esa exhibición, Rook cree que lo tienes en el bolsillo. Pero Schmidt cree que Maya te va a devorar vivo, sacarte todo lo que tengas que dar y largarse antes de que pestañees, ya no digamos conseguir que te diga que te quiere.

La observo al otro lado de la sala, riéndose de algo que dice Sophie, con la apariencia de quien no acaba de pasarse tres minutos restregándose contra mí como si el mundo se estuviera acabando. Es más, peor que eso: parece totalmente inmune a lo que acaba de pasar entre nosotros, mientras que aquí estoy yo, rojo y todavía duro como una piedra.

—Sí —mascullo, ajustándome discretamente—. Puede que Schmidt tenga razón.

trece

MAYA

EL CLIC de la puerta del departamento suena como un disparo en el silencio repentino.

Hace un segundo esto era puro caos: música retumbando, cuerpos apretados, el aire cargado de promesa y posibilidad. Ahora solo quedamos Maine y yo, de pie entre los restos de vasos desechables y el olor persistente a cerveza derramada y malas decisiones.

Solo que las decisiones de esta noche no fueron malas.

Fueron jodidamente eléctricas.

Mi piel todavía arde donde me tocó en la pista de baile. Todavía siento el fantasma de su erección presionada contra mi culo. Está claro que la fiesta funcionó para levantarle el ánimo, pero también funcionó para mí. Durante unas horas gloriosas, no fui la chica cuya familia quiere que desaparezca, sola y triste.

Fui la directora de orquesta, la reina, la que hizo posible la magia.

Pero ahora la magia se acabó, y ese dolor hueco está volviendo a colarse. El que empezó cuando lo vi antes con su hermana, tan dulce y paciente, dándole el tipo de cuidado incondicional que yo nunca he conocido. El que se profundizó cuando mis hermanos dejaron mi mensaje en visto, su silencio más fuerte que cualquier rechazo.

Pensando en ustedes.

Eso fue todo lo que pude escribir. Una bandera blanca, un intento tímido de cruzar el abismo. Y no se molestaron ni en responder. Ni un pulgar arriba, ni un «te extrañamos también», ni siquiera un rechazo. Solo esos crueles ticks azules diciéndome que lo vieron y decidieron ignorarme.

Me giro para mirar a Maine, sintiendo algo crudo y desesperado en el pecho. Me mira como si fuera agua en el desierto, como si fuera la salvación después del infierno que ha sido su día. Mientras que yo lo veo como la rebeldía encarnada, el fósforo que necesito para quemar todo lo que mi familia cree que debería ser.

A la mierda que me ignoren. A la mierda que me descarten. A la mierda jugar con sus reglas.

Cruzo el espacio entre nosotros en tres pasos, mis tacones repiqueteando contra el suelo con la rotundidad de una decisión tomada. Él no se mueve, solo me observa acercarme con esos ojos imposiblemente azules que me han estado volviendo loca durante semanas. Cuando llego a él, no dudo. Lo empujo contra la pared.

—Maya…

Lo callo con mi boca.

Esto no es suave. Esto no es tierno. Esto soy yo recuperando cada gramo de poder que mi familia intentó robarme con su silencio. Pero es más que eso. Soy yo dándole algo a alguien que siempre da a los demás —cuidado a su hermana, apoyo a sus padres, risas a sus amigos— y a quien nunca cuidan a él.

No quiero al animador. Quiero al Maine crudo, sin filtro, que entreví antes.

Mis dientes atrapan su labio inferior, sin mucha delicadeza, y el gemido que retumba en su pecho vibra contra mis palmas. Sus manos suben a mi cintura, pero yo ya tengo el control, presionando todo mi cuerpo contra el suyo, sintiendo cada músculo a través de la ropa. Y cuando me separo, los dos respiramos con fuerza.

—¿Quieres esto?

Las palabras salen más roncas de lo que pretendía, pero necesito escucharlo decirlo. No porque dude de la evidencia presionada contra mi estómago, sino porque necesito que esto sea su elección

también. Estoy reclamando mi poder, no robando el suyo. Quiero cuidarlo, pero él tiene que querer que lo haga.

La transformación en su rostro casi me destruye. Todo ese agotamiento, todo ese cansancio profundo de ser el pilar emocional de todos se derrite hasta convertirse en puro alivio. Sus manos se aprietan en mi cintura, no para tomar el control, sino para anclarse.

—Sí. —La palabra es gutural, arrancada de algún lugar profundo de su pecho—. Joder, sí.

Algo salvaje y satisfecho se despliega en mi pecho. Lo agarro de la muñeca y lo arrastro hacia su habitación, sin molestarme en esquivar los restos de la fiesta. Un vaso cruje bajo mi tacón. Me da igual. Soy una mujer con una misión, y esa misión es perderme en algo real y crudo y decididamente no aprobado por mi familia.

Cuando estamos en su habitación, lo empujo hacia la cama, y va de buena gana, observándome con una intensidad que me hace sentir poderosa y deseada y vista.

—Quítate la camisa —le ordeno.

Empieza a hacerlo, pero estoy impaciente, así que doy un paso adelante y agarro la tela, tirando con tanta fuerza que los botones salen disparados por el suelo con pequeños clics. La camisa destrozada queda abierta, revelando ese pecho que llevo semanas fingiendo no mirar. Todas esas dominadas sin camiseta. Cada vez que marcaba músculo sin darse cuenta.

—Joder —susurra, pero ahora está sonriendo. No su sonrisa pública, no la mueca del animador, sino algo privado y maravillado.

Le quito la camisa arruinada de los hombros, dejando que mis manos recorran el terreno de su pecho. Todo músculo duro y piel cálida, con una fina capa de vello rubio que desciende hasta desaparecer bajo sus vaqueros. Sigo ese camino con los dedos, sintiendo sus abdominales contraerse bajo mi tacto.

—Maya. —Mi nombre en sus labios suena como una plegaria.

—Shh. —Lo empujo sobre la cama, siguiendo el impulso hasta quedar a horcajadas sobre sus muslos—. Déjame cuidarte.

Las palabras parecen impactarle como un golpe físico. Sus ojos se cierran y su cabeza cae contra el colchón. Cuando los abre de

nuevo, hay algo vulnerable ahí que me aprieta por dentro, alivio y deseo en partes iguales.

—Nadie nunca… —Se detiene, traga con fuerza—. Solo… sí. Vale.

Me inclino y lo beso otra vez, más suave esta vez pero no menos intenso. Mis manos trabajan en su cinturón, y él levanta las caderas para ayudarme a desvestirlo. Pronto está desnudo debajo de mí, toda esa piel dorada y músculo fibroso expuesto como un festín. Su polla se alza orgullosa contra su estómago, gruesa y oscurecida.

He tenido mi cuota de hombres, pero ninguno me miró como Maine me mira ahora. Como si fuera algo precioso y poderoso y aterrador a la vez. Como si pudiera salvarlo o destruirlo, y le pareciera bien cualquiera de las dos opciones mientras siga tocándolo.

Me deslizo por su cuerpo, manteniendo el contacto visual mientras me acomodo entre sus muslos. Su polla se estremece cuando mi aliento la roza, y sus manos se aferran a las sábanas. Y de pronto quiero poseer y adorar a este hombre hermoso y agotado que me dejó verlo despojado de toda pretensión.

Empiezo despacio, solo la punta de mi lengua recorriendo la vena en la parte inferior de su polla. Emite un sonido a medio camino entre un gruñido y un quejido, sus caderas levantándose ligeramente de la cama. Lo inmovilizo con un brazo, una orden silenciosa: déjame guiar.

Cuando por fin lo tomo en mi boca, el sonido roto que emite es mi recompensa. Lo trabajo con labios y lengua y una pizca de dientes, encontrando el ritmo que hace que sus muslos tiemblen. Sus manos suben para enredarse en mi pelo, pero cuando emito un sonido de desaprobación, me suelta de inmediato.

—Perdón, yo…

Me retiro lo justo para decir:

—Manos por encima de la cabeza.

Obedece al instante, agarrándose al cabecero hasta que los nudillos se le ponen blancos. La imagen de él —tendido, sumiso y confiando en mí por completo— envía una descarga de calor directa a mi centro. Estoy tan mojada que siento cómo empapa mis bragas, pero esto no va de mí. Todavía no.

Vuelvo a mi tarea con determinación absoluta, tomándolo más profundo con cada vaivén de mi cabeza. Siempre he sido buena en esto, pero esta noche estoy inspirada. Cada truco, cada técnica que he aprendido: los despliego todos con el objetivo de reducir a Maine Hamilton a un desastre tembloroso.

Ahúeco las mejillas, giro la lengua y lo tomo tan profundo que me lloran los ojos.

—Voy a… —Su voz se quiebra—. Si no paras…

Me retiro, dejando que salga de mi boca con un chasquido obsceno que lo hace estremecerse. Su polla brilla con mi saliva, oscurecida y tensa. Ya parece destrozado, el pecho agitado, una fina capa de sudor haciéndole brillar la piel bajo la luz tenue.

—Todavía no —le digo, ya llevando la mano atrás para bajarme la cremallera del vestido.

Hago todo un espectáculo, poniéndome de pie junto a la cama para dejar que la tela caiga a mis pies. Esta noche llevo ropa interior de las buenas —un conjunto de encaje negro de Perla que apenas califica como prenda— y la forma en que sus ojos siguen mis movimientos hace que cada centavo haya valido la pena.

—Eres jodidamente perfecta —dice, la voz ronca de deseo.

No soy perfecta. Soy un desastre, estoy furiosa, me repudiaron. Pero ahora mismo, en este momento, me siento poderosa. Así que me quito el resto de la ropa y vuelvo a subir a la cama. Esta vez, cuando me siento a horcajadas sobre él, no hay nada entre nosotros. Puedo sentir su polla presionada contra la cara interna de mi muslo, caliente y dura y lista.

—¿Condón? —pregunto, aunque lo único que quiero es hundirme sobre él.

—Cajón —logra decir, haciendo un gesto con la cabeza hacia la mesita de noche.

Me inclino para sacar uno, arrastrando deliberadamente mis pechos por su pecho. Él gime, y sus manos se contraen donde todavía agarran el cabecero. Se nota que quiere desesperadamente romper las reglas, pero es como si temiera que hacerlo rompiera el hechizo.

—Ya puedes tocarme —le digo mientras rasgo el envoltorio.

Sus manos encuentran mis caderas de inmediato, sin agarrar ni dirigir, solo sosteniéndome. Como si necesitara anclarse a algo real. Le pongo el condón, dándole unas caricias de más que le cortan la respiración y le arrancan un gemido.

Luego me coloco sobre él, una mano apoyada en su pecho, la otra guiándolo a mi entrada. Nuestras miradas se encuentran mientras me hundo, tomándolo centímetro a glorioso centímetro. El estiramiento es perfecto —justo en el límite de ser demasiado— y cuando lo tengo dentro por completo, los dos necesitamos un momento para adaptarnos.

—Joder —exhala—. Se siente…

—Lo sé.

Yo también lo siento, esta conexión eléctrica que va mucho más allá de la unión física de nuestros cuerpos. Se trata de confianza y vulnerabilidad y de dos personas que llevan tanto tiempo actuando que olvidaron lo que se siente cuando algo es real —alguien que cuida a todos y no puede mostrar debilidad, y alguien que simplemente se siente sola.

Somos dos personas imperfectas con una conexión perfecta.

Empiezo a moverme, ondulando las caderas en un ritmo que nos hace gemir a los dos. Sus manos suben para ahuecarse sobre mis pechos, los pulgares rozando mis pezones de una forma que envía chispas directas a mi clítoris. Pero este sigue siendo mi espectáculo. Le atrapo las muñecas y se las sujeto contra el colchón a ambos lados de su cabeza, entrelazando nuestros dedos.

La posición me deja en control absoluto, y lo aprovecho. Lo cabalgo duro y rápido, persiguiendo mi placer mientras veo su rostro contorsionarse de éxtasis. Cada vez que me contraigo alrededor de él, su agarre en mis manos se aprieta. Cada vez que me restriego contra él en el ángulo correcto, emite esos sonidos desesperados que quiero embotellar y guardar.

—Maya, no puedo… —Su voz está destrozada—. Voy a…

—Hazlo —le ordeno, acelerando mis movimientos—. Déjate ir, Maine. Solo déjate ir.

Y lo hace. Con un grito ronco, se corre debajo de mí. Su cuerpo se pone rígido, luego tiembla con la fuerza de su orgasmo. Lo

cabalgo a través de todo, prolongando su placer hasta que gime por la sobreestimulación, con una expresión en la cara que me dice que esta es la primera vez en mucho tiempo que de verdad se relaja, que se deja derretir del todo.

Yo estoy cerca, tan cerca que casi lo saboreo. Le suelto una mano para tocarme, pero él se me adelanta. Su pulgar encuentra mi clítoris con una precisión sorprendente, trazando círculos con la presión justa. Y el movimiento hábil de su pulgar y la sensación de tenerlo todavía duro dentro de mí me empujan al límite.

Todo mi cuerpo se tensa, el placer estallando en cada terminación nerviosa. Me escucho emitiendo sonidos desesperados y agudos mientras las oleadas golpean —los muslos temblándome, contrayéndome rítmicamente alrededor de él. No puedo pensar, no puedo respirar, no puedo hacer nada más que dejar que las réplicas me recorran.

Después, nos quedamos ahí tendidos jadeando, un enredo de extremidades sudorosas y corazones desbocados. Puedo sentir su pulso donde mi mejilla descansa contra su pecho, desacelerando gradualmente desde su ritmo frenético. Sus brazos me rodean, sosteniéndome cerca pero sin apretar. Como si temiera que vaya a huir si se toma demasiadas confianzas.

Mi teléfono vibra en la mesita de noche. Sin levantar la cabeza, lo alcanzo.

El grupo: ¿Y…? ¿La apuesta…?

Me quedo mirando el mensaje un momento. Sophie y las demás, esperando saber si he conquistado al inconquistable Maine Hamilton. Si he logrado que se enamore de mí, si lo he convertido en una conquista más. La sola idea me da ganas de reír. O de llorar. O posiblemente ambas.

Porque esto entre nosotros, lo que acaba de pasar… No se trató de ganar una apuesta estúpida con las chicas ni de toda la mierda a la que hemos estado jugando durante semanas. Se trató de dos personas agotadas encontrando un momento de conexión real en medio de tanta mentira.

Así que a la mierda con eso, y que les den.

Escribo un solo emoji de risa —😂— y le doy a enviar.

Que piensen lo que quieran. El juego, para mí, se acabó en el momento en que me dejó verlo desplomado contra esa puerta. Todo lo que vino después ha sido algo completamente distinto. La apuesta se olvidará al instante porque yo soy la que manda en el grupo, y ninguna de esas chicas se atreverá a resistirse.

Dejo el teléfono a un lado y le doy un beso en el pecho a Maine, sobre el corazón. Sus brazos se aprietan a mi alrededor, y siento cómo presiona los labios contra la coronilla de mi cabeza. Levanto la cabeza para mirarlo. Tiene el pelo revuelto, los labios hinchados por nuestros besos, y una vulnerabilidad en los ojos que refleja lo que siento en el pecho.

Tira de la manta sobre nosotros, envolviéndonos en un capullo, lejos del mundo. Mañana habrá que lidiar con la realidad. Con los sentimientos complicados y el hecho de que acabamos de destrozar cada regla que nos impusimos. Pero esta noche podemos simplemente ser Maine y Maya.

No el animador y la fiestera.

No el hijo invisible y la hija descartada.

Solo dos personas que encontraron algo real en medio de tanta mentira.

Y lo que venga después, ya lo resolveremos.

acto 2

catorce

MAINE

LA CONCIENCIA VUELVE COMO una resaca: lenta, espesa, acompañada de un latido sordo detrás de las sienes que no tiene nada que ver con el alcohol.

Me duele el cuerpo de formas que son familiares (entrenamiento de hockey) y de formas que, desde luego, no lo son (lo que coño nos hicimos Maya y yo hace unas horas). La satisfacción es profunda, vibra dentro de mis huesos de una manera que me dan ganas de estirarme como un gato al sol.

Por primera vez en semanas —joder, en meses— estoy tranquilo y relajado.

Solo que no puedo moverme, porque Maya está desparramada sobre mi pecho como si fuera de su propiedad. Todavía es de noche —o, más exactamente, las primeras horas de la madrugada—, pero debimos de quedarnos dormidos después de habernos follado hasta perder la cabeza.

¿Y ahora?

Su pelo oscuro se extiende sobre mi piel en una maraña sedosa que me hace cosquillas con cada respiración. Tiene una pierna enredada con la mía, el muslo apretado íntimamente contra una parte de mí que está muy interesada en repetir la función apenas unas horas después de haber terminado.

Debería sentirme victorioso. Triunfante. Como si acabara de meter el gol de la victoria en la prórroga contra nuestro mayor rival. Pero no es para nada lo que siento. Porque lo único en lo que puedo concentrarme ahora mismo es en la mujer que me está usando como su almohada personal.

Dormida, Maya parece distinta. Más suave. Los bordes afilados que suelen blindarla se han suavizado, dejando algo vulnerable y dolorosamente hermoso. Un mechón de pelo le ha caído sobre la mejilla, y me pican los dedos por colocárselo detrás de la oreja.

¿Pero qué mierda?

Se supone que esto no funciona así. A mí los sentimientos no me van. No me entran instintos protectores con mujeres a las que estoy intentando seducir por dinero. Y sin embargo aquí estoy, luchando contra las ganas demenciales de acercarla más, de construir una fortaleza de mantas a nuestro alrededor y de mandar al mundo a la mierda durante las próximas doce horas.

Quizá más.

Porque estuvo ahí cuando necesitaba que alguien estuviera, y probablemente sea la primera persona de la que puedo decir eso. La sensación pesa en el estómago. Es diferente. Complicada. Enredada con atracción y rivalidad y el recuerdo de cómo ella tomó el control anoche, cómo hizo que me sintiera cuidado.

No solo me folló. Me cuidó. Y yo se lo permití.

No, más que eso. Lo necesitaba. Lo ansiaba como el oxígeno.

Después de ayer —después de que mis padres me endosaran a Chloe como si fuera equipaje y no su hija, después de quedarme ahí siendo el buen hijo mientras ellos me trataban como un mueble— estaba hueco. Vacío. Y después Maya volvió a llenarme de la única forma que sabe, con una fiesta épica y… bueno…

Lo que coño fuera aquello que vino después.

Por una vez, no tuve que ser el Show de Maine. No tuve que soltar chistes ni sacar músculo ni fingir que todo estaba bien mientras me ahogaba en tierra firme. Pude simplemente… ser. Roto y agotado y desesperadamente agradecido por la forma en que ella tomó el mando de mi cuerpo, mi atención y mi puta rendición total.

El recuerdo me aprieta el pecho. La forma en que me miró como si fuera algo que valía la pena conquistar. La intensidad concentrada con la que recorrió cada centímetro de mí con las manos y la boca. El poder en sus ojos cuando me clavó las muñecas contra el colchón y tomó lo que quería —lo que los dos necesitábamos.

Joder. Joder.

Y ahí es cuando la otra realidad se estrella contra mí como un slapshot en la cara.

La apuesta.

Cien dólares a cada tipo que la aceptó. Dinero que no puedo permitirme perder si no la llevo hasta el final. Dinero que ahora está ligado a esta mujer que babea un poco sobre mi pecho de una forma que debería darme asco pero que de algún modo resulta jodidamente entrañable.

Las caras de los chicos me cruzan la mente: la sonrisa descarada de Rook, la mirada cómplice de Mike, el coro de risas cuando acepté la apuesta. Creen que esto es un juego. Creen que Maine contra Maya es un choque de titanes del campus. No tienen ni idea de que ella es…

¿Qué? ¿Qué es?

Peligrosa, aporta mi cerebro, tan servicial.

Es peligrosa de cojones en formas que no tienen nada que ver con su reputación de fiestera y todo que ver con cómo me hace sentir. Como si importara más allá de mi capacidad para hacer reír a la gente o meter goles. Como si valiera más que mi utilidad o mi capacidad de ser el compañero que no necesita nada a cambio.

Nadie me había hecho sentir así antes.

La ironía sabe amarga. Aquí estoy, viviendo algo que podría ser real, y todo está construido sobre una mentira. Una apuesta estúpida y desesperada. No puedo echarme atrás —los chicos me cobrarían la deuda de inmediato—, pero seguir adelante es como tragar cristales rotos.

Necesito distancia. Necesito aclararme la cabeza antes de que terminemos durmiendo juntos toda la noche. Así que, moviéndome con cuidado, me deslizo de debajo de ella, y mi cuerpo lamenta la pérdida de su calor en el segundo en que nos separamos. Hace un

sonido de protesta pero no se despierta, solo se hunde más en el hueco que dejé.

Agarro unos pantalones deportivos del suelo y me los pongo con movimientos deliberadamente silenciosos. Entonces lo noto.

—Joder —murmuro.

Mi cuarto parece la escena de un crimen, con la evidencia de lo nuestro allá donde mire. Las sábanas retorcidas y medio arrancadas del colchón. Arañazos en la espalda que escuecen cuando la tela me los roza. El olor persistente a sexo, tan denso que podría ahogarme en él.

Debería abrir una ventana. Ventilar. Limpiar. Darme una ducha.

Distanciarme.

En lugar de eso, me quedo ahí de pie como un idiota, viéndola dormir.

Se ha apoderado de toda mi almohada, abrazándola contra el pecho. La sábana le ha resbalado hasta la cintura, revelando los pechos de los que no me cansaba pero no tenía permiso para tocar, y la constelación de marcas tenues que le dejé en el hombro con los dientes.

Céntrate, Hamilton, ruge mi mente. Deja de ser tan puto blando.

Pero hasta mientras lo pienso, sé que me estoy mintiendo. Esto dejó de ser simple en el momento en que se sentó a mi lado en el suelo ayer. El momento en que me vio en mi peor momento y no salió corriendo. No juzgó. Simplemente… se quedó. Y después me dio una cura para el vacío que me estaba devorando vivo.

Me obligo a darme la vuelta, a apoyarme contra el marco de la puerta y a practicar mi máscara en el reflejo del espejo colgado detrás de la puerta. Sonrisa fácil. Hombros relajados. Postura despreocupada que dice: «Soy demasiado guay para que me importe nada, y menos los sentimientos».

Es la misma máscara que llevo puesta desde hace años, pero hoy me queda mal.

Como un disfraz que encogió al lavarlo.

Detrás de mí, la cama cruje. Se está despertando. Es el momento. El momento de restablecer los límites. De recordarnos a los dos qué es esto y, más importante, qué no es. Me doy la vuelta,

con la máscara puesta como una armadura, y la observo estirarse con una gracia que me hace volver a desearla.

Sus ojos encuentran los míos, oscuros y perceptivos incluso a través de la bruma del sueño y probablemente su propia resaca. No parece avergonzada ni incómoda. No se lanza a buscar la ropa ni inventa excusas. Solo me observa con la misma intensidad que me deshizo anoche.

—Bueno —arrastro las palabras, forzando la voz a ese tono bajo y burlón que normalmente me sale tan natural—, parece que sobreviví a mi primera noche con la potra salvaje.

Las palabras son perfectas. La ejecución, impecable. La mezcla exacta de encanto arrogante y distancia casual. Es una frase diseñada para marcar el tono, para recordarnos a los dos que esto es un acuerdo, no una relación. Que anoche fue divertido pero, al final, no significó nada. Que soy Maine, que trata el sexo como un deporte recreativo.

Pero las palabras son una traición a algo que ni siquiera puedo nombrar, incluso mientras ella se apoya en un codo, la sábana resbalando más abajo, y tengo que apartar la mirada porque verla así —despeinada y satisfecha y llevando mis marcas— le está haciendo cosas a mi cerebro que no me puedo permitir.

—¿Sobreviviste? —Su voz es ronca de sueño, divertida—. Por lo que recuerdo, al final estabas suplicando.

El calor me inunda la cara porque tiene razón. Supliqué. Sin vergüenza. Desesperadamente. Y lo haría otra vez sin pensarlo. Si todo no estuviera tan jodido, y si no me sintiera tan jodidamente atrapado por la apuesta que hice porque no pude admitir ante los chicos ni por un maldito segundo que podría estar sintiéndome vulnerable.

—Yo no suplico —miento—. Negocio estratégicamente.

Se ríe.

—¿Así es como lo llamamos ahora?

Las bromas son territorio seguro. Terreno conocido donde podemos fingir que anoche fue solo otra ronda en nuestra guerra interminable en lugar de… lo que sea que realmente fue. Pero incluso mientras intercambiamos pullas, no puedo quitarme la

sensación de que todo ha cambiado. De que el juego al que hemos estado jugando tiene reglas nuevas que no entiendo.

—¿Quieres dormir aquí esta noche? —digo, en un tono que deja claro que no quiero eso.

Se incorpora del todo, sin molestarse con la sábana, y me regala una vista que desbarata lo que me queda de función cerebral superior. Pero no es solo su cuerpo lo que me afecta, aunque joder, eso de por sí ya es devastador. Es la confianza. La ausencia total de incomodidad.

La forma en que se adueña de su espacio en mi cama como si perteneciera ahí.

Como si su lugar fuera conmigo.

No. Joder, no. Esto no es eso.

—Debería irme —dice—. A menos que vayas a hacerme el desayuno cuando nos despertemos de verdad.

—Tengo cereal —logro decir—. De los que tienen malvaviscos.

—Mi héroe —dice con sequedad, por fin moviéndose a recoger su ropa desperdigada—. Pero me gradué de los Cap'n Crunch hace unas décadas…

Debería apartar la vista. Darle privacidad. En lugar de eso, miro como un hambriento frente a un bufé mientras se mueve por mi cuarto, completamente cómoda en su desnudez. Encuentra sus bragas debajo de mi escritorio, el sostén colgando de la silla. Se pone ambos y no se molesta con el vestido.

Sí. Hemos entrado en la era de Maya-cómoda-en-ropa-interior-delante-de-mí.

Y con un conjunto tan pequeño, es un espectáculo.

—¿Estás bien? —pregunta, cruzando el cuarto hasta quedar frente a mí—. Pareces… estreñido.

Me doy cuenta de que me he quedado mirándola, y su broma me arranca una risa de verdad, sin defensas.

—Solo pensando.

—Territorio peligroso para ti —me pincha, pero hay algo suave en sus ojos—. Gracias por anoche. Creo que lo necesitabas después de un día difícil.

Las palabras son casuales, pero la forma en que las dice, la mirada rápida por encima del hombro antes de desaparecer por el pasillo hacia su cuarto, me hace pensar que podrían significar algo más. Pero mientras observo el vaivén de su culo y lucho contra las ganas abrumadoras de ir detrás de ella, me doy cuenta de que estoy jodido.

Lo inteligente sería cortar esto de raíz. Crear distancia. Tratarla como a cualquier otro polvo: amigable pero desapegado, divertido pero al final olvidable. Pero cuando oigo la ducha encenderse al fondo del pasillo, cuando la imagino bajo el chorro sin nada encima más que agua y las marcas que le dejé en la piel…

Sí. Estoy completa, total e irrevocablemente jodido.

quince

MAYA

—TIENES el pelo como si te acabaran de follar.

La observación de Sophie me atraviesa la resaca como un bisturí. Hago una pausa a mitad de un sorbo de café, la taza de cerámica caliente contra mis palmas, y resisto el impulso de alisar lo que seguro es un desastre absoluto de mechones negros enredados. Porque esta mañana quiero llevar el desastre que tengo en la cabeza como un trofeo.

—Así fue —respondo, dejando que una sonrisa lenta y satisfecha me curve los labios—. A fondo.

El departamento de Sophie es todo lo que el mío no es ahora mismo: suelos limpios, superficies ordenadas y un olor que no es a cerveza y sudor. Es un santuario de responsabilidad adulta, el tipo de lugar que habita la gente con pareja y con su mierda bajo control. Donde la gente no se acuesta con su compañero de piso emocionalmente complicado porque él tuvo un mal día y porque yo me sentía sola. Aunque esa última parte no pienso contársela.

—Bueno. —Sophie recoge las piernas debajo de ella en el otro extremo del sofá, la taza acunada entre las manos. Lleva su uniforme de sábado por la mañana: mallas y una sudadera enorme de Pine Barren Hockey que es de Mike—. ¿Me lo vas a contar o tengo que sacártelo a la fuerza?

—No hay nada que sacar. —Doy otro sorbo al café, ganando tiempo para organizar mis pensamientos en algo presentable—. Maine y yo nos acostamos. Fue divertido.

Las palabras salen exactamente como las ensayé. Casuales. Seguras. El mismo tono que usaría para hablar de probar un restaurante nuevo o de comprarse unos zapatos. Pero, en el fondo, no estoy segura de que sean ciertas. Porque por mucho que lleve las últimas horas diciéndome que fue algo transaccional, no consigo quitarme de la cabeza la imagen de él con Chloe, ni lo bien que se sintió tenerlo dentro de mí, conectados, volándole la cabeza mientras alguien por fin cuidaba de él.

Las cejas de Sophie se elevan de forma casi imperceptible.

—Divertido —repite, y la palabra queda suspendida en el aire entre nosotras como un desafío.

—Sí, divertido. —Sonrío con suficiencia—. Ya sabes, eso que hace la gente cuando no le da mil vueltas a todo.

No pica. Se queda ahí sentada con esos ojos marrones que todo lo saben y su postura perfecta, esperando. Odio cuando hace esto. El silencio se estira, lleno solo del sonido lejano de la ducha de Mike y del tic-tac del reloj de su cocina. Bien. Si quiere detalles, le daré detalles. La versión censurada.

—Mira, fue exactamente lo que esperaba. —Dejo la taza en el posavasos de la mesa de centro, porque Sophie es de las que tiene posavasos—. Maine está buenísimo, es bueno en la cama y, lo más importante, entiende las reglas. Sin ataduras, sin complicaciones.

La mentira sale suave como la seda. No menciono cómo cedió el control por completo, dejándome tomar lo que necesitaba. No menciono lo distinto que parecía sin su careta de animador, en carne viva y agotado y dolorosamente real. Y desde luego no menciono cómo dijo mi nombre como si fuera una oración cuando se corrió.

Porque nada de eso importa.

Lo que importa es la narrativa, la historia que le cuento a Sophie y a mí misma.

Esa en la que tengo el control absoluto.

—Sin sentimientos —añado para mayor énfasis, y las palabras me saben a tiza—. Solo sexo bueno y sin complicaciones.

La expresión de Sophie no cambia, pero algo se mueve en sus ojos. Preocupación, quizá. O, peor, lástima.

—Maya…

—¿Qué? —La actitud defensiva en mi voz me sorprende hasta a mí—. No me mires así. Sé lo que hago.

—Seguro que sí. —Da un sorbo medido a su café—. Solo me pregunto si Maine sabe lo que estás haciendo.

Un fogonazo de calor me cruza el pecho, rápido y furioso.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Nada. Solo… —Se encoge de hombros, el gesto demasiado medido para ser casual—. La forma en que te miraba anoche no parecía casual.

Los recuerdos me golpean antes de que pueda detenerlos. Recuerdo pillar a Maine mirándome durante la noche. El hambre en sus ojos había sido real, desesperada, teñida de algo que iba más allá del simple deseo, como si yo fuera algo valioso y precioso.

Aparto la imagen de un empujón.

—Está salido con todas las tías del campus.

—Si tú lo dices.

Dios, odio cuando hace eso. La réplica escueta que lo dice todo sin decir nada. Ese no juzgar que juzga más duro que cualquier sermón. Porque es la única otra persona en el mundo que sabe toda la mierda con mi familia, y cómo su rechazo ha alimentado cada una de mis rebeliones.

Agarro la taza otra vez, necesitando algo que hacer con las manos.

—Confía en mí, Soph. Sé exactamente lo que es esto. Maine es un mujeriego, yo no busco nada serio y él desde luego que no, así que los dos nos desahogamos después de unas copas de más. Es perfecto.

—Perfecto —repite como un eco, y ahí está otra vez: esa nota de escepticismo que me da ganas de tirar algo.

—Sí, perfecto. Él no se va a volver pegajoso, yo no me voy a encariñar, y podemos coexistir sin que la tensión sexual lo haga todo raro. —Me recuesto contra los cojines, proyectando una confianza

que no termino de sentir—. Sinceramente, probablemente deberíamos haberlo hecho hace semanas.

Sophie se queda callada un buen rato, estudiándome con esos ojos demasiado perceptivos. Casi puedo ver cómo giran los engranajes en su cabeza, sopesando si insistir o dejarlo pasar. Una parte de mí espera que insista, pero otra está aterrorizada de que lo haga, porque la verdad es que no sé qué fue lo de anoche.

Sé lo que se suponía que era: una recuperación de poder tras el rechazo de mi familia, un jódete al universo que intentó hacerme sentir pequeña, y algo de consuelo para él después de darme cuenta de que el mundo entero le quita a este chico y nunca le da, tanto que lo ha convertido en todo su personaje.

Y funcionó, más o menos.

Tomar el control, hacer que Maine suplicara, sentir su cuerpo rendirse al mío… fue exactamente la validación que yo necesitaba, y exactamente el cuidado y la ternura que él necesitaba, y exactamente el orgasmo explosivo que ambos necesitábamos después de un semestre duro y semanas de coqueteo.

Pero hubo otros momentos. Silenciosos, de esos que no sé cómo clasificar.

Cómo, después, en esos minutos somnolientos antes de que me retirara a mi habitación, me atrajo hacia su pecho. Sin posesividad, sin exigencias. Solo… abrazándome. Como si necesitara el contacto tanto como el sexo. Y yo me lo bebí como una gata con su plato de leche, porque nadie me ha abrazado así nunca.

—¿Y cuál es el plan ahora? —pregunta Sophie, atravesando mis pensamientos en espiral.

—Somos compañeros de piso que de vez en cuando se acuestan cuando les apetece. Sin drama, sin expectativas. —Saco el móvil, su peso familiar en la mano—. De hecho, debería poner algunas reglas básicas. Asegurarme de que estamos de acuerdo.

—Reglas básicas —murmura Sophie.

La pantalla del móvil brilla en la suave luz matutina de su departamento. Miro el campo de mensaje vacío, los pulgares suspendidos sobre el teclado. Lo que quiero decir y lo que

probablemente debería decir son dos idiomas completamente distintos.

Lo que quiero escribirle:

Lo de anoche fue increíble. La forma en que me hiciste sentir conectada, cómo dejaste que cuidara de ti… se sintió como algo más que solo sexo. ¿Tú también lo sentiste?

Lo que debería escribirle:

Buena noche la de ayer. ¿Repetimos esta noche?

Ninguno me convence. El primero es demasiado honesto, demasiado vulnerable, y Maya Hayes no va de vulnerable. El segundo se arriesga a continuar algo peligroso, como aceptar volver a entrar en un incendio del que acabas de escapar.

Sentimientos que no sé manejar.

Momentos que difuminan la línea entre necesidad física y deseo emocional.

Joder.

Por esto exactamente no me van las complicaciones.

—Le estás dando demasiadas vueltas —observa Sophie, y me doy cuenta de que llevo un minuto entero mirando el móvil sin escribir nada.

—No le estoy dando vueltas. Estoy intentando averiguar cómo comunicarme con un ser que solo entiende palabras de una sílaba…

—Claro. —Deja su taza vacía en la mesita auxiliar—. ¿Puedo preguntarte algo, Maya?

Me tenso. Cuando Sophie dice «¿puedo preguntarte algo?», la pregunta nunca es simple.

—Depende de qué sea.

—¿Por qué Maine?

La pregunta me pilla desprevenida.

—¿Qué quieres decir?

—O sea, podrías tener a cualquier tío del campus. Literalmente a cualquier tío. Entonces, ¿por qué tu ruidoso, complicado y económicamente dependiente compañero de piso con el que llevas semanas en un pulso sexual? —Sonríe con sorna—. ¿Es que te encanta el drama? ¿O que por fin has encontrado la horma de tu zapato?

La horma de mi zapato.

Por cómo lo dice, todo se reduce a la actuación. El Show de Maine y la Potra Salvaje.

Pero ella no sabe que, cuando se apagan las luces, sí siento una conexión. La horma de mi zapato. Él necesita desesperadamente que alguien cuide de él por una vez, que le diga que no necesita estar bien todo el tiempo. Y yo necesito a alguien que me acepte tal como soy —que me quiera tal como soy—, aunque eso sea caótico y complicado.

Y la corriente subterránea de atracción abrasadora y piques constantes tampoco viene mal.

Lo vi en su peor momento y quise hacer que se sintiera mejor. Me estaba ahogando en el rechazo de mi familia y una soledad que me calaba hasta los huesos, y él me ayudó a recordar que valgo algo. Es la única persona que ha estado a mi altura, que me ha retado y me ha hecho esforzarme.

Pero no digo nada de eso. En cambio, sonrío.

—Porque está bueno, y cuando estoy con él, siento que por fin estoy jugando contra alguien de mi liga —miento—. Y, a pesar de todos sus otros defectos, Maine Hamilton desde luego sabe lo que hace en la cama.

Sophie emite un sonido neutro que sugiere que no se está tragando lo que le vendo. Pero antes de que pueda indagar más, me salva Mike saliendo de su habitación con el pelo todavía húmedo de la ducha, los ojos de Sophie siguiéndolo y su cara iluminándose.

—Buenos días, señoritas —dice, yendo directo a la cafetera—. ¿Cómo va la situación de resaca?

—Manejable —respondo, agradecida por la interrupción.

—Bien. —Nos mira alternativamente, percibiendo claramente la tensión pero con la inteligencia suficiente para no comentarla—. ¿Seguimos con lo del brunch, Soph?

—Sí, deberíamos salir pronto —dice Sophie, pero sus ojos se quedan en mí—. ¿Vienes?

Niego con la cabeza.

—No puedo. Tengo que prepararme para las prácticas clínicas —miento, otra vez, porque no estoy segura de que mi endeble historia

sobre Maine y yo aguante más escrutinio.

Y porque no estoy lista para tener esas conversaciones, ni siquiera en mi cabeza.

—Vale. —Se levanta, estirándose—. Pero vamos a hablar más de esto después.

Le levanto el dedo medio con una sonrisa que dice yo también te quiero, zorra, y ella se ríe. Por esto Sophie es mi mejor amiga: sabe cuándo presionar y cuándo dejarme en paz. Pero Mike trasteando en la cocina me da la cobertura que necesito para componer mi mensaje por fin.

Miro la pantalla, canalizando cada gramo del control que intento desesperadamente mantener. Nada de mensajitos dulces de la mañana después. Sin mencionar el drama de su familia ni el de mi familia ni la forma en que se desmoronó en mis brazos. Solo una directiva pura y sin complicaciones.

Esta noche. 21:00. No llegues tarde.

Le doy a enviar antes de poder pensármelo dos veces. El mensaje se entrega al instante, y meto el móvil en el bolsillo antes de empezar a obsesionarme con las confirmaciones de lectura.

—Debería irme —anuncio, levantándome de golpe—. Gracias por el café y por la zona libre de juicios.

—¿Quién dijo que era libre de juicios? —resopla Sophie, pero me abraza de todas formas, fuerte y cálida y comprensiva—. Solo ten cuidado, ¿vale?

—Siempre lo tengo.

Es otra mentira, pero ambas fingimos que no lo es.

La caminata de vuelta a mi departamento —nuestro departamento— dura doce minutos. Lo sé porque cuento cada paso, intentando averiguar qué diré y cómo actuar si Maine está ahí. ¿Casual? ¿Distante? ¿Fingir que no pasó nada hasta las nueve de la noche, cuando lo convoque a mi cama otra vez?

Pero cuando abro nuestra puerta y entro en el departamento que todavía huele vagamente a la fiesta de anoche y a lo que hicimos después, no puedo quitarme la sensación de que algo fundamental ha cambiado. No está en casa, pero llena la habitación —y mis pensamientos— de formas que no lo hacía hace veinticuatro horas.

La sala está exactamente como la dejamos. Hay vasos rojos en cada superficie, la chaqueta olvidada de alguien sobre el sofá, y el residuo pegajoso de bebidas derramadas en la mesa de centro: todo evidencia del caos que orquesté para hacerlo sentir mejor.

Dios, ¿cuándo me convertí en alguien que organiza fiestas para animar a chicos con ojos tristes?

Debería limpiar. Ser productiva. Concentrarme en lo que sea menos en él. Pero incluso mientras agarro una bolsa de basura y empiezo a recoger envases vacíos, la mirada cómplice de Sophie me persigue. Ve demasiado, entiende demasiado, y sabe que mis muros cuidadosamente construidos no son tan sólidos como finjo.

Pero tienen que serlo.

Porque la alternativa —sentir algo por Maine— no es una opción.

No cuando mi familia acaba de recordarme que la inversión emocional es un lujo que no puedo permitirme. No cuando ser vulnerable significa arriesgarme al rechazo de alguien que realmente importa. Así que, en cambio, lo mantendremos casual, el límite establecido.

De vuelta al control. De vuelta a la seguridad.

dieciséis

MAINE

LA VOZ de mi madre suena frágil a través del teléfono, como si hubiera estado llorando e intentando disimularlo.

—La nueva medicación no está funcionando como esperaban.

Estoy sentado en el borde de la cama, con los codos apoyados en las rodillas, mirando una mancha de humedad en la pared que parece Australia si entrecierras los ojos. El peso familiar se instala en mi pecho, esa variedad específica y de mierda de impotencia que llega con cada novedad sobre Chloe.

—Define «no está funcionando» —digo, manteniendo un tono ligero, porque ese es mi trabajo.

Hay una pausa larga y un suspiro.

—Ayer fue... fue duro, cariño.

Cariño. Solo me llama así cuando las cosas van fatal.

—¿De cuánto estamos hablando? ¿Escala del uno al diez?

—Siete. —La palabra sale estrangulada—. Quizá ocho.

Mierda.

—Pero lo estamos llevando —añade rápidamente, porque eso es lo que hacemos. Lo llevamos. Aguantamos. Sobrevivimos—. El doctor dice que hay otra opción, pero es...

—Cara —termino por ella.

El silencio al otro lado me lo dice todo. Puedo imaginarla en su cocina diminuta, probablemente aún con el uniforme del

supermercado porque aceptó un turno extra. Mi padre probablemente está desplomado en el sofá después de su turno de noche, aún con las botas puestas porque quitárselas requiere una energía que no tiene.

—Ya encontraremos la forma —dice, y el optimismo forzado en su voz hace que algo se quiebre dentro de mí—. Siempre la encontramos.

—Mamá. —Cierro los ojos, ya haciendo cuentas en la cabeza. Tengo unos cuatrocientos ahorrados: mi colchón de las últimas semanas al no tener que pagar la mitad del alquiler de Maya ni los servicios. Se supone que es mi red de seguridad, mi fondo de emergencia para cuando la vida inevitablemente me vuelva a dar una patada en los dientes.

O el dinero para pagarles a los chicos si decido intentar algo en serio con Maya.

Suspiro.

—¿Cuánto?

—No, Maine. Ni hablar. No te llamé para eso...

—¿Cuánto, mamá?

Otro silencio.

Luego habla tan bajo que casi no la oigo.

—Trescientos cincuenta del copago. Pero podemos negociar un plan de pagos, y a tu padre le pagan maña...

—Te lo mando.

—¡Maine Hamilton, ni se te ocurra!

Pero ya estoy abriendo la app de transferencias en el teléfono, tecleando la cantidad antes de pensarlo demasiado. Antes de recordar que esto me deja en cero. Antes de calcular cuántos turnos en Pizza Plus necesitaré para recuperarme.

—Demasiado tarde —digo, pulsando enviar. El pequeño silbido del envío se siente como un puñetazo en el estómago—. Ya está hecho.

Oigo cómo toma aire bruscamente. Luego, más bajo, con la voz llena de vergüenza:

—No puedes seguir haciendo esto.

—Claro que puedo, es mi trabajo —digo, pero el chiste sale mal, demasiado amargo, demasiado cerca de la verdad.

—Maine...

—Dale un abrazo a Chloe de mi parte, ¿sí? Dile que me debe la revancha en Mario Kart cuando se sienta mejor.

—Lo haré. —Se le quiebra la voz, y sé que se pasará toda la noche castigándose a sí misma—. Gracias, cielo. No sé qué haríamos sin...

No puedo con su gratitud ahora mismo, no cuando no me ha preguntado cómo estoy desde que empecé la universidad.

—Tengo que irme. Te quiero.

—Yo también te quiero.

La llamada termina y me quedo mirando el saldo de mi cuenta.

Cincuenta y tres dólares con cuarenta y siete centavos.

De vuelta a la casilla de salida.

Dejo caer el teléfono sobre la cama y me aprieto los ojos con las palmas hasta ver estrellas. La apuesta —esa apuesta estúpida y de mierda— ahora parece un chiste. Si la abandono como quiero, dándome la oportunidad de ver adónde llega lo mío con Maya, les deberé a Rook y a los demás un total de seiscientos dólares.

Dinero que literalmente no tengo.

Pero si gano, son cien dólares de cada uno. Suficiente para mantenerme a flote, para tener aire de nuevo, para parar esta sensación constante de estar ahogándome. Lo único que tengo que hacer es conseguir que Maya se enamore de mí e ignorar lo que he sentido estos últimos días.

Fácil, ¿no?

Excepto que nada de Maya es fácil. Es aristas afiladas e ingenio rápido y una sonrisa que me hace olvidar hasta cómo me llamo. También es la razón por la que he podido ayudar a mi familia ahora mismo, su dinero del alquiler lo único que me separa de la ruina total.

La culpa me sabe a cobre en la boca.

Necesito moverme. Salir de esta habitación antes de que las paredes se me vengan encima. Con un largo suspiro, me levanto y me pongo unos pantalones deportivos, con la idea de correr hasta

quitarme de encima todo lo que me atormenta. Y cuando estoy vestido, voy hacia la puerta, esperando poder salir sin cruzarme con Maya.

La sala está en silencio cuando salgo. Espero encontrarla vacía: Maya suele salir los sábados por la tarde, probablemente a la biblioteca o con Sophie o a lo que sea que se dedique un demonio social de su calibre. Pero está ahí, en el sofá, y verla me frena en seco.

Se ha quedado dormida, con libros de enfermería desperdigados por la mesa de centro y el suelo como bajas de una guerra académica. Tiene la cabeza ladeada en un ángulo que le va a provocar una tortícolis brutal, la mejilla aplastada contra un libro abierto que parece más aburrido que los chistes de Kellerman.

El pelo le ha caído sobre la cara y hay un pequeño charco de baba formándose sobre las páginas. Muy sexy todo. El tipo de cosa que debería hacerme querer sacar una foto como material de chantaje futuro. Pero, en vez de eso, me quedo ahí plantado como un idiota, paralizado por algo que no sé nombrar.

Que no me puedo permitir nombrar.

Parece agotada. Agotada hasta los huesos, hasta el alma. Del tipo de agotamiento que veo en el espejo cada mañana. Tiene ojeras que el corrector no ha conseguido disimular del todo, y la mano aún sujeta un resaltador rosa fosforito como si se hubiera dormido a mitad de frase.

Uno de sus calcetines tiene un agujero en la punta.

Es un detalle tan estúpido en el que fijarse —tiene dinero para bolsos de marca y champú caro pero al parecer no para calcetines nuevos— y sin embargo hay algo en eso que me aprieta el pecho. La hace parecer más real. Más humana. Más como alguien que está luchando tanto como yo, solo que mejor a la hora de esconderlo.

Mierda.

Lo inteligente sería pasar de puntillas y salir a correr. Mantener la distancia y ceñirme al acuerdo en el que hemos caído: follar sin sentimientos, satisfacción mutua sin líos, porque eso es lo que ella quiere y porque funciona.

Y porque es lo que me permite ganar tiempo con la apuesta.

Manteniéndola enganchada, pero sin cerrar el trato.

Pero mis pies se mueven sin mi permiso, llevándome al armario del pasillo. La puerta cruje cuando la abro, pero Maya ni se inmuta. Sigue con su asalto facial al pobre libro de texto, así que alcanzo la manta antes de poder detenerme.

La manta.

La manta de Chloe.

Mi mano duda sobre la tela suave y gastada.

Nunca he dejado que nadie más la use. Ni una sola vez.

¿Entonces por qué la estoy sacando del estante?

La respuesta es inconveniente e incómoda y no forma parte del plan en absoluto. Pero llevo la manta a la sala de todos modos y se la pongo por encima con cuidado. Como respuesta, deja escapar un sonido suave y satisfecho que me atraviesa todas las defensas.

Debería sentirme bien con esto.

Es una buena jugada, ¿no?

Considerada. Atenta.

El tipo de gesto que podría hacer que una chica se replantee lo de «sin compromiso».

Un punto para la apuesta.

En vez de eso, siento como si hubiera cruzado una línea que no sabía que existía hasta que ya estaba del lado equivocado. Esto no ha sido estrategia. Ha sido... otra cosa. Algo honesto y sin defensas y aterradoramente real. Retrocedo despacio, como si pudiera despertarse y verme la verdad escrita en la cara.

Que estoy asustado y cansado y tan perdido que ya ni me reconozco.

Que ella podría significar algo para mí.

diecisiete

MAYA

ME DESPIERTO CON UN JADEO, el cuello gritando por el ángulo incómodo en el que ha estado torcido durante —miro el móvil— cinco horas.

¿Pero qué…?

Me había quedado dormida estudiando farmacología cardíaca, pero de alguna manera convertí una siesta corta en un sueño de verdad. Y resulta que el libro de texto de esa asignatura no es una almohada cómoda, y me va a hacer falta algo de yoga para deshacer estos nudos.

Pero no es eso lo que tiene mi atención.

Es el calor.

El calor inesperado, envolvente, de algo pesado echado encima de mí. Mis dedos encuentran una tela suave y gastada, y la levanto para examinarla bien. La luz del techo ilumina un estampado floral descolorido —rosas y margaritas en tonos rosados y amarillos polvorientos, todas cosidas a mano en un mosaico de retales.

El reconocimiento me golpea como una bofetada.

La manta de Chloe.

La misma que vi a Maine sacar del armario. La misma con la que arropó a su hermana con esa ternura tan cuidadosa, ajustando las esquinas con precisión. La manta especial. La manta de la familia. La que significa algo. Para una persona que significa algo.

Y está sobre mí.

Mi cerebro se cortocircuita intentando procesar esto. Maine Hamilton —un metro noventa y cinco de encanto arrogante y fanfarronería calculada— me tapó con la manta de consuelo de su hermana enferma mientras yo dormía. La disonancia cognitiva es tan aguda que me laten las sienes.

Esto no encaja.

Me incorporo despacio, la manta acumulándose en mi regazo. El departamento está en silencio, el sol de media tarde se cuela entre las persianas pintando franjas doradas sobre el desastre de libros de texto. Hay baba en mis apuntes de farmacología. Fantástico. Pero no puedo dejar de mirar la manta, de pasar los dedos por las costuras cuidadosas.

¿Quién hace esto? ¿Quién ve a su rollo y compañera de piso desmayada en el sofá y piensa: ¿Sabes lo que necesita? ¿Mi reliquia familiar más preciada?

Maine, por lo visto.

El mismo Maine que me envió un mensaje guarro sobre mis «buenas tetas» hace unos días.

El mismo que es el pavo real más grande de cualquier sitio.

Pero también el mismo que, estoy descubriendo, se preocupa por los demás y se asegura de que estén bien, incluso a costa de sí mismo. El mismo que me abraza y me hace sentir en casa. El mismo que me mira como si fuera un premio especial que quiere ganar y que, estoy bastante segura, lucha contra lo que siente tanto como yo.

Joder, fantástico, suspiro.

Pero antes de que pueda procesar este nuevo descubrimiento, el móvil vibra, la pantalla encendiéndose con una videollamada entrante. Por una fracción de segundo me pregunto si es Maine, pero cuando mis ojos se disparan al identificador de llamada, el estómago se me desploma y atraviesa el suelo:

MADRE.

Podría ignorarla. Probablemente debería. Pero Eleanor Hayes no llama para hablar del tiempo. Cuando llama es porque tiene algo

específico que decir, normalmente algo diseñado para recordarme exactamente cuál es mi lugar en la jerarquía de la familia Hayes.

Que está en algún punto entre la casa de la piscina y el cubo de reciclaje.

Deslizo para contestar, pasándome rápidamente los dedos por el pelo y pegando en mi cara mi mejor sonrisa de todo es perfecto. La que llevo perfeccionando desde que tuve edad suficiente para entender que los hijos de los Hayes no tienen problemas, tienen oportunidades de excelencia.

La cara de mi madre llena la pantalla, el maquillaje impecable.

—Maya —dice.

Sin hola, sin qué tal. Solo mi nombre, pronunciado como una citación judicial.

—Hola, mamá. —Mantengo la voz animada, canalizando a la hija que solía gustarle y de la que solía sentirse orgullosa, hasta más o menos los seis años, cuando fui y lo arruiné todo teniendo opiniones y tomando decisiones con las que no estaba de acuerdo—. Estás genial. ¿Eso es un nuevo…?

—Llamo por la boda de Clarissa.

Clarissa es mi prima, a la que he visto exactamente dos veces y cuyo principal rasgo de personalidad es tener caballos. Y por supuesto se casa. Probablemente con alguien que tiene un yate y un fondo fiduciario y la capacidad de debatir sobre derecho tributario con los caballeros en las cenas elegantes.

—Oh, qué maravilla —digo, porque es lo que se dice—. ¿Cuándo es el gran…?

—El mes que viene. En el Ritz-Carlton. De gala, naturalmente. —Los ojos de mi madre se desvían hacia algo fuera de pantalla, probablemente su ordenador, donde está facturando a alguna empresa quinientos dólares la hora mientras destruye mi día como quien no quiere la cosa—. Toda la familia estará.

La pausa que sigue es deliberada. Quirúrgica. Es una de las abogadas litigantes más poderosas de Estados Unidos y sabe exactamente cómo usar los silencios tácticos para retorcer el cuchillo. Y ahí está, diseñada para darme un destello de esperanza

de que quizás he salido del congelador, pero espera a que yo haga la pregunta.

Suspiro.

—¿Estoy…?

—Tu asistencia no es necesaria ni deseada —me corta.

Las palabras se pronuncian con la misma inflexión emocional que usaría para declinar una invitación a comer. Solo otro punto en su lista de tareas: Revisar el expediente Patterson, listo; llamar al abogado de la otra parte, listo; devastar emocionalmente a la hija menor, listo.

Mantengo la sonrisa pegada a la cara aunque algo dentro de mí se desmorona.

—Entiendo.

—Tu padre y yo creemos que sería… incómodo… dadas las decisiones que has tomado últimamente. —Dice «decisiones» como si fuera sinónimo de «adicción a la heroína», lo cual es bastante justo dado que consideran mis decisiones en cuanto a estudios, profesión y estilo de vida más o menos igual de graves—. Se harían preguntas sobre tu… estilo de vida.

Mi estilo de vida.

—Claro, porque estudiar enfermería es como montar un laboratorio de metanfetaminas —digo, incapaz de resistirme al golpe fácil—. Lo entiendo.

—Sabía que lo entenderías. —Hay algo casi parecido a la aprobación en su voz, y odio lo desesperadamente que quiero aferrarme a ello—. Siempre fuiste práctica, al menos.

La llamada termina sin despedida, y me quedo mirando mi reflejo en la pantalla negra. Quiero lanzar el móvil al otro lado de la habitación. Quiero gritar. Quiero volver a llamarla y decirle exactamente qué puede hacer con su disfunción rectal de reunión familiar de gala.

En vez de eso, me quedo sentada, envuelta en la manta de la hermana de Maine, sintiéndome vacía.

Ni necesaria ni deseada.

Cuatro palabras. Eso es todo lo que hace falta para reducirme a la niña asustada que reorganizaba su estantería por orden alfabético

cuando sus padres discutían, porque si todo estaba en perfecto orden, quizás se fijarían. Quizás dirían: «Mira qué buena es Maya y cómo no da problemas».

Solo que sí di problemas, ¿no?

Por elegir enfermería en vez de derecho.

Por organizar fiestas en lugar de asistir a eventos para hacer contactos.

Por ser demasiado ruidosa, demasiado intensa, demasiado todo lo que no querían que fuera.

La puerta del departamento se abre antes de que pueda caer en espiral del todo, y Maine entra tambaleándose, hecho polvo. Lleva el uniforme de Pizza Plus y tiene ojeras marcadas mientras se mueve con la precisión cuidadosa de alguien que funciona con el depósito vacío, a pura fuerza de voluntad.

En vez de venir directo hacia mí para intentar llevarme a la cama, Maine hace un saludo flojo con la mano en mi dirección general mientras va directo a la nevera. Lógico, porque si algo he aprendido de él es que no funciona bien con el estómago vacío.

Su mano ya está alcanzando el tirador antes de haberse detenido del todo, como un náufrago agarrándose al último salvavidas de un barco que se hunde. Pero cuando la abre, los hombros se le caen, porque la luz interior ilumina exactamente lo que yo ya sé que hay: un montón de nada.

En su lado, al menos.

La mano se le queda suspendida un momento antes de coger la única cerveza que hay, y cuando cierra la puerta, se queda ahí, apoyado contra la encimera como si fuera lo único que lo mantiene en pie. Está claramente hambriento, pero no tiene nada suyo que comer.

Algo dentro de mí se resquebraja al verlo.

Porque reconozco esa postura y ese peso en los hombros, el agotamiento que va más allá de simplemente necesitar dormir. Es el mismo agotamiento que viene de fingir que todo va bien cuando todo va decididamente mal.

Está sin blanca.

De verdad, en serio, sin blanca hasta el punto de cenar cereales, incluso con mi dinero del alquiler entrando. Y lo ha estado escondiendo detrás de esa sonrisa de megavatios y esos chistes espantosos y el desfile interminable de ejercicios sin camiseta y el sexo alucinante de los últimos días.

Igual que yo me escondo detrás de las fiestas y una reputación cuidadosamente cultivada de alguien a quien le importa todo una mierda.

Me muevo antes de decidirlo realmente, la manta deslizándose de mis hombros al levantarme. Hay lasaña en la nevera —lo que preparé para la semana— así que cojo el recipiente del martes y lo meto en el microondas. Pero incluso mientras zumba, Maine no me ha mirado ni ha dicho nada.

Se limita a mirar esa cerveza como si contuviera los secretos del universo, o al menos el secreto para llegar a otra semana más sin derrumbarse. Probablemente no le gusta que su compañera de piso (¿y amiga con derecho?) vea que no tiene nada que comer y no tiene dinero para comprar comida, así que intento no darle importancia.

Cuando el microondas hace su trabajo, no digo nada. No hago ningún chiste sobre que parece un extra de una película de zombis. No señalo que la cerveza no es en realidad un grupo alimenticio. En vez de eso, me acerco a él, y antes de que pueda pensarlo demasiado, le rodeo con los brazos.

Se pone rígido un segundo, como si no supiera qué hacer con una ternura que no viene con etiqueta de precio. Luego se derrite, solo un poco, dejando caer la barbilla sobre mi cabeza. Nos quedamos ahí de pie en su cocina, yo abrazándolo como si fuera a desaparecer si lo suelto.

Pero es más que eso. Porque puedo sentir cómo me deja sostenerlo cuando probablemente no ha dejado que nadie haga eso en años. Puedo sentir su agotamiento en la forma en que se apoya en mí, con cuidado de no cargar demasiado peso pero incapaz de mantenerse del todo erguido.

Cuando el microondas pita, me aparto y cojo el recipiente. La lasaña humea cuando la deslizo por la encimera hacia él, junto con

un tenedor del cajón. Sigo sin palabras, porque ni siquiera sé qué diría, pero el gesto es claro. Baja la mirada hacia la comida, luego la sube hacia mí.

Y cuando sus ojos encuentran los míos, la expresión de su cara me golpea como una fuerza física. Gratitud pura de que alguien se haya dado cuenta, la mirada de alguien tan acostumbrado a ser el cuidador, el fuerte, el que se encarga de todo, que ha olvidado lo que se siente cuando alguien cuida de ti.

Es la misma mirada que probablemente tenía yo cuando me desperté bajo la manta de su hermana.

—Gracias, Maya —dice.

Dos palabras, más íntimas que todas las veces que hemos estado desnudos juntos.

dieciocho

MAINE

EL CLUB ES un ejercicio de sobrecarga sensorial: luces estroboscópicas que convierten a la multitud en una película de stop-motion de cuerpos retorciéndose, graves que golpean con tanta fuerza que sustituyen mis latidos, y los olores mezclados de sudor, colonia y alcohol derramado forman una nube de desesperación de sábado por la noche.

Perfecto.

Caos, desastre e irresponsabilidad.

Exactamente lo que necesito.

Porque los últimos días en nuestro departamento han sido… raros. Desde El Incidente de la Manta y la Lasaña (y sí, así lo llamo en mi cabeza porque darle cualquier otro nombre requeriría reconocer lo que realmente fue), ha habido un cambio entre nosotros.

Un peligroso ablandamiento de los bordes.

Hemos seguido teniendo sexo y llamándolo casual, pero es lo que ha estado pasando alrededor de eso lo que empieza a preocuparme. Momentos compartidos, caricias tiernas, risas a montones, y no solo porque esté haciéndole la pelota para ganar la apuesta.

Estoy sintiendo algo por Maya que absolutamente no puedo permitirme.

Porque la apuesta sigue cerniéndose sobre mí y sobre nosotros, y de hecho es la razón por la que Rook ha organizado esta salida al club. Quiere echar un vistazo a su inversión, así que invitó a Sophie y a Maya y a algunas chicas más, y el resto de los idiotas del hockey se apuntaron también.

—¡Eh, Hamilton! —El codo de Rook me da en las costillas, devolviéndome al presente—. ¿Te estás echando atrás?

Todo el equipo de hockey sabe lo de la apuesta —las noticias vuelan cuando hay dinero de por medio— y puedo sentir sus ojos sobre mí como focos, esperando el siguiente acto del Show de Maine. La mayoría cree que lo tengo ganado, pero lo que no saben es que en realidad estoy desarrollando sentimientos reales por Maya.

Bueno, hora de darles lo que quieren.

—Solo reconociendo el terreno —le digo a Rook, forzando mi sonrisa de siempre, esa que dice que tengo el control total y que esto es solo otro sábado por la noche.

Maya está al otro lado de la sala con sus amigas, e incluso con la iluminación caótica, es imposible no verla. Lleva un vestido que debería ser ilegal —negro, ceñido, a medio muslo— y cuando se gira para hablar con alguien, la tela se mueve, y vislumbro la curva de su culo que me deja mirando.

—¿Y? —Schmidt se acerca a nosotros, cerveza en mano—. ¿Estás avanzando? El reloj corre, tío. Los exámenes finales son en, ¿qué, seis semanas?

Tengo seis semanas para hacer que Maya se enamore de mí o les debo cien dólares a cada uno de seis tíos. Dinero que literalmente no puedo permitirme perder, no después de mi última donación al fondo de «mantener a mis padres fuera de la mierda», y cuando básicamente como la comida de Maya cuando la mía se acaba.

No me sentiría tan cabrón por eso —ni por mis sentimientos por ella— si pudiera salir de la apuesta o si nunca hubiera hecho esa maldita apuesta. Porque, entonces, que se enamore de mí sería algo positivo, en lugar de activar una bomba de relojería que le destrozaría el corazón cuando descubra la verdad.

Así que aquí estoy, aplastado.

Entre sentimientos que no puedo permitirme y una apuesta de la que no puedo permitirme salir.

Solo ganando tiempo.

—¿Avanzando? —Fuerzo una risa que suena más segura de lo que me siento—. Tío, estoy jugando a largo plazo. No puedes meter prisa a la perfección.

Pero Rook no se lo traga.

—A largo plazo, y una mierda. Llevas semanas follándotela y no hay pruebas de que vaya camino de Amorlandia.

El desafío en su voz me pone los dientes de punta. Este es el problema con mi reputación: he pasado tanto tiempo siendo el alma de cualquier fiesta, el tío que hace grandes promesas y luego las cumple, que ahora tengo que estar a la altura. Así que hago lo que siempre hago: decido que es hora de un gran gesto.

Llamo a una camarera. Parece agobiada, con bandejas en equilibrio en ambos brazos, pero se detiene cuando se acerca lo suficiente como para reconocer al jugador de hockey exhausto que intenta llamar su atención.

—Tu jefe es Danny, ¿verdad? —pregunto, lanzando la sonrisa de mil vatios que funciona como mi moneda principal últimamente.

Asiente, con cara de escepticismo.

—¿Y?

—Dile que Maine Hamilton está aquí. Dile que vengo a cobrar el favor por ayudar a su hijo a mudarse a la residencia el otoño pasado. Necesito que mande una botella de champán —del bueno— a esa mesa. —Señalo la mesa de Maya—. Invita la casa, obviamente.

Levanta una ceja, claramente preguntándose si le estoy contando gilipolleces.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. Dile que si lo hace, le firmo un palo a su hijo al final de la temporada.

Es un farol. No lo del favor, porque Danny me la debe de verdad, sino lo de mi confianza. Apuesto mi reputación a que mi crédito social no se ha hundido como mi puntuación FICO. Me lanza una

mirada que dice *más te vale que sea verdad*, pero se dirige hacia la barra.

No tengo la menor duda de que Danny aceptará, porque aunque ande corto de efectivo, soy rico en favores que me deben. Y ahora mismo, necesito gastar hasta el último.

—Y dale esto.

Agarro una servilleta y garabateo un mensaje breve: *Para la reina.*

Es cursi, pero también es público y visible, el tipo de movimiento que mis compañeros esperan de mí. Les quitará la apuesta de la cabeza un rato y evitará que la den por perdida antes de tiempo al no ver avances. Es un despeje al fondo de la pista para ganar tiempo y hacer un cambio de línea.

Pero tampoco va a hacer absolutamente nada por disipar la magia creciente entre Maya y yo. Y, si soy honesto, no quiero que lo haga, aunque esa magia me esté metiendo en un lío. Así que solo tengo que confiar en que, al ganar tiempo, encuentre la manera de quedarme con la chica y pagar la apuesta, porque joder si quiero a la chica.

Haz que te declare su amor eterno, dile lo mismo, gana la apuesta y no se lo cuentes, sugiere mi mente amablemente, no por primera vez, pero lo descarto.

Porque si Maya y yo vamos a ser algo, no puede empezar con una mentira.

No, necesito resolver esto.

Efectivamente, cuando la camarera entrega la botella y Maya lee la nota, todos los jugadores de hockey que hay cerca se dan cuenta. Pero me importa una mierda lo que piensen esos idiotas ahora mismo, porque los ojos de Maya encuentran los míos a través de la multitud, y me sonríe.

—¿Ves? —le digo a Rook, chocando mi cerveza contra la suya—. Avance.

Pero conforme avanza la noche y fluye el alcohol, las inhibiciones se erosionan aún más. La pista de baile se convierte en un imán, arrastrando a todos hacia su centro sudoroso y pulsante. Veo a Maya

desaparecer entre la multitud con sus amigas, y algo caliente y posesivo prende en mi pecho.

—Tío, está justo ahí —dice Mike, apareciendo a mi lado como el mejor wingman del mundo—. ¿Qué estás esperando?

Tiene razón. Estoy aquí plantado como un idiota mientras ella está ahí fuera, probablemente restregándose contra algún gilipollas cualquiera. Así que me abro paso entre la multitud, dejando que la masa de cuerpos se aparte a mi alrededor, y la encuentro en el centro, dónde si no.

Maya no hace nada a medias.

Está bailando con Sophie y otra chica que no conozco, los brazos en alto por encima de la cabeza, completamente perdida en la música. Las luces estroboscópicas le atrapan la piel, convirtiéndola en fragmentos de luz y sombra, y no quiero nada más en este momento que a ella.

No pido permiso.

No anuncio mi llegada.

Simplemente me coloco detrás de ella, lo bastante cerca para que sienta mi presencia antes incluso de que nos toquemos. Es como la noche de la fiesta pero mucho más, porque esta vez no hay vacilación. Se derrite contra mí como si lo hubiéramos hecho mil veces, su culo restregándose contra mí.

Mis manos encuentran sus caderas, y, a través de la tela fina de su vestido, siento el calor de su piel y el juego sutil de sus músculos cuando se mueve. Esto se suponía que era para aparentar, para las docenas de ojos que sé que nos observan, pero en el segundo en que conectamos, algo cambia.

—Qué bien se siente tenerte contra mí —le murmuro al oído.

No responde con palabras. En su lugar, lleva la mano hacia atrás, encontrando mi muslo, clavándome las uñas. Es posesivo, íntimo y jodidamente caliente, y no hace nada por resolver mi dilema —la apuesta contra mis sentimientos reales por Maya— pero ahora mismo lo único que quiero es a ella.

La multitud se aprieta más, la oscuridad entre canciones nos da cobertura, y decido que eso es o brillante o una puta estupidez. Mi

mano derecha se desliza de su cadera hacia el dobladillo de su vestido, que ya le queda alto por el baile y apenas cubre nada…

No lo hagas. Esto es una locura. Estás en público. Ya tienes sentimientos por ella y—

Pero entonces se mueve, un ajuste sutil de sus caderas que me da mejor acceso, y mi cerebro se cortocircuita por completo. Mis dedos se deslizan bajo la tela, encontrando piel suave y cálida. Lleva algo de encaje, apenas una prenda, y cuando mi dedo corazón presiona contra la tela, la encuentro ya empapada.

Joder. Joder.

Se restriega contra mí con más fuerza.

Y es permiso claro para llevar esto tan lejos como quiera.

La multitud nos da la cobertura perfecta. Todo el mundo está borracho, centrado en su propio restregarse y manosearse. Las luces son caóticas, desorientadoras. Nadie presta atención a mi mano desapareciendo bajo su vestido, a la forma en que mi dedo se desliza bajo el borde de sus bragas.

El primer contacto con ese calor húmedo casi me pone de rodillas. Está empapada, y saber que fui yo —que nuestro baile la puso así— me atraviesa con una descarga de puro orgullo posesivo. Hundo un dedo dentro de ella, lento y profundo, y siento cómo todo su cuerpo se estremece.

Pero lo que me está destruyendo por completo es esto: sigue bailando. Su cara se mantiene neutra, quizá un poco sonrojada, pero para cualquiera que mire, es solo otra chica perdida en la música. Solo yo puedo sentir cómo sus músculos internos se contraen alrededor de mi dedo. Solo yo puedo percibir los pequeños temblores que le recorren el cuerpo.

Solo yo noto cuando se muerde el labio inferior, con fuerza, para ahogar un gemido.

Es lo más jodidamente caliente que he experimentado en mi vida, el mejor episodio del Show de Maine hasta la fecha. Este secreto, este conocimiento compartido de que le estoy follando con los dedos en medio de una pista de baile abarrotada y ella lo acepta, va con ello, lo convierte en parte de su actuación.

Añado un segundo dedo, curvándolos justo como debe ser, moviéndome más rápido y con más presión. A cambio, su ritmo se rompe por un solo segundo, y su mano en mi muslo se aprieta hasta el punto del dolor real, y me inclino para susurrarle al oído otra vez.

—Eres increíble —le digo, y lo digo en serio.

No solo por la razón obvia —aunque joder, lo que siento alrededor de mis dedos me está volviendo loco— sino también por el control, la audacia, la forma en que ha convertido lo que debería ser mi jugada en nuestra conspiración. La forma en que esta mujer me iguala más que nadie en el mundo.

Y me encanta.

Responde llevando la mano hacia atrás, encontrando el bulto evidente en mis vaqueros. No agarra, no acaricia —eso sería demasiado obvio. En su lugar, simplemente presiona la palma contra mí, una presión firme y deliberada que me tiene jodidamente palpitando por ella.

La canción cambia, algo más lento pero todavía cargado de graves, y se gira entre mis brazos. Mis dedos salen de ella, y tengo que luchar para no gemir por la pérdida. Pero entonces me está mirando de frente, con los brazos alrededor de mi cuello, y esa mirada a la que me he acostumbrado en sus ojos…

Parece cruda y hambrienta.

No como la fiestera.

No como la Reina de Hielo.

Y no hay rastro de la reputación que usa como máscara tanto como yo uso la mía.

Solo Maya, que quiere esto —me quiere a mí— tanto como yo la quiero a ella.

—Hola —murmura, apenas moviendo los labios—. Tus amigos están mirando.

Echo un vistazo por encima de su hombro y, efectivamente, medio equipo de hockey nos está mirando con expresiones que van desde la admiración hasta la envidia y la incredulidad. Rook tiene la boca literalmente abierta, incapaz de creer lo que está viendo.

—Que miren —digo, y la atraigo más hacia mí.

Bailamos dos canciones más, aunque bailar es un término generoso para lo que estamos haciendo. Es más bien preliminares en vertical, una promesa de lo que viene después. Sus manos están en mi pelo, tirando justo lo bastante fuerte para que duela. Mis manos recorren cada centímetro de ella al que puedo llegar sin que nos detengan.

En un momento, engancha la pierna alrededor de mi cadera, y casi me corro en los vaqueros como un puto adolescente.

Cuando decidimos ir a algún sitio donde podamos tener sexo de verdad, me sorprende que los demás nos sigan como si yo fuera el puto flautista de Hamelín. Está claro que siguen con ganas de marcha, esperando que los guiemos a la siguiente parada de la noche, pero es evidente que Maya tiene otros planes.

—¿Mismo coche? —pregunta Mike, ya abriendo la app del Uber.

—Qué va —dice Maya—. Pedimos el nuestro.

Hay un intercambio de miradas cómplices entre nuestros amigos, unas risitas y silbidos, pero luego se apiñan en sus coches para ir a la siguiente parada, y nos quedamos solos en la acera. El silencio repentino después del caos del club es desorientador, como salir de una sala de cine a plena luz del día.

—Eso fue… —empiezo, pero no sé cómo terminar. ¿Jodidamente increíble? ¿Completamente demencial? ¿Lo más caliente que he hecho en mi vida?

—El Uber llega en dos minutos —dice, mirando el móvil. Pero noto cómo le tiemblan ligeramente las manos, el rubor que se extiende desde las mejillas hasta el pecho.

Dos minutos.

Joder.

Si estaba ganando tiempo, vamos en dirección opuesta, porque ahora tengo a Maya cachonda perdida por mí y la apuesta se cierne sobre todo esto. No puedo alejarme —ni de la apuesta ni de Maya— y no creo que pueda contarle la verdad. Sé que necesito encontrar una salida, pero ni puta idea de cuál.

Y cada momento que dejo pasar es como una bomba de relojería, porque tarde o temprano me va a decir que tiene sentimientos, y entonces ¿qué coño hago?

Antes de que pueda responder a la pregunta —como si hubiera una respuesta—, el Uber llega y nos metemos en el asiento trasero. El conductor murmura algo sobre la dirección, Maya la confirma, y nos ponemos en marcha, las luces de la ciudad desdibujándose tras las ventanillas.

—Maine —dice Maya, y eso es todo lo que hace falta.

Me lanzo contra ella como una ola contra la orilla, todo pensamiento de contención —de ganar tiempo hasta que aparezca una respuesta— evaporándose al instante. Mi boca encuentra la suya, hambrienta y exigente, y sus manos están por todas partes, en mi pelo, bajo mi camiseta, peleándose con mi cinturón como si la hubiera ofendido personalmente.

—Joder —gruño contra su boca cuando su mano por fin se cuela dentro de mis vaqueros—. Maya, Dios…

—Cállate —jadea, y me muerde el labio inferior con la fuerza suficiente para escocer, riéndose cuando grito de dolor.

Mi mano vuelve bajo su vestido inmediatamente, sin pretextos esta vez, sin tanteos cuidadosos de sus límites. Sigue empapada, posiblemente más mojada que antes, y cuando le hundo dos dedos de golpe, se arquea contra mí con un grito ahogado.

El conductor o no se entera o le da igual —benditos sean los conductores de Uber nocturnos y su indiferencia de ojos al frente—. Somos libres de básicamente devorarnos en el asiento trasero mientras no vomitemos ni la liemos, aunque eso no está garantizado, teniendo en cuenta que ella me tiene la polla en la mano.

—¿Es buen momento para admitir que tu lasaña está bastante buena? —me río.

Me aprieta más fuerte, y tengo que hundir la cara en su cuello para ahogar un gemido. Pero yo también cumplo con mi parte del trato, porque he encontrado el punto que hace que todo su cuerpo se encienda, curvando los dedos hasta que se restriega contra mi mano como si intentara alcanzar el orgasmo aquí mismo en el asiento trasero.

Su vestido está subido hasta la cintura, y puedo verlo todo bajo las farolas intermitentes: cómo toma mis dedos, cómo le tiemblan

los muslos, el estado absolutamente destrozado de sus bragas, y es lo más caliente que he visto en mi puta vida.

—¿Vas a correrte para mí? —susurro, porque aparentemente el filtro entre mi cerebro y mi boca se ha ido por completo.

Responde aplastando su boca contra la mía, tragándose mis palabras junto con su propio gemido mientras se contrae alrededor de mis dedos. Siento el orgasmo recorrerla, todos esos temblores del club magnificados en estremecimientos de cuerpo entero. Me muerde el labio otra vez, más fuerte esta vez, y saboreo cobre.

El coche se detiene.

—Llegamos —dice el conductor, con un tono de profundo aburrimiento.

Nos separamos de un salto como adolescentes pillados por sus padres, ajustándonos frenéticamente la ropa e intentando aparentar que no la acababa de follar con los dedos en su asiento trasero. Maya se alisa el vestido con manos temblorosas mientras yo intento colocarme en algo menos obsceno.

—Gracias —consigue decir, sonando casi normal—. … Cinco estrellas.

diecinueve

MAINE

MIENTRAS BUSCO las llaves a tientas con los dedos todavía mojados de ella, Maya se aprieta contra mí, su aliento caliente en mi cuello.

—Más te vale estar duro como una piedra —dice.

La cerradura por fin coopera y nos precipitamos por la puerta. Mi cerebro tiene medio segundo para meter baza, y lo aprovecha para gritar que esto es una idea pésima. Porque esto no es solo un polvo, esto es pulsar el botón de ADELANTE en los sentimientos y el desastre de la apuesta y quién coño sabe qué más.

—¿Dudas? —pregunta, y hay algo vulnerable en su voz que atraviesa el alcohol y el deseo.

Debería decir que sí. Debería acordarme de la apuesta y del dinero que no puedo permitirme pagar si pierdo, y de que no quiero ganar si eso implica destrozarle el corazón y la confianza. O del hecho de que cada minuto que paso preocupándome de verdad por ella es un paso más hacia un puto desastre total.

En su lugar, le enmarco la cara con las manos, encantado con lo absolutamente deshecha y perfecta que está.

—No —miento—. Ninguna duda.

La sonrisa que me dedica es distinta de su sonrisa burlona de siempre. Más suave. Real. Y mientras me arrastra hacia mi cama, tengo la aterradora revelación de que estoy demasiado cerca de

ganar la apuesta que no quiero ganar, porque ella está demasiado cerca de pillarse por mí de una forma que no puedo permitirme.

Joder, grita mi cerebro. *Estás pero que muy jodido.*

Pero entonces vuelve a besarme, y dejo de pensar por completo.

—Dormitorio —jadea contra mis labios, y no hace falta que me lo diga dos veces.

Dejo que me arrastre por el pasillo, pero solo llegamos tres pasos antes de que tire de mí para otro beso. Mis manos encuentran su cintura, se deslizan bajo su top hasta dar con piel cálida y un sostén de encaje, y como respuesta a mi contacto suelta un gemido suave y necesitado que me llega directo a la polla, que ya me duele.

Tengo que obligarme físicamente a seguir avanzando hacia el dormitorio porque, si no lo hacemos, voy a follármela aquí mismo contra la pared. Y, un segundo después, cruzamos el umbral de mi habitación tropezando, un enredo de extremidades y manos errantes, y me pongo a quitarle el vestido.

Cuando cae al suelo, se queda ahí de pie en un conjunto de sostén y bragas de encaje negro, el pecho subiendo y bajando rápidamente, los ojos abiertos de par en par por el deseo. Las luces del club habían ocultado los detalles, pero aquí en mi habitación puedo verlo todo: el hambre en sus ojos, el rubor extendiéndose por su cuello...

—Te me quedas mirando —dice.

—Sí —admito, con la voz ronca—. Estás preciosa, joder.

Algo le cruza la cara —sorpresa, quizá, o vulnerabilidad—, pero antes de que pueda analizarlo, me está subiendo la camiseta y sacándomela por la cabeza. Sus manos recorren mi pecho, sus dedos trazan las líneas de músculo con una concentración que me hace sentir que me está memorizando.

—Ven aquí —murmuro, y obedece, dejando que la guíe hasta el colchón.

Pero en vez de cubrir su cuerpo con el mío, la beso despacio, con profundidad, y empiezo a descender por su cuerpo. Presiono los labios contra su garganta, sintiendo su pulso acelerado bajo mi boca. Trazo un camino con la lengua a lo largo de su clavícula, saboreando la sal de su piel y el rastro tenue de su perfume.

—Maine —suspira, enredando los dedos en mi pelo.

La miro desde abajo mientras me acomodo entre sus muslos, y la expresión de su cara —anticipación mezclada con algo dolorosamente tierno— es lo mejor que he visto en mi puta vida. Esto ya no va de ganar. Esto va de darle a ella lo que ella me ha dado estas últimas semanas.

Cariño. Atención. La sensación de ser visto de verdad.

Joder, ¿me atrevo a decirlo?

La sensación de ser amado...

Engancho los dedos en sus bragas y las deslizo hacia abajo, revelándola ante mí por completo. Ya está mojada, y el primer toque de mi lengua hace que todo su cuerpo se arquee sobre la cama. Y entonces empiezo a explorarla con una concentración absoluta, encontrando un ritmo que la tiene restregándose contra mi cara, persiguiendo su placer.

—Oh, Dios —jadea, con una mano enredada en mi pelo, sujetándome exactamente donde me necesita—. Ahí, justo ahí, ni se te ocurra parar, no...

No paro. Redoblo la apuesta, añadiendo dos dedos que trabajan en tándem con mi lengua, curvándolos hasta encontrar un punto que hace que todo su cuerpo se ponga rígido. Se corre con los muslos apretados alrededor de mi cabeza, y la acompaño durante todo el orgasmo, suavizando el contacto mientras empieza a bajar y recuperar el aliento.

Cuando por fin vuelvo a subir por su cuerpo, me da un beso distinto a todos los demás: más lento, más profundo, con una ternura que me hace doler por dentro. Puede saborearse a sí misma en mi lengua, y la forma en que gime dentro de mi boca me pone tan duro que literalmente duele.

—Te quiero dentro de mí —murmura contra mis labios.

Tengo que obligarme a separarme el tiempo suficiente para coger un condón de la mesita de noche. Me quito los vaqueros y la ropa interior, rasgo el envoltorio y me lo pongo. Y cuando vuelvo a acomodarme entre sus piernas, el peso del momento me golpea.

Esto no es solo sexo.

Esto es algo completamente distinto, algo para lo que todavía no tengo palabras.

O algo que me da demasiado miedo nombrar.

Me coloco en su entrada, luego me detengo, buscando sus ojos.

—Maya...

—Lo sé —susurra.

Y tal vez sea cierto.

Tal vez ella también sienta este cambio.

Sentimientos que no puedo permitirme.

Entro en ella despacio, observando su cara mientras la lleno centímetro a centímetro. Se le abre la boca en un jadeo silencioso, las uñas clavándose en mis hombros. Cuando estoy completamente dentro, los dos nos quedamos quietos, ajustándonos a la abrumadora sensación de estar conectados así.

—Joder —exhalo, apoyando la frente contra la suya—. Se siente increíble.

Responde moviendo las caderas, llevándome aún más adentro, y cualquier capacidad que tenía de formar pensamientos coherentes desaparece por completo. Empiezo a moverme, lento y profundo al principio, queriendo que esto dure. Cada embestida le arranca un sonido suave de la garganta, y catalogo cada uno como si fuera algo precioso.

Pero Maya tiene otros planes. Me envuelve la cintura con las piernas, usando el impulso para salir al encuentro de mis embestidas, convirtiendo nuestro ritmo lento en algo más urgente. Sus manos están por todas partes: en mi pelo, arañándome la espalda, agarrándome el culo para empujarme más adentro.

—Más fuerte —exige, y ¿quién soy yo para negarle nada?

Acelero el ritmo, embistiéndola con una fuerza que tiene el cabecero golpeando contra la pared. Me iguala embestida por embestida, nuestros cuerpos moviéndose juntos en perfecta sincronía. Cada movimiento parece una conversación, cada caricia una confesión que ninguno de los dos es lo bastante valiente para pronunciar.

—Dame la vuelta —jadea Maya de repente, empujándome los hombros con una fuerza sorprendente—. Quiero que me folles por

detrás.

La exigencia cruda en su voz casi acaba conmigo ahí mismo. Salgo de ella, ambos gimiendo por la pérdida, y ya se está moviendo, colocándose rápidamente a cuatro patas con una urgencia que iguala la mía.

—¿Fuerte? —pregunto, recorriendo con las manos la curva de su culo, hipnotizado por la visión de ella ofreciéndose a mí tan completamente.

—Sí —exhala, mirándome por encima del hombro con ojos oscurecidos de necesidad—. No te contengas.

No soy de los que discuten una petición caliente de una mujer preciosa, así que me coloco y entro de nuevo en ella con un movimiento fluido; el nuevo ángulo le arranca un grito agudo de los labios. Mis manos encuentran sus caderas, agarrándolas con fuerza suficiente para dejar marcas mientras establezco un ritmo brutal que la tiene estrujando las sábanas.

—Joder, Maine —gime, dejándose caer sobre los codos, cambiando el ángulo aún más—. Justo así.

Me inclino sobre su espalda, una mano apoyada en el colchón mientras la otra se desliza hasta encontrar su clítoris. En el instante en que la toco, se contrae a mi alrededor, un sonido entrecortado escapándosele de la garganta. Está cerca, lo noto, y yo también, deseando explotar más que nada.

—Córrete conmigo —gruño contra su oído, sintiendo el orgasmo acumularse en la base de mi columna—. Estoy tan cerca...

Se rompe debajo de mí, mi nombre un gemido en sus labios mientras el orgasmo la atraviesa. La sensación de ella pulsando a mi alrededor destroza lo que queda de mi control, y caigo con ella, la visión volviéndose blanca mientras el placer me arrasa en oleadas que parecen no tener fin.

Nos desplomamos sobre la cama y nos quedamos ahí tumbados, mi peso encima de ella, los dos jadeando y temblando después del orgasmo. Sigo dentro de ella, y ninguno de los dos parece tener prisa por separarse. Me acaricia el muslo, y yo le voy dejando besos en el hombro, el cuello, en cualquier sitio que pueda alcanzar sin tener que moverme demasiado.

Al final, sé que tengo que ocuparme del condón, pero hasta esa separación necesaria parece demasiado. Me deshago de él rápido y vuelvo a la cama, donde Maya se ha acurrucado de lado, con aspecto de estar completamente satisfecha y absolutamente perfecta.

Sin pensarlo, la atraigo hacia mí, encajando su espalda contra mi pecho y pasándole un brazo por la cintura con firmeza. Encaja perfectamente en la curva de mi cuerpo, como si hubiera sido diseñada para estar ahí. Puedo sentir su corazón desacelerando poco a poco, sincronizándose con el mío.

Esto es peligroso. Todos mis instintos me gritan que haga un chiste, que restablezca los límites, que convierta esto de nuevo en algo casual y manejable. Pero no puedo. No cuando tenerla así entre mis brazos se siente mejor que cualquier otra cosa que haya sentido en mi vida.

Estás enamorado de ella, me informa amablemente mi cerebro, y ya no estoy seguro de poder negarlo. Porque la mujer que está acurrucada contra mí me ha arrancado la máscara que llevo puesta, me ha visto en lo peor y en lo mejor, y se ha instalado en un lugar dentro de mí que ni siquiera sabía que existía.

La apuesta que empezó todo esto ahora me parece un chiste, y me siento estúpido por haberla hecho.

Podría dar la apuesta por ganada ahora mismo, pero eso significaría traicionar su confianza.

Y no quiero hacer eso.

Ya no.

No quiero ganar, pero no puedo permitirme perder.

Su respiración se vuelve regular, y creo que se ha dormido hasta que habla, con voz suave.

—¿Qué es esto, Maine?

Mi brazo se tensa alrededor de ella involuntariamente, pero me tomo unos buenos segundos antes de responder. Mi cabeza me dice que este es el momento de escapar, de reafirmar la naturaleza casual de todo esto, y de ganar tiempo para averiguar cómo coño salir de la apuesta con los chicos.

—Yo no hago esto —continúa—. Lo de acurrucarnos. Lo de... lo que sea que es esto.

—Yo tampoco.

Se da la vuelta entre mis brazos para mirarme de frente, y hasta en la penumbra puedo ver la confusión en sus ojos, la misma guerra entre deseo y autoprotección que me arde en el pecho.

—Entonces, ¿qué estamos haciendo? —pregunta.

—No lo sé —admito—. Pero sé que no quiero que te vayas.

Algo en su expresión se suaviza.

—Vale —susurra—. Me quedo.

Mientras su respiración se profundiza y se va quedando dormida, yo sigo despierto, abrazándola y tratando de no pensar en lo completamente jodido que estoy. La apuesta, el dinero que necesito desesperadamente pero que no quiero ganar y que no puedo permitirme perder, y el hecho de que mis amigos creen que todo esto es un juego.

El hecho de que quedará destrozada si se entera.

Esta chica está dormida en mis brazos, confiándome su cuerpo y tal vez hasta su corazón, mientras yo guardo un secreto que podría destruirlo todo. Así que mañana intentaré averiguar si hay alguna manera de salir de la apuesta sin romperle el corazón ni quedarme sin un centavo.

Pero esta noche, simplemente la abrazo fuerte y finjo que esto es algo que puedo conservar.

veinte

MAYA

EL RESIDUO pegajoso de la mesa le está ganando la batalla a mi vodka con soda, amenazando con dejar el vaso pegado para siempre. Y cuando lo levanto —caro, aguado— se oye un sonido de ventosa al separarse de la superficie.

—... y entonces el profesor Pratt tuvo el descaro de sugerir que mi técnica estaba mal —dice Priya, con la voz aguda de indignación.

—Mmm —respondo, el sonido evasivo perdido en la cacofonía de jugadores de hockey borrachos —menos Maine— en la mesa de billar detrás de nosotras.

Sophie se inclina para cubrir mi falta de atención con Priya.

—¿Pero le dijiste lo de tus estadísticas en las prácticas clínicas? Tenías la tasa de éxito más alta en...

Agradecida por la cobertura, mi mente se va a la deriva, y entre la neblina de olor a cerveza rancia y el rock clásico demasiado alto típico de O'Neil's, lo único en lo que puedo pensar es en cómo se veía Maine esta mañana, despeinado y sin camiseta en nuestra cocina, preparando café para...

—¿Maya? —La voz de Sophie corta mis pensamientos—. ¿Estás bien? Llevas cinco minutos mirando ese letrero de cerveza.

—Solo estoy cansada —miento, obligándome a concentrarme de nuevo, ya que Priya ha pasado a quejarse del estacionamiento del hospital.

Pero no me interesa.

La verdad es que no debería estar aquí. Debería estar en casa con Maine, continuando nuestro extraño baile doméstico en el que orbitamos el uno alrededor del otro sin reconocer jamás la atracción gravitacional. Donde compartimos comidas y toques «accidentales» y miradas que duran demasiado, todo mientras fingimos que sigue siendo solo sexo.

Excepto que ya no es solo sexo.

No desde aquella noche en el club. No desde que sus sudaderas —las grandes, las cómodas— empezaron a aparecer misteriosamente en la silla de mi escritorio cuando estoy estresada por los trabajos. No desde que empezó a mandarme memes estúpidos durante sus turnos en Pizza Plus solo para hacerme reír.

—... una rúbrica de evaluación totalmente injusta —sigue Priya, agitando su cosmo en el aire—. ¿Verdad?

—Totalmente —coincido, sin tener ni idea de con qué estoy de acuerdo, pero espero que no me salga por la culata.

Sophie me lanza esa mirada que dice que ve a través de mis patrañas, pero que no me lo va a echar en cara en público. Sabe que algo ha cambiado entre Maine y yo —probablemente lo supo antes que yo— pero las pocas veces que ha intentado sacar el tema, se lo he cortado en seco.

—Señoritas.

La voz corta nuestra conversación como uñas en una pizarra y me saca de mi introspección distraída. Un tipo se deja caer en una de las sillas vacías de nuestra mesa sin que nadie lo invite, su colonia tan fuerte que me hace lagrimear, y en un segundo tengo la guardia alta.

Todo en él grita que se esfuerza demasiado: el pelo deliberadamente desordenado que probablemente tardó veinte minutos en peinar, el chaleco de Patagonia sobre una camisa con un botón de más desabrochado, y una confianza que raya en el delirio.

—Es que vi a tres mujeres tan guapas sentadas aquí solitas... —dice, puro baboso.

Priya, eterna optimista cuando se trata de atención masculina, se anima un poco. La expresión de Sophie se vuelve cuidadosamente

neutra. Pero las dos me miran mientras le doy un trago largo a mi vodka con soda, porque normalmente soy yo la que destroza a los babosos indeseados.

—Soy Brad —anuncia, como si alguien le hubiera preguntado—. ¿Son de primer año?

—Maestría —dice Sophie con educación—. Enfermería.

Sus ojos giran hacia mí, y algo depredador asoma en ellos cuando hace el recorrido lento de mi cara a mi pecho y de vuelta. Me da grima, como si estuviera mirando a una «stripper» en vez de a una profesional de la salud, pero está claro que le van las enfermeras…

—Apuesto a que tienen que vestirse bien bonitas para los doctores —suelta con una risotada.

La rabia que me inunda es instantánea y familiar. Sabe a cada comentario condescendiente que mi padre hizo sobre mi elección de carrera, y a cada cena familiar donde los logros de mis hermanos en derecho y finanzas se celebraban mientras los míos se descartaban.

Brad se acerca más, con el aliento apestando a cerveza barata y prepotencia.

—Oye, deberías practicar conmigo… Soy premed.

Las palabras se me están formando en la punta de la lengua —algo sobre cómo lo único en lo que practicaría con él sería mi derechazo— cuando de repente Maine está ahí, acercando una silla como si hubiera sido parte de nuestro grupo todo el rato. Parpadeo dos veces, atónita, porque ni siquiera sabía que estaba aquí, y ahora está aquí.

Ni siquiera reconoce la existencia de Brad, sus ojos azules clavados en mí con una intensidad que me da un vuelco en el estómago.

—Señoritas —dice.

Le sonrío, porque sé que esto va a ser bueno.

El Show de Maine.

—Perdón por interrumpir —dice, con esa calma particular en la voz que ya aprendí que significa todo menos calma—. Pero estábamos discutiendo en la barra… ¿cuál es el protocolo de

titulación para administrar dopamina intravenosa en un paciente hipotenso que no responde a la reanimación con fluidos?

La pregunta queda suspendida en el aire como un golpe perfectamente lanzado. La boca de Brad se abre un poco, la frente frunciéndose de confusión. Pero yo sé exactamente lo que Maine está haciendo, y la oleada cálida de gratitud y diversión se mezcla en algo que de verdad no quiero nombrar.

—Bueno —digo, enderezándome, encontrando los ojos de Maine con una sonrisa que sabe a conspiración—, empezarías con dos a cinco microgramos por kilo por minuto, pero tienes que considerar la respuesta bifásica. A dosis bajas, estás estimulando principalmente receptores dopaminérgicos, lo que puede causar vasodilatación renal y mesentérica.

Maine asiente, inclinándose hacia delante con interés genuino.

—Claro, pero ¿en qué punto empiezas a ver los efectos beta-1 adrenérgicos?

—Generalmente entre cinco y diez microgramos por kilo por minuto —continúo, entusiasmándome con el tema sin poder evitarlo, y deliberadamente sin mirar a Brad—. Ahí es cuando obtienes el aumento de contractilidad cardíaca y frecuencia cardíaca. Pero si pasas de diez, sobre todo acercándote a veinte, estás activando receptores alfa con fuerza.

—¿Y eso causa?

—Vasoconstricción sistémica. Puede ser útil en shock severo, pero también estás viendo aumento de la poscarga y riesgo de arritmias. Y si no tienes cuidado con el sitio de la vía, la extravasación con dopamina a dosis altas puede causar necrosis tisular.

—Por la vasoconstricción mediada por receptores alfa —añade Maine, y el hecho de que realmente sepa esto hace que algo me revolotee en el pecho.

No estudia medicina ni nada relacionado con la salud.

Pero aquí está, haciéndome preguntas sobre el tema, y dejando a Brad en ridículo.

¿Maine Hamilton… investigó lo que estoy estudiando?

—Exacto —digo—. Por eso hay que monitorizar el sitio con cuidado, y algunos protocolos recomiendan tener fentolamina a mano para infiltración si ocurre.

Estamos completamente absortos el uno en el otro, nuestra conversación un intercambio a fuego rápido de terminología médica barra coqueteo. Brad se remueve incómodo en su silla, con los ojos saltando entre nosotros como si estuviera viendo un partido de tenis que no entiende. Y la cara que pone me hace sentir lástima por sus futuros pacientes.

Seguimos así otro minuto, sumergiéndonos en farmacología de receptores y monitorización hemodinámica, y soy vagamente consciente de que Sophie nos observa con las cejas levantadas y cara de «te lo dije», mientras Priya parece completamente perdida.

Pero sobre todo soy consciente de Maine: de cómo me mira como si fuera lo más fascinante de la sala, de cómo me iguala punto por punto en esta discusión, de cómo ha creado esta burbuja de competencia y respeto a mi alrededor que Brad no podría penetrar ni con un hacha de bomberos.

Finalmente, Brad murmura algo sobre ir por otro trago y prácticamente huye de la mesa. En cuanto se va, la postura de Maine cambia sutilmente. Se recuesta un poco, un gesto que de alguna manera comunica que el escenario es mío, y que yo puedo dar el golpe final.

Me giro hacia la figura en retirada de Brad, asegurándome de que mi voz sea lo bastante fuerte para que la oiga.

—Lo único en lo que «practicaría» contigo es cómo intubar un cadáver.

La sonrisa que se extiende por la cara de Maine es lenta y de aprobación, como si acabara de hacer algo extraordinario. Asiente una vez —un gesto pequeño, casi imperceptible, pero cargado de respeto— antes de echar la silla hacia atrás y ponerse de pie.

—Señoritas —le dice a nuestra mesa, con ese encanto fácil de vuelta en su sitio.

Entonces sus ojos encuentran los míos una vez más, sosteniendo la mirada un latido más de lo necesario, antes de dirigirse de vuelta a las mesas de billar donde sus compañeros de equipo acaban de

darse cuenta de que llegó al bar y lo reciben como a un héroe que regresa.

Mi héroe.

Lo observo, con la cabeza dándome vueltas. Eso no fue solo defenderme. Fue algo completamente distinto. No apareció como un caballero de reluciente armadura para salvar a la damisela. No intentó intimidar a Brad con su tamaño ni con su estatus de jugador de hockey.

En cambio, identificó la naturaleza precisa del insulto —el desprecio profesional, la reducción de mi carrera a algo decorativo y servil— y me preparó para contrarrestarlo con inteligencia y respeto. Fue un alley-oop profesional, dejándome completar el mate.

Y el conocimiento médico… ¿cuándo coño empezó a leer sobre protocolos de vasopresores? La única explicación que tiene sentido me llena el pecho de calor: ha estado leyendo sobre mis materias, aprendiendo sobre lo que hago para poder entenderlo.

—OK, ¿qué fue todo eso? —exige Priya, mirándome con los ojos como platos.

—Eso —dice Sophie despacio, con una sonrisa asomando en sus labios— fue el Show de Maine.

—¿Desde cuándo sabe él algo de medicina? —La voz de Priya sube de tono.

Desde que empezó a importarle lo que me importa a mí, aparentemente.

El pensamiento es aterrador y emocionante a partes iguales.

—Maya. —La voz de Sophie es suave pero insistente—. ¿Estás bien?

Me obligo a apartar la mirada, a encontrar la suya preocupada.

—Sí. Estoy… estoy bien.

Pero no estoy bien. Estoy metida en un lío enorme. Porque mientras hemos estado viviendo en felicidad doméstica con Maine, haciendo todo lo que hace una pareja excepto llamarnos pareja, él se ha ido colando en mis sentimientos. Con su encanto particular, claro, pero también con algo mucho más peligroso.

Comprensión y respeto.

—Necesito otro trago —anuncio, poniéndome de pie de golpe.

—Voy contigo —dice Sophie, claramente sin creerse mi repentina necesidad de alcohol.

Nos abrimos paso hasta la barra, serpenteando entre la multitud. Puedo sentir la presencia de Maine en alguna parte del local como un tirón magnético, pero no me permito buscarlo con la mirada. Todavía no. Primero necesito centrarme de una puta vez, averiguar qué coño estoy sintiendo y qué voy a hacer al respecto.

Y averiguar qué siente él también.

veintiuno

MAYA

POR SUPUESTO que me tenía que tocar la puta planta de pediatría para mi última rotación.

Y hoy, me dan ganas de dejar la enfermería por completo.

—¿Maya? —La voz de Ethan es apenas un susurro, su manita fría en la mía a pesar de las tres mantas térmicas que le hemos apilado encima—. ¿Te vas a quedar?

La pregunta me destroza, pero mantengo la voz firme y cálida, como me han enseñado.

—Claro que sí, cariño. No me voy a ir a ningún lado.

Su madre, Rebecca, está sentada al otro lado, con los dedos temblorosos mientras le acaricia el pelo, o lo que queda de él después de meses de quimio que al final no sirvió de nada. No ha dejado de tocarlo en la última hora, como si solo con las manos pudiera anclarlo a este mundo.

Su padre, Marcus, está de pie al pie de la cama, con cara de piedra y en silencio, pero puedo ver cómo aprieta la mandíbula para contener el grito que quiere escapar. Como si sintiera que mostrar un solo instante de debilidad abriría la compuerta de lágrimas que lleva semanas conteniendo.

La respiración de Ethan ha cambiado a ese ritmo particular que he aprendido a reconocer: superficial, irregular, con pausas cada vez más largas entre cada inhalación. El estertor agónico, lo llaman en

los libros de texto. Pero los libros de texto no te preparan para cómo suena cuando viene de un niño de siete años que la semana pasada te contaba sus planes de ser paleontólogo de dinosaurios.

—Las máquinas —dice Rebecca de pronto, con la voz quebrada —. ¿Se pueden... se pueden apagar las alarmas? No quiero que lo último...

No puede terminar la frase, así que simplemente asiento y estiro la mano libre para silenciar los monitores. La repentina ausencia de pitidos es como una respiración contenida, como si el mundo entero se hubiera detenido a presenciar este momento imposible. En el silencio, la respiración trabajosa de Ethan se convierte en el único sonido, cada exhalación un poco más suave que la anterior.

—Cuéntame... —Los ojos de Ethan se abren con un aleteo, buscando los míos con esfuerzo—. ¿Cuéntame otra vez lo de los ángeles?

Se me cierra la garganta. La semana pasada, cuando sus padres habían salido de la habitación a hablar con el médico, me preguntó si morir dolía. Me inventé una historia sobre ángeles que vienen a llevarse a los niños enfermos a un lugar donde nada duele, donde pueden correr y jugar sin cansarse. No del todo profesional, lo sé, pero que le den a lo profesional cuando un niño moribundo necesita consuelo más que verdad.

—Ya están aquí —susurro, logrando que no se me quiebre la voz —. Están esperando justo ahí afuera, y han traído las alas más suaves para envolverte.

Una sombra de sonrisa le toca los labios agrietados.

—¿Me van... a dejar llevar... a Mr. Bones?

Mr. Bones, el T-Rex de peluche que no ha abandonado su cama desde que ingresó.

—Claro que sí —digo—. A los ángeles les encantan los dinosaurios.

Rebecca suelta un sonido que es mitad risa, mitad sollozo, y hunde la cara en el hombro de Ethan. Marcus por fin se mueve, rodea la cama para poner una mano en la espalda de su esposa, con los hombros temblándole. Ha sido toda una roca, y verlo hace que mi mente salte a Maine apoyándome en O'Neil's...

—Te quiero, mami —exhala Ethan, interrumpiendo mis pensamientos, cada palabra un esfuerzo monumental—. Te quiero... papi.

—Te queremos muchísimo, mi amor —logra decir Rebecca—. Eres nuestro niño perfecto y valiente.

La pausa entre sus respiraciones se alarga.

Veinte segundos. Treinta.

Se le cierran los ojos.

Sus dedos en los míos se han quedado completamente laxos.

—Está bien —me descubro diciendo, aunque no sé si le hablo a Ethan o a sus padres o a mí misma—. Está bien soltar. Tu mamá y tu papá van a estar bien.

La mentira me quema la garganta. No van a estar bien. Nunca van a volver a estar bien. Pero a veces las mentiras son la única misericordia que nos queda por ofrecer. Y me da algo que hacer mientras veo a esta familia romperse sin culpa alguna, haciéndome añorar aún más a la mía.

¿Les importaría siquiera una mierda si yo fuera la que estuviera en esta cama?

El pensamiento es totalmente inapropiado, así que lo destierro, justo cuando el alarido desgarrador de Rebecca me atraviesa un instante después. Es un sonido tan primitivo y roto que siento como si me estuviera desgarrando algo dentro del pecho. Marcus se desploma en la silla, su fachada de piedra desmoronándose mientras extiende las manos hacia el cuerpo inmóvil de su hijo.

Retiro la mano de la de Ethan con cuidado, poniéndome de pie sobre piernas que siento desconectadas de mi cuerpo. Ahora vienen los procedimientos: hora del fallecimiento que anotar, papeleo que completar, un médico al que notificar. Pero primero me inclino y le coloco a Mr. Bones con cuidado bajo el brazo, asegurándome de que el dinosaurio quede bien pegado a su pequeño cuerpo.

—Tomaos todo el tiempo que necesitéis —les digo a sus padres, aunque las palabras resultan inadecuadas, insultantes en su vacío.

¿Qué tiempo sería jamás suficiente?

Llego al pasillo antes de que las piernas amenacen con fallarme. La pared está fría contra mi espalda cuando me recuesto en ella.

Siento el pecho demasiado apretado, como si las costillas se me hubieran contraído alrededor de los pulmones. Las luces fluorescentes se difuminan mientras las lágrimas que me niego a dejar caer me arden detrás de los ojos.

Siete años. Tenía siete putos años.

El pasillo está misericordiosamente vacío, el resto de la planta siguiendo su ritmo de caos controlado. En algún lugar, otro niño llora porque quiere irse a casa. En algún lugar, otro padre recibe buenas noticias. En algún lugar, otra enfermera le sostiene otra manita a otro niño y le miente sobre ángeles.

Cierro los ojos, tratando de respirar a pesar del dolor que amenaza con romperme la compostura profesional de par en par, mezclado con rabia: contra el mundo, por no haber encontrado todavía una cura; contra Dios, por llevarse a este niño del mundo; y contra mis padres, por pensar que mi profesión es inferior o trivial y repudiarme por ella.

Pues que les den.

Porque siento que estoy haciendo el trabajo más importante del mundo.

Y le he dado una parte de mí todos los días.

En la oscuridad detrás de mis párpados, veo la cara de Ethan de la semana pasada, animada y brillante mientras me explicaba la diferencia entre un Triceratops y un Styracosaurus. Veo su sonrisa mellada cuando le pasé un vasito de pudín extra a escondidas. Veo...

—Enfermera Hayes.

La voz del Dr. Harrison me corta la espiral como un bisturí. Abro los ojos y lo encuentro ahí parado, con la bata blanca impecable, la expresión tallada en hielo. Evalúa mi estado —hombros temblando ligeramente, ojos enrojecidos, la viva estampa del derrumbe emocional antiprofesional— y sus labios se curvan en una mueca de desprecio.

—Recompóngase.

Las palabras caen como una bofetada. Lo miro fijamente, esperando algo más, algún reconocimiento de lo que acaba de pasar en esa habitación. Alguna señal de que un niño acaba de morir, de

que unos padres acaban de ver su mundo destrozado, de que quizás, solo quizás, está bien sentir algo al respecto.

En cambio, decide que ahora es buen momento para un sermón.

—La pérdida es parte del trabajo. Si se desmorona cada vez que un paciente entra en paro, no va a durar ni un año.

—Tenía siete años —logro decir, con la voz apenas por encima de un susurro, aunque sé que no le va a cambiar la opinión.

—Y mañana habrá uno de seis, o de ocho, o un bebé. —Su tono es clínico y distante, como si estuviéramos hablando de resultados de laboratorio en vez de niños muertos—. La familia necesita profesionales ahora mismo, no más dolientes, así que su indulgencia emocional no le sirve a nadie.

Indulgencia emocional. Las palabras hacen eco de la voz de mi padre con tanta perfección que casi miro alrededor para ver si se ha materializado en el pasillo.

—Lávese la cara y vuelva al trabajo —continúa Harrison, ya dándose la vuelta—. Hay pacientes vivos que necesitan atención.

Sus pasos resuenan por el pasillo, cada uno una condena. Me quedo congelada, su juicio resonándome en los oídos como una sentencia de muerte para todo lo que creía que me hacía buena en este trabajo. La empatía que llevé a la cabecera de Ethan, la humanidad que les ofrecí a sus padres, las lágrimas que amenazan con caer.

Al parecer, no son fortalezas.

Son debilidades.

Defectos que corregir.

Fallos que esconder.

Justo como siempre dijo mamá.

Las lágrimas contra las que he estado luchando finalmente ganan.

❄

Necesito tres intentos para abrir la puerta del departamento porque las manos no me dejan de temblar. Las luces fluorescentes del

pasillo se difuminan a través de lágrimas que me niego a dejar caer aquí, donde alguien podría verme. Por fin logro meter la llave, girarla y entrar a trompicones.

Silencio.

Del tipo que presiona contra los tímpanos como si estuviera bajo el agua. Ningún ESPN a todo volumen en la sala. Ningún sonido de Maine cantando desafinado en la ducha. Ningún olor a grasa de Pizza Plus pegado a su camiseta de trabajo. Ninguna presencia reconfortante de él.

Solo nada.

Debería sentir alivio. Necesito el espacio para desmoronarme sin audiencia.

Pero hay algo raro en el vacío.

Recompóngase, resuena la voz del Dr. Harrison en mi cráneo.

Solo que ya no estoy en el trabajo. Estoy en casa. Aunque vete tú a saber qué mierda significa eso cuando mi casa es un lugar que comparto con alguien a quien ni siquiera puedo decirle que estoy enamorada de él, en un departamento por el que tengo que luchar y arañar porque mis padres me cortaron el grifo, estudiando para una carrera que ellos creen que está por debajo de mí.

No, mi mente me envuelve en un abrazo mental. Por debajo de ellos.

Dejo caer el bolso junto a la puerta, y aterriza con un golpe sordo que parece resonar para siempre. El sonido de la respiración de Ethan —ese estertor horrible y entrecortado— sigue reproduciéndose en bucle en mi cabeza. Todavía siento el frío de sus dedos aflojándose en los míos y todavía veo la cara de Rebecca desmoronándose al darse cuenta de que su bebé se había ido.

La familia necesita profesionales ahora mismo, no más dolientes.

Mis piernas me llevan hacia la cocina en piloto automático. Necesito agua. O vino. O algo más fuerte. Algo que me lave el sabor a muerte de la boca, que queme la imagen del dinosaurio de peluche de un niño de siete años metido bajo su brazo inmóvil.

Pero un trago del bourbon de mierda de Maine no me hace nada.

Quizás lo que necesito es apoyo. Un abrazo y un hombro sobre el que llorar. Así que saco el teléfono, con el pulgar flotando sobre el

contacto de Sophie. Vendría, me abrazaría mientras lloro y me diría que Harrison es un cabrón sin corazón y que sentir cosas me hace humana.

Pero entonces me lo imagino: Sophie corriendo para acá, probablemente arrastrando a Mike con ella porque ahora son inseparables, Mike mandándole un mensaje a Maine, y Maine acortando su turno o su entrenamiento para venir a casa con esa mirada de preocupación que últimamente se le ha ido colando en los ojos cuando me mira.

No, no puedo.

Mi pulgar se desliza hacia arriba hasta el chat grupal de mi familia. El último mensaje sigue siendo el mío, ahí plantado como un monumento a mi estupidez:

Pensando en vosotros.

Confirmaciones de lectura activadas.

Sin respuesta.

Se me escapa una risa amarga. ¿Qué les diría siquiera?

Hola, mamá, hola, papá, hoy se murió un niño, y le sostuve la mano, y ahora mi supervisor piensa que soy demasiado emocional para este trabajo, igual que vosotros siempre dijisteis que yo era demasiado desordenada para nuestra familia. ¡Espero que os lo hayáis pasado genial en la boda a la que no queríais que fuera!

Probablemente le darían la razón a Harrison y me dirían que esto es lo que me gano por elegir una profesión tan indigna. Por tirar a la basura el legado Hayes para limpiar narices y sostener manos. Por revolcarme en la mugre y el desorden con gente de verdad, en vez de jugar a ser Dios como cirujana o abogada litigante.

Que les den.

El pensamiento llega afilado y violento, atravesando el dolor. Ya no tienen derecho a juzgarme. Ya no tienen derecho a hacerme sentir pequeña por preocuparme, por sentir, por ser humana. Ellos tomaron su decisión cuando me dieron la espalda y cuando decidieron que no merecía su amor.

Con la muerte de Ethan, siento que algo más murió: cualquier última esperanza que me quedaba de reconciliarme con ellos. Porque ahora me doy cuenta de que no quiero su amor si viene con

condiciones. No quiero su aprobación si significa matar las partes de mí que sienten demasiado, que se entregan demasiado, que aman demasiado.

La revelación debería ser liberadora.

En cambio, es lo que finalmente me rompe.

Las rodillas me golpean el suelo de la cocina con fuerza suficiente para dejarme un moratón. El armario está frío contra mi espalda mientras me deslizo por él, el uniforme sanitario enganchándose en el tirador del cajón de abajo. El primer sollozo se me arranca como algo desgarrándose de mi pecho: feo, crudo, animal.

Me presiono las palmas contra los ojos, pero no detiene las lágrimas. Vienen en oleadas. Por Ethan, que quería ser paleontólogo. Por Rebecca y Marcus, que nunca van a volver a estar bien. Por todos los niños a los que Harrison no quiere que consuele porque al parecer eso me hace poco profesional.

Me enrosco sobre mí misma, los brazos alrededor de las rodillas, haciéndome lo más pequeña posible. Como si me comprimiera lo suficiente, pudiera desaparecer del todo. Simplemente dejar de existir. Se acabó Maya la decepción. Se acabó Maya la fracasada. Se acabó Maya la que siente demasiado y lo demuestra todo mal.

Los sollozos me sacuden el cuerpo entero, violentos y descontrolados. Esto no es llorar bonito. Esto no es una sola lágrima deslizándose con gracia por mi mejilla. Esto es llorar feo, desordenado, roto. Del tipo que te hincha la cara y te hace moquear y te deja el pecho agitado por el esfuerzo de seguir respirando.

Pero no hay nadie aquí para verlo.

veintidós

LA LLAVE GIRANDO en la cerradura se siente como una pequeña victoria esta noche.

Por una vez, mi billetera no está llorando, y el bote de propinas compartido de Pizza Plus hizo que el turno valiera las quemaduras de grasa. Joder, puede que hasta pueda comprar cereal de marca la semana que viene en vez de la mierda genérica que sabe a cartón remojado en agua con azúcar.

Pero mi buen humor muere al instante cuando lo oigo.

Un sonido que no debería existir en nuestro departamento, un sollozo pequeño y ahogado. Es casi inhumano, como si alguien intentara tragar cristales rotos, el tipo de ruido que te tensa el cuerpo entero antes de que tu cerebro siquiera procese lo que estás oyendo.

Me quedo paralizado en la entrada.

¿Maya?

El sonido viene de la cocina, y solo hay otra persona que debería estar aquí. Mis pies se mueven antes de que tome la decisión consciente, llevándome al doblar la esquina con ese temor cauteloso que normalmente reservas para entrar en escenas del crimen, y lo que encuentro me deja helado.

Esta no puede ser Maya.

Maya no hace esto.

Maya es puro ingenio, descaro y caos controlado. Maya es la mujer capaz de destripar a alguien con una sonrisa, que trata la vulnerabilidad como una enfermedad, que lleva la diversión como un escudo soldado a su piel. Pero ahí está, hecha un ovillo en el suelo de la cocina como si intentara desaparecer dentro de sí misma.

Sus hombros tiemblan con el tipo de sollozos que vienen de algún lugar profundo y primitivo, de esos que te dejan vacío y en carne viva. Su pelo oscuro —normalmente tan perfectamente arreglado incluso cuando dice que simplemente «se lo recogió»— cuelga en cortinas enmarañadas alrededor de su cara.

Se ve pequeña.

Se ve destrozada.

Y me golpea como un slapshot al pecho: esta no es la oponente formidable que se supone que debo conquistar por una apuesta. Esta no es la Reina de Hielo ni la Potra Salvaje ni ninguna de las otras etiquetas de mierda que yo u otros hemos lanzado por ahí. Esta es Maya cruda, sin filtros, completamente rota.

La apuesta parece de otra vida. Estas últimas semanas desde el club, desde que empezamos esta cosa tácita donde estamos juntos pero no *juntos*, donde dormimos en la misma cama pero después nos retiramos a nuestras habitaciones separadas como si nos diera miedo lo que pueda traer la mañana…

Bueno, todo ha sido un baile cuidadoso alrededor de la verdad.

Sé que podría ganar la apuesta con dos palabras.

Te quiero.

Llevan semanas en la punta de mi lengua, pesadas y peligrosas. Estoy bastante seguro de que me diría lo mismo, porque lo he visto en la forma en que me mira cuando cree que no la estoy observando, y lo he sentido en cómo su cuerpo se relaja contra el mío cuando estamos enredados en la oscuridad.

Pero me las he callado y he esquivado cada vez que ella se ha acercado a traspasar ese muro invisible entre nosotros. Porque decir esas palabras significa enfrentar la apuesta, el dinero que no puedo permitirme perder, la inevitabilidad de romperle el corazón cuando las diga y después descubra lo que he hecho.

Menuda puta elección.

Ganar la apuesta y perderla a ella.

Perder la apuesta y quedarme en la ruina.

Decirle la verdad y perderlo todo.

Pero nada de eso importa ahora mismo.

No cuando ella se está rompiendo en pedazos en el suelo de nuestra cocina.

No pienso. Solo me muevo, recurriendo al único papel que realmente sé interpretar cuando la cosa se pone jodida: ser la calma en la tormenta de otra persona. Es lo que hago por Chloe durante sus malas noches y lo que he hecho por mis padres cuando las facturas médicas se acumulan demasiado.

Y ahora Maya me necesita.

No pregunto qué pasa. En cambio, me muevo con la eficiencia silenciosa de alguien que ha capeado bastantes crisis. Un vaso del armario. Agua del grifo. La caja de pañuelos de la encimera que ella etiquetó con agresividad pasiva como «Para el Desastre de Maine» durante una de nuestras pequeñas escaramuzas domésticas.

Dios, eso parece de otro universo ahora.

Cuando vuelvo junto a ella, no intento tocarla —está demasiado en carne viva para eso, demasiado expuesta—, sino que me arrodillo a un metro y dejo el agua y los pañuelos en el suelo a su lado. Simples ofrendas de apoyo y presencia, sin condiciones ni expectativas.

Luego me siento en el suelo frente a ella, y la cocina se convierte en nuestra pequeña burbuja de dolor. Mientras permanezco sentado, cerca y en silencio, Maya llora con el tipo de abandono que viene de por fin, por fin soltar algo que llevas aferrando con uñas y dientes demasiado tiempo.

No sé qué la rompió. No sé si es su familia, esos cabrones que sé que la tratan como si fuera defectuosa, aunque no me cuenta los detalles. No sé si es la universidad, la presión de su programa de enfermería que la obliga a estudiar hasta las tres de la madrugada casi todas las noches. No sé si somos nosotros, esta cosa que nos da demasiado miedo nombrar.

No necesito saberlo.

No se trata de eso.

Se trata de ser lo que ella fue para mí esa noche después de la visita de Chloe, cuando yo estaba roto en el suelo y ella de algún modo supo exactamente lo que necesitaba. No soluciones, no frases vacías, solo… presencia. Y quizá una fiesta que ninguno de los dos podía permitirse pero que de alguna manera hizo todo soportable por unas horas.

Pero no creo que una fiesta pueda resolver esto.

Con el tiempo, sus sollozos van ralentizándose, pasando de olas que le sacuden el cuerpo a jadeos temblorosos y luego a respiraciones agotadas, entrecortadas por el hipo. No me mira en todo ese tiempo —ni siquiera reconoce que estoy ahí—, pero me quedo de todas formas mientras empieza a recuperar el control.

Espero que se recomponga ahora. Que reconstruya esos muros ladrillo a ladrillo, que se levante y finja que esto nunca pasó. Que se retire a su habitación y salga mañana con su armadura completamente restaurada y algún comentario cortante sobre cómo al menos podría haberle dado agua embotellada.

En cambio, levanta la mirada hacia mí.

Y joder, está hecha polvo.

Sus ojos están hinchados casi cerrados, con los bordes enrojecidos y en carne viva. El rímel ha corrido en ríos negros por sus mejillas, mezclándose con las lágrimas para crear una pintura abstracta de dolor en su hermosa cara. Su nariz está roja y le gotea, y definitivamente hay mocos que ni siquiera parece notar ni importarle.

—¿Sabes? —dice, y su voz está destruida, ronca y espesa de lágrimas—. Cuando tú estabas desplomado contra la puerta así, yo enseñé las tetas para conseguirnos suficiente alcohol para montar una fiesta y hacerte sentir mejor, ¿y todo lo que recibo son pañuelos y un vaso de agua?

Las palabras son tan inesperadas, tan perfectamente *Maya* incluso en medio de su derrumbe, que no puedo evitarlo: suelto una carcajada que probablemente es demasiado fuerte para el momento. Ella niega con la cabeza con fingido desprecio, un intento lloroso de su sonrisa burlona habitual tirando de sus labios.

Y entonces ella también se ríe. Es esa risa rota e histérica que ocurre cuando estás tan emocionalmente exprimido que tu cuerpo no sabe qué más hacer. Llora y ríe a la vez, estos hipidos que son a partes iguales humor y desolación.

Entonces se mueve.

No se levanta, no se recompone con esa compostura sobrenatural que suele lograr. Simplemente… gatea. Literalmente gatea por las baldosas frías de la cocina que nos separan, cerrando la distancia con una vulnerabilidad que me deja sin aliento.

No dice nada. No necesita hacerlo. Simplemente se desploma contra mi costado como si le hubieran cortado los hilos, enterrando la cara en el hueco de mi cuello. Puedo sentir sus lágrimas empapando mi camiseta de Pizza Plus —la que huele a ajo, aunque a ella no parece importarle.

Mi brazo sube sin pensarlo siquiera, rodeándole los hombros, atrayéndola más cerca. Está temblando, pequeñas réplicas de emoción recorriendo su cuerpo. Puedo sentir cada estremecimiento, cada respiración entrecortada, cada momento de su rendición completa y total.

Su cuerpo encaja contra el mío. Incluso rota, incluso desmoronándose, encaja.

Apoyo la barbilla sobre su cabeza, respirando su aroma, y entonces se mueve ligeramente, apretándose más contra mí, y su mano sube para agarrar mi camiseta como si tuviera miedo de que fuera a desaparecer. Como si yo fuera su ancla en cualquier tormenta que esté atravesando.

Sus dedos se tensan en mi camiseta, y siento sus labios moverse contra mi cuello. Por un segundo creo que va a decir algo, quizá incluso las palabras que harían volar por los aires la apuesta y mis mentiras. Pero no lo hace. Solo respira, respiraciones profundas y temblorosas, como si intentara recordar cómo funcionan sus pulmones.

Quiero contárselo todo. La apuesta, que estoy enamorado de ella, que cada momento de lo nuestro —sea lo que sea— ha sido lo mejor y lo peor que me ha pasado en la vida.

Quiero confesarle que la veo —realmente la veo— más allá de todos los muros y escudos y actuaciones. Que sé que tiene miedo y está herida y se esfuerza una puta barbaridad por ser perfecta en un mundo que no para de decirle que no es suficiente.

Pero no digo nada de eso. Porque ahora mismo, ella no necesita mi confesión. No necesita mi drama ni mi culpa ni mis propios putos problemas. Necesita exactamente lo que ella me dio: presencia sin juicio, apoyo sin condiciones.

Así que simplemente la abrazo más fuerte y vuelvo a patear el problema hacia delante.

Sabiendo que con cada patada, las consecuencias finales solo crecen.

veintitrés

MAYA

EL SILENCIO de mi habitación pesa como algo propio, aplastándome a las dos de la mañana mientras estoy aquí tumbada mirando el techo. Mi cuerpo está agotado —ese tipo de cansancio que se te mete en los huesos después de haber llorado hasta vaciarte— pero mi mente no se calla de una puta vez.

Debería estar muerta de vergüenza.

Perdí el control por completo.

No fue el llanto controlado y bonito que ves en las películas. No, tuve un colapso total en el suelo de mi cocina, de esos con mocos y cara hinchada y todo. De esos en los que se te llena la cara de manchas rojas y te gotea la nariz y haces esos horribles sonidos entrecortados que ningún ser humano debería hacer jamás delante de otro ser humano.

Y Maine lo vio todo.

El Show de Maine. El mujeriego. El deportista bocazas. El compañero de piso cómodo y un polvo aún más cómodo. Solo que he descubierto que no es ninguna de esas cosas, porque no fue esa persona la que se sentó conmigo en ese suelo frío de baldosas durante Dios sabe cuánto tiempo.

No intentó arreglarme. No me dijo que me calmara ni que todo iba a estar bien. No me ofreció frases vacías ni soluciones ni ninguna de las mierdas inútiles que la gente suele decir cuando se enfrenta a

las emociones desordenadas de otra persona. Simplemente… se quedó conmigo, disponible para lo que necesitara, fuera mucho o poco.

Y cuando me arrastré hasta él —*literalmente me arrastré por el suelo*—, simplemente abrió los brazos y me abrazó como si fuera lo más natural del mundo. Fue igual que cuando cuidó de Chloe, como si sentarse en el suelo con chicas rotas fuera simplemente otro martes por la noche para él.

Y fue otro ejemplo de cómo él es el pilar de todos los demás.

Siempre el que cuida, nunca el cuidado. Manteniendo a todos a flote incluso cuando él se está ahogando. Y reconocer eso, junto con el recuerdo de su calor sólido, me golpea como una oleada de anhelo tan intensa que me roba el aliento.

Lo necesito.

No lo deseo.

Lo *necesito*.

Darme cuenta de eso debería aterrarme. Esto no tenía que pasar. Teníamos reglas y límites. Pero en algún punto entre notas adhesivas pasivo-agresivas y sexo alucinante, entre taparnos con mantas y sentarnos en el suelo de la cocina, esos límites se disolvieron.

Y ahora estoy aquí tumbada en mi cama, cada célula de mi cuerpo tirando hacia su habitación como si él fuera el norte magnético y yo una brújula rota que por fin encontró su dirección.

A la mierda.

Aparto las sábanas de un tirón y salgo de mi habitación antes de que pueda convencerme de no hacerlo. El pasillo se me hace interminable aunque son solo unos pasos. Mis pies descalzos no hacen ruido sobre la madera, pero mi corazón late tan fuerte que estoy convencida de que lo despertará antes de que llegue siquiera a su puerta.

Está entreabierta, una franja de luz de luna cruzando el suelo como una invitación. La empujo despacio, haciendo una mueca ante el pequeño chirrido de las bisagras, y entro. Es curioso lo íntimo que resulta esto. Ha visto cada centímetro de mi cuerpo, ha estado

dentro de mí, me ha visto en mi peor momento… pero siempre hemos dormido separados.

¿Pero esto?

Me parece algo grande, y ni siquiera sé por qué.

Está dormido, desparramado boca arriba con un brazo por encima de la cabeza, la sábana enredada alrededor de la cintura. La luz de la luna pinta reflejos plateados sobre su pecho, convirtiéndolo en algo sacado de un cuadro renacentista. Parece hermoso e inalcanzable y tan dolorosamente humano, todo a la vez.

Esto es una locura. Debería irme. Volver a mi habitación y fingir que este momento de debilidad nunca ocurrió. Pero en lugar de eso, me acerco al lado vacío de su cama y con cuidado, *mucho* cuidado, levanto el borde de la sábana. El colchón se hunde ligeramente cuando me deslizo dentro, y contengo la respiración, esperando a ver si se despierta.

Se despierta.

La cabeza se le gira hacia mí, los ojos abriéndose con esa cualidad lenta y confusa de alguien que emerge desde las profundidades de un sueño pesado. Por un momento, solo nos miramos en la oscuridad. No puedo leer su expresión, no sé si está a punto de preguntarme qué coño hago aquí o de decirme que me vaya.

Entonces la comprensión asoma a sus ojos, suave y cálida como la lluvia de verano.

No dice nada. No pregunta por qué estoy aquí ni qué necesito. Simplemente se mueve, crea espacio para mí, alza el brazo en una invitación silenciosa. Y me amoldo a él como quien llega a casa, encajando contra su costado con la cabeza sobre su pecho. Su brazo me rodea, sólido y seguro.

—No podía dormir —susurro en la oscuridad, aunque es mucho más que eso.

—A mí también me costó —admite, probablemente porque está luchando con el mismo cambio en nuestra dinámica que ninguno de los dos se ha atrevido a nombrar.

Su mano encuentra mi pelo, los dedos peinando los mechones enredados con una delicadeza que me aprieta la garganta. Giro la

cara contra su pecho, respirándolo, ese olor que he llegado a asociar con calidez y seguridad. Y entonces levanto la cabeza para mirarlo mirándome como si fuera algo precioso.

Y entonces lo estoy besando.

Este beso es suave y explorador y dolorosamente dulce. Sus labios se mueven contra los míos con una reverencia que me da ganas de llorar otra vez, pero por razones completamente distintas. Y cuando nos separamos, ambos respiramos con dificultad, pero en vez de lanzarnos de nuevo, simplemente nos miramos.

De verdad.

Y lo que veo en sus ojos —el deseo, sí, pero también la ternura, el cariño, ese algo más profundo que los dos somos demasiado cobardes para nombrar— me deshace por completo. Porque me confirma exactamente lo que quiero, y más que eso, exactamente lo que *necesito*.

—Te necesito —susurro, la confesión arrancada en carne viva de algún lugar profundo de mi pecho.

Se le corta la respiración, y por un momento creo que he dicho demasiado, mostrado demasiado, sido demasiado. La confesión queda suspendida entre nosotros, cargada de significado. Sé que estoy cruzando una línea, una que no tiene vuelta atrás, una que puede ser real y desordenada y peligrosa.

Pero ahí está.

Sobre la mesa.

Pero en lugar de responder con palabras, nos gira hasta que quedamos de lado frente a frente, los cuerpos alineados desde el pecho hasta la cadera, las piernas entrelazadas. Sonríe mientras su mano desciende por mi costado, las yemas de los dedos trazando la curva de mi cintura a través de mi camiseta fina de dormir.

Apenas es un roce, pero me recorre una oleada de calor por todo el cuerpo. No el calor urgente y desesperado de nuestros encuentros anteriores, sino algo más lento, más profundo. Algo que me duele en lugares que no tienen nada que ver con el deseo, sino con la aterradora intimidad de ser verdaderamente vista.

—¿Puedo tocarte? —pregunta, y la pregunta me sorprende.

Llevamos semanas follando: la pista de baile, el Uber, varias veces en las camas de ambos. Pero de alguna manera entiendo que ahora está pidiendo algo diferente. Permiso para tocar no solo mi cuerpo, sino todas las partes vulnerables y rotas que le mostré en el suelo de la cocina.

—Por favor —susurro.

Su mano se desliza bajo mi camiseta, la palma cálida contra mi piel. Pero en lugar de ir directo a los sitios obvios, simplemente… explora. Traza la curva de mis costillas, el hueco de mi cintura, la piel suave de mi estómago. Es devoción sin palabras, una respuesta a lo que finalmente dije, aunque quizá él aún no esté listo para decirlo.

Y eso está bien.

Imito sus movimientos, la mano se me desliza bajo la sábana para encontrar piel desnuda. Los músculos de su abdomen se contraen bajo mis dedos, y más que oírlo, siento cómo toma aire de golpe. Apenas nos estamos tocando, solo manos y yemas y el roce ocasional de labios, pero de algún modo es lo más íntimo que hemos hecho.

—Eres tan hermosa —murmura contra mi boca.

Le creo, por cómo me mira: como si fuera algo precioso y frágil y digno de proteger. Y pronto, su mano asciende, las yemas rozándome como fantasmas la parte inferior del pecho. Se me endurece el pezón de anticipación, pero todavía no lo toca.

—Maine —exhalo, sin saber si es una súplica o una plegaria.

—Te tengo —promete, y entonces su pulgar me roza el pezón.

La sensación se dispara directa entre mis piernas, y no puedo evitar el pequeño sonido que se me escapa. Lo hace otra vez, rodándome la punta sensible entre los dedos mientras su boca me encuentra la garganta, dejándome besos suaves y con la boca abierta contra el pulso del cuello.

Esto no se parece en nada a nuestros encuentros frenéticos habituales. Esto es lento y deliberado. Cada caricia es una conversación, cada beso una confesión. Son dos amantes explorándose el uno al otro, cartografiando no solo cuerpos sino los territorios vulnerables de la confianza y la ternura.

Mi mano baja más, encontrándolo duro y listo bajo la sábana. Pero cuando lo rodeo con los dedos, no es con el objetivo habitual de volverlo loco. Solo quiero sentirlo, conocer esta parte de él con la misma intimidad con la que él me está conociendo a mí. Lo acaricio despacio, con suavidad… casi con reverencia.

—Joder —exhala contra mi cuello mientras lo acaricio despacio, disfrutando de su peso y su calor en mi palma.

Su mano refleja la mía, deslizándose hacia abajo para cubrirme con la palma a través de mis shorts de dormir. Incluso a través de la tela, sé que puede sentir lo mojada que estoy, lo preparada. Pero no se apresura. Solo presiona el talón de la mano contra mí, con una presión que me hace jadear y mecerme contra él.

—Tan perfecta —murmura, con los dedos trazando la costura de mis shorts, siguiendo la línea de mi raja a través de la tela húmeda —. Tan jodidamente perfecta.

—Por favor —susurro, sin saber siquiera qué estoy pidiendo. ¿Más? ¿Menos? ¿Todo? ¿Nada?

Parece entenderlo de todos modos. Sus dedos se deslizan bajo la goma de mis shorts, encontrándome desnuda y empapada. El primer contacto de sus dedos nos hace gemir a ambos, sonido que se ahoga cuando se inclina hacia mí para reclamar otro beso profundo y explorador.

Me traza el coño con una delicadeza devastadora, aprendiéndose mi forma como si la estuviera memorizando para después. Cuando su dedo me rodea el clítoris, es tan ligero que casi me pregunto si lo imaginé. Pero entonces lo hace otra vez, y otra, esos pequeños círculos provocadores que me dan ganas de sollozar de frustración y placer.

—Mírame —dice en voz baja, y abro unos ojos que no me había dado cuenta de que tenía cerrados.

La intensidad de su mirada mientras observa mi cara cuando su dedo por fin, *por fin*, se desliza dentro de mí es casi demasiado. Esto es intimidad a un nivel que nunca he experimentado, este mirar y ser mirada, esta presencia completa en el momento.

No son los preliminares antes del plato principal.

Son el plato principal.

Añade un segundo dedo, pero sus movimientos siguen lentos y profundos en lugar del rápido «mete-y-curva» habitual que ha descubierto que es mi vía exprés al orgasmo. Esto no se trata de correrse. Se trata de conexión, de decir con nuestros cuerpos lo que nosotros —o él, al menos— aún no podemos decir con palabras.

Mi mano en su polla mantiene el mismo ritmo sin prisa, apretando suavemente en cada subida, el pulgar rodeándole la cabeza sensible. Puedo sentirlo temblando con el esfuerzo de contenerse, de mantener esto lento y tierno cuando cada instinto probablemente le grita que me dé la vuelta y me penetre de una vez.

Pero no lo hace. Solo sigue moviendo esos dedos devastadores dentro de mí mientras su pulgar me encuentra el clítoris, trazando círculos con la presión perfecta. El placer crece de forma diferente a lo habitual: no la subida aguda hacia el clímax, sino una ola lenta y profunda que parece originarse en algún lugar detrás de mi esternón.

El orgasmo me recorre como un trueno en vez de un relámpago, profundo y resonante y aparentemente interminable. Soy vagamente consciente de que estoy diciendo su nombre una y otra vez, de que me caen lágrimas por las comisuras de los ojos, de que mi mano en su polla se ha detenido porque no puedo concentrarme en nada que no sea el placer y la emoción.

Me sostiene mientras dura, con los dedos suavizándose pero sin retirarse, sacándome hasta el último temblor hasta que estoy laxa y jadeando contra él. Solo entonces retira la mano con cuidado, llevándose los dedos a la boca para saborearme con una reverencia que hace que mi cuerpo agotado se contraiga con deseo renovado.

—Tu turno —logro decir.

Retomo las caricias, igualando el ritmo tierno que él marcó. Observo su cara mientras lo toco, catalogando cada expresión, cada respiración entrecortada, cada aleteo de sus párpados. Cuando las caderas empiezan a moverse con más urgencia, cuando la respiración se le vuelve irregular, mantengo el mismo ritmo constante, alargándolo, haciéndolo durar.

Entonces abre los ojos de golpe, clavándose en los míos cuando el orgasmo lo atrapa.

Se corre, derramándose caliente sobre mi mano y su estómago, todo el cuerpo estremeciéndose con la fuerza del clímax. Lo acompaño hasta el final, suave pero concienzuda, hasta que está completamente agotado y temblando en mis brazos. Es real y es sucio y es ardiente.

Nos quedamos ahí después, sin que ninguno se mueva para limpiarse, sin que ninguno se aparte. La luz de la luna se ha movido, ya no cruza la cama sino que pinta toda la habitación de plata. En esta luz, en este momento, con nuestros cuerpos aún vibrando tras el clímax y nuestros corazones al descubierto, todo parece posible.

—Quédate —dice en voz baja, aunque no es realmente una pregunta.

—Me gustaría —le digo.

Sé que probablemente deberíamos hablar sobre lo que significa esto, especialmente después de lo que yo dije y él no pudo. Pero ahora mismo, sostenida en sus brazos con nuestros cuerpos enfriándose y nuestras respiraciones sincronizándose, solo quiero existir en este momento donde todo es simple y cálido y seguro.

Pienso en la noche del bar, cuando me defendió, y me mostró cuánto esfuerzo había hecho por conocerme. Y eso dice mucho, aunque no vaya a pronunciar las mismas palabras que yo dije hace un momento. Pero también hace que me dé cuenta, con una pequeña sacudida, de que quiero conocerlo más a *él*.

—Quiero verte jugar —me oigo decir, las palabras sorprendiéndome al salir de mi boca—. O sea… *verte de verdad*.

Su brazo se tensa a mi alrededor, y siento cómo me da un beso en la coronilla.

—¿Sí?

—Sí —confirmo, trazando patrones distraídos en su pecho—. Quiero ver esa parte de ti. El animador, el atleta, el Show de Maine en su hábitat natural.

—No es un espectáculo cuando estoy en el hielo —dice en voz baja—. Ahí es cuando soy yo mismo. Todo lo demás es la actuación.

La confesión resulta enorme, esta revelación de que el Maine ruidoso, caótico y ávido de atención podría ser la máscara, mientras que el atleta concentrado es el verdadero él. Me dan ganas de saberlo todo, de catalogar cada versión de él hasta entender la imagen completa.

—Entonces sin duda quiero verlo —le digo.

Nos quedamos en un silencio agradable, sus dedos jugando con mi pelo mientras los míos trazan las líneas de sus abdominales. Este sentimiento que se asienta en mi pecho —cálido y aterrador e innegable— sé lo que es. Lo sé desde hace un tiempo, si soy sincera. Y estoy bastante segura de que él también.

Y, por ahora, eso es suficiente.

veinticuatro

MAINE

LOS FLUORESCENTES del vestuario parecen focos quemándome las retinas. Las manos no me dejan de temblar mientras encinto mi palo, una rutina que debería ser automática. Pero mi cabeza nada en esas palabras que lo cambiaron todo, y en el hecho de que me atraganté con mi respuesta como un puto cobarde.

Te necesito.

Las palabras rebotan dentro de mi cráneo, mezclándose con todo lo que no le dije. No pude decirle. Porque ¿cómo le dices a alguien que la amas cuando le estás mintiendo a la cara y tus compañeros de equipo tienen dinero apostado a si puedes hacer que se enamore de ti o no?

¿Cuando todo empezó como una apuesta que no puedes permitirte perder pero que ahora no soportas ganar?

—¿Todo bien? —La voz de Mike atraviesa mi espiral, y levanto la vista para encontrarlo observándome con expresión preocupada.

—Mejor que nunca —fuerzo las palabras, con mi sonrisa de siempre, que hoy parece una máscara de Halloween hecha de cristal roto.

A mi alrededor, el equipo sigue con sus rituales previos al partido. Schmidt organiza su equipamiento meticulosamente. Kellerman rebota nerviosamente sobre las puntas de los pies. Cooper permanece inmóvil, con la mirada perdida, probablemente

resolviendo ecuaciones químicas en su cabeza o lo que coño haga para mantenerse tan inquietantemente sereno.

Y yo estoy aquí sentado sintiéndome como si me hubieran vaciado la caja torácica.

El recuerdo del cuerpo de Maya pegado al mío anoche no me deja en paz. La forma en que me miró con esos ojos oscuros llenos de confianza y algo más profundo, algo que me hizo querer confesar lo jodidamente perdido que estoy por ella. Pero en cambio, mantuve la boca cerrada y pateé la pelota hacia delante una vez más.

—¡Vamos, chicos! —La voz del entrenador Pearson retumba por el vestuario—. ¡Esta es nuestra casa! ¡Nuestro hielo! ¡Vamos a mostrarles cómo se siente el hockey de Pine Barren!

El equipo estalla en su rugido habitual previo al partido, y me uno porque eso es lo que hago. Soy el ruidoso. El animador. El tipo que pone a todos a tope. Pero el sonido que sale de mi garganta suena hueco, como un eco en una habitación vacía.

Salimos en fila hacia el túnel, y cada paso es como caminar hacia mi propia ejecución. Porque sé que ella está ahí fuera, sentada en las gradas con Sophie, esperando ver el Show de Maine: el ala izquierda estrella, el jugador decisivo, el tipo que crece bajo presión.

Lo que está a punto de ver es la verdad.

Soy un idiota desesperado, perdidamente enamorado, sin salida de una prisión que yo mismo construí.

El rugido nos golpea en cuanto pisamos el hielo. Miles de personas de pie, gritando nuestros nombres, agitando carteles, creyendo en nosotros y creyendo en mí. Debería darme un subidón y ayudarme a despejar la cabeza, pero solo hace que el peso sobre mis hombros pese aún más.

Hago los movimientos del calentamiento —estiramientos, pases, tiros— pero siento mi cuerpo desconectado del cerebro. Cada movimiento está ligeramente fuera de tiempo, como si me manejara con un mando de Xbox que tiene retraso. Lanzo un tiro de práctica que se desvía por casi un metro, y Rook me lanza una mirada desde su portería.

—¿Qué mierda fue eso? —grita, con ese tono de broma habitual.

—Solo te estoy dando falsa confianza —le devuelvo, pero las palabras me saben a ceniza.

Es entonces cuando cometo el error de mirar hacia las gradas.

Está ahí, inclinada hacia delante, con los ojos fijos en mí. Tercera fila detrás de nuestro banquillo, lleva... mierda... lleva puesta una de mis viejas sudaderas de Pine Barren Hockey —porque claro, no tiene nada del equipo. La revelación, sumada a sus palabras de anoche, es como un puñetazo en el estómago.

Vino, y se vistió, posesivamente, con algo que es *mío*.

Y yo no pude ni articular unas simples palabras a cambio.

Yo también te necesito.

Están justo ahí, atascadas en mi garganta como un disco de hockey, asfixiándome.

El calentamiento termina y volvemos al banquillo para las últimas instrucciones. El entrenador dice algo sobre su esquema defensivo, sobre mantener la cabeza arriba en la zona neutral, pero su voz suena como si llegara a través del agua. Lo único en lo que puedo concentrarme es en el peso de la mirada de Maya, la expectativa en ella.

Dios, ¿qué he hecho?

Salgo al hielo.

El disco cae.

Y todo se va a la mierda.

Schmidt gana el saque y me pasa el disco, pero me rebota como si mi palo fuera de puta goma. Es una recepción simple, algo que he hecho diez mil veces, pero mis manos no funcionan bien. Están demasiado rígidas, demasiado tensas, operando con medio segundo de retraso.

El defensor rival recoge el disco suelto y salen disparados al ataque, mientras repliego intentando compensar la pérdida. Pero para cuando alcanzo la jugada, ya han lanzado un tiro. Rook para, pero el rebote le cae directo a su delantero.

Gol.

Treinta segundos de juego, y ya les serví un gol en bandeja.

El rugido de la multitud se convierte en quejidos, ese sonido particular de decepción que es como uñas arañando mi alma. Patino

hacia el banquillo para el cambio de línea, y el entrenador ni siquiera me mira; el tipo que normalmente apoya a todos simplemente parece decepcionado. Y eso es peor que recibir gritos.

—Sacúdetelo —murmura Mike mientras salta las vallas para su turno—. Casualidad.

Pero no fue casualidad.

Es solo el comienzo.

En el siguiente turno, estoy en posición perfecta para un tiro de primera desde el punto. El pase es perfecto, justo en la cinta de mi palo. Este es mi tiro, el que he convertido cincuenta veces. Tomo impulso, visualizo la escuadra, y la cago completamente. No solo fallo: ni siquiera toco el disco.

La multitud enmudece. Ese silencio horrible, asfixiante, que es peor que los abucheos.

Puedo sentir los ojos de mis compañeros sobre mí. Su confusión, su preocupación y su frustración creciente. Pero peor que todo eso es saber que Maya está viendo cómo se desarrolla este desastre. Viéndome revelarme como el completo desastre que he estado escondiendo detrás de los chistes, el carisma y la confianza prestada.

Tercer turno. Ahora me estoy esforzando demasiado, agarrando el palo como si quisiera estrangularlo. Su defensor me sale al paso en la línea azul e intento regatearlo, pero los filos se me enganchan mal, el tobillo se me dobla, y me desplomo como si me hubieran disparado. El disco se escapa suelto y se lanzan en otro contraataque con ventaja.

Esta vez, cuando anotan, todavía estoy sentado de culo en el centro del hielo.

El entrenador pide un cambio de línea. Me levanto, y siento cada movimiento como si lo transmitieran en cámara lenta en la pantalla gigante. El trayecto patinando hasta el banquillo es agónico. Puedo oír el murmullo de la multitud, ese rumor bajo de decepción confundida. Alcanzo a escuchar a alguien preguntando qué me pasa.

Todo. Todo me pasa.

Me desplomo en el banquillo, tratando de hacerme pequeño dentro de mi equipamiento, de volverme invisible. Pero no hay

dónde esconderse de esto. No hay chiste con el que desviar, no hay carisma para suavizarlo. Este soy yo, despojado de toda fachada, fracasando en lo único en lo que se supone que soy bueno.

—¡Hamilton! —La voz del entrenador corta mi espiral—. ¿Estás lesionado?

Niego con la cabeza porque ¿qué se supone que diga? ¿Que estoy bien físicamente pero destrozado mentalmente? ¿Que no puedo dejar de pensar en la chica en las gradas y el dinero que debo pero que no puedo pagar si digo las palabras que desesperadamente quiero decir? ¿Que ser honesto sobre haberla engañado sería igual de malo?

—¡Entonces céntrate en el partido! —ladra antes de volverse hacia el hielo.

Me arriesgo a lanzar otra mirada hacia Maya. Está inclinada hacia Sophie, que obviamente está explicando algo, probablemente por qué el jugador que vino a ver está jugando como si nunca hubiera visto hielo en su vida. Maya tiene el ceño fruncido, esa pequeña arruga entre las cejas que aparece cuando está tratando de descifrar algo.

Por favor, no lo descubras. Por favor, no veas el fraude que soy.

Cuarto turno. El entrenador debe estar dándome una oportunidad de redención porque me manda a la superioridad numérica. Pero no sirve de nada. El disco llega por las vallas hasta mí en el rincón. Tengo tiempo, espacio y opciones. Mike está libre en la zona de tiro. Tengo tres jugadas diferentes que podría hacer, todas buenas.

En vez de eso, intento forzar algo que no existe.

El disco es interceptado con facilidad.

El tipo le hace un amague a Rook que lo deja sentado y anota.

Anotaron un gol en inferioridad numérica, durante nuestra superioridad, y yo lo causé directamente. Mientras los visitantes celebran, el estadio estalla en abucheos. No silencio decepcionado, no murmullos frustrados, sino abucheos reales y audibles. Me están abucheando, y nunca me he sentido más pequeño en toda mi vida.

—¡Hostia puta! —grita Rook desde su portería, con la voz por encima del ruido de la multitud. Está furioso conmigo, y con razón—.

¿Qué estás haciendo ahí fuera?

No tengo respuesta. No puedo decirle que cada vez que toco el disco, pienso en Maya mirándome. Que cada error me parece la confirmación de lo que siempre he temido: que sin la actuación, sin los chistes y el carisma, soy solo un tipo que no puede rendir cuando importa.

El período termina misericordiosamente con nosotros perdiendo 3-0. Los tres goles por mi culpa.

La caminata al vestuario es una marcha fúnebre. Mis compañeros se mantienen a distancia, como si el fracaso fuera contagioso. Puedo oír a la multitud zumbando, probablemente discutiendo si estoy borracho, drogado, o simplemente teniendo el peor partido de mi carrera universitaria, bastante sólida hasta ahora.

Alerta de spoiler: es la tercera, y está a punto de empeorar.

En el vestuario, la cara del entrenador tiene el color de un tomate maduro. Está intentando contenerse, ser estratégico en vez de emocional, pero puedo ver el esfuerzo que le cuesta. Y eso me dice mucho, porque el entrenador Pearson no suele ser del tipo que te cae encima.

—Hamilton —dice, con la voz mortalmente baja—. No sé qué te pasa esta noche, pero necesitas sacar la cabeza del culo. Esto es vergonzoso.

Cada palabra aterriza como una bofetada, y todo lo que puedo ofrecer es un pequeño asentimiento y una disculpa murmurada.

—Lo siento, Coach —digo.

—No quiero disculpas —espeta—. Quiero que juegues como si te importara una mierda. ¿Puedes hacer eso?

Asiento, y pasa al siguiente, pero sus palabras pesan sobre mí como una sentencia de muerte mientras salgo al hielo para el segundo período. Me digo que esta vez será diferente. Aíslo los pensamientos de Maya y la apuesta en un compartimento aparte, y me concentro en el hielo. Durante unos treinta segundos, funciona. Hago un pase limpio, empiezo a sentirme como yo mismo...

Entonces la veo de reojo...

El disco está en mi palo en la zona ofensiva. Tengo espacio para trabajar. Podría hacer la jugada segura, mover el disco al rincón y

mantener la posesión. Pero estoy desesperado ahora, desesperado por demostrar que no soy un puto inútil, desesperado por ser el jugador que ella vino a ver.

Desesperado por darle *algo* cuando no puedo darle *esas* palabras.

Así que intento partir la defensa, hacer la jugada de antología que borre todos mis errores. Avanzo, me cuelo entre dos defensores, y por un segundo creo que lo logré. Entonces su tercer defensor me sale al paso, me atrapa con la cabeza baja, y me destruye por completo.

Es un golpe limpio, pero me manda volando por los aires. Caigo duro, el casco rebotando contra el hielo, estrellas explotando en mi campo visual. La multitud hace ese «ooh» colectivo que acompaña los golpes particularmente brutales, del tipo que todos dicen querer eliminar del deporte pero que en secreto les encanta.

Me quedo ahí tirado un momento, no porque esté lesionado —aunque definitivamente me vibra todo el cráneo— sino porque no quiero levantarme. Quiero que el hielo se abra y me trague entero. Que me lleve al infierno del hockey que exista para jugadores que se olvidan de cómo jugar.

—¿Estás bien? —El árbitro se inclina sobre mí, con preocupación en el rostro.

Lo despacho con un gesto y lucho por ponerme de pie. La multitud me da un aplauso de lástima, ese aplauso condescendiente que dan cuando alguien logra irse por su propio pie, y llego al banquillo justo cuando el entrenador está a punto de sacar a alguien en mi lugar.

—Se acabó para ti —dice, sin siquiera mirarme.

—Coach, yo...

—Se acabó. Planta el culo en el banquillo hasta que termine el partido.

La finalidad en su voz es absoluta.

Me están sacando del partido.

La humillación máxima para un jugador de mi calibre.

veinticinco

MAYA

EL PARTIDO se ha ido completamente a la mierda, y Maine es el arquitecto principal del desastre.

Estoy sentada en las gradas heladas, viendo su tercera jugada catastrófica consecutiva, y algo frío y pesado se me asienta en el estómago. Este no es Maine. Ese hombre no aparece por ningún lado. En su lugar hay un desconocido de ojos vacíos sobre el hielo que parece incapaz de recordar cómo se sujeta un palo.

Desde mi asiento, tengo una vista perfecta de su paseo de la vergüenza cuando el entrenador Pearson lo saca del partido. El estadio parece contener la respiración —miles de personas presenciando su desmoronamiento total en tiempo real— y él parece encogerse bajo el peso de la decepción colectiva.

Se deja caer en el banquillo como si las piernas le hubieran fallado, colocándose en el extremo más alejado, lo más lejos posible de sus compañeros sin dejar de ser técnicamente parte del equipo. El aislamiento es deliberado y calculado. Está levantando muros en tiempo real, y reconozco la maniobra porque yo misma la he hecho.

—¿Qué demonios le pasa? —susurra Sophie a mi lado, con el aliento visible en el aire frío. Su voz tiene esa mezcla particular de conmoción y vergüenza ajena que surge al ver a alguien que conoces desmoronarse por completo en público—. Normalmente juega genial.

La frase despierta algo protector y feroz en mi pecho. Llevo semanas observando a Maine, pero en casa, no a la vista del público. Puedo distinguir cuándo está agotado, cuándo ni siquiera su fachada logra ocultarlo, y es lo que estoy viendo hoy en él.

—Está agotado, Sophie —digo, con la voz baja y urgente, las palabras escapándoseme antes de poder detenerlas—. Algo va mal.

Mi formación clínica se activa, catalogando síntomas como si estuviera revisando el historial de un paciente: fatiga crónica, rendimiento disminuido, aislamiento social y la pérdida de peso que he notado últimamente. Todo junto, es la receta de un hombre que se está desmoronando, aunque no lo admita ni se lo diga a nadie.

Sophie se vuelve para mirarme, mirarme de verdad, y veo el momento en que registra que esto no es preocupación casual. Sus cejas se juntan, formando esa pequeña arruga entre ellas que aparece cuando está procesando algo importante.

—Tienes razón —dice lentamente, y luego se acerca, bajando la voz hasta apenas un susurro, como si estuviera a punto de compartir secretos de estado—. Mike me contó algo. Me hizo prometer que no lo andaría contando, pero… esto lleva meses pasando.

Se me acelera el pulso. —¿Qué lleva pasando?

—Es dinero. —Las palabras son simples, pero aterrizan como un puñetazo en el plexo solar—. Maine está arruinado. Arruinado de verdad. Ya sabes que antes de que te mudaras le costaba pagar las facturas y estaba trabajando en varios sitios, pero la cosa no ha mejorado. Mike me contó que lleva un tiempo mandando dinero a casa para las facturas médicas de su hermana…

Dios mío, la revelación me arrolla. Ni siquiera me di cuenta.

La vergüenza me quema en la garganta. He estado tan absorta en el drama de mi familia, mis heridas y mis crecientes sentimientos por él que no vi las señales de lo que estaba pasando. El hombre que se sentó en el suelo de nuestra cocina mientras yo sollozaba, que me abrazó sin preguntas ni juicios, se ha estado ahogando justo delante de mí.

Sabía que estaba trabajando duro y sintiéndose aplastado por su familia…

¿Pero esto?

Joder.

—Su familia —murmuro, recordando aquel día con Chloe, la manera despreocupada en que sus padres le habían endosado a su hija enferma como si fuera un cómodo servicio de niñera y no su hijo agotado—. Se apoyan tanto en él, y él simplemente sonríe y hace lo que necesiten.

—Mike dice que ni siquiera saben lo mal que está la cosa —continúa Sophie—. Maine no quiere decírselo. Solo sigue mandando dinero y fingiendo que todo va bien.

Por supuesto que sí. Porque ese es su papel. El hijo fácil. El que no necesita nada, el que aparece con bromas y encanto y nunca pide ayuda. Reconozco el patrón porque, durante un tiempo, intenté vivir una versión distinta de lo mismo: fingir la perfección para unos padres que solo valoran la imagen, no a la persona.

Pero donde mis padres exigían perfección, los padres de Maine simplemente… lo necesitan. Necesitan su dinero, su cuidado, su capacidad infinita de dar. Y él da y da hasta que no le queda nada, hasta que se desploma en el hielo frente a miles de personas.

Una oleada de instinto protector se alza en mí, tan feroz que me quita el aliento. No es la preocupación casual de una compañera de piso ni siquiera el cariño de alguien con quien me estoy acostando. Es algo más profundo, más primitivo. Quiero bajar hasta ese banquillo, rodearlo con mis brazos y protegerlo de cada par de ojos que lo juzgan.

He cortado con mi familia. Eso está hecho, y ya no me interesa.

¿Pero Maine?

Quiero que sea mi persona, y verlo sufrir así es una tortura.

En el hielo, el partido continúa sin él. Sus compañeros intentan salvar algo del desastre, pero el marcador dice que el daño ya está hecho en números rojos implacables. Y Maine simplemente se queda ahí sentado, mirando a la nada, con las manos colgando inútilmente entre las rodillas.

—Míralo —murmuro, más para mí que para Sophie—. Está completamente solo.

A pesar de estar rodeado de compañeros, a pesar del estadio lleno de gente, se ha creado una isla de aislamiento en ese

banquillo. Los otros jugadores le están dando espacio y él está soportando esta humillación en soledad, como probablemente soporta todo lo demás.

La familia de Maine no está aquí. Seguramente no pueden permitírselo. Pero si estuvieran, me pregunto si siquiera notarían su agotamiento bajo la actuación que monta para ellos. O si solo verían a su hijo confiable, el que siempre tiene un chiste listo y nunca necesita nada.

Solo de pensarlo me duele el pecho.

—Él hizo lo mismo por mí —me descubro diciendo. Sophie se vuelve hacia mí, confundida, pero estoy perdida en el recuerdo—. Yo me estaba desmoronando, y él simplemente… se quedó. No intentó arreglarlo ni ponerse en el centro. Solo se sentó conmigo en el suelo de nuestra cocina y me dejó estar rota.

La mano de Sophie encuentra la mía y la aprieta con suavidad. —Te importa.

No es una pregunta, pero la respondo de todos modos. —Más de lo que pretendía.

Suena la sirena final, aguda y definitiva, sellando oficialmente la derrota del equipo y la humillación pública de Maine. La gente empieza a marcharse, y sus murmullos decepcionados crean un murmullo bajo y constante de juicio que me eriza la piel.

En el hielo, los equipos se forman para el obligatorio apretón de manos, pero Maine no se une. Sigue en el banquillo, paralizado, como si esperara que, quedándose lo bastante quieto, pudiera volverse invisible. Algunos compañeros le echan un vistazo, claramente preocupados, pero nadie se le acerca.

Finalmente, con una lentitud agónica, se pone de pie. Sus movimientos son mecánicos, automatizados, como si su cuerpo operara por memoria muscular y su mente se hubiera desconectado por completo. Es el último en irse, arrastrándose detrás de sus compañeros que ya están desapareciendo por el túnel.

Mientras camina, mantiene la cabeza gacha, los hombros encorvados contra golpes invisibles. Cada paso parece costarle algo. La confianza que normalmente irradia de él, la que llena cada

habitación en la que entra, se ha extinguido por completo. En su lugar solo hay… agotamiento y desesperación.

Hasta los huesos, hasta el alma.

Pienso en anoche, en la forma en que me hizo el amor con una ternura tan desesperada, como si estuviera intentando decir con su cuerpo algo que su boca no podía articular. Le susurré esas dos palabras aterradoras —*te necesito*— y él respondió con sus manos, sus labios, todo su ser.

Pero no me las devolvió.

Ahora, viéndolo desaparecer por ese túnel, entiendo por qué. ¿Cómo puede prometer estar ahí para otra persona cuando a duras penas se mantiene a flote? ¿Cómo puede ofrecer lo que no tiene? Joder, ¿habrán puesto mis palabras aún más presión sobre él? ¿Más de la que podía soportar?

La punzada de esa confesión sin respuesta se desvanece, reemplazada por algo más feroz, más urgente. Ahora mismo no necesita mis sentimientos heridos, aunque los tiene… me tiene a mí… cuando quiera. No. Lo que necesita es saber que no está solo en este desastre.

Saco el móvil, los dedos helados tropezando con la pantalla. A mi alrededor, Sophie está recogiendo sus cosas, pero yo estoy completamente concentrada en encontrar las palabras correctas. ¿Qué le dices a alguien cuyos peores miedos acaban de hacerse realidad delante de miles de personas? ¿Cómo atraviesas ese tipo de vergüenza?

Pienso en todas las veces que me ha hecho reír cuando yo quería llorar. En cómo se sentó a mi lado en el suelo, sin intentar arreglarme, simplemente estando ahí. Pienso en las bromas estúpidas, el consuelo silencioso, en cómo ve a través de mi actuación hasta el desastre que hay debajo y no se inmuta.

Finalmente, me decido por la verdad simple en forma de mensaje:

Pensando en ti. No seas tan duro contigo mismo. ❤️

Mi dedo se queda suspendido sobre el botón de enviar. El emoji del corazón me parece peligroso, demasiado revelador, pero pulso enviar justo cuando sus hombros anchos desaparecen, tragados por

la oscuridad del túnel. El mensaje vuela por el espacio digital que nos separa, llevando todo lo que no puedo decir en voz alta. Todavía no.

No eres un fracasado.

No estás solo.

Eres extraordinario, y te veo a ti —al de verdad, no a la actuación.

Sophie me toca el codo con suavidad. —¿Nos vamos?

—Sí —digo.

Cuando empieza a caminar, echo un último vistazo al banquillo vacío donde se sentó en su vergüenza. Pero ya estoy planeando. Volverá a casa tarde o temprano, probablemente dentro de horas, cuando se haya torturado lo suficiente. Y cuando lo haga, yo estaré ahí. No para arreglarlo ni salvarlo, ni para decirle que lo quiero.

Sino para mostrarle que ser visto no siempre significa ser juzgado, y que admitir que necesitas ayuda no siempre significa que estás fallándole a alguien. A veces solo significa que te quieren, aunque él todavía no esté listo para decir las palabras.

veintiséis

MAINE

LA PUERTA del vestuario se cierra detrás de mí con un golpe sordo que bien podría ser el sonido del final de mi carrera.

Nadie me mira. Así es como sé que la cosa está fea. Porque cuando la cagas un poco, los chicos te vacilan, te dan por culo un rato e intentan quitar hierro al asunto para que sepas que te cubren las espaldas. Pero cuando la cagas de forma catastrófica, hundiendo un partido tú solo delante de miles de personas, te dan esto.

La evasión cuidadosa.

El interés fingido en su equipamiento.

El silencio que grita más fuerte de lo que cualquier grito podría.

El aire apesta a derrota. Está en el olor agrio del equipamiento empapado en sudor, en el regusto metálico de la sangre de mi labio partido y en el hedor acre del fracaso que parece emanar de mí en oleadas. Las piernas apenas me sostienen mientras llego a mi casillero, dejándome caer en el banco como si los huesos se me hubieran vuelto agua.

Me entierro la cara en las manos, presionando la base de las palmas contra los ojos con tanta fuerza que veo estrellas. Pero ni siquiera eso borra la imagen grabada a fuego en mi cerebro: Maya viéndome fracasar, viéndome relegado al banquillo, viéndome doblarme por fin bajo la presión.

Es como estar en mi propio funeral, salvo que sigo vivo.

—Tío… —la voz de Rook corta el silencio mientras se quita el peto—. ¿Te tiene comiendo de su mano, o qué?

Las palabras pretenden ser un chiste, un clásico intento de Rook de romper la tensión con humor basto. Pero caen como una acusación porque son tan jodidamente ciertas que duele. Maya no solo me tiene comiendo de su mano: me tiene completamente desmontado, recableado y puesto del revés.

El tío que estaba sentado en ese banquillo esta noche no era el Maine Hamilton que lleva jugando al hockey desde que aprendió a andar. Era otra persona completamente distinta. Alguien incapaz de concentrarse porque lo único en lo que podía pensar era en cuánto le importa la mujer de las gradas y la mentira que está viviendo.

La mentira que la destrozará si se entera.

Y que lo dejará sin blanca de paso.

La mano de Mike se posa en mi hombro, pesada y con intención de consolar. —No te rayes mucho, tío —dice—. Le pasa a cualquiera.

Me limito a encogerme de hombros.

—Además —continúa Mike, y se le nota intentando meter algo de ligereza en el tono—, todavía tienes tiempo de ganar la pasta.

La apuesta.

La puta apuesta.

Cree que no tengo la cabeza en el partido porque estoy sin blanca y preocupado por perder.

Y bueno, no está del todo equivocado.

La bilis me sube por la garganta, caliente y ácida. Creen que estoy jugando a un estúpido juego de conquista, pero no tienen ni idea de que anoche la abracé mientras temblaba contra mí, de que hicimos el amor —no follamos, no nos enrollamos, hicimos el amor de verdad— con sus ojos fijos en los míos como si yo fuera algo valioso.

No saben que susurró esas tres palabras en la oscuridad de mi habitación, ni que yo quería desesperadamente devolvérselas hasta el punto de tener que morderme la lengua hasta sangrar. Por la apuesta —la puta apuesta— que ahora parece una profanación, como si hubiera cogido algo sagrado y lo hubiera embadurnado de mierda.

Me levanto de golpe, y el banco raspa contra el suelo. —Necesito una ducha.

Pero ni siquiera bajo el chorro abrasador logro lavarme la verdad de encima.

Estoy atrapado en una jaula que yo mismo construí.

Si les digo a los chicos que cancelo la apuesta, tengo que pagar —dinero que no tengo.

¿Y si le cuento a Maya lo de la apuesta?

Dios santo, ni siquiera puedo pensarlo. Acaba de carbonizar su relación con toda su familia y al mismo tiempo decidió que yo merecía la pena… que merecía la pena apostar por mí. Y durante todo este tiempo, le he estado mintiendo a la cara, usando su confianza como moneda de cambio en una apuesta de vestuario que nunca debí haber hecho.

Me quedo bajo el agua hasta que sale fría, y entonces por fin la cierro. Me enrollo una toalla en la cintura y vuelvo a mi casillero, donde el móvil se ilumina como una granada sin seguro. Sé que debería mirarlo, porque puede haber novedades de Chloe, pero también sé que lo que me espere probablemente empeorará el día.

Aun así, como el que se rasca una costra, no puedo evitarlo.

Hay un mensaje nuevo. De Maya. El pulgar me queda suspendido sobre él un largo momento. Parte de mí quiere borrarlo sin leerlo, ahorrarme la decepción o el asco que esté a punto de expresar. Pero la parte masoquista de mí —la que cree que me merezco hasta la última pizca de dolor que se me viene encima— lo abre.

Pensando en ti. No seas muy duro contigo mismo. ❤️

Las palabras se me desdibujan mientras las miro fijamente. Las leo otra vez. Y otra.

No hay enfado. No hay decepción. No hay preguntas sobre qué mierda ha pasado ahí fuera. Solo… apoyo. Amabilidad pura y simple. Y ese emoji de corazón —casual pero significativo, una pequeña declaración roja de que está de mi lado incluso cuando acabo de demostrarle a todo el que miraba que soy un completo fracaso.

El móvil me tiembla en la mano.

Lo vio todo, y su primer instinto fue consolarme.

El contraste entre lo que ella me ofrece y lo que yo merezco me revuelve el estómago. Esta mujer increíble, alguien que me alimentó cuando estaba demasiado arruinado y orgulloso para alimentarme solo, que cala cada actuación que monto, y que está dispuesta a apoyarme cada día y especialmente después de un día como este…

Y yo le estoy mintiendo a la cara cada santo día.

El pulgar me queda suspendido sobre el teclado. Podría contestar. Podría irme a casa y dejarme caer en sus brazos y fingir una noche más que no soy el desastre que sé que soy, que no hay una bomba bajo nuestra relación que yo mismo puse ahí. Podría dejar que siguiera mirándome como si mereciera la pena salvarme.

Pero eso es lo que tiene ser el hijo fácil, el que nunca añade peso a la carga: aprendes pronto que querer significa no convertirte en el problema de otra persona. Y eso es exactamente lo que soy.

Un problema.

Un desastre andante de deudas, mentiras y crisis familiares.

Un hombre que hizo una apuesta sobre el corazón de ella.

Lo último que alguien como Maya necesita, porque ella es brillante y fuerte, y porque merece a alguien que esté a su altura, no que la arrastre al pozo negro de sus fracasos. Alguien con muchísimo más a su favor que yo.

Los chicos siguen hablando a mi alrededor, sus voces un zumbido lejano. Alguien menciona ir a por cervezas. Otro sugiere buscar groupies del hockey que nos ayuden a olvidar. Normalmente yo llevaría la carga, pero esta noche el Show de Maine está en pausa.

—¿Vienes con nosotros? —pregunta Mike, todavía intentando rescatar algo de los escombros de esta noche—. Vamos a ir a O'Neil's, a desconectar un poco.

La idea de sentarme en O'Neil's, fingiendo que todo va bien, interpretando el papel de Maine Hamilton mientras el móvil me quema con el mensaje sin responder de Maya… Preferiría cumplir otro turno en ese hielo y dejar que el equipo contrario me usara de diana.

Pero la alternativa es ir a casa. Ir a casa con ella. Ver su compasión, sentir su consuelo, aceptar sus cuidados cuando sé lo que realmente soy: un mentiroso que la ha estado utilizando por

dinero, que está atrapado entre cancelar la apuesta que no puede permitirse perder y destrozar su confianza con una apuesta que no quiere ganar.

—Sí —me oigo decir, la palabra raspándome la garganta al salir —. Voy.

Rook me da una palmada en la espalda, y parte de su energía vuelve ahora que hablamos de beber en vez de ese desastre. —¡Así me gusta! La primera ronda la pago yo.

Pretende ser un gesto para demostrarme que me cubre las espaldas, pero solo me recuerda que estos tíos —mis amigos, mis compañeros de equipo— tienen dinero apostado a que le rompo el corazón a Maya. Ellos no saben que eso es lo que están apostando, pero yo sí. Sé exactamente lo que estoy haciendo, o lo que estaba haciendo.

Lo que no puedo seguir haciendo.

La decisión cristaliza en mi mente con la claridad del hielo que se forma sobre el agua. Tengo que acabar con esto. No la apuesta —no puedo permitirme perder ese dinero, literalmente no puedo—, sino lo que sea real entre Maya y yo. Tengo que matarlo antes de que crezca más, antes de hacerle más daño del que ya le haré.

Ella merece a alguien que no le esté mintiendo. Alguien que no esté arruinado, agotado y encadenado a obligaciones familiares que nunca acabarán. Alguien que pueda aceptar su emoji de corazón sin sentir que se traga cristales, y que le responda con otro sin que sea un espejismo tóxico.

El móvil pesa una tonelada mientras lo hundo en el fondo de mi bolsa, su mensaje todavía brillando en la pantalla, todavía sin respuesta. Me levanto; el cuerpo se mueve en piloto automático. Siento las piernas desconectadas del cerebro, llevándome hacia la salida cuando cada célula de mi cuerpo quiere salir corriendo a casa, hacia Maya.

Confesarlo todo.

Suplicar un perdón que no merezco.

Pero en su lugar me pongo al paso de Rook y Mike, eligiendo el frío consuelo de la cerveza y las gilipolleces por encima de la cálida realidad de la mujer que me espera. La mujer que me vio fracasar

de forma espectacular y aun así me mandó un corazón, que me dijo anoche que tenía el suyo y no recibió más que silencio a cambio.

Soy veneno, y lo más amable que puedo hacer es no dejar que siga bebiéndome.

veintisiete

MAYA

LA CAFETERA SUELTA sus últimos borboteos, llenando el departamento con el aroma intenso del tueste oscuro favorito de Maine. Llevo semanas perfeccionando la proporción —tres cucharadas, no dos y media— y la taza que le dejé preparada es la enorme de los Devils con la mella en el asa que él se niega a tirar.

Siento un aleteo en el estómago, algo entre ansiedad y anticipación. El partido fue una catástrofe, pero no me preocupa su rendimiento. Solo quiero envolverlo en abrazos y hacer lo que sea para que se sienta mejor después de… eso… para demostrarle que está bien no estar bien y que me importa.

Que lo quiero, aunque él no pueda decir las palabras.

Reviso el teléfono otra vez. Nada. Mi mensaje de antes sigue ahí, entregado pero sin leer. O quizá leído e ignorado. El pequeño emoji de corazón que añadí ahora me parece infantil, demasiado expuesto, como si hubiera enseñado mis cartas más de la cuenta. Pero después de todo esto, seguro que ya hemos superado la etapa de hacernos los indiferentes.

Antes de poder resolver el debate del emoji sí o no, el sonido de unas llaves en la cerradura me dispara el pulso. Me aliso el pelo y enseguida me lo vuelvo a revolver porque no quiero que parezca que lo he estado esperando, aunque así sea.

La puerta se abre y entra un desconocido.

Es la única forma de describirlo. El Maine que entra en nuestro departamento no es el hombre que me abrazó anoche, el que me besó como si fuera algo precioso. Esta versión está cerrada, hermética, con los hombros rígidos por la tensión. Sus ojos me pasan por encima sin verme de verdad, como si fuera un mueble más.

—Ey —murmura, la palabra seca y vacía.

—Ey. —Intento inyectar calidez en mi voz—. ¿Estás bien?

Se encoge de hombros, ya pasando de largo hacia la cocina.

—Partido largo.

Eso es todo. Dos palabras. Después de todo lo que hemos compartido, me da dos palabras.

—Hice café —ofrezco, odiando lo pequeña que suena mi voz—. Tu favorito.

—Gracias —dice—. Ya me tomé unas cervezas en O'Neil's.

Pero esquiva el café por completo. Joder, ni siquiera mira la taza que le dejé preparada. En cambio, abre la nevera y agarra una cerveza; la botella sisea cuando le quita la tapa. Luego, sin siquiera mirarme, se dirige a su habitación con esa cerveza aferrada en la mano como un salvavidas.

Lo veo desaparecer por el pasillo y mis manos encuentran la encimera, aferrándose al borde con la fuerza suficiente para que los nudillos se me pongan blancos. Son paranoias mías. Acaban de darle una paliza delante de miles de personas. Claro que está mal. Claro que necesita espacio. Cualquier persona razonable lo entendería.

Entonces, ¿por qué esto parece algo completamente distinto?

Me entretengo limpiando la cocina ya limpia, pasando el trapo por encimeras que no necesitan limpieza y recolocando platos que ya están perfectamente puestos. Todo el rato, escucho los sonidos que vienen de su habitación: el crujido de su puerta al abrirse, sus pasos en el pasillo, el clic de la puerta del baño al cerrarse.

El agua corre durante una eternidad, y cuando se corta, me digo que va a salir. Habrá procesado lo que necesitaba procesar y hablaremos. Quizá no de sentimientos —Dios sabe que ninguno de los dos es bueno en eso— pero al menos existiremos en el mismo espacio sin este muro entre nosotros.

Pero no sale.

Oigo la puerta de su habitación cerrarse. No un portazo, solo un clic suave y deliberado.

Y eso, de algún modo, parece definitivo.

Dale espacio, me digo. Está procesando. Esto no va por ti.

Pero eso es lo que tienen las heridas: lo convierten todo en cosa suya, como huesos rotos que duelen antes de la tormenta, imposibles de ignorar. Y, ahora mismo, mi herida particular me grita que esto sí va exactamente por mí y que me ha descartado como todos los demás.

Me vio en mi momento más vulnerable.

Me oyó abrirme.

Y lo que vio y oyó no fue de su agrado.

Así que ahora me está dejando fuera.

El pensamiento me da ganas de vomitar.

Antes de que pueda convencerme de no hacerlo, camino hacia su puerta. Mis pies descalzos son silenciosos sobre la madera, pero mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que puede oírlo a través de las paredes. Levanto la mano para llamar y dudo. ¿Y si me equivoco? ¿Y si estoy a punto de empeorarlo todo?

Pero necesito saber si el hombre al que dejé verme —verme de verdad— está a punto de hacer lo que todos los demás en mi vida han hecho.

Llamo.

—Maine, ¿estás bien?

Silencio.

Se estira entre nosotros, espeso y asfixiante. Puedo imaginarlo al otro lado de la puerta, probablemente sentado en su cama, intentando averiguar cómo manejar el desastre en que me he convertido. La complicada insufrible. La chica que se suponía que era divertida y fácil pero resultó no ser ninguna de esas cosas.

—Solo necesito estar solo, Maya.

Seis palabras desde el otro lado de la puerta bastan para confirmar al instante cada miedo, cada inseguridad, cada herida que mis padres tallaron en mí con su amor condicional y su rechazo calculado —heridas que superé para decirle a Maine lo que siento.

Y peor que las palabras en sí es el tono de su voz. Plano, cuidadoso, desprovisto de cualquier calidez. La voz de alguien gestionando una situación. Manejando un problema o creando distancia de algo —de alguien— con quien no quiere lidiar.

Retrocedo de la puerta como si me hubiera quemado. Mi mano va al estómago, presionando contra la sensación nauseabunda y hueca que se ha abierto ahí. Conozco esta sensación. La he sentido antes, cada vez que la voz de mi madre se volvía fría al teléfono, cada vez que mi padre decidía que no merecía su atención, cada vez que mis hermanos leían mis mensajes y elegían el silencio en vez de la conexión.

Le mostré quién soy de verdad, y no lo quiere.

El pensamiento es tan claro, tan obvio, que casi me río. Claro. Bajé la guardia cinco minutos, le enseñé a la persona asustada, dolida, desesperadamente sola que hay debajo de toda la actuación, y sale corriendo como todo el mundo.

Mi teléfono está en mi mano antes de que decida conscientemente cogerlo. Mis pulgares vuelan por la pantalla, la memoria muscular tomando el control mientras construyo mi armadura pieza a pieza, cubriendo el cráter de la explosión que ahora ocupa el lugar donde estaba mi corazón hace un minuto. Escribo un mensaje:

Peor partido de la historia. Necesito un trago. Noche de chicas, YA.

Las respuestas son inmediatas. Priya envía una ristra de emojis de cóctel. Otra amiga sugiere ese nuevo bar en la azotea del centro. Sophie pregunta si estoy bien, pero ignoro su preocupación y me centro en la logística: adónde vamos y qué ponernos.

El efectivo que saqué del cajero antes —dinero que planeaba deslizar en la cartera de Maine— me quema un agujero en el bolso. Gracias a Dios por The RealReal y los tres bolsos Prada vintage que vendí la semana pasada. Mi madre se moriría si supiera que vendí sus «inversiones» para pagar el alquiler y el tequila, pero eso solo hace que el trago sepa más dulce. Se suponía que también iba a ser mi forma silenciosa de cuidarlo, pero ahora pagará la noche de hoy.

Que le den.

A la mierda con su rechazo.

A la mierda con su orgullo y sus muros y su repentina necesidad de espacio.

Si quiere a la fiestera, la divertida, la fácil, eso es lo que va a tener.

Cojo un vestido del armario, el que hace que mi culo se vea increíble y mis tetas se vean aún mejor. Me tiemblan las manos mientras me maquillo, pintándome la máscara. Ojos ahumados. Labios rojos. La cara de una chica que no necesita a nadie, que no se derrumba, no confiesa amor ni prepara café para chicos que ni la miran.

Mientras me pongo los tacones, oigo su puerta abrirse. Me quedo helada, una parte patética de mí esperando que haya cambiado de opinión, que venga a decirme que lo siente, que solo necesitaba un momento pero ya está bien, que estamos bien. Pero sus pasos se dirigen a la cocina, no a mí.

Se abre la nevera, se destapa la cerveza, se cierra la nevera.

Mensaje recibido, alto y claro.

Cojo el bolso y me dirijo a la puerta, asegurándome de que mis tacones repiquetean contra el suelo con cada paso. Porque quiero que me oiga salir. Quiero que sepa que tengo otro lugar donde estar, otra persona que ser y quizá otra persona con quien estar.

¿La Maya que conoció en el suelo de la cocina? Fue un fallo momentáneo, una breve avería en el sistema. Esta Maya —la del vestido de fóllame con la sonrisa perfecta y el corazón vacío— es la única Maya que va a tener de ahora en adelante.

El Uber ya está esperando, y cuando me deslizo en el asiento trasero, atrapo mi reflejo en la ventanilla. La chica que me devuelve la mirada es espectacular, segura, totalmente dueña de sí. También es una desconocida, pero no pasa nada, porque al parecer es mejor ser una hermosa desconocida que una fea verdad.

Mis padres me lo dijeron durante veintitrés años.

Y Maine acaba de confirmarlo.

Y esta noche voy a ahogar el recuerdo de Maine Hamilton mirándome como si yo importara, justo antes de que recordara que no.

acto 3

veintiocho

MAINE

EL SILENCIO en nuestro departamento tiene textura ahora. Es denso y asfixiante, como intentar respirar a través de lana mojada o intentar nadar con la ropa puesta. Tres días desde el partido, y nos hemos convertido en expertos en existir en el mismo espacio sin compartirlo en realidad.

Me sirvo café y desayuno deprisa mientras ella se lava los dientes. Ella agarra las llaves del cuenco del pasillo mientras yo estoy en la ducha. Orbitamos el uno alrededor del otro como estrellas binarias que han perdido su atracción gravitatoria: lo bastante cerca para sentir la ausencia, lo bastante lejos para fingir que no duele.

Solo que joder si duele.

Ahora mismo está en la cocina preparando el desayuno, y oigo cada movimiento a través de la puerta cerrada de mi habitación. El tintineo de una cuchara contra su cuenco. El suave golpeteo de sus pies descalzos sobre el linóleo. Cada sonido es un recordatorio de lo que he destruido, de lo que sigo destruyendo con cada minuto que mantengo esta distancia.

Sal ahí fuera. Dile la verdad y que lo sientes. Dile que la necesitas.

Pero no puedo. La apuesta me pesa en el pecho como un tumor, maligno y extendiéndose. Cada vez que pienso en confesarlo todo,

me imagino su cara cuando se entere. La traición. El asco. La confirmación de que soy otra persona más que vio su vulnerabilidad y la usó en su contra.

El móvil vibra en la mesilla de noche. Un mensaje de Mike:

¿Vienes al entrenamiento o qué?

Miro la hora. Mierda. Ya llego veinte minutos tarde. Respondo:

Voy para allá.

Es mentira. Estoy sentado en la cama con los pantalones deportivos de ayer, y la sola idea de enfrentarme al equipo —de enfrentarme a sus preguntas sobre la apuesta, sobre Maya, sobre mi espectacular fracaso en el hielo— me da ganas de tirar el móvil por la ventana.

Y además estoy atrapado aquí hasta que ella se vaya.

Por suerte, unos minutos después, la puerta del departamento se cierra con un clic; Maya sale hacia su turno de prácticas clínicas. Espero a que sus pasos se desvanezcan por el pasillo antes de emerger de mi habitación como una especie de vampiro patético al que le da miedo la luz.

La cocina todavía huele a ella. Su taza de café descansa en el fregadero, la marca de pintalabios en el borde. Rojo hoy. El rojo furioso que lleva usando desde que la aparté. Me he pillado mirándola —sus labios, su culo, toda ella— desde que la aparté, como un niño delante del escaparate de una tienda de golosinas.

Sé lo que quiero, pero no puedo tenerlo.

Debería ir al entrenamiento. Debería al menos fingir que me importan el hockey, la universidad, cualquier cosa que no sea el vacío creciente en mi pecho. En lugar de eso, agarro una cerveza de la nevera —el desayuno de los campeones— y me refugio en el sofá.

El departamento está raro sin su energía llenándolo. Incluso cuando estábamos en guerra por el territorio y las notas adhesivas pasivo-agresivas, aquí había vida. Ahora solo hay espacio vacío y el fantasma de lo que casi tuvimos, antes de que yo lo jodiera todo.

Menudo puto desastre has montado, Hamilton.

Apuro la cerveza y agarro otra. Ni siquiera es mediodía, pero ¿quién lleva la cuenta?

La segunda baja más fácil que la primera, limando las aristas de mi autodesprecio lo justo para funcionar. Así que, cuando por fin me arrastro hasta mi habitación para cambiarme para el entrenamiento, existe alguna posibilidad de que consiga llegar al final del día sin atravesar una pared de un puñetazo.

Mi bolsa de hockey está en el rincón, el equipamiento desparramado como las tripas de algo muerto. Solo verla me revuelve el estómago. El hockey solía ser mi vía de escape, lo único en lo que era genuinamente bueno. Ahora es solo otro recordatorio de mi humillación pública, otra arena donde estoy fracasando.

Mientras me pongo una camiseta medio limpia, capto mi reflejo en el espejo.

Tengo una pinta de mierda.

Céntrate de una puta vez, me grita mi mente. Chloe te necesita funcional. El equipo te necesita funcional.

Pero funcional parece imposible cuando cada célula de mi cuerpo quiere suplicarle a Maya que me perdone. Contarle todo sobre la apuesta, los problemas de dinero, el miedo visceral de que no merezco su tiempo, que no quiero cargarla con mi mierda porque ya tiene bastante con la suya.

Dejar que vea todo eso y rezar para que no salga corriendo.

Solo que saldría corriendo.

Claro que sí. Cortó con su propia familia, joder.

¿No haría lo mismo conmigo?

Así que no, nada de eso, por ahora.

La estoy evitando porque no tengo una solución mejor.

Al final llego al entrenamiento una hora tarde. El entrenador apenas me mira mientras me desplomo en el banquillo para atarme los patines. Y, cuando salgo al hielo, las piernas me pesan como plomo, el palo ajeno en las manos. Cada ejercicio es una lucha, cada jugada un recordatorio de que me estoy desmoronando en todas las áreas de mi vida.

Durante un descanso, Mike patina hasta mí.

—Pareces un cadáver.

—Gracias —suspiro—. Muy útil.

—¿Qué pasa entre tú y Maya?

La pregunta golpea como una carga contra las vallas.

—Nada.

—Y una mierda. —Resopla—. Sophie dice que Maya sale todas las noches.

La idea de Maya en bares, buscando consuelo en otros tíos porque yo soy demasiado cobarde para dárselo, me da ganas de partir el palo en dos sobre mi rodilla. Pero yo soy el que la alejó, así que ¿qué derecho tengo a sentir celos?

—No es asunto mío —murmuro.

Mike niega con la cabeza y se aleja patinando antes de que yo pueda responder.

Estoy a punto de unirme al siguiente ejercicio cuando veo la pantalla del móvil iluminarse en el banquillo, justo donde lo dejé. Debería dejarlo, concentrarme en mi juego, pero ya estoy metido hasta el cuello en un río de mierda, así que ¿por qué no averiguar qué pasa?

Apoyo el palo contra las vallas, patino hasta allí y lo agarro. Contesto sin mirar quién llama.

—¿Sí? —digo.

—¿Maine? —La voz de mi madre se quiebra como hielo fino—. Es Chloe.

La pista se inclina de lado.

—¿Qué ha pasado?

—La están ingresando. Sus niveles de oxígeno han bajado y ha estado tosiendo sangre. Tu padre intenta llegar, pero el tráfico... —Un sollozo le corta las palabras—. Tengo miedo, Maine. Creo que esta vez puede ser grave de verdad, y te necesito aquí.

Todo lo demás se evapora. La apuesta, el equipo, Maya... todo desaparece. Mi hermanita puede estar muriéndose, y el terror de mi madre confirma que esto no es otra crisis rutinaria. Hora de ponerme la armadura y ser el hijo que aparece sin preguntas, sin necesidades propias.

—¿Qué hospital? —Las palabras salen automáticas.

—Mercy General. Planta de neumología.

—Voy para allá.

Ya me estoy arrancando los patines, sin molestarme en desatarlos como es debido. Mike empieza a acercarse, pero lo alejo con un gesto. No puedo explicar. No puedo parar. Chloe me necesita. Los demás —incluso el entrenador— parecen captar lo que me pasa, porque ninguno me cuestiona cuando dejo el hielo.

O quizás simplemente piensan que ya he terminado.

Cuando salgo corriendo, el aire del aparcamiento golpea como una bofetada. Tiro el equipamiento en el maletero, todavía con la camiseta de entrenamiento puesta, y me meto tras el volante. Las manos me tiemblan mientras agarro el volante, intentando procesar todo lo que mi madre ha dicho: Chloe hospitalizada, tosiendo sangre, el oxígeno fallando.

Mi primer instinto —inmediato, abrumador— es Maya. Esta terminología médica de repente tiene un peso que podría aplastarme, y ella traduciría la jerga a algo comprensible. Sabría si esto es manejable o si debería estar planeando un funeral. Sería el ancla que necesito desesperadamente.

Pero mientras arranco el coche y salgo del aparcamiento me doy cuenta de que, más que conocimiento médico, simplemente la quiero a ella. Su mano en la mía al entrar en esa pesadilla estéril. Su presencia firme cuando el pánico de mi familia amenaza con arrastrarnos a todos.

La necesito.

El impulso es tan poderoso que de hecho giro hacia el campus antes de que la realidad vuelva a golpearme. La apuesta se interpone entre nosotros como cristal roto. ¿Cómo puedo suplicar consuelo mientras la estoy engañando? ¿Cómo puedo apoyarme en ella cuando no sabe por qué me he estado alejando?

No.

La cuestión es que soy una zona de desastre andante. Incluso más allá de la apuesta, nadie debería lidiar con esto, y menos Maya con su propio trauma familiar, sus propias batallas. Por eso exactamente la aparté. Para protegerla de la crisis interminable que es mi vida, del engaño, del desastre de mi propia creación.

La cagaste, ahora apechuga con ello. Solo, como siempre.

veintinueve

MAINE

CUANDO TE COMPADECES de ti mismo, la vida tiene una forma de hacerte sentir como un gilipollas. Ese es mi pensamiento dominante mientras estoy sentado en la habitación de la UCI, velando a mi hermana, que se ve tan pequeña en la cama del hospital. Su cara está tan pálida como las sábanas, lo que hace que las ojeras bajo sus ojos parezcan moretones.

Su pecho sube y baja en respiraciones superficiales y trabajosas que hacen que mis propios pulmones duelan en solidaridad con su lucha. Sus respiraciones son tan lentas que es como si ralentizaran el tiempo mismo. Aquí dentro, los minutos se estiran como horas, y el mundo exterior parece imposiblemente lejano.

Pero aguanta.

Está estable.

El monitor cardíaco emite su latido electrónico —constante, mecánico, reconfortante en su regularidad. Cada pico y cada valle en la pantalla representa otro momento en el que mi hermana sigue luchando. El oxígeno silba a través de su cánula nasal con un susurro suave y persistente que casi suena como si estuviera hablando.

Mis padres no se han movido en… Dios, ni siquiera sé cuánto tiempo. Están congelados en sus sillas de vinilo a juego, como si el duelo los hubiera convertido en piedra. Los ojos de mamá no se han

apartado de la cara de Chloe, rastreando cada pequeño movimiento, cada aleteo de sus pestañas. Papá le mira el pecho, contando respiraciones como una meditación.

Son dos personas, ya agotadas, que podrían venirse abajo.

El silencio es asfixiante. Incluso los sonidos normales del hospital en el pasillo parecen amortiguados, como si el universo hubiera acordado contener la respiración con nosotros. Y, lo peor de todo, no hay nada que yo pueda hacer al respecto. Porque si lo hubiera —cualquier cosa… perder un brazo… intercambiar lugares con Chloe…—, ya lo habría hecho.

—Voy a buscarnos algo —digo en voz baja, con la voz quebrada por las primeras palabras que logro pronunciar en casi una hora—. ¿Café?

La cabeza de papá se mueve en algo que podría ser un asentimiento. Mamá no reacciona en absoluto, la mirada aún clavada en Chloe como si pudiera mantenerla aquí por pura fuerza de voluntad. Pero, de cualquier manera, yo necesito un descanso, y ellos necesitan algo en el cuerpo que no sea duelo y agua de un vasito de papel.

Salgo de la habitación y el pasillo me golpea como si entrara en otra dimensión. Aquí afuera, la vida continúa. Las enfermeras caminan por el pasillo con propósito. Alguien se ríe en el puesto de enfermería. Un televisor murmura en otra habitación. Resulta obsceno, toda esta normalidad existiendo a pocos metros de nuestra pequeña burbuja de crisis.

Las máquinas expendedoras zumban con agresividad fluorescente al final del pasillo, así que camino hasta ellas y le meto uno de los últimos dólares de mi cartera. El vaso que cae es tan fino que me quema los dedos a través del papel, y el líquido que lo llena parece aceite de motor y huele peor.

Pero está caliente, y es cafeína, y es algo que puedo hacer.

Algo que puedo controlar.

Después de sacar otro café, me acerco a la máquina de snacks, que se traga el resto de mi efectivo. Tres veces, la espiral de metal suelta una bolsa de pretzels, y caen al fondo de la máquina con un

golpecito triste que de algún modo captura perfectamente todo mi estado emocional.

Dos cafés.

Tres bolsas de pretzels.

Cero dólares.

Una hermana que podría estar muriéndose.

Unos padres que ya son fantasmas.

Maya, que—

No. Ahí no. No puedo ir ahí.

De vuelta en la habitación, nada ha cambiado. Le paso un café y una bolsa de pretzels a papá, que los toma con manos que tiemblan ligeramente. Se ve mal —mi padre tiene manos de trabajador— y verlas temblar hace que algo se quiebre en mi pecho.

Mi madre ni siquiera nota que he vuelto, y tengo que tocarle el hombro para llamar su atención. Le dejo el café en una mesa auxiliar y le pongo la bolsa de pretzels en las manos, y ella las mira con genuina confusión, como si hubiera olvidado qué es la comida, qué significa comer y para qué sirve todo esto.

Sé entonces que es hora del Show de Maine.

Hora de ser lo que necesitan.

—Estos pretzels están rancios, pero al menos no están salados —digo, forzando la boca en lo que espero que pase por una sonrisa—. Porque eso sería echar sal en la herida.

Jesucristo. Ese podría ser el peor chiste que he contado en mi vida, y considerando mi historial, eso ya es decir mucho. Pero la boca de mamá —esa línea tensa que lleva tallada en la cara durante horas— se curva un poco en la comisura. Es el fantasma de una sonrisa, exhausta pero real.

—Ay, Maine —susurra, aferrándose a la bolsa de pretzels como si le hubiera entregado algo precioso.

Y eso es todo. Esa es mi victoria. Por diez segundos, quizá quince, está pensando en mi chiste horrible en vez del hecho de que su hija no puede respirar sola. Esto es lo que hago. Esto es lo que soy en esta familia. El bufón. La distracción. El que nunca necesita nada porque todos los demás necesitan mucho más.

Entra una enfermera, las zapatillas blancas chirriando contra el linóleo con un ritmo que suena casi alegre. Es joven, quizá de veintitantos, con ojos amables y ese tipo particular de cansancio que viene de trabajar turnos de doce horas en un lugar donde la gente viene a mejorarse o a morirse.

Nos sonríe —agotada pero sincera— y se acerca a revisar la vía de Chloe con movimientos eficientes y suaves.

—La saturación le bajó a ochenta y ocho en la última extracción —dice, ajustando algo en una de las máquinas—. Necesitamos vigilar de cerca el flujo de oxígeno y los resultados de la gasometría. El doctor quiere evitar ponerla en el respirador si es posible, pero si el CO_2 sigue subiendo…

Las palabras me llegan como un idioma extranjero. Capto fragmentos —oxígeno, respirador, palabras que suenan importantes y aterradoras—, pero no logro unirlas en algo con sentido. Es como intentar leer a través de un vidrio esmerilado o escuchar una conversación bajo el agua.

Mamá se inclina hacia delante, desesperada, aferrándose a cualquier comprensión.

—Ella… ¿qué significa eso? ¿Está empeorando?

La sonrisa de la enfermera se vuelve compasiva.

—La estamos monitorizando de cerca, y el doctor pasará pronto a hablar sobre el plan de tratamiento.

Es una respuesta que no responde, el equivalente médico de un «ya veremos», y la frustración que me atraviesa es física, como electricidad bajo la piel. Necesito a alguien que pueda traducir esto. Alguien que hable ambos idiomas: el médico y el humano.

Necesito a Maya.

El pensamiento llega como un golpe a traición.

No querer.

Necesitar.

Necesito su conocimiento médico y su capacidad de descifrar estos números y siglas y convertirlos en algo que tenga sentido. Ella entraría en esta habitación y entendería al instante lo que se estaba diciendo, y después me diría si mi hermana se está muriendo o simplemente está teniendo un mal día.

Pero cuando esa necesidad práctica llega a su cresta y rompe, se transforma en otra cosa. Algo más profundo e infinitamente más peligroso.

No solo necesito a la enfermera. La necesito a ella.

Necesito la mano de Maya en la mía, sosteniéndome cuando todo parece desmoronarse. Necesito esa forma que tiene de mirarme —mirarme de verdad, ver más allá de toda mi mierda hasta el tipo aterrorizado que hay debajo— y de alguna manera hacer que esté bien ser ese tipo.

Incluso cuando la enfermera sale de la habitación y retomamos la espera, el ansia es tan intensa que me tiemblan las manos mientras saco el teléfono, inclinando la pantalla para que mis padres no la vean. La luz brillante desentona en la habitación en penumbra, demasiado dura, demasiado moderna para esta vigilia atemporal que mantenemos.

Se abre nuestro hilo de mensajes, y nuestro último intercambio bien podría ser de otra vida. De cuando yo era solo un cobarde en vez de un cobarde cuya hermana podría estar muriéndose. De cuando alejarla me parecía protegerla al privarme de ella. Probablemente sigue siendo así, pero supongo que ahora me siento más egoísta.

Mi pulgar se mueve por el teclado, torpe y lento, mientras escribo el mensaje:

Te necesito.

Dos palabras. Diez letras. Lo más verdadero que casi le he dicho.

Ahí se quedan en mi pantalla, el cursor parpadeando después de ellas como un latido. Un toque y ella lo sabría. Un toque y quizá vendría. Quizá perdonaría el silencio y los muros y la distancia que he forzado entre nosotros. Quizá cruzaría esa puerta y haría que todo tuviera sentido otra vez.

Mi pulgar se queda suspendido sobre enviar.

Miro la cara de Chloe, en paz en un sueño artificial, y después de vuelta al teléfono.

Mándalo. Mándalo de una puta vez.

Pero la apuesta se desploma sobre mí como un peso físico. La estúpida, horrible, grotesca apuesta de la que no puedo escapar.

Que no puedo ganar sin destruirla, y no puedo perder sin apoquinar dinero que no tengo. Es una losa constante al cuello.

Pedirle ayuda ahora —su ayuda genuina, compasiva— mientras esa mentira supura entre nosotros iría más allá de la manipulación. Sería malvado. Sería usar su bondad, su competencia y su cuidado mientras la engaño activamente sobre lo más fundamental.

Y aunque la apuesta no existiera, está el miedo más antiguo. El más profundo. El que lleva tallado en mis huesos desde que tuve edad suficiente para entender que las necesidades de Chloe siempre eclipsarían las mías. La certeza de que no merezco ayuda y no puedo pedirla, porque siempre hay alguien que la necesita más.

Que me necesita a mí.

Miro a mis padres, estas sombras huecas de las personas que me criaron. Se están ahogando en su propio miedo, apenas manteniendo la cabeza fuera del agua. Mandar ese mensaje es admitir que yo también me estoy ahogando. Admitir que necesito que me rescaten. Convertirme en un problema más en una familia que ya se está derrumbando bajo demasiados.

El hijo fácil no necesita ayuda.

El hijo fácil se apaña con su mierda.

El hijo fácil hace chistes y trae café y mantiene a todos los demás en pie…

…mientras él se desmorona en privado, donde no le cuesta nada a nadie.

Estoy atrapado entre las únicas dos reglas bajo las que he vivido —no seas una carga y no seas un cabrón—, así que hago lo único con lo que puedo vivir, aunque no estoy seguro de poder vivir con ello. Mantengo pulsada la tecla de borrar y veo las palabras desaparecer.

Te necesito
Te necesit
Te necesi
Te neces
Te nece
Te nec
Te ne

Te n

Te

Letra por letra, mi salvavidas se disuelve, antes de que ella pueda saber que casi me desmoroné, que casi le pedí ayuda, que casi la elegí a ella por encima de mi miedo. Y, de vuelta a salvo dentro de los muros de mi dolor —mi prisión—, guardo el teléfono en el bolsillo, respiro hondo y dejo que la máscara familiar vuelva a su lugar.

La sonrisa fácil.

La presencia firme.

El hijo que no necesita nada porque todos los demás necesitan todo.

—Va a estar bien —digo sin dirigirme a nadie en particular, a todos, a mí mismo—. Siempre lo está.

La mano de papá encuentra mi hombro, aprieta una vez.

—Gracias por estar aquí, Maine —dice.

Mamá se estira y me toma la mano, los dedos helados a pesar de la bolsa de pretzels que aún aprieta en la otra. Y, sentado aquí, rodeado de las tres personas que más quiero en el mundo, nunca me he sentido más completa y devastadoramente solo.

El teléfono me vibra en el bolsillo, y por un segundo frenético, desesperado, pienso que quizá es ella. Quizá de algún modo lo sintió, ese casi mensaje, esa necesidad desesperada que no pude expresar. O quizá el universo, o Dios, o lo que coño exista ahí arriba lanzó la batiseñal, una M mayúscula en el cielo que le dijo que necesito ayuda.

Pero es solo Mike, preguntando si voy al entrenamiento de mañana.

Me quedo mirando el mensaje, este recordatorio de que hay un mundo fuera de este hospital donde a la gente le importa el hockey y los horarios de entrenamiento y las cosas normales. Un mundo donde se supone que soy el extremo izquierdo estrella, el cómico del equipo, el tipo que tiene su mierda bajo control.

Respondo:

No puedo ir al entrenamiento, tema familiar.

Tres puntos aparecen de inmediato. Luego desaparecen. Luego aparecen de nuevo.

Finalmente, aparece el mensaje de Mike:

¿Estás bien?

Dos palabras que parecen una bondad y una crueldad a la vez. Porque no, no estoy bien. Estoy tan lejos de estar bien como es posible estarlo y seguir funcionando técnicamente. Pero admitir eso rompería las reglas, me convertiría en una carga y alteraría de forma fundamental quién soy en el ecosistema de mi familia y mis amigos.

Así que miento.

Todo bien, nos vemos el jueves.

Miento, porque el hijo fácil siempre sonríe.

Incluso cuando se está ahogando.

treinta

MAYA

EL CHUPITO de tequila quema un camino familiar garganta abajo, un fuego limpio y cortante que silencia por un momento el caos de mi cabeza. Estampo el vaso con borde de sal contra la barra pegajosa con un *crac* satisfactorio que hace que el camarero me eche un vistazo.

Le hago señas de inmediato para otra ronda, ignorando cómo alza ligeramente la ceja. Me ha visto aquí antes, sabe que aguanto bien el alcohol, pero esta noche hay algo distinto en su evaluación. Quizá es la forma en que mi mano tiembla un poco al buscar la cartera.

O quizá es que estoy bebiendo tequila como si se acabara el mundo.

Que, en cierto modo, se está acabando.

—Maya, mañana tenemos prácticas clínicas a las siete —dice Sophie a mi lado, con la voz aguda en ese tipo particular de preocupación que le sale cuando cree que estoy en caída libre—. El doctor Rubinez pasa visita, y ya sabes cómo se pone cuando...

La ignoro; sus palabras se convierten en ruido blanco contra el bajo machacante que vibra por el suelo y me sube hasta el pecho. En su lugar, me planto mi sonrisa más deslumbrante —la que dice *me lo estoy pasando increíble y tienes suerte de presenciarlo*— y dirijo mi atención dos taburetes más allá.

El tipo que está sentado ahí me observa desde que entramos. Lleva una camiseta ajustada que exhibe brazos esculpidos a base de gimnasio y tiene ese tipo concreto de confianza que nace de no haber sido rechazado jamás. Pelo oscuro, mandíbula aceptable, guapo genérico…

Lo bastante atractivo para quitarme las ganas y lo bastante olvidable para irme sin mirar atrás. Así que, decisión tomada, le dedico una sonrisa torcida, lenta y deliberada, del tipo que dice *te he visto mirando y me gusta lo que veo*. Los ojos se le abren un poco, sorprendido y encantado a partes iguales.

Perfecto.

Un escudo conveniente, que respira, contra mis pensamientos.

Porque si me dejo pensar, tendré que enfrentar lo que ha pasado.

Pero el escudo está lleno de agujeros, porque mi cabeza no está aquí en el club. Está en nuestro departamento, reproduciendo la última semana en un bucle infinito y agónico. La forma en que Maine apenas me mira ya, su mirada resbalando sobre mí como si fuera un mueble. La distancia calculada que mantiene en nuestros espacios compartidos.

Te vio, me susurra la mente a través de la grieta del escudo, con una voz que suena como la de mi madre. *Te sostuvo mientras te desmoronabas en el suelo de la cocina, y ahora se arrepiente. Ha mirado detrás de tu máscara, ha visto la cosa patética y necesitada que realmente eres, y no quiere nada con eso.*

El pensamiento es veneno, quemándome las venas peor de lo que cualquier cantidad de tequila podría. Confirma todo lo que siempre he creído sobre mí misma, todo lo que mi familia me condicionó a esperar. Que mi yo auténtico es fundamentalmente imposible de amar, un descarte emocional y social.

Por eso corté con mi familia —para escapar de esa sensación de estar perpetuamente haciendo casting para ser querida y no dar la talla nunca—, pero ahora se repite con Maine. Como con mi familia, él vio más allá de la actuación, hasta el centro caótico y desordenado, y decidió retirar su afecto con precisión quirúrgica.

Así que, se acabó.

El espectáculo continúa, pero nadie más verá lo que hay detrás del telón.

—¡Maya! —La voz de Sophie atraviesa mi espiral, cortante e insistente ahora. Su mano está en mi brazo—. ¿Me estás escuchando siquiera? Me preocupa...

Pero no puedo con esto.

No puedo con su preocupación ni su lástima ni sus miradas de *lo sé todo*.

—Estoy genial, he salido, me estoy divirtiendo y soy exactamente quien todo el mundo espera que sea. Así que por qué no tú y el comité de preocupaciones —hago un gesto despectivo hacia nuestras amigas, que observan con grados variables de preocupación e incomodidad— os vais a casa, porque yo me quedo aquí a hacer lo que mejor se me da.

—¿Que es qué, exactamente? —pregunta Sophie en voz baja—. ¿Beber hasta perder la cabeza e irte a casa con un tío cualquiera que ni sabe tu apellido?

Las palabras me golpean como una bofetada. Porque sí, eso es exactamente lo que voy a hacer.

Es lo que hago siempre cuando las cosas se vuelven demasiado reales, demasiado sucias, demasiado parecidas a sentimientos de verdad. Voy a tomar el control de la única forma que conozco: eligiendo ser imprudente, decidiendo ser salvaje, orquestando mi propio fracaso espectacular antes de que nadie más pueda rechazarme.

Y que le den a ella por juzgarme.

—Si no te gusta mirar, pues no mires —digo con una dulzura que podría pudrir los dientes—. No todas tenemos el privilegio de vivir el cuento de hadas como tú y Mike, Sophie.

La cara de Sophie se contrae levemente, el dolor evidente, y sé que me he pasado. Pero es demasiado tarde. Ella conoce esta versión de mí —la que quema puentes cuando tiene miedo, la que aleja a la gente antes de que puedan irse—, aunque nunca la había dirigido contra ella.

—Está bien —dice en voz baja, recogiendo el bolso—. Pero cuando mañana te despiertes sintiéndote como una mierda,

acuérdate de que tenías gente que se preocupaba lo suficiente como para intentarlo.

Un momento después, se han ido todas, una oleada colectiva de miradas preocupadas y conversaciones susurradas a su paso. El club de repente se siente más frío, más ruidoso y más solitario. El espacio donde todas mis amigas estaban sentadas hace un momento se abre como una herida.

Una de tantas.

Antes de poder pensarlo demasiado, me tomo otro chupito y giro en mi taburete para encarar al Tipo de la Camiseta. Ha estado observando todo el intercambio con la expresión de un león que acaba de ver al resto de la manada dejar atrás a la gacela más débil, y sé *exactamente* lo que está pensando.

Cree que va a dar el paso. Lo veo en cómo ya está ajustando su postura, preparando su frase de apertura, probablemente algo sobre invitarme a una copa o preguntarme si estoy bien. Una mezcla de preocupación ficticia y alcohol adicional para asegurarse de llevarme a la cama.

Cree que él manda aquí.

Idiota.

—¿No vas a quedarte mirando toda la noche, no? —digo, con la voz baja y desafiante.

Antes de que pueda formular una respuesta —literalmente le veo el cerebro cortocircuitar mientras intenta asimilar que he tomado yo la iniciativa—, me bajo del taburete y le cojo la mano, notando distraídamente que tiene la palma algo sudada, y lo arrastro a la pista de baile.

La pista es una masa ondulante de cuerpos, hormonas y desesperación. El aire está cargado de olores que compiten: colonia, perfume y sudor, mientras el bajo de los altavoces es tan fuerte que lo siento en los huesos, sacudiéndome la caja torácica como si intentara soltar algo de dentro.

Bien.

Quizá me sacuda de encima el peso del rechazo de Maine.

En cuanto encontramos un hueco —en realidad unos pocos metros cuadrados de suelo pegajoso—, soy una tormenta de

movimiento. Mi cuerpo se restriega contra el suyo en un ritmo constante, pero no es seducción lo que me impulsa. Es una necesidad frenética de agotar la ansiedad de mis extremidades, de quemar la energía de la soledad y la desesperación.

Mis manos van a sus hombros primero, usándolos de apoyo para pegarme más. Luego bajan a sus caderas, guiando y controlando, mostrándole exactamente cómo quiero que se mueva. Cuando intenta tomar las riendas, darme la vuelta o atraerme a su manera, me resisto, manteniendo el control.

Yo dicto la energía, el ritmo, la distancia y la interacción entera. Lo acerco cuando quiero la fricción y lo empujo cuando se acomoda demasiado, un caos de tira y afloja diseñado para mantenerlo desequilibrado y a mí al mando.

Y durante todo eso, él cree que le ha tocado la lotería.

Lo veo en su expresión pagada de sí misma y boquiabierta, en cómo sus manos se atreven más, deslizándose de mi cintura hacia el culo. Ve la actuación —la chica salvaje que se restriega contra él, la que lo arrastró a la pista, la que claramente está dispuesta a lo que sea— y la confunde con deseo genuino.

Si supiera que apenas siento sus manos sobre mí. Que mi cuerpo se mueve en piloto automático. Que cada roce de sus caderas contra las mías solo me recuerda a otro cuerpo, uno que encajaba conmigo a la perfección, uno que sabía exactamente cómo moverse conmigo sin que yo tuviera que guiar cada movimiento.

Maine. Siempre el puto Maine.

Incluso aquí, incluso en medio de mi intento desesperado de olvidarlo, me invade. La colonia de este tipo me hace pensar en el olor más sencillo de Maine. La forma en que las manos de este desconocido me agarran las caderas con posesividad me hace recordar el toque más suave de Maine, cómo me sujetaba como algo precioso.

¡Deja de pensar en él!

Me obligo a centrarme en el presente. En el Tipo de la Camiseta, cuyo nombre no me he molestado en aprender y desde luego no recordaré por la mañana. No es mi tipo —eso ya lo sé—, porque no es lo bastante listo, ni lo bastante ingenioso, ni lo bastante rápido.

No es lo bastante… Maine.

Pero *está aquí*.

Y me desea.

Me *necesita*.

Respira, está caliente y me deja llevar la batuta. Su cuerpo es sólido contra el mío, real de una forma que mis recuerdos no lo son. Y ahora mismo, la soledad es algo voraz y cavernoso dentro de mí, tan vasto y profundo que temo caer dentro y no salir nunca.

Por un momento, creo que puede funcionar.

Quizá el ardor de su piel contra la mía, la fricción de un cuerpo desconocido bajo mi mando, pueda cauterizar la herida unas horas. Quizá si me lo llevo a casa —no, a casa no, Maine podría estar allí, así que a la suya— pueda curarme con la satisfacción vacía de hacer que alguien me desee.

Quizá pueda follar hasta sacarme a Maine Hamilton del sistema.

Pero mientras restriego mis caderas contra él, mientras sus manos insisten más y su aliento llega más caliente contra mi cuello, mi estómago se rebela. No es solo el tequila, aunque desde luego no ayuda. Es la comprensión súbita y violenta de que esto no va a funcionar.

De que ninguna cantidad de manos ajenas sobre mi cuerpo va a borrar el recuerdo del único par de manos que realmente quiero, pero cuyo dueño me rechazó.

La náusea llega como un tsunami y mi control, lo que más orgullo me da, se hace añicos como cristal. Me aparto de él sin decir palabra, dejándolo ahí de pie con los brazos aún en la forma de mi cuerpo, y me abro paso a empujones entre la multitud hacia el baño.

Llego por los pelos.

La puerta del cubículo golpea la pared cuando caigo de rodillas, y entonces todo lo que he bebido esta noche sale en oleadas violentas y humillantes. La taza del váter es asquerosa —Dios sabe cuándo la limpiaron por última vez en condiciones—, pero me da igual. Mi cuerpo convulsiona, expulsando el tequila y el dolor.

Estoy sollozando entre arcadas, sollozos enormes y horribles que rebotan en las paredes del baño. El maquillaje que apliqué con tanto esmero me corre en ríos negros por las mejillas. El pelo, en el que

gasté una hora dándole forma de ondas, ahora cuelga en mechones lacios amenazando con caer al váter.

Y entonces me asalta el pensamiento, nítido y brutal en su claridad: *No hay nadie aquí para sujetarme el pelo.*

Una cosa tan simple. Un acto tan básico de cariño. Sophie lo habría hecho si no la hubiera ahuyentado con mi crueldad. Maine lo habría hecho, igual que cuidó de mí aquella noche en el suelo de la cocina. Cómo me vio en mi peor momento y aun así me miró como si fuera algo precioso.

Hasta que dejó de hacerlo.

Hasta que se apartó y me dejó preguntándome qué había hecho mal, qué parte de mi yo auténtico era tan repulsiva que ya no soportaba estar en la misma habitación que yo. Así que ahora estoy total, completamente sola en mi desastre. Como siempre he estado.

Como probablemente siempre estuve destinada a estar.

Cuando las arcadas por fin paran, me levanto a duras penas, apoyándome en las paredes dudosamente limpias del cubículo. Las piernas me tiemblan como agua, la cabeza me da vueltas por la deshidratación y la desesperación a partes iguales. Llego a trompicones al lavabo, evitando mi reflejo en el espejo, porque no necesito ver para saber que es malo.

Me enjuago la boca, las manos me tiemblan mientras intento limpiar el rímel de debajo de los ojos, pero es causa perdida. Tengo exactamente la pinta de lo que soy: un desastre. Y la situación de mierda mejora todavía más cuando la puerta del baño se abre y entran dos chicas tambaleándose, riéndose y sujetándose la una a la otra.

Me miran una vez y se les muere la risa.

—Ay, cielo —dice una de ellas, con la voz llena de esa clase de lástima de la que llevo huyendo toda la noche—. ¿Noche dura?

Ni siquiera puedo responder. No me queda energía para una mentira, una evasiva o mi armadura habitual de palabras afiladas. Simplemente paso entre ellas y vuelvo al bar, donde el bajo machacante que hace una hora me parecía estimulante ahora solo me resulta totalmente nauseabundo.

En lugar de volver a la barra o a la pista, me desplomo en un reservado desierto del rincón. El asiento gastado está pegajoso contra mi mejilla mientras me acurruco de lado, subiendo las rodillas al pecho. Y queda claro, ahora, que el espectáculo ha terminado, y que lo único que queda es una chica borracha y triste en un reservado sucio, llorando lágrimas que no paran.

Cierro los ojos, y la oscuridad mugrienta y giratoria del bar da paso a un negro aún más profundo, más absoluto. Lo último que pienso antes de que la inconsciencia me reclame es que en algún lugar, quizá en el departamento, Maine está sufriendo tanto como yo.

Y los dos lo hacemos solos.

Porque eso es lo que hace la gente como nosotros. Actuamos y fingimos y alejamos a todo el mundo, y luego nos preguntamos por qué nos estamos ahogando sin nadie que nos lance una cuerda. Y la única vez que las dos estrellas de su propio espectáculo forjaron una conexión, se rompió en segundos.

La oscuridad me engulle entera, y por una vez, no lucho contra ella.

treinta y uno

MAINE

NO DEBERÍA ESTAR AQUÍ.

O'Neil's parece el decorado de una película de mi vida anterior, con todas las piezas familiares en su sitio pero ninguna real. El suelo pegajoso, el choque de las bolas de billar en las mesas del fondo, los letreros de neón de cerveza proyectando su resplandor chillón sobre todo... todo pertenece a una versión de mí que ya no existe.

Ese tipo, el que se subía a las sillas y orquestaba concursos de beber, el que convertía cada reunión en su circo personal, parece alguien sobre quien leí una vez en un libro, una leyenda del campus que multiplicarán por diez y de la que seguirán hablando durante años.

Mucho después de que me haya ido.

La última semana se ha difuminado en una sola pesadilla interminable de monitores pitando y luces fluorescentes que nunca se apagan. Las lecturas de oxígeno en sangre de Chloe están grabadas a fuego en mi cerebro —ochenta y ocho, ochenta y nueve, ochenta y siete, otra vez ochenta y ocho—, números que bailan detrás de mis párpados cada vez que parpadeo.

Y sin embargo aquí estoy, con la botella de cerveza sobre la mesa, intacta durante los veinte minutos que llevo sentado aquí. Mike y los chicos montaron lo que llamaron una intervención, sacándome a rastras de la habitación del hospital donde llevaba

sentado esperando la noticia de que mi hermana estaba mejorando o—

No puedo terminar ese pensamiento.

—Necesitas salir de aquí —me dijo Mike, en un tono que no dejaba lugar a discusión—. Solo una cerveza. Una hora. El hospital llamará si algo cambia.

Iba a negarme, pero mis padres me habían dicho que fuera. Así que aquí estoy, mientras mi mente sigue atrapada en esa habitación de la UCI, pensando en la niña que lucha por respirar. La nueva medicación no está funcionando, y la inflamación en sus pulmones no responde.

Los médicos usan palabras como «considerando otras opciones» y «monitorizando de cerca», que parece ser jerga médica para «no tenemos ni puta idea de qué hacer». Pero es precisamente por eso que quiero estar allí, sosteniendo a mi hermana y a mis padres, porque al menos entonces sé qué hacer.

Es lo único en lo que todavía me siento seguro.

No el hockey.

No Maya.

No mi futuro económico, eso desde luego, joder.

Así que una cerveza, y me voy.

Pero eso no significa que esa única cerveza no pueda ser una tortura, mientras el ruido del bar me envuelve en oleadas: risas que parecen obscenas, música que chirría, y el alegre tintineo de vasos que me dan ganas de gritar. Me ahogo en la normalidad de todo esto mientras mi hermana lucha por respirar a cuarenta millas de aquí.

La voz de Mike corta la niebla.

—No has tocado tu cerveza.

Me obligo a dar un sorbo por cumplir.

—Debería volver —digo.

—Que estés allí, agotado y destrozado, no la ayuda.

Sé que tiene razón, pero la lógica no vale cuando tu hermanita —a la que le enseñaste a atarse los zapatos, la que se metía en tu cama durante las tormentas— está tumbada en una cama de hospital pareciendo más pequeña de lo que jamás ha parecido.

La culpa es algo físico, sentada sobre mi pecho como un peso. No solo por Chloe, aunque esa es la arista más afilada. Es todo lo que no les estoy contando a los chicos alrededor de esta mesa. Ellos —y el entrenador— creen que solo estoy preocupado por mi hermana, y que por eso mi hockey se ha ido a la mierda.

El entrenador incluso me dio dos semanas libres.

Un respiro bendito lejos de las miradas y, quizás, una oportunidad de salvar mi carrera.

Porque nada dice «promesa de la NHL» como derrumbarte delante de los ojeadores.

Pero no saben de todo lo demás. La nevera vacía en casa, el segundo trabajo que tuve que aceptar para mandar dinero a mis padres para las facturas médicas, el peso aplastante de intentar ser todo para todos mientras yo mismo voy desapareciendo poco a poco. Y de lo de Maya no tienen ni puta idea, eso por supuesto.

Maya.

Su nombre es un moretón que no dejo de presionar, incapaz de parar aunque duela.

Y, porque el universo es un cabrón, la puerta se abre dejando entrar una ráfaga de aire frío que corta la calidez cargada del bar. No levanto la vista. No la he levantado con las últimas cinco personas que han entrado. Pero algo en la atmósfera cambia, una carga en el aire que me eriza la piel.

Sé que es ella antes siquiera de levantar los ojos.

Está aquí.

Pero cuando *sí* levanto la vista, veo que no es la Maya que he estado viendo en mi departamento durante los últimos dos meses. Esta es la Maya de antes —la intocable reina de las fiestas, la potra salvaje de la que todos murmuran—, con su armadura puesta, toda aristas afiladas y sonrisas brillantes que no le llegan a los ojos.

Está con un tipo que no reconozco, alto y genérico de esa forma que lo hace olvidable incluso mientras lo estás mirando. Se inclina hacia él, riéndose de algo que dice, con la mano en su brazo de esa manera casual pero no tanto, diseñada para marcar territorio.

La actuación es impecable.

Excepto que ahora la conozco. Sé cómo es cuando se quita la máscara.

Y debajo de toda esa confianza resplandeciente, puedo ver las grietas. Su risa es demasiado fuerte, con un tono un poco demasiado agudo. Hay sombras bajo sus ojos que el corrector no consigue del todo ocultar, una tensión alrededor de su boca que habla de un agotamiento apenas contenido.

Se la ve cansada. Tensa como un resorte. Frágil.

Y es culpa mía.

Pero sigue siendo tan jodidamente guapa que duele mirarla.

Intento encogerme en mi asiento, volverme invisible como solía hacer de niño cuando mis padres discutían por las facturas médicas. Si logro ser lo bastante pequeño, lo bastante silencioso, quizás no me vea, y quizás pueda ahorrarnos a ambos esta colisión.

Pero el universo tiene otros planes.

—¡Eh, Hamilton!

La voz de Rook retumba por todo el bar como una sirena de niebla. Con la cara enrojecida por el alcohol barato y el buen humor, completamente ajeno a la granada que está a punto de lanzar. Se levanta de su taburete en la barra, esa sonrisa amplia y estúpida extendiéndose por su cara como si estuviera a punto de hacerle un favor a todo el mundo.

No, no, no...

—¡Ahí está! —Se lleva las manos a la boca como si estuviera cantando jugadas desde la portería—. ¿Vas a ganar la apuesta o qué? ¿Ya te dijo las palabras mágicas?

El mundo se detiene.

Lo digo literalmente.

Todo simplemente... se detiene.

Puede que la música siga sonando, puede que la gente siga hablando en otras mesas, pero todo el bar queda en silencio en mi percepción, todas las cabezas girándose a cámara lenta: primero hacia Rook, borracho y sonriente y completamente inconsciente de lo que acaba de hacer, luego hacia nuestra mesa donde yo estoy sentado, paralizado, y finalmente, inevitablemente, hacia Maya.

Lo veo suceder en tiempo real.

Primero, confusión. Sus labios perfectamente pintados se entreabren, esa sonrisa luminosa de la que me había enamorado congelándose en su sitio como si alguien hubiera pulsado pausa en un vídeo de ella. Sus ojos recorren el local, encuentran a Rook, y luego siguen su gesto hasta nuestra mesa, hasta mí.

Luego, comprensión. Veo el momento exacto en que las palabras aterrizan: *apuesta*, *ganar*, *palabras mágicas*. Sus ojos se abren de par en par, el color escapándose de su cara tan rápido que temo que pueda desmayarse. La mano en el brazo del Tipo Genérico se afloja, cayendo a su costado como algo muerto.

Pero es la traición lo que me destruye.

Porque en ese momento interminable y horrible en que nuestros ojos se encuentran a través del bar, la veo reescribir toda nuestra historia. Cada momento tierno, cada confesión vulnerable, cada vez que la sostuve mientras lloraba o se reía o se deshacía en mis brazos, lo veo todo transformarse en su mente.

La manta que le eché por encima.

La lasaña que me calentó.

La noche en el suelo de la cocina cuando se acurrucó en mis brazos.

La forma en que nuestros cuerpos mantenían conversaciones que nuestras bocas no podían.

Todo.

Cada segundo.

Lo está viendo todo a través del prisma de este momento, y observo cómo el Maine que creía conocer —el hombre roto, con problemas, real, en quien había empezado a confiar— se borra y es reemplazado por un monstruo que jugó con su corazón por dinero y por alardes.

Ahora está claro.

Cree que gané la apuesta en cuanto dijo «Te necesito...».

Y cree que después la descarté.

No grita ni llora. No aprieta los puños ni sale hecha una furia. Ni siquiera se acerca para darme una bofetada o tirarme la copa a la cara o cualquiera de las reacciones dramáticas que ves en las

películas. Pero eso es un pobre consuelo, porque su reacción es mucho peor.

Tras ese segundo interminable sosteniendo mi mirada, su cara se queda completamente en blanco. No la construcción cuidadosa de su máscara de fiestera, sino algo más profundo y más definitivo. Es como ver a alguien bajar la persiana metálica de un escaparate.

Cerrado.

Para siempre.

Si me había distanciado de ella porque no quería hacerle daño, misión fallida, porque me da la espalda con una deliberación que parece un golpe físico. No corre. Simplemente camina hacia la puerta con la espalda recta y la cabeza alta.

La puerta se cierra detrás de ella con un clic suave que de algún modo resuena más fuerte que cualquier portazo. Ha dejado al Tipo Genérico ahí plantado y confuso, a sus amigas llamándola, y a mí sentado en esta mesa con mi vida en ruinas a mi alrededor.

La Reina de las Fiestas ha abandonado el edificio.

El bar vuelve lentamente a la vida a mi alrededor, pero ahora es diferente. Puedo sentir cada mirada sobre mí, el peso de todas ellas como presión física. Alguien silba, bajo e incómodo. Rook sigue ahí de pie, su sonrisa finalmente flaqueando mientras su cerebro borracho procesa que algo ha salido muy, muy mal.

La mano de Mike aterriza en mi hombro, pesada y firme.

—Maine...

Pero ya me estoy moviendo, zafándome de su mano y empujándome hacia atrás tan fuerte que la silla se vuelca con un estruendo. La botella de cerveza que nunca bebí cae, derramando espuma por el suelo pegajoso, pero la dejo atrás porque tengo que arreglar esto.

Tengo que explicarme.

Tengo que—

¿Qué?

¿Decirle que empezó como una apuesta pero se volvió real? ¿Decirle que hacer que se enamorara de mí se suponía que era un juego, pero yo caí más fuerte? ¿Decirle que cada momento después

de esa primera noche fue genuino y que la apuesta perdió todo significado en el segundo en que me dejó ver quién era realmente?

Todo suena a patrañas, incluso en mi cabeza.

Doy tres pasos antes de que la mano de Mike se cierre alrededor de mi brazo, más firme ahora.

—Déjala ir —dice en voz baja, y hay algo en su voz que me dice que sabe más de lo que ha dejado ver—. No esta noche. No así.

Tiene razón. Perseguirla ahora con desesperación en los ojos solo lo empeoraría. Pero cada instinto me grita que corra detrás de ella, que caiga de rodillas en el aparcamiento y le suplique que escuche, que entienda, que perdone lo imperdonable.

El bar da vueltas a mi alrededor, voces y risas y música mezclándose en una cacofonía nauseabunda. Alguien —Schmidt, quizás— le está explicando a Rook lo que ha hecho, y puedo ver el horror apoderándose de su cara mientras la sobriedad lo golpea como un cubo de agua helada.

Pero no me importa. No me importa nada excepto la imagen grabada en mis retinas: la cara de Maya en ese momento de revelación, el segundo exacto en que pasé de ser alguien en quien confiaba a alguien que la traicionó de la manera más cruel posible.

—Necesitas sentarte —dice Mike con firmeza, pero sin dureza—. Necesitas respirar. Y necesitas pensar muy bien qué vas a hacer después.

Pero no puedo sentarme. No puedo respirar. No puedo pensar.

Porque sé que probablemente acabo de perder a la única persona que alguna vez amó a *mí*, no al Show de Maine. La persona que vio que necesitaba ayuda y me la dio. Y la peor parte —la parte que me va a perseguir para siempre— es que me lo hice yo solo, porque la apuesta y las mentiras fueron decisión mía.

Y ahora lo único que puedo hacer es ir detrás de ella y tener esperanza.

treinta y dos

MAYA

EL AIRE de la noche me golpea como una bofetada de sobriedad, arrancándome de la piel el calor del bar. El frío debería sentirse purificador, pero en cambio solo lo hace todo más nítido: el dolor en el pecho, la humillación ardiendo en las mejillas, el temblor de mis manos mientras sostengo el teléfono.

Esto no es como la otra noche, cuando me desmayé en aquel club, borracha y patética, como un cliché de chica rota. No. Esta noche, las pocas copas que tengo encima han sido incineradas por algo mucho más potente: rabia pura, cristalina, que me deja la mente aterradoramente lúcida.

Una apuesta.

Las palabras siguen rebotando en mi cabeza, la voz borracha de Rook en bucle.

¿Ya dijo las palabras mágicas?

Como si fuera un logro por desbloquear en un videojuego. Como si todo lo que compartimos —cada momento vulnerable, cada vez que bajé la guardia— fuera él acumulando puntos de experiencia. Por un segundo, pienso en mi apuesta con las chicas, y mi mente intenta racionalizar y aferrarse a la esperanza.

Pero *no*.

A la mierda con *eso*.

En el momento en que se volvió real, yo solté *mi* apuesta, pero parece que Maine siguió adelante. Y en cuanto dije «te necesito», él lo consideró misión cumplida y volvió a ser el imbécil hosco que había sido cuando me mudé, cuando peleábamos por los platos sucios y la ropa.

El teléfono vibra en mi mano y la cara de Sophie ilumina la pantalla. La miro un momento y considero dejar que salte el buzón de voz, pero incluso en mi rabia sé que no puedo ser una perra con ella otra vez. La hice pasar un mal rato en el club y después me estampé contra el suelo. Ya hicimos las paces, pero filtrar una llamada suya no estaría bien.

Así que contesto.

—¿Sí? —digo, intentando contener el temblor en mi voz.

—Maya, ¿qué pasó? Te vi salir y...

—Estoy bien —la corto, con la voz seca y fría—. Me voy a casa.

—Pero...

—Sophie, dije que estoy bien —suspiro—. Por favor, solo necesito espacio.

Cuelgo antes de que pueda desplegar su particular forma de insistencia dulce. Esta vez no quiero consuelo. No quiero que alguien me sostenga el pelo mientras lloro y vomito. Quiero rabiar. Quiero gritar. Quiero encontrar su puto palo de hockey y partirlo en dos.

Quiero cortarle el contacto, arrancarlo de mi vida, como hice con mi familia.

Pisadas pesadas golpean el pavimento detrás de mí, y no necesito darme la vuelta para saber que es él. Puedo sentir su presencia como un cambio en la presión barométrica. Dios, odio que mi cuerpo siga respondiendo a su cercanía con esa sensación familiar en el estómago.

—¡Maya! —su voz se quiebra en mi nombre—. Solo déjame explicarte.

No dejo de caminar. Porque que le den. Que me persiga. Que sienta lo que es intentar alcanzar algo que se escurre entre los dedos. Como cuando yo lo esperé en casa, lista para ofrecerle mi corazón, y él pasó de largo sin siquiera mirarme.

—Maya, joder, por favor... ¿puedes parar un segundo?

Llego al relativo aislamiento de una farola a una manzana de O'Neil's, su resplandor anaranjado chisporroteando como si también estuviera en crisis. Bien. Si quiere hacer esto, vamos a hacerlo. Me doy la vuelta y espero, una estatua tallada en hielo y furia, mientras él derrapa hasta detenerse frente a mí.

Se ve destrozado. El pelo revuelto y de punta de tanto pasarse las manos por él, el pecho agitado, esos ojos grises abiertos de par en par y desesperados. Bien. Quiero que le duela. Quiero que sienta aunque sea una fracción de lo que estoy sintiendo ahora.

—Puedo explicarlo —empieza, las palabras atropellándose unas con otras, desesperadas—. La apuesta... joder, suena horrible, pero no era... o sea, empezó así, pero...

Está tanteando a ciegas, y sería patético si no fuera tan insultante.

—Cuando te mudaste, Rook me estaba jodiendo con que te me habías metido en la cabeza, y yo solo... —se pasa la mano por el pelo—. Supongo que se me hirió el orgullo. No podía echarme atrás. Sabes cómo son, cómo soy yo con ellos. Todo es bravuconería estúpida y...

—Así que apostaste a que podías, ¿qué?, ¿follarme? —me burlo —. Marcaste esa casilla fácilmente, dinero en el bolsillo, pero no tenías que seguir dándome cuerda después de eso...

—No, Maya, joder... —suspira—. No era por el dinero... *ganarlo*, quiero decir. Pero no podía permitirme *perder* una vez que hice la apuesta —continúa, como si eso lo explicara todo—. Me estaba ahogando, Maya. El alquiler, las facturas médicas de Chloe... Estaba trabajando en dos sitios y aun así no alcanzaba. Dios, soy un idiota.

Lo dejo tropezar con sus excusas, cada palabra cavando más hondo. Mi silencio es un arma, afilada e implacable, y la manejo con la precisión de una cirujana. Porque, francamente, me importa una mierda todo lo que le está saliendo de la boca ahora mismo.

Me lastimó la noche que jugó su juego de mierda.

¿Pero esta noche?

Esto es un apocalipsis emocional absoluto.

Sigue hablando, sigue parloteando, pero dejé de escuchar. Al final se apaga, registrando por fin que no me he movido, no he

hablado, y no le he dado ni la más mínima señal de que sus palabras estén aterrizando en algún lugar que no sea el pavimento frío entre nosotros.

Cuando por fin se queda sin aire, cuando la última sílaba desesperada muere en el aire helado, empiezo mi desmantelamiento sistemático de Maine Hamilton. Porque si hay algo que *pueda* hacerme sentir menos de mierda ahora mismo y acelerar el proceso de arrancarlo de mi vida, es *esto*.

—Entonces. —Mi voz es peligrosamente tranquila, el ojo de un huracán—. Déjame asegurarme de que entiendo esto bien.

Se encoge ante mi tono, y archivo esa pequeña victoria.

—La noche que me tapaste con la manta de Chloe, la que hizo tu abuela, la sagrada reliquia familiar, ¿eso qué fue? ¿Crédito extra? ¿Puntos de bonificación? Porque si se trataba de follarme, podrías haber cobrado semanas antes, marcar la casilla y seguir tu camino...

—Maya, no... —se le desmorona la cara—. La apuesta no era *eso*, era lograr que admitieras que sentías algo, por eso...

Ya lo sabía, pero estaba esperando a que cayera en mi trampa.

—Ah, ahora tiene sentido. Entonces cuando te sentaste conmigo en el piso de la cocina después de que murió ese niño. —La voz se me quiebra un poco en eso, pero sigo adelante—. Cuando estaba sollozando por perder un paciente, en mi peor momento, ahí por fin lo entendiste...

—¡No fue así! —las palabras le explotan—. Nada de eso tenía que ver con la apuesta. Para entonces, yo ya...

—¿Ya qué? —me burlo—. ¿Ya te sentías culpable por jugar conmigo? ¿O ya habías descubierto que la forma más fácil de que alguien se enamore de ti es convertir su trauma en un arma? ¿Estar ahí en su momento más vulnerable y hacerte el héroe?

Parece que lo hubiera golpeado físicamente, tambaleándose ante la verdad de cómo se ve, cómo se ve todo ahora a través de esta nueva lente.

—Chloe está en el hospital —dice de pronto, desesperado, como si eso lo explicara todo—. Está en la UCI. Sus pulmones... no están respondiendo al tratamiento, y he estado ahí durante días, y no podía... no podía decírtelo porque decírtelo significaría...

—¿Significaría qué? —lo corto, la voz subiéndome por primera vez—. ¿Ser honesto? ¿Tratarme como una persona real en vez de una víctima en tu estafa? Lamento lo de tu hermana, Maine, y espero que esté bien, pero ¿entiendes lo *monumentalmente* jodido que es esto?

—¡No podía pedirte ayuda ni decirte que te necesitaba! —Ahora él también grita, su control finalmente quebrándose—. No cuando te estaba mintiendo sobre la apuesta. ¿No ves lo jodido que habría sido eso? ¿Apoyarme en ti, dejar que me consolaras, sabiendo lo que te había hecho?

—Ah, entonces sí tienes conciencia. —El sarcasmo gotea como ácido—. Lástima que solo apareció después de que ya me habías hecho enamorarme de ti y luego me alejaste. No, alejarme no, en realidad, porque eso requeriría algún tipo de reacción de tu parte.

—Maya...

—Fui a tu cuarto esa noche —continúo por encima de él, cada palabra raspada en carne viva de mi garganta—. Por fin dejé entrar a alguien. Dejé que me viera de verdad, toda yo, no solo las partes divertidas o las partes sexys, sino las partes desordenadas y rotas también. Dije «te necesito» y lo dije en serio.

Suelta un sonido como si lo hubiera destripado, pero no he terminado.

—Y al día siguiente me cerraste la puerta. ¿Tienes idea de lo que se sintió? ¿Confiar por fin en alguien, ser así de vulnerable, *justo* después de decidir cortar con mi familia, y que esa persona... me rechazara? Pensé que era porque habías visto a la verdadera yo y habías decidido que era demasiado. Pero fue peor. Fue porque habías ganado.

Se encoge físicamente, y una parte de mí —la que todavía se preocupa por él de forma estúpida, patética y *jodidamente*exasperante— quiere retractarse. Pero la parte más grande, la que ha sido vaciada por la traición, retuerce más el cuchillo.

—¿Quieres saber la parte realmente patética? —La voz se me quiebra por completo ahora, la rabia cediendo ante algo más crudo, más doloroso—. Te vi desmoronarte después de ese partido. Te vi en

el banquillo, humillado, y estaba lista para estar ahí contigo. Con todo. Sin juegos, sin pretensiones, solo... nosotros.

Se ve devastado, y es evidente que se ha quedado sin palabras. Se le ha ido toda la pelea y simplemente está ahí parado, un boxeador contra las cuerdas, recibiendo cada golpe, esperando el nocaut. Podría perdonarle el golpe final, y tengo que hacer una pausa para tragarme las lágrimas que quieren caer, pero no me contengo.

No le voy a dar esa piedad.

No ahora.

Porque así es como me despido y me recupero a mí misma.

—Tenía dinero para ti —digo en voz baja, y veo cómo se le afloja la cara de la impresión—. Había sacado lo último de mis ahorros. Iba a ayudarte con lo que fuera que estaba pasando, porque eso es lo que haces cuando amas a alguien. Lo ayudas. No lo conviertes en una transacción ni en un juego ni en una puta apuesta.

La palabra «amas» queda suspendida entre nosotros como una granada sin seguro, y puedo ver el momento en que detona detrás de sus ojos.

—Pero tú —continúo, la voz endureciéndoseme de nuevo—, ni siquiera pudiste dejarme hacer eso ni ser honesto sobre la apuesta. Porque dejarme ayudarte a salir de estos problemas significaría dejarme entrar, y prefieres implosionar antes que ser vulnerable con alguien.

—No, yo...

—Para. —La palabra restalla como un látigo—. Para ya. ¿La apuesta en sí? Se habría podido perdonar. Los dos somos imbéciles competitivos, lo entiendo. Si hubieras sido honesto, si me lo hubieras contado, nos habríamos reído y lo habríamos convertido en nuestra rara historia de cómo nos conocimos.

Veo un destello de esperanza en sus ojos y lo aplasto inmediatamente.

—Pero no lo hiciste. Seguiste mintiendo. Cada día, cada noche, cada vez que me tocabas sabiendo lo que esto *realmente*era, elegiste la mentira. Y eso te hace exactamente igual que todos los demás a quienes he dejado acercarse. Una persona más que me vio

como moneda de cambio en un juego social. Mis padres... mis hermanos... y ahora tú.

El silencio se estira entre nosotros, roto solo por el chisporroteo de la farola moribunda sobre nuestras cabezas. Y entonces, porque al parecer soy una masoquista que necesita retorcer el cuchillo en las heridas de ambos, asesto el golpe final, segura de que me verá como una perra hipócrita, y *necesitando* que lo haga.

—¿Quieres saber algo gracioso? —pregunto, con la voz inquietantemente calmada de nuevo—. Yo también tenía una apuesta.

Levanta la cabeza de golpe, los ojos muy abiertos por la impresión.

—Sí —continúo con una sonrisa amarga—. Mis amigas apostaron a que no podía hacer que te enamoraras de mí para el final del semestre. Las mismas apuestas estúpidas, el mismo juego estúpido.

Veo cómo se le desmorona la cara en la débil luz anaranjada, cómo procesa esta nueva capa de engaño. Lo dejo intentar descifrar mi jugada, si esto es una especie rara de mea culpa o una forma de igualar la balanza, y por un momento siento una satisfacción enfermiza.

Y entonces lo remato.

—Pero esta es la diferencia entre nosotros, Maine. —Le sostengo la mirada—. Yo dejé mi apuesta. La noche después de que nos acostamos. Porque mis sentimientos eran reales, y no podía, no *iba* a seguir jugando cuando importaba de verdad. No habría sido justo contigo.

Doy un paso hacia él, lo suficientemente cerca para ver las lágrimas que está conteniendo.

—¿Pero tú? —susurro—. Tú seguiste jugando. Y eso es lo que te convierte en el más imbécil de los dos. No porque hiciste la apuesta, sino porque no supiste distinguir entre el juego y lo que era real, y puede que acabes de apostar y perder algo bastante increíble.

Me mira fijamente, completamente derrotado. Abre y cierra la boca como si se estuviera ahogando en tierra firme, buscando palabras que no existen. No hay nada que pueda decir que deshaga

esto. Su traición —y mi crueldad en respuesta— es demasiado grande, y ambos lo sabemos.

Los últimos restos de mi rabia se disuelven, dejando solo un vacío frío e inmenso. Estoy tan cansada. Cansada de actuar, cansada de protegerme, cansada de que me decepcionen las personas en las que me atrevo a confiar. Solo quiero irme a casa, excepto que mi casa es un departamento que comparto con él, y ese pensamiento es tan absurdo que casi me río. Me doy la vuelta para irme.

—Espera. —Su voz está destrozada, apenas un susurro.

Dudo, de espaldas a él. Alguna parte patética de mí espera que diga algo que arregle esto, unas palabras mágicas que reescriban los últimos diez minutos —no, las últimas semanas, desde el minuto en que entró al departamento y me ignoró— pero las palabras mágicas son lo que nos trajo aquí en primer lugar.

—No te vayas —dice, y puedo oírlo tomar un aliento tembloroso —. El departamento es tuyo. Esto es culpa mía, así que me iré a quedar con Mike o... a algún lado. Solo por favor no te vayas por mi culpa. No quiero echarte de tu casa además de todo lo demás.

No discuto. No tengo la energía para ser magnánima, para insistir en que se quede en su departamento. Mi silencio frío es respuesta suficiente. Y, sin mirar atrás —porque si miro atrás, me podría quebrar, podría perdonar, podría hacer algo supremamente estúpido como correr a sus brazos— me alejo caminando.

Pero aunque no miro, mi mente puede pintar una imagen bastante buena de Maine, parado solo bajo esa farola chisporroteante, un personaje caído bajo un único foco implacable. La imagen se graba a fuego en mi memoria, y sé que me perseguirá.

Así que solo camino. Un pie delante del otro.

Lejos de él. Lejos de nosotros.

Lejos de lo mejor y lo peor que me ha pasado en la vida.

treinta y tres

MAINE

EL SOFÁ del departamento de Mike se ha convertido en mi isla de autodesprecio, un refugio temporal que se parece más a una celda. Llevo tres días aquí, mirando el techo, repitiendo cada momento, cada mentira, cada puta oportunidad que tuve de confesar la verdad y no lo hice.

Cada momento sucio y desordenado.

El contraste es irónico, porque todo lo demás aquí está limpio y en su lugar. Mike y Sophie han construido algo real en este espacio: fotos enmarcadas en la repisa de la chimenea, una manta echada con descuido sobre el sillón como si siempre hubiera estado ahí, y tazas de café a juego en el fregadero.

Un contraste brutal y burlón con la zona cero emocional que es mi vida.

Soy un refugiado en la casa de mi mejor amigo, un hombre sin lugar, perseguido por la pelea apocalíptica con Maya que se reproduce en bucle infinito en mi cabeza. Cómo se enteró de la apuesta, cómo convirtió cada justificación mía en una puñalada en el estómago, y cómo se marchó.

Pero no es solo el recuerdo de su rabia lo que resuena en mi cabeza —aunque, joder, la forma en que me miró bajo aquella farola moribunda, como si yo fuera algo que hay que raspar de la suela del

zapato—, sino la precisión silenciosa y devastadora de su argumento final lo que de verdad me destruye.

Yo dejé mi apuesta… Tú seguiste jugando.

Ese simple hecho traza una línea moral en la arena que sé que no puedo volver a cruzar. Ella eligió la autenticidad en el momento en que las cosas se pusieron serias, en el momento en que importaba. Y luego estoy yo —atrapado por un cóctel tóxico de orgullo y pánico y la maldita necesidad patológica de no ser nunca una carga—, que me aferré a mi mentira como si fuera un salvavidas.

Y nos hundió a los dos.

La vergüenza es un peso físico que me hunde en los cojines, me deja inmóvil y en silencio. Mi teléfono descansa en la mesa de centro, oscuro y acusatorio. Hay doce mensajes de Rook que no me atrevo a leer porque sé que son disculpas o chistes, y no puedo con ninguna de las dos cosas.

Pero no hay nada de Maya, obviamente.

¿Por qué iba a haberlo?

Ahora soy el villano de su historia. El tipo que usó su duelo como arma, que según ella utilizó a su paciente muerto como una puta ventaja táctica en un juego en el que ella ni siquiera sabía que estaba jugando. Así no es como yo lo veo, porque todo me pareció real, solo sentía que no podía decir las palabras que necesitaba para que lo fuera.

Por la apuesta.

Pero, joder, cuando ella lo puso así…

La puerta de la calle se abre, y no me muevo. Es Mike, de vuelta del entrenamiento. Se nota que está cansado, y sé por el chat del grupo que ha estado haciendo ejercicios extra para mantener al equipo a punto, mientras yo me pudro aquí en su sofá como el invitado más patético del mundo.

—¿Comiste hoy? —pregunta, y lo oigo moverse hacia la cocina, abrir la puerta de la nevera.

—No tengo hambre —digo, lo primero en monosílabos que digo desde que me desperté, sin nadie con quien hablar y sin nadie que quiera ser.

Claro, hay clases (las estoy saltando) y hockey (me han excusado).

Pero no he salido de este sofá, excepto para ir al hospital, en tres días.

—Esa no fue la pregunta —dice Mike.

No contesto, que ya es respuesta suficiente. La nevera se cierra, sus pasos se acercan, y por fin abro los ojos para verlo ahí de pie con dos cervezas, la condensación ya formando gotas en las botellas. No dice nada más, solo me pasa una y se acomoda en el sillón frente a mí.

La cerveza está fría contra mi palma, y espero el sermón o el intento de animarme, pero no llega. Mike no trae nada del juicio que mi personaje de siempre normalmente desviaría con un chiste. En vez de eso, solo espera, bebiendo su cerveza en un silencio paciente e inquietante.

Estamos así al menos cinco minutos, bebiendo nuestras cervezas en silencio. No hay preguntas, ni exigencias de una explicación. Solo Mike, el tipo que me ha visto en mis momentos más escandalosos e insoportables, sentado aquí presenciando mi implosión completa sin decir una palabra. Y es esa oferta simple y tácita de amistad, desprovista de expectativas o actuación, lo que finalmente rompe el dique.

—La cagué —digo, y las palabras salen agrietadas y en carne viva, como si las hubieran raspado del fondo de mi garganta.

Mike le da un trago lento a su cerveza.

—Sí.

—No, me refiero a… —Me incorporo por primera vez en horas, mi cuerpo protestando por el movimiento—. La cagué de verdad, de forma monumental e irreversible.

—Cuéntame.

Y lo hago. La confesión estalla desde dentro, un torrente crudo y sin filtros de todos mis fracasos. Le cuento todo. Sobre cómo no podía echarme atrás con la apuesta porque echarme atrás significaría admitir debilidad. Sobre el dinero, la verdadera magnitud, no solo el vago *estoy pelado* que ya conocía, sino las cifras reales.

—Su alquiler era lo único que me mantenía a flote —digo, con la voz hueca.

La mandíbula de Mike se tensa, pero no interrumpe, así que sigo. Le cuento sobre Chloe, sobre el miedo asfixiante que vive en mi pecho cada vez que mi madre llama. Sobre estar sentado en aquella habitación de hospital, borrando el mensaje para Maya porque no podía —no quería— añadir mi crisis a la suya. Sobre ser el hijo fácil, el que nunca necesita ayuda, nunca pide nada y nunca se convierte en otro problema que resolver.

—Y Maya… —Su nombre se me atraganta—. Joder, Mike. Lo caló todo. La actuación, los chistes, todo el Show de Maine. Me vio a mí. Al verdadero yo, roto, agotado, hecho un desastre. Y no salió corriendo. Estaba ahí mismo, diciéndome que me necesitaba, y esperando a que yo dijera lo mismo. Pero lo jodí todo.

El silencio que sigue parece eterno. La expresión de Mike recorre un espectro doloroso: decepción por la apuesta, comprensión creciente sobre el dinero, y finalmente, una culpa profunda y enfermiza que lo hace apartar la mirada durante un minuto.

Él estuvo ahí.

Vio las grietas en mi fachada.

Me pinchaba con la apuesta en los entrenamientos, después de los partidos y por mensajes.

Participó en la puta historia.

Pero aun con todo eso, no me lo deja pasar.

—Fui un gilipollas por no cortar la apuesta, Maine —admite, su voz áspera de reproche hacia sí mismo—. Tratarla como un premio a conquistar, como si hacer que alguien se enamore de ti fuera un puto juego. —Se pasa una mano por el pelo, un gesto que reconozco como su propio reflejo de vergüenza—. Pero no se trata de eso.

Se inclina hacia delante, los codos en las rodillas, la mirada intensa e implacable. Me obliga a mirarlo a los ojos, a ver más allá de los muros de mi autocompasión.

—Toda la vida de Maya le ha enseñado que sus sentimientos son un arma que la gente usará en su contra. Sophie me contó algo de eso: su familia, cómo la trataban, cómo le dieron la espalda por no

jugar con sus reglas. Su familia le demostró que el amor es condicional, que mostrar debilidad es un error.

Las palabras son un golpe limpio y quirúrgico en el estómago.

—¿Y tú? —continúa Mike—. Te has pasado meses demostrándole que tenía razón. Le hiciste creer que había encontrado algo real, alguien que vio su desastre y se quedó de todas formas. Y se lo arrancaste porque eras demasiado orgulloso para admitir que hiciste una apuesta estúpida y demasiado cobarde para admitir que necesitabas ayuda.

Cada palabra cae como un golpe físico.

Porque tiene razón.

Joder, tiene tanta puta razón que me dan ganas de vomitar.

—¿Y esta fiesta de autocompasión en mi sofá? —Mike se levanta, se yergue sobre mí, capitán de pies a cabeza, haciéndome sentir como un novato otra vez—. Se acabó. Ella piensa que eres la peor persona del planeta ahora mismo, así que ¿qué vas a hacer al respecto?

Me encojo, pero no ha terminado.

—No tienes derecho a sentarte aquí a sentir lástima de ti mismo mientras ella anda por ahí pensando que nadie la puede querer. No tienes derecho a convertir esto en tu dolor cuando tú fuiste el que causó el suyo. —Deja la evaluación brutal flotando en el aire, su peso aplastándome como algo físico.

Y entonces hace la pregunta que definirá el resto de mi camino, la que me sacude de mi miseria pasiva y me obliga, por primera vez, a enfrentar la tarea monumental y aterradora que tengo por delante. A entender que no basta con estar ahí para todos, apoyándolos y quedándome callado.

No, a veces tienes que actuar y arriesgarte.

—¿Qué vas a hacer para arreglarlo?

La pregunta no es un ofrecimiento de ayuda. No es una sugerencia ni un empujón suave. Es una exigencia de acción, un desafío que atraviesa todas mis gilipolleces y mi autocompasión y me obliga a enfrentar la verdad: puedo sentarme aquí a pudrirme en mi vergüenza, o puedo intentar ganarme el perdón que no merezco.

—No sé si puedo arreglarlo —admito, con la voz apenas por encima de un susurro.

—Entonces más vale que lo averigües —dice Mike, y hay algo en su voz, no exactamente compasión, pero sí comprensión—. Porque el Maine que yo conozco, el real, el que está debajo de toda esa mierda de actuación, ese no se rinde. Ni en el hielo, ni con su familia, y mucho menos con la mujer que ama.

La palabra *ama* queda suspendida entre nosotros, innegable y aterradora.

—Ahora mete el culo en la ducha —dice, yéndose hacia su habitación—. Hueles a depresión y comida china. Sophie llega en una hora, y tiene algunas opiniones sobre tu situación. Te advierto: no son opiniones amables.

Se detiene en el umbral.

—¿Y Maine? Eso de ser el hijo fácil, de nunca ser una carga… —Resopla—. Es una mierda. Tienes derecho a necesitar ayuda. Tienes derecho a ser humano. Empieza por entender eso, y quizá lo demás venga solo.

Desaparece en su habitación, dejándome solo con sus palabras resonando en mi cabeza. Me quedo ahí sentado otro largo momento, sintiendo algo moverse dentro de mí. No esperanza exactamente —no soy tan ingenuo como para pensar que esto se arregla con algún gran gesto o palabras bonitas.

Pero quizá algo parecido a la determinación.

El primer atisbo de un plan, o al menos la voluntad de hacer uno.

Me despego del sofá, mi cuerpo protestando por cada movimiento. Tres días sin apenas moverme me han dejado rígido y dolorido, pero no es nada comparado con el dolor en mi pecho cuando pienso en Maya. En lo que he hecho y lo que he perdido.

Pero Mike tiene razón. Sentarme aquí ahogándome en autocompasión no va a arreglar nada.

Maya merece más que mi vergüenza. Merece la verdad, toda, aunque decida marcharse después. Merece saber que para mí también fue real, que cada momento después de aquella primera noche fue genuino, que la apuesta dejó de significar algo en el instante en que me sonrió por encima del café de la mañana.

Pero primero, tengo otras cosas que tachar de mi lista de enmiendas pendientes.

treinta y cuatro

MAYA

EL DEPARTAMENTO ESTÁ SOFOCANTEMENTE SILENCIOSO.

Es el tipo de silencio que presiona contra mis tímpanos, haciéndome hiperconsciente de cada pequeño sonido: el zumbido de la nevera, el tic-tac del reloj en la pared, otros golpes y crujidos varios. Pero todos esos sonidos llegan amortiguados, distantes, como si estuviera bajo el agua y el mundo de arriba hubiera seguido sin mí.

Me ciño más la camiseta, y el contacto de la tela contra mi piel me atraviesa con una punzada de reconocimiento que no quiero sentir. No es cualquier camiseta. Es su camiseta. La que tiene HAMILTON estampado en la espalda y la siento como una marca a fuego contra mi columna, señalándome como la idiota que se creyó el espectáculo.

Dios, ¿cuándo me la puse siquiera?

Debería quitármela. Quemarla. Tirarla a la basura con todas las demás mentiras.

Pero no lo hago.

En cambio, me hundo más en ella como la patética idiota con el corazón roto en la que me he convertido. Porque a esto he quedado reducida: a ponerme la camiseta de mi excompañero de piso porque

todavía conserva el fantasma de su olor, mientras estoy sentada en el departamento donde sus cosas siguen pero él no.

El departamento está impecable ahora. Cada superficie brilla. La nevera está organizada con precisión militar, mi leche de almendras en el estante de arriba, mis envases con comida preparada alineados como soldados. Su cerveza ya no está. Sus cajas de pizza ya no están. Su presencia ha sido extirpada quirúrgicamente.

Salvo los recuerdos, que se niegan a desaparecer.

La rabia que me sostuvo durante las primeras cuarenta y ocho horas se ha consumido, dejando atrás esta tristeza profunda y aislante que se asienta en mi pecho como una piedra. La furia indignada era más fácil. Me daba propósito, dirección y algo que hacer con las manos.

Ahora lo único que tengo es este bucle interminable de recuerdos reproduciéndose en mi mente, cada uno examinado y reexaminado como pruebas de un caso que no puedo resolver, tratando de descifrar dónde terminó la actuación y dónde empezó lo real. La pregunta me atormenta, porque no sé qué fue real y qué fue parte del juego.

Cada momento de ternura es ahora sospechoso. Cada risa que compartimos, cada café tranquilo por la mañana, cada hombro en el que nos apoyamos, cada vez que me miró como si fuera algo precioso —todo está contaminado por esa sola frase que Rook gritó al otro lado del bar.

Mi teléfono vibra sobre la mesa de centro, y durante un segundo patético y desesperado, deseo que sea él. Pero es Sophie, diciéndome por mensaje que ya está subiendo. No tengo energía para pedirle que no venga. No tengo energía para mucho más que esta autopsia interminable de una relación que aparentemente llegó muerta.

El golpe en la puerta es suave, casi vacilante, como si el propio golpe respetara mi duelo, tratándome como algo frágil que podría romperse si se maneja con demasiada brusquedad.

—Está abierto —digo, con la voz áspera de no usarla.

No he hablado con nadie en dos días, excepto para llamar y decir que estoy enferma y no puedo ir a mis prácticas clínicas. La

desaprobación de mi supervisora prácticamente irradiaba a través del teléfono, pero no pude obligarme a que me importara. Porque ¿cómo se supone que cuide de pacientes si apenas puedo levantarme de este sofá?

Sophie entra cargando una bandeja de té como una especie de misión de rescate emocional —Earl Grey, por el olor— y la simple amabilidad del gesto me aprieta la garganta. Joder, sé que no me lo merezco después de cómo la traté en el club, o cuando intentó llamarme después de que salí como una furia de O'Neil's, pero aquí está de todos modos.

—Hola —dice suavemente, dejando la bandeja en la mesa de centro mientras sus ojos asimilan la escena.

No hace ningún comentario sobre la camiseta, y así es como sé que la cosa está mal mal. Normalmente, Sophie tendría algo que decir sobre que lleve puestos los colores del enemigo. En cambio, simplemente sirve el té, le pone una de azúcar, como a mí me gusta, y me pasa la taza.

El calor se filtra en mis dedos fríos, y me doy cuenta de que llevo tanto tiempo sentada aquí que se me han entumecido. Siento todo entumecido excepto el dolor constante en mi pecho, como si algo vital hubiera sido arrancado y me estuviera desangrando lentamente por dentro, sin ganas de hacer nada al respecto.

Sophie se acomoda a mi lado en el sofá, cerca pero sin tocarme, dándome la opción del contacto. Durante un largo momento, simplemente nos quedamos así, el silencio entre nosotras más cómodo que la quietud opresiva en la que llevo ahogándome días, demasiado orgullosa y herida y terca para pedir ayuda.

—Hablé con Mike —empieza, con voz suave, tanteando el terreno.

Mi reacción es inmediata y visceral.

Levanto la mano, un gesto débil que aun así logra transmitir un basta.

—No —me sale apenas un susurro—. Sophie, por favor.

Se detiene, y siento cómo me observa, catalogando el daño. Debo verme fatal. No me he duchado en dos días. Tampoco he

comido nada de verdad. La ironía de ser estudiante de enfermería y no poder cuidar ni de mí misma no se me escapa.

—No quiero oír que lo siente, ni que está sufriendo —continúo, cada palabra profunda y en carne viva—. No… no cambia nada.

Las palabras son firmes, pero no tienen veneno. Porque ya no estoy enfadada. Estoy simplemente… vacía. Vaciada. Como si alguien hubiera tomado una cuchara y raspado todo lo blando y esperanzado, todo lo fuerte y vibrante, dejando solo la cáscara.

Sophie asiente, respetando el límite aunque veo que quiere presionar. Es lo que la hace tan buena enfermera y tan buena amiga. Pero ahora mismo está leyendo la situación, viendo que no estoy lista para cualquier información que tenga sobre Maine.

Incluso pensar en su nombre desata una nueva oleada de dolor.

En lugar de presionar, hace algo inesperado. Deja su té y se acerca más, pasándome un brazo por los hombros. El contacto es cálido, sólido, real de una manera en que nada ha parecido real desde esa noche en O'Neil's. No dice nada. No intenta arreglarlo ni explicarlo ni decirme que todo va a estar bien.

Simplemente me sostiene.

Y ese simple consuelo físico incondicional es lo que finalmente rompe el muro que he construido alrededor de mi corazón. Y, unos momentos después, las lágrimas llegan en silencio, deslizándose por mis mejillas en surcos calientes que gotean sobre la camiseta que no debería estar usando.

Me desplomo contra ella, mi cuerpo plegándose contra el suyo como si intentara desaparecer. Ella se ajusta, atrayéndome más, su mano trazando círculos lentos en mi espalda. El gesto maternal me deshace aún más. ¿Cuándo fue la última vez que alguien simplemente me abrazó sin querer algo a cambio? ¿Sin condiciones ni expectativas ni segundas intenciones?

Maine lo hizo. En el suelo de la cocina.

El pensamiento aparece sin permiso, y lo empujo lejos con ferocidad, pero sigue volviendo. Esa noche después de que murió mi paciente, cuando no era más que un desastre de duelo y dudas profesionales, se sentó conmigo, me sostuvo y no pidió nada a cambio.

Pero estaba jugando.

¿Lo estaba?

La discusión interna es agotadora.

Todo es agotador.

No sé qué fue real y qué fue falso.

Y ese es el dolor más difícil de todos.

Nos quedamos así un largo rato, mis lágrimas silenciosas empapando el suéter de Sophie mientras ella murmura sonidos reconfortantes sin sentido. Al final, las lágrimas se calman, dejándome exprimida y hueca. Entonces aflora la vergüenza: vergüenza por cómo he actuado, por haberla alejado, por haber sido una amiga tan terrible.

—Lo siento —susurro contra su hombro—. Por cómo actué. He sido una amiga de mierda.

Sophie se separa lo justo para mirarme, con las manos en mis hombros.

—Tienes derecho a ser un desastre —dice con firmeza—. Para eso estoy.

La simple aceptación me hace arder los ojos de nuevo, y mientras nos reacomodamos en el sofá, siento a Sophie preparándose para algo. Tiene esa cara, la que significa que está a punto de decir algo que no quiero oír pero necesito, y, esta vez, me parece que se lo ha ganado.

—¿Lo que hizo con esa apuesta? —empieza, con voz cuidadosa pero firme—. Fue imperdonable, y tienes todo el derecho a estar furiosa.

Asiento, esperando el pero que sé que viene.

—Pero… —ahí está—. Chloe está muy enferma, Maya. Los médicos hablan de tratamientos experimentales como último recurso, y su familia no puede pagarlo.

Las palabras atraviesan mi duelo.

Chloe. Esa chica pálida y frágil que apenas podía respirar pero que tenía una sonrisa luminosa y miraba a Maine como si fuera Superman. La chica con la que era tan tierno, por la que ha sacrificado tanto, la que lograba desmontar el Show de Maine y mostrar al hombre real que había debajo. La chica cuya manta…

Mi mirada cae sobre la colcha que tengo sobre las piernas. El mosaico de estampados florales desteñidos que él me echó encima esa noche que me quedé dormida estudiando. La cosa sagrada de su yo más auténtico, que todavía no había podido recoger para llevársela al departamento de Mike.

¿No había podido? ¿O no había querido?

—¿Qué tan enferma? —me oigo preguntar, aunque saber lo hará todo más difícil.

—De UCI —dice Sophie en voz baja—. Cuando no está durmiendo en nuestro sofá, está en la habitación del hospital.

La imagen se forma en mi mente antes de que pueda detenerla: Maine, doblado en una de esas sillas incómodas de hospital, todavía con la ropa de ayer, las ojeras marcadas. El personaje, el bocazas, el encantador, el mujeriego… todo eso arrancado, dejando solo a un hermano aterrorizado velando.

—¿Fue la noche de la pelea? —pregunto, recordando lo distraído que estaba en O'Neil's y cómo se veía vaciado incluso antes de que el anuncio de Rook lo destrozara todo—. Me dijo que estaba enferma cuando estábamos… teniendo nuestra discusión… pero no le di tiempo de darme detalles.

—Dos días antes —confirma Sophie—. Acababa de volver del hospital cuando…

Su voz se apaga, y nos quedamos en silencio un momento. No tengo energía para iniciar la siguiente fase de la conversación, tan abrumada por el duelo y ahora una tristeza añadida por Chloe, pero siento que Sophie se está preparando para algo. Está eligiendo sus palabras con cuidado, como si desactivara una bomba.

—Sí, la cagó monumentalmente —dice por fin—. Pero Maya… lo viste con su hermana. Lo viste en el suelo de tu cocina. —Hace una pausa, y sus siguientes palabras son suaves pero devastadoras—. Así que quiero que te hagas una pregunta: ¿ese hombre era falso?

La pregunta queda suspendida en el aire entre nosotras.

Imposible de responder e imposible de ignorar.

Quiero decir que sí. Sería más fácil si pudiera pintarlo completamente de negro, hacerlo el villano de esta historia. Pero no puedo. Porque lo vi. No al personaje, no al mujeriego, sino a él. Al

hombre agotado contando monedas. Al hermano aterrorizado. Al tipo que no podía decir que me necesitaba pero cuyos ojos lo suplicaban de todos modos.

—No lo sé —susurro, y es lo más honesto que he dicho en días —. No sé qué fue real.

Sophie me aprieta la mano.

—Puede que todo lo fuera. Puede que empezara jugando y terminara cayendo en su propia trampa. Puede que la apuesta dejara de significar algo en el instante en que realmente te conoció, pero ya estaba tan metido que no podía salir, y era demasiado orgulloso para admitirlo o pedir ayuda.

—O puede que simplemente sea así de buen actor.

—¿De verdad crees eso?

Quiero creerlo.

Dios, quiero creer que no es más que un manipulador experto.

Porque entonces podría odiarlo limpiamente, puramente, sin todas estas complicaciones.

Pero sigo volviendo a momentos que parecieron demasiado crudos para ser actuados. Todos los momentos en que nos cuidamos mutuamente, de formas grandes y pequeñas. Y la forma en que me miró esa última noche juntos, cuando le dije que lo necesitaba, como si yo fuera algo precioso que no merecía.

—Ya no sé qué creer —admito.

Sophie no presiona más allá, y se lo agradezco. Simplemente me sostiene la mano mientras estoy sentada aquí con su camiseta puesta, bajo la manta de su hermana, rodeada del fantasma de algo que pudo haber sido real o pudo haber sido la ilusión más cruel de mi vida.

Y ahora estoy simplemente perdida, aferrada a fragmentos de Maine Hamilton, tratando de descifrar si alguno de ellos fue verdadero.

treinta y cinco

MAINE

EL VESTUARIO HUELE RARO.

Es lo primero que pienso mientras estoy aquí de pie, esperando a que todos vayan entrando. Sigue apestando a los sospechosos habituales —sudor rancio, esa crema muscular de mentol que Schmidt usa por litros, el leve fondo de moho que ninguna limpieza industrial consigue eliminar del todo— pero no hay energía.

Sin vida.

Normalmente este sitio vibra con un caos apenas contenido, pero ahora mismo está tan muerto como mi carrera en el hockey. Y es culpa mía, porque sin quererlo, mi ausencia del equipo y las consecuencias de la apuesta han lanzado una bomba en medio del equipo y amenazan con descarrilar tanto la temporada como las carreras de todos.

Así que hace una hora envié el mensaje al grupo:

Reunión de equipo. Una hora. Vestuario. Importante.

Sin chistes. Sin emojis. Solo esas palabras que se sintieron como tragar cristales al teclearlas.

He hecho mucha introspección en los días que han pasado desde que Mike me confrontó en su sala, obligándome a abrirme sobre lo que me estaba pasando y a trazar un plan para salir del pozo. Porque, aunque está bien no estar bien, tiene razón en que eso solo importa si trabajas para salir de ello.

Pero los chicos han acudido a la llamada.

Ahora están todos aquí.

Mirándome.

Esperando.

Las manos no me dejan de temblar. Las hundo en los bolsillos de los pantalones deportivos, pero eso solo hace que el temblor me suba por los brazos. Todo mi cuerpo parece vibrar en la frecuencia equivocada, como una cuerda de guitarra que han tensado demasiado y está a punto de partirse.

Mike se apoya en su casillero, brazos cruzados, con su cara de capitán puesta: la que dice que está listo para gestionar cualquier crisis que esté a punto de caerle encima.

Leo Cooper está perfectamente quieto, con esos ojos color avellana firmes que lo absorben todo.

Ben Kellerman no para de juguetear con el teléfono, probablemente deseando estar en cualquier otro sitio.

Erik Schmidt parece estar calculando mentalmente cuánto va a retrasar esta reunión su videollamada nocturna con su novia.

Y Rook… joder… Rook, que normalmente no puede entrar en una habitación sin anunciar su presencia como si saliera al escenario de un programa nocturno de entrevistas… simplemente parece sombrío.

Se echa la culpa de mi caída, cuando no es culpa suya en absoluto.

Todos esperan que les explique por qué he sido un fantasma de mí mismo. Por qué no he aparecido por los entrenamientos ni por los dos últimos partidos, ambos perdidos. Por qué parezco no haber dormido en días. Y por qué una apuesta estúpida ha hecho saltar por los aires todo entre los demás veteranos del equipo y yo.

Dilo de una puta vez, me grita la cabeza.

Pero la garganta se me ha cerrado por completo. Las palabras están ahí, pero atrapadas detrás de un muro de vergüenza tan grueso que apenas puedo respirar. Esto es de lo que he estado huyendo toda mi vida: este momento en el que tengo que quedarme aquí sin mi armadura, sin mis chistes, sin el Show de Maine detrás del que esconderme.

Solo yo.

Solo la verdad.

—Hace unos meses —consigo decir por fin, con la voz como si alguien me la hubiera raspado con papel de lija—, algunos se estaban metiendo conmigo.

Me obligo a mirarlos. A mirarlos de verdad.

La cara de Mike se ha vuelto cuidadosamente neutra.

Rook simplemente parece incómodo.

—Por Maya. —Su nombre duele al salir. Duele físicamente—. Diciendo que la tenía metida en la cabeza.

La tenía.

La tengo.

Probablemente siempre la tendré.

—Me propusieron una apuesta y yo la acepté como un puto idiota —digo, y las palabras quedan suspendidas en el aire—. Pero cuando empecé a enamorarme de Maya y quise echarme atrás, no podía permitírmelo. Les debería cien dólares a cada uno de media docena de tipos de este equipo, y es un dinero que simplemente no tengo.

Rook se inclina hacia delante.

—Maine, yo…

—No, Rook, esto es cosa mía. —Lo corto, tragando saliva—. Debería haber sido un hombre y haberme echado atrás firmando unos buenos pagarés. En vez de eso, les oculté mis problemas a todos, porque me encanta ser el animador y el espectáculo debe continuar, aunque esa decisión me ha costado a la mujer que quiero.

La confesión quema al salir, pero hay algo casi liberador en ella. Es como abrir una herida infectada: duele como el demonio, pero el veneno tiene que salir. Y los chicos, por su parte, siguen en un silencio sepulcral. Sin bromas sobre estar dominado, sin comentarios sobre ser cien dólares más ricos…

—Maya se enteró, como la mayoría sabe. —Mi voz es más firme ahora, encontrando su equilibrio en la verdad—. Eso también es cosa mía, porque debería haberlo solucionado antes.

Una frase que me perseguirá el resto de mi vida.

Una vida sin ella.

—Pero eso no es todo —digo, y la voz me flaquea—. Mi hermana está enferma, como la mayoría sabe, pero solo Mike conoce la gravedad. En resumen, creo que va a morir pronto.

Las palabras salen agrietadas, rotas. Tengo que parar, tomar aire con un sonido más parecido a un sollozo que a una respiración, y obligarme a seguir. Y no se me escapa la ironía de que este episodio del Show de Maine tiene a veinticinco jugadores de hockey veinteañeros cautivados, tan concentrados y callados que se podría oír caer un alfiler.

—Está…

Joder.

No puedo.

Me arden los ojos.

Pero entonces pienso en Chloe, y la vergüenza de mis lágrimas me parece insignificante.

—Está en la UCI. Lleva más de una semana. Hablan de tratamientos experimentales que podrían darle más tiempo, pero no podemos… —Otra bocanada de aire… otra batalla contra el sollozo que intenta trepar por mi garganta—. No podemos pagarlo, porque el seguro no lo cubre.

Me arriesgo a levantar la vista.

Todas las caras del vestuario se han quedado pálidas.

—Así que ahí lo tienen —digo—. Todo sobre la mesa. La razón por la que estoy hecho polvo, la razón por la que he sido una mierda sobre el hielo, y la razón por la que necesito retirarme de la apuesta.

El silencio que sigue es asfixiante. Oigo mi propio latido, rápido e irregular. Oigo el teléfono de alguien vibrando dentro de su bolsa. Oigo el goteo de un grifo en las duchas que probablemente lleva ahí años, pero que nadie ha notado nunca porque aquí nunca hay silencio.

Entonces Rook hace un sonido como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

—Tío…

Su voz es pequeña. La voz de Rook nunca es pequeña. Es el tipo más ruidoso de cualquier habitación del planeta, pero ahora mismo me mira como si le acabara de decir que me quedan tres semanas

de vida. Se pone de pie, y por una vez en su vida, James Fitzgerald parece completamente serio.

—Solo me estaba metiendo contigo —dice—. No sabía… Joder, Maine, lo siento mucho.

Mike da un paso al frente y su mano aterriza en mi hombro con el peso de un ancla. No dice nada —Mike siempre se ha expresado mejor con acciones que con palabras—, pero el agarre es firme, estabilizador. Lo dice todo sin necesidad de voz: Te veo. Te tengo. No estás solo.

—Quédate tu dinero —dice Schmidt en voz baja—. Úsalo para tu hermana.

—Sí, tío. —La voz de Kellerman se quiebra—. Nadie quiere tu dinero.

Uno a uno, todos lo rechazan.

—El equipo cuida de los suyos —dice Mike, sin más—. Siempre lo ha hecho. Siempre lo hará.

Las palabras me impactan como un golpe físico. El equipo cuida de los suyos. Pero yo soy el que se supone que cuida de todos los demás. Ese es mi trabajo. Eso es lo que soy. El hijo fácil. El animador. El que nunca necesita ayuda y que jamás la pide, joder.

—Eh. —El agarre de Mike en mi hombro se aprieta—. Maine. Mírame.

Lo hago, aunque ahora veo borroso y estoy bastante seguro de que todos pueden ver que estoy a cinco segundos de derrumbarme por completo. La primera grieta aparece en el dique que he construido alrededor de todo lo que siento. Luego otra. Y otra. Y entonces se me escapa un sollozo.

—Deberías habérnoslo contado —dice—. No lo de la apuesta. A la mierda la apuesta. Lo de tu hermana. Lo del dinero. Todo.

—No podía…

—Lo sé. —Su voz es suave de una forma que la voz de Mike rara vez es—. Sé que no podías, pero deberías haberlo hecho.

—Habríamos ayudado —dice Rook, y suena personalmente ofendido de que no le diéramos la oportunidad—. Habríamos hecho algo.

—Ese no es…

Empiezo a decir ese no es su problema, pero las palabras se me mueren en la garganta, porque ¿no es exactamente ese tipo de pensamiento el que me ha traído hasta aquí? ¿El que me ha dejado en el banquillo y ha hecho que Maya me odie? ¿Esta creencia de que mis problemas son solo míos y que pedir ayuda es lo mismo que ser una carga?

—Maya lo sabía, ¿verdad? —pregunta Rook en voz baja—. ¿Lo de tu hermana?

Asiento, sin fiarme de mi propia voz.

Lo sabía. Y a su manera callada, feroz e inquebrantable, me estaba sosteniendo cuando yo ni siquiera me daba cuenta de que me estaba cayendo. Vio más allá de cada actuación, cada chiste, cada evasiva, y en vez de huir del desastre que había debajo, se sentó a su lado, a mi lado, y me dijo que me necesitaba.

Y yo le pagué ese regalo siendo exactamente el mentiroso de mierda que ella siempre temió que fuera.

—La quieres —dice Rook.

—Sí —susurro—. Sí, la quiero.

—Pues arréglalo —dice Schmidt, práctico como siempre—. Cueste lo que cueste.

Quiero reírme, pero sin duda se me escaparía un sollozo. Arréglalo. Como si fuera tan sencillo. Como si pudiera simplemente acercarme a Maya y decirle «perdona por hacer una apuesta sobre conseguir que te enamoraras de mí mientras en realidad me estaba enamorando yo de ti» y ella fuera a… ¿qué?

¿Perdonarme?

¿Volver conmigo?

¿Mirarme con algo que no sea el frío desprecio que merezco?

—No creo que tenga arreglo —admito.

Entonces el ambiente cambia.

Es sutil al principio: solo Rook poniéndose de pie. Luego Mike. Luego Cooper, Schmidt, Kellerman y Martínez. Los demás. Uno a uno, se cierran a mi alrededor, y antes de que pueda procesar lo que está pasando, me están arrastrando al centro de una veintena de jugadores de hockey sudorosos.

Es un abrazo de equipo.

Un puto abrazo de equipo.

Brazos me rodean desde todas las direcciones.

Es un muro gigante de hermandad que de alguna forma ha decidido que vale la pena protegerme.

La garganta se me cierra por completo, porque esto es lo que me he estado negando a mí mismo. Esto es lo que creía que no merecía. Y cuando por fin se apartan, la mano de Mike se queda en mi hombro, firme y reconfortante. Parece duro como el puto acero y blando como un malvavisco, todo a la vez.

—Mañana vuelves al hielo —dice—. Yo hablaré con Coach.

—Mike, yo…

—Sin discusión. —Su voz es firme, de capitán—. Puede que Maya sea una causa perdida ahora mismo, pero todavía te queda el hockey. Todavía nos tienes a nosotros, y te necesitamos. —Mira al equipo y luego vuelve a mirarme—. Y este equipo cuida de los suyos. Siempre lo ha hecho. Siempre lo hará. Cuidó de mí. Y ahora te toca a ti.

Y por primera vez en mi vida, les dejo.

treinta y seis

MAYA

EL DEPARTAMENTO resuena con la ausencia de Maine.

No es solo el espacio físico que solía ocupar —el sofá donde se desparramaba después de entrenar, la encimera donde dejaba las llaves en un sitio diferente cada maldito día solo para volverme loca —. Es también el espacio negativo, un vacío donde debería estar su presencia.

Llevo una hora aquí sentada, quizá dos, pasando la pantalla del móvil sin ver nada en realidad. Mi pulgar se mueve en piloto automático mientras mi cerebro repite el mismo bucle agotador en el que lleva atascado días, desde que Sophie vino y revolvió todos mis pensamientos y sentimientos otra vez.

¿Ese hombre era un mentiroso?

La pregunta no me deja en paz. Me sigue de habitación en habitación, se sienta conmigo durante comidas que apenas saboreo y me susurra cuando intento dormir en sábanas que compartí con él. Pero por mucho que lo intente, no consigo que las dos versiones de Maine encajen.

Son como piezas de puzzles diferentes que alguien intenta forzar en el mismo marco.

Está Maine el Impostor. A ese Maine es fácil odiarlo. Encaja perfectamente en la narrativa que me he contado toda la vida: que la gente usará tu vulnerabilidad en tu contra, que mostrar quién eres

de verdad es entregarles munición, y que la independencia rebelde es la forma de protegerte de todo eso.

Pero luego está Maine el Cuidador. El que se sentaba con su hermana enferma con tanta ternura. El que se quedó conmigo en el suelo de la cocina cuando yo era un desastre. El que me tapó con la manta de Chloe. A ese hombre es fácil amarlo, y lo amo… o lo amaba…

Esos dos hombres no pueden ser reales a la vez. Pero lo son. Y la disonancia cognitiva me está haciendo sentir que estoy perdiendo la cabeza. No puedo dormir, apenas como, y apenas he hecho nada aparte de sentarme en este sofá y tragarme televisión basura durante días. Es como si mi cerebro hubiera decidido que todo es demasiado difícil y se hubiera ido de vacaciones.

Pero mi pulgar se detiene cuando llego a una foto de mi rotación en pediatría.

Ethan.

Siete años, sonrisa mellada, sosteniendo orgulloso un dibujo a crayón de lo que podría ser un T-Rex o un perro muy enfadado. Le hice un montón de fotos durante esos últimos días, a petición de sus padres, y esta era de tres días antes de que muriera.

—Joder —susurro.

El duelo golpea como un impacto físico, sacándome el aire de los pulmones. No el duelo limpio y afilado de una pérdida reciente, sino el dolor sordo e implacable de la impotencia. De poder ofrecer consuelo pero no una cura. De sostener una mano pequeña sabiendo que toda tu formación, toda tu competencia, todas tus ganas desesperadas de ayudar no significan absolutamente nada frente a la crueldad indiferente de la enfermedad.

Dios, ¿es esto lo que Maine siente cada día con Chloe?

El recuerdo de ella regresa con una claridad dolorosa. Aquella tarde que se quedó a dormir: frágil de una forma que hacía gritar mis instintos clínicos, pero con unos ojos que ardían con una vida obstinada. Me pilló mirándola y, con ese mismo estilo exacto de humor defensivo de Maine, me dijo que *le sacara una foto, que dura más*.

Y ahora esas palabras, resulta, tienen un significado horrible.

No solo una foto duraría más que mi mirada, sino que podría durar más que *ella*.

Mi móvil vibra, interrumpiendo la espiral, un mensaje de Sophie:

Mike me ha dicho que la reunión del equipo acaba de terminar. Maine renunció a la apuesta. Les dijo a todos que había sido un imbécil por ocultártelo y que le costó a la mujer que amaba. También les habló de que Chloe está gravemente enferma y de que él está destrozado. Mike dice que nunca había visto a Maine así…

Renunció.

Les contó todo.

Lo de Chloe, lo del dinero, lo de estar atrapado por la apuesta.

Pero más que eso, Maine Hamilton —el Show de Maine— les dijo a todos que no estaba bien. Les dijo que está en crisis, que está desesperado. El tío que actúa para todos y no pide ayuda a nadie se quitó la máscara y lo puso todo en juego.

Algo se mueve en mi pecho, placas tectónicas recolocándose. De pronto ya no me estoy ahogando. Ardo de duelo —por Ethan, por Chloe, por perder a Maine, por no ser nunca suficiente para mi familia— pero de repente siento la necesidad de *hacer* algo.

Porque el duelo sin acción es solo sufrimiento.

Pero ¿el duelo con propósito?

Eso es combustible.

No puedo volver atrás en el tiempo y salvar a Ethan. No puedo curar a Chloe a base de fuerza de voluntad. No puedo arreglar a mis padres ni a mis hermanos ni hacer que amen quién soy en lugar de quién quieren que sea. No puedo deshacer la mentira de Maine ni borrar el dolor que todavía palpita como un moretón cada vez que pienso en él.

Pero puedo *hacer* algo.

Mi portátil está abierto antes de que el plan esté del todo formado. Mis dedos ya vuelan sobre el teclado, esa descarga familiar de energía organizativa recorriéndome las venas como electricidad. En esto soy buena. Este es mi superpoder: domar el caos y convertirlo en algo inolvidable.

La idea cristaliza mientras tecleo: Corre por Chloe.

Una carrera solidaria de cinco kilómetros.

En todo el campus.

Quizá en toda la ciudad si juego bien mis cartas.

Todos los fondos destinados directamente al tratamiento experimental de Chloe.

Esto no va de perdonar a Maine. No estoy lista para eso, todavía no. Esto va de luchar contra la crueldad casual de un universo que deja que los niños sufran mientras sus familias miran sin poder hacer nada. Esto va de canalizar mi duelo por un niño en acción por otra.

Esto va de ayudar a una niña, cuando no pude ayudar a Ethan.

Esto va de ayudar a una niña, cuando mis padres no hicieron nada por ayudarme a mí.

Creo un documento nuevo, y Maya la Reina de las Fiestas va a por todas, solo que en este evento no hay alcohol. Trabajo con la clase de intensidad concentrada que no he sentido en una semana, y en una hora tengo una página web, cuentas en redes sociales y una página de recaudación listas para publicar.

Pero necesito una foto de Chloe. Algo limpio, profesional y emocionalmente impactante sin ser manipulador. Rebusco en las redes sociales de Maine, y la normalidad de sus publicaciones de hace seis meses es desgarradora. Fotos de fiestas del equipo, memes estúpidos, un personaje interpretando un papel.

Y entonces me descubro deteniéndome en él, no en Sophie.

Es una foto de la fiesta que organizamos juntos. Maine tiene el brazo sobre los hombros de Mike, en mitad de una risa por algo, con la cabeza echada hacia atrás. La cámara lo capturó en ese momento perfecto en que toda su cara se transforma con una alegría genuina.

Se me contrae el pecho con dolor.

Dios, echo de menos esa risa. La real, no el estruendo teatral que usa para dominar una habitación, sino esta, sin defensas y un poco más aguda de lo que esperarías de alguien de su tamaño. La que le arrugaba las comisuras de los ojos y me derretía el corazón.

Paso a la siguiente foto antes de poder evitarlo. Esta debió de sacarla su antiguo compañero de piso sin que él se diera cuenta. Está inclinado sobre un libro de texto en la mesa de la cocina, con una mano en el pelo, completamente concentrado. El pie de foto dice: *cuando el payaso de la clase estudia de verdad*.

Pero recuerdo cómo se sentía esa concentración cuando la dirigía hacia mí. El peso de esos ojos azules cuando trazaba sus dedos por todo mi cuerpo, cartografiándome como si fuera algo precioso que intentaba memorizar. Era intenso y asombroso y me dejaba sin aliento.

No estás ayudando con la tarea que tienes entre manos, Maya, me recuerda mi mente.

Me centro de nuevo en el trabajo, y entonces, ahí está. Una foto de Chloe del verano pasado. Se ríe de algo fuera de cámara, toda su cara iluminada de alegría a pesar de la mascarilla de oxígeno. Se la ve tan viva, tan ferozmente ella misma a pesar de todo lo que su cuerpo le está haciendo pasar.

Es esta.

Construyo la web alrededor de esa foto. Líneas limpias, texto convincente que cuenta la historia de Chloe sin explotarla. Añado un contador de donaciones, lo enlazo a un sistema de pago seguro e incluyo justo los datos médicos suficientes para ser creíble pero no tan densos como para hacer que a la gente se le vidrien los ojos.

Me detengo un momento a preguntarme si debería pedir permiso a Maine.

O a su familia.

Pero, a la mierda, ¿qué va a hacer? ¿Enfadarse conmigo?

Voy a ayudar a esta chica, les guste o no.

Después, permisos. Pine Barren University exige cuarenta y ocho horas de antelación para cualquier evento en el campus con más de cincuenta personas. Lo sé porque he organizado suficientes fiestas como para tener el número directo de la coordinadora de eventos guardado en el móvil.

Le mando un correo a Patricia, jugando fuerte la carta de estudiante de posgrado, mencionando que es probable que participen varios profesores del programa de enfermería. Pongo en copia a la profesora Langham, mi profesora favorita, que sé que tiene debilidad por las iniciativas estudiantiles y a la que también le gusta correr.

Luego patrocinadores. Cada negocio local en un radio de ocho kilómetros recibe un correo personalizado. Pizza Plus, donde trabaja

Maine, recibe una nota especial sobre cómo uno de sus empleados necesita el apoyo de la comunidad. O'Neil's, Pine Barren Bagels, la librería del campus… todo y todos los que se me ocurren.

La campaña en redes sociales tiene que ser orgánica pero organizada. Creo un hashtag: #RunForChloePBU. Simple, fácil de buscar, lo bastante específico para no perderse en el ruido. Diseño gráficos compartibles con los colores del campus, creo publicaciones de ejemplo que la gente pueda copiar y pegar. Hago que sea fácil ayudar.

Contacto con el periódico del campus, el canal de noticias local, el programa de radio que hace reportajes de interés humano cada viernes. Redacto notas de prensa que cuentan una historia, la de una estrella del hockey universitario que ha dado tanta alegría a tanta gente y cuya hermana pequeña necesita ayuda.

Y, durante todo esto, por primera vez en semanas, me siento bien.

Contenta y con el control.

A medida que pongo las ruedas en marcha, mi móvil vibra con respuestas casi de inmediato. Patricia dice que sí a los permisos. La doctora Langham se ofrece a patrocinar personalmente el evento por una cifra que quita el hipo. Joe de Pizza Plus dice que proporcionarán comida gratis para todos los corredores en la meta, más una donación en efectivo.

El impulso crece con cada respuesta, cada compromiso, cada vez que comparten la página de la campaña. Está funcionando. De verdad está funcionando. El dinero ya empieza a entrar, pero más importante que eso es el revuelo que se está generando, porque sé que *eso* es lo que hace que una fiesta explote.

Me detengo, de pronto consciente de que llevo tres horas seguidas con esto. Me duele el cuello de estar encorvada sobre el portátil. Mi café se enfrió hace siglos. Pero por primera vez en días, me siento yo. No la fiestera ni la estudiante perfecta ni ninguna de las otras máscaras que me pongo.

Solo Maya, usando cada habilidad que tengo para centrarme en algo que no sea mi dolor.

Miro otra vez la foto de Chloe en la web. Tiene los ojos de Maine, ese mismo azul brillante que se suaviza cuando está sintiendo algo real. La misma mandíbula testaruda que se tensa cuando está decidido a no mostrar debilidad. Como Maine, merece ayuda. Y a diferencia de Ethan, merece una oportunidad.

No puedo salvar a Ethan, pienso. *Pero quizá pueda ayudar a salvarte a ti.*

No se me escapa la ironía de estar sentada en nuestro departamento compartido, rodeada del fantasma de la presencia de Maine, construyendo un salvavidas para su hermana mientras sigo sin ser capaz de escribirle un mensaje. Pero esto está bien. Es algo que puedo controlar, algo que puedo arreglar.

Mi móvil se ilumina con otra notificación.

La página de la campaña ya tiene doce compartidos.

Luego trece.

Catorce.

Veinte.

Cincuenta.

La leyenda de las fiestas ya no es solo una fachada. Es un arma. Y la estoy apuntando contra la crueldad casual del universo, un donante a la vez. Pero no basta con sacarles dinero a otros, así que echo mi propia donación, todo lo que puedo permitirme.

Porque esto va de un niño que no pude salvar y de una niña que todavía tiene una oportunidad.

Esto va de hacer algo, lo que sea, que importe.

Mis dedos se quedan suspendidos sobre el teclado mientras redacto mi mensaje de donación.

A veces el amor no son palabras. A veces es acción. Es necesitar a alguien, y que te necesiten. Es estar ahí aunque no te lo pidan ni sepan que estás.

treinta y siete

MAINE

LAS DOS HORAS de camino desde el campus hasta la casa de mis padres se estiran en la oscuridad. Mis manos aprietan el volante con tanta fuerza que me duelen los nudillos, pero el dolor físico no es nada comparado con el peso aplastante en mi pecho, después de la llamada que recibí de mis padres.

Tenemos que vender la casa.

Seis palabras. Eso fue todo lo que hizo falta para demoler veintidós años de mi vida.

La casa donde Chloe dio sus primeros pasos jadeantes. Donde aprendí a montar en bici en la entrada. Donde papá construyó esa rampa ridícula en el patio trasero porque Chloe quería aprender a andar en patineta aunque apenas podía respirar después de subir las escaleras.

La casa que albergó cada cumpleaños, cada crisis, cada pequeña victoria contra la enfermedad que ha ido robándome a mi hermana desde el día en que nació.

Y ahora se ha ido. O pronto lo estará. Otra víctima de facturas médicas que se multiplican más rápido que células cancerosas, de aseguradoras que encuentran nuevas formas de negar cobertura, de un sistema que obliga a las familias a elegir entre un techo y un latido.

Culpa mía.

El pensamiento martillea en mi cráneo con cada milla que paso.

Si hubiera sido mejor. Más listo. Quizá no estaríamos aquí.

Quizá mis padres no tendrían que empaquetar veintitrés años de recuerdos.

Mi teléfono, boca abajo en el portavasos, vibra con otro mensaje. Mike, probablemente. O quizá Rook con algún meme estúpido que cree que me va a animar. No lo reviso. No hay nada que nadie pueda decir que arregle esto, y solo voy a casa para estar con mis padres… ayudarlos… apoyarlos.

Acaban de volver del hospital por unas pocas horas para firmar los papeles.

Eso es lo que me mata de hoy: lo jodidamente *bien* que había ido todo después de confesarle todo al equipo. Después de meses cargando con todo, contarles lo de Chloe, lo del dinero y lo de la apuesta había sido como por fin soltar el aire que llevaba conteniendo desde septiembre.

Se habían unido a mi alrededor. No con lástima, sino con ese apoyo brusco, de empujón en el hombro, en el que los jugadores de hockey son expertos. El entrenamiento había sido perfecto. Durante dos horas, recordé lo que se sentía ser simplemente un jugador de hockey otra vez. Mis pases conectaban. Hasta metí un golazo.

Luego sonó mi teléfono.

Y ahora la autopista oscura se extiende frente a mí.

La salida hacia mi pueblo aparece entre los faros, la familiar señal verde que ahora se siente como una lápida. Es aquí. El lugar donde la actuación termina. Donde dejo de ser Maine el encantador, Maine el gracioso, Maine el tipo que siempre está bien, y me convierto en… ¿qué?

Solo un hijo que no pudo salvar a su familia.

Enfilo la entrada, los faros barriendo el cartel de «Se vende» que mi padre debe haber clavado en el suelo. Verlo —torcido, pintado a mano porque ni siquiera podían pagar un agente inmobiliario— es triste y devastador.

La luz de la cocina está encendida. Por la ventana, los veo sentados a la mesa. La misma mesa de roble gastada donde comí miles de comidas, hice la tarea y aprendí que mi valor estaba en ser

fácil, en nunca añadir peso a la carga. Ahora está cubierta de papeles, la documentación física del colapso a cámara lenta de nuestra familia.

Me quedo sentado en el coche un minuto más, el motor chasqueando mientras se enfría, intentando invocar la máscara una vez más. La sonrisa fácil. La postura despreocupada. La voz que dice que todo va a salir bien, que esto es solo un bache, que hemos pasado por cosas peores.

Pero no la encuentro.

Así que con un suspiro, salgo del coche y entro, y mis padres levantan la vista de su océano de papeleo. De alguna manera se ven aún peor de lo que se veían las últimas semanas, haciendo guardia junto a Chloe en la UCI, como fantasmas rondando su propia vida.

—Ey, campeón —dice papá, con voz forzadamente casual—. Tu tía Linda está con Chloe una hora para que pudiéramos descansar un poco.

Mamá ya se está moviendo hacia la estufa.

—¿Tienes hambre? Puedo calentar…

—Paren.

La palabra sale más cortante de lo que pretendía, cruda y partida por la mitad. Los dos se congelan, mamá con la mano en el tirador de la nevera, papá con las gafas de lectura resbalándole por la nariz, el bolígrafo suspendido sobre los papeles que está a punto de firmar.

Me dejo caer en mi silla, la misma en la que me he sentado desde los cinco años, la de la pata coja que papá siempre planeó arreglar. Mi cabeza cae entre mis manos, y siento el peso de cada mentira, cada actuación, cada momento en que elegí el orgullo por encima de la verdad presionando sobre mis hombros.

—No estoy bien —digo.

Las palabras caen en el silencio como piedras en agua quieta. Tres palabras que nunca he dicho en esta cocina. Tres palabras que traicionan veintidós años de ser el hijo que no necesitaba, que no pedía, que no era una carga. Que siempre daba, ayudaba y era fácil.

La mano de mamá suelta la nevera.

—Maine…

Ahora que la presa se ha agrietado, todo se desborda.

—Llevo meses ahogándome. Reventé tarjetas de crédito que no debería haber sacado. He estado trabajando sesenta horas a la semana. Apenas puedo pagar el alquiler incluso con Maya pagando la mitad, y ahora también la cagué con eso, y…

Se me quiebra la voz por completo, y de repente estoy llorando. Llorando de verdad frente a mis padres. El sonido que sale de mí ni siquiera suena humano: es crudo y feo y roto, el sonido de cada crisis reprimida escapando por fin de golpe.

—Lo intenté con todas mis putas fuerzas para manejarlo solo y no ser otro problema más. Ser el fácil, ese por el que no tenían que preocuparse. Pero la cagué con todo. No puedo… no puedo arreglar esto. No puedo arreglar nada. Se supone que me gradúo en unos meses y quizá me seleccionen en el draft, pero ¿y si no? ¿Y si…?

—Para. —La voz de papá corta mi espiral. No dura, solo… firme. Sólida. Se quita las gafas de lectura, las deja con cuidado sobre las facturas médicas y el papeleo de la casa, y luego me mira con ojos enrojecidos pero firmes—. Hijo, para.

Niego con la cabeza.

—La casa…

—A la mierda la casa.

He oído a mi padre maldecir quizá cinco veces en toda mi vida.

La palabra queda suspendida en la cocina como un desafío a Dios mismo.

—Richard… —empieza mamá.

—No, Susan. A la mierda la casa. —Se pone de pie, su silla chirriando contra el linóleo—. ¿Crees que me importan estas paredes? ¿Crees que algo de esto importa comparado con…? —Hace un gesto impotente hacia mí—. Estamos viendo a Chloe morir, y llevamos viéndote matarte intentando cargarlo todo solo.

—Eso no… —Hago una pausa, sin saber qué decir, pero sabiendo que necesito decir algo. Aliviarlos, arreglarlo—. Papá…

—Es verdad. —La voz de mamá es baja pero segura—. Te fallamos, Maine. Nos dejamos atrapar tanto por la enfermedad de Chloe, por las facturas, por sobrevivir cada día, que olvidamos que a veces tú también nos necesitabas. Dejamos que te convirtieras en el padre cuando eras solo un niño.

—Tengo veintidós…

—Llevas cuidando de ti mismo desde los catorce. —Las lágrimas le corren por las mejillas—. Cada vez que nos perdimos un partido porque Chloe estaba en el hospital. Cada vez que te hiciste la cena solo porque estábamos en citas médicas. Cada vez que dijiste que estabas bien cuando no lo estabas… lo sabíamos.

Papá asiente.

—Y lo permitimos porque era más fácil que admitir que no podíamos con todo, y porque estábamos demasiado agotados.

Papá rodea la mesa, y entonces sus brazos me envuelven. No los abrazos rápidos, con palmada en la espalda, que solemos intercambiar, sino un abrazo de verdad. Eso me quiebra por completo. Estoy sollozando contra el hombro de mi padre como si tuviera cinco años otra vez, como si fuera el niño que podía admitir cuando tenía miedo o le dolía algo o necesitaba ayuda.

Mamá se une, sus brazos rodeándonos a los dos, y nos quedamos ahí de pie en nuestra cocina a punto de ser vendida, tres personas que han estado viviendo en el mismo barco que se hunde, por fin admitiendo que el agua entra demasiado rápido para achicarla solos, y sin más opción que compartir el mismo bote salvavidas.

Cuando por fin nos separamos, somos un desastre. Papá tiene que sonarse la nariz con papel de cocina. El rímel de mamá ha creado arte abstracto en sus mejillas. Yo probablemente parezco atropellado por un camión, lo cual no está lejos de cómo me siento. Somos un desastre colectivo que no desentonaría en la autopista, arrollados por un camión.

—Lo resolveremos —dice papá.

—Richard, esa boca.

—El chico tiene veintidós años, Susan. Creo que ha oído cosas peores en el hielo.

Por primera vez en meses, quizá años, me río de verdad frente a ellos. No la risa de actuación, no la que busca aplausos, sino ese sonido raro, entrecortado, que pasa cuando estás emocionalmente destrozado pero algo te parece lo más gracioso que has oído en tu vida.

Nos sentamos de nuevo a la mesa, apartando el papeleo que representa nuestros fracasos para hacer sitio a las tazas de café que mamá insiste en preparar a pesar de todo. Es un café horrible —siempre lo hace demasiado aguado— pero sabe a hogar.

—Hay una buena noticia. Pequeña, pero… —Mamá saca su teléfono, antiguo y con la pantalla rajada—. Un grupo en tu universidad. Están organizando algo.

Gira la pantalla hacia mí, y el mundo se detiene. Es una página web. Profesional. Limpia. Y arriba, en letras elegantes, dice *Run for Chloe*. Hay una foto de mi hermana del verano pasado, riéndose a pesar de los tubos de oxígeno, con un aspecto tan feroz y vivo que me duele el pecho. Y debajo…

—Miles de dólares —susurra mamá—. En solo unas horas. Los comentarios… Maine, hay docenas. Gente de tu universidad, gente que ni siquiera conocemos, todos… —Está llorando otra vez, pero estas son lágrimas diferentes—. Todos queriendo ayudar a que Chloe reciba el tratamiento…

Tomo el teléfono con manos temblorosas, desplazándome por la página. El lenguaje es impecable, convincente sin ser manipulador. La organización es perfecta: patrocinadores alineados, logística resuelta, campaña en redes sociales ya viral. Esto no es una colecta de campus chapucera.

Esto es el trabajo de alguien que sabe exactamente lo que hace.

Alguien que organiza fiestas de las que la gente habla durante meses.

Alguien que puede poner orden en el caos con una eficiencia aterradora.

Alguien que una vez organizó una fiesta para mí cuando no encontraba las palabras.

Maya.

Maya hizo esto. Maya, que tiene todas las razones para odiarme, que debería estar celebrando mi destrucción, en vez de eso eligió salvar lo que más quiero en el mundo. Lo hizo por Chloe y por mi familia.

Por mí.

treinta y ocho

MAINE

LOS CAMPOS deportivos del campus parecen de otro planeta.

El espacio verde vacío que he llegado a asociar con el dolor —mil series de velocidad, ejercicios de castigo— se ha transformado en algo que no reconozco en absoluto. Es un festival de esperanza, aparentemente, con miles de personas reunidas con un propósito compartido.

Por Chloe.

El pensamiento pesa en mi pecho mientras otro desconocido más me da una palmada en la espalda, ofreciendo palabras de aliento que no merezco ni un poco. «¡Gran causa, amigo!», dice alguien. «Increíble asistencia…», ofrece otro con esperanza. «¡Tu hermana tiene suerte de tenerte!», grita otro.

Suerte.

Suerte habría sido un hermano que no fuera demasiado orgulloso para pedir ayuda hace meses. Suerte habría sido un hermano al que se le hubiera ocurrido organizar algo así él mismo, en vez de ahogarse en deudas y autocompasión mientras fingía que todo estaba bien.

Pero mientras estoy de pie junto a la línea de salida, rodeado de cientos de personas con camisetas azules y blancas de #RunForChloe, nunca me he sentido más farsante en toda mi vida.

Ni siquiera cuando le mentía a Maya sobre la apuesta, porque al menos eso fue cosa mía.

Esto es peor, porque me están celebrando por el milagro de otra persona.

Porque a mí nunca se me ocurrió hacer esto por Chloe.

Siempre fui demasiado jodidamente orgulloso para pedir ayuda, pero ya no, porque las últimas semanas desde aquella noche en la mesa de la cocina de mis padres han sido un tipo especial de purgatorio. ¿Sabes esa sensación de cuando por fin dejas de mentirte y te toca quedarte a solas con quien realmente eres?

Sí, esa.

Cada mañana me despierto y recuerdo que soy el tipo que casi dejó que su familia lo perdiera todo porque pedir ayuda era peor que ahogarse. Soy el tipo que hizo una apuesta con el corazón de una mujer. Soy el tipo que tuvo que tocar fondo absoluto antes de admitir que no estaba bien.

El único lugar donde he podido canalizar todo este autodesprecio es en el hielo. El entrenamiento se ha convertido en mi religión, la pista en mi confesionario. He estado patinando más fuerte de lo que creía que mi cuerpo podía soportar, y de alguna forma el equipo ha respondido a mi desesperación con solidaridad.

Dejaron de tratarme como su entretenimiento y empezaron a tratarme como su hermano. Hasta Rook ha dejado de hacer chistes, que es como sé que la cosa está realmente jodida. Y estamos jugando mejor que nunca, culminando en una victoria de 6-1 anoche, mi primer partido de vuelta en el hielo desde que el entrenador me dejó en el banquillo.

Mis padres, Dios los bendiga, han estado intentando ayudar a su manera. Mamá encontró un servicio de asesoramiento gratuito a través de una vieja amiga de la iglesia y me mandó el número con unos diecisiete emojis de corazón. Como si intentara quitarle importancia al sugerirle terapia a su hijo que por fin admitió que estaba en problemas.

Y papá condujo dos horas hasta el campus el otro día solo para tomar un café conmigo. Nos sentamos en Pine Barren Bagels durante cuarenta y cinco minutos, y creo que dijimos tal vez veinte

palabras en total, pero él estaba ahí. Eso era lo que importaba. Estaba ahí, por mí, y no me estaba pidiendo que ayudara ni que arreglara nada ni que fuera el hijo fácil.

Solo podía ser yo.

Pero incluso mientras pasa todo esto, el estado de Chloe es la espada que pende sobre nuestras cabezas. Está estable. No mejor, no peor, solo… suspendida. Esperando. El tratamiento experimental que quieren probar cuesta más de lo que vale nuestra casa, por eso el termómetro de recaudación cerca de la línea de salida lo es todo.

Es la diferencia entre la esperanza y decir adiós.

Miro ese termómetro ahora —ciento cuarenta y siete mil dólares y subiendo— y se me cierra la garganta. Es más dinero del que he ganado en cuatro años entre Pizza Plus y mi beca. Es más de lo que mis padres han tenido jamás en ahorros. Más de lo que habría podido recaudar si me hubiera tragado el orgullo y le hubiera rogado a cada persona que conozco.

Pero Maya lo hizo.

No por mí, porque no soy tan iluso como para pensar que esto se trata de mí o que me he ganado su perdón. Sino por Chloe, porque quería ayudar a salvar a una niña, especialmente después del paciente pediátrico que no pudo. Esto es Maya canalizando su duelo en acción, convirtiendo su pérdida en la ganancia de Chloe.

No es perdón.

No es una señal de que todavía le importo.

Es solo Maya siendo Maya: competente, feroz e incapaz de quedarse de brazos cruzados.

El mensaje que le envié después de descubrir la página web —gracias— ahora me resulta patéticamente insuficiente, dos palabras a cambio de transformar la crisis de mi familia en una causa comunitaria y de darle una oportunidad a mi hermana. No respondió, y yo no insistí.

He estado intentando darle espacio, intentando convertirme en alguien que algún día pueda merecer volver a respirar el mismo aire que ella. Pero es difícil cuando lo único que quiero es caer a sus pies y agradecerle desde el fondo de mi corazón mientras le suplico que me perdone por ser el peor tipo de idiota.

La multitud crece, oleadas de personas llegando con dorsales y botellas de agua. Reconozco algunas caras —compañeros de equipo, compañeros de clase, hasta profesores—, pero la mayoría son desconocidos, personas que se enteraron de una chica enferma y decidieron aparecer un sábado por la mañana para correr tres millas.

El conjunto de jazz estudiantil se está instalando en un escenario de nivel profesional (¿de dónde demonios salió eso?), y las unidades móviles de las cadenas locales aparcan a lo largo del borde del campo. Y queda claro para todos que esto no es una chapuza de recaudación del campus, con una mesa plegable y un bote para donaciones.

Esto es un evento.

Un evento real, legítimo, organizado, con patrocinadores y un puto DJ.

Y en el centro de todo, el ojo de este huracán benéfico, está Maya.

La veo cerca de la mesa de inscripción, y mi corazón simultáneamente se detiene y se acelera. Lleva shorts negros ajustados de correr que exhiben unas piernas que he tenido envueltas alrededor de mi cintura, y una camiseta de coordinadora de voluntarios metida por delante a la perfección. Tiene un portapapeles en una mano, un auricular puesto, y está dirigiendo voluntarios con una eficiencia aterradora.

Es magnífica.

Es hermosa.

Y deliberadamente no me está mirando.

La observo resolver tres problemas en rápida sucesión —una confusión con los puestos de hidratación, una pancarta de patrocinador que se está cayendo, y un niño perdido que necesita a sus padres— y soluciona cada uno sin perder el paso. Esta es ella en su elemento, la arquitecta social construyendo algo significativo a partir del caos.

Ha convertido la catástrofe privada de mi familia en una causa pública, dándole literalmente a Chloe una oportunidad de vida cuando no había esperanza hace apenas semanas, y lo ha hecho

todo manteniendo la cuidadosa distancia entre nosotros que mi traición creó.

Pero entonces nuestras miradas se cruzan entre la multitud.

Es como si me cayera un rayo y me envolvieran en una manta al mismo tiempo. Por un segundo, ninguno de los dos se mueve. El bullicio de la multitud se desvanece hasta volverse ruido blanco. Solo están sus ojos oscuros, sosteniendo los míos con una intensidad que me debilita las rodillas, como si esperara que me acercara, dijera algo, hiciera algo o saliera corriendo.

Y, después de semanas evitándonos, no estoy seguro de qué hacer.

Así que ofrezco un pequeño asentimiento, que es patético y totalmente insuficiente, pero es todo lo que puedo hacer sin desmoronarme por completo. Intento meter todo en ese gesto diminuto: gracias. Lo siento. No me merezco esto. Te extraño tanto que no puedo respirar. Te amo.

Ella devuelve el asentimiento, y Dios, la expresión en su cara casi me mata. Hay dolor ahí, obviamente. Yo puse ese dolor ahí con mis mentiras y mi cobardía. Pero hay algo más también. Determinación… orgullo por haber organizado esto… y —y sé que probablemente me lo estoy imaginando— algo que se parece casi a añoranza…

Entonces alguien la llama por su nombre, y el momento se rompe. Se da la vuelta, de regreso a su portapapeles y su misión, y yo me quedo ahí parado sintiéndome como si me hubiera atropellado un camión. Pero, como un adicto, esa pequeña dosis de ella solo me dejó con ganas de más, porque es una droga que simplemente no puedo dejar.

Por mucho que la haya lastimado.

Por mucho que sepa que no puedo tenerla de nuevo.

«¡Corredores a la línea de salida!». El anuncio retumba por los altavoces, devolviéndome de golpe a la realidad.

Avanzo arrastrando los pies con la multitud, quedando en algún lugar en medio del pelotón. Mike está aquí en algún lugar —lo vi antes con Sophie—, pero no los encuentro en el mar de azul y blanco. El resto de los chicos de hockey están aquí también.

Demonios, hasta mis padres querían venir, pero les pedí que se quedaran con Chloe.

Suena el disparo de salida, y arrancamos.

Mis piernas se mueven en piloto automático, la memoria muscular de años de preparación física que toma el control. La multitud se dispersa rápido, los corredores se adelantan mientras los caminantes quedan atrás. Encuentro mi ritmo, solo velocidad de crucero, porque el Show de Maine no necesita ganar esta carrera.

Esto no se trata de mí.

Se trata de ser una pequeña parte de algo que Maya construyó.

Se trata de Chloe.

La ruta nos lleva alrededor del perímetro del campus, pasando por edificios donde he tenido clases, suspendido exámenes y compartido momentos con Maya. Pero al pasarlos, me doy cuenta de que cada punto de referencia es un recordatorio de lo mal que arruiné lo mejor que me ha pasado en la vida.

Mi respiración se asienta en un patrón constante, y dejo que mi mente divague. Pienso en Maya organizando todo esto además de sus estudios y sus rotaciones clínicas y su puto corazón roto. Pienso en ella creando esa página web, eligiendo esa foto de Chloe, coordinando con patrocinadores, reclutando voluntarios…

Todo para que desconocidos se preocupen por una chica a la que nunca han conocido.

Mientras yo me revolcaba en autocompasión en el sofá de Mike.

Después de romperle el corazón.

La vergüenza es un peso físico que hace cada paso más difícil de lo que debería ser. Pero sigo corriendo porque parar me parece otra traición, otro fallo a la hora de aparecer cuando importa. Y estoy tan perdido en mi cabeza que casi no noto cuando alguien empareja su paso al mío.

No necesito mirar para saber quién es. Mi cuerpo reconoce su presencia antes de que mi cerebro reaccione. El sonido de su respiración, controlada pero con ese leve quiebre que le da cuando se está exigiendo. La forma en que el aire mismo parece cambiar cuando está cerca de mí, cargándose de posibilidad y peligro y deseo.

Maya.

Ha dejado su puesto de mando para correr a mi lado.

Me arriesgo a mirar de reojo, intentando ser sutil, pero al diablo con la sutileza: necesito verla. Su rostro está tenso de determinación, la mandíbula apretada, los ojos clavados al frente. No está aquí para trotar tranquila. Está aquí con un propósito, aunque cuál es ese propósito, no lo alcanzo a entender.

Su cola de caballo se balancea con cada zancada, y una fina película de sudor hace que su piel brille bajo el sol de la mañana. Respira fuerte pero de forma constante, manteniendo mi paso, y entonces me dedica un solo asentimiento, diminuto, sin mirarme. No un saludo, exactamente. Más bien un reconocimiento.

Y entonces queda claro cuál es el propósito.

Me está diciendo que está aquí. Conmigo.

Un tipo que necesitaba ayuda, recibiéndola.

Aunque no la merezca.

Aunque la haya lastimado.

El gesto me golpea más fuerte que cualquier palabra. Después de todo —la apuesta, las mentiras, la forma catastrófica en que nos destruí— ella está eligiendo correr a mi lado. No adelante, no atrás, sino conmigo. Igualando mi paso zancada a zancada. Es el mayor acto de respeto y cuidado que alguien me ha demostrado jamás.

Quiero decir algo. Agradecerle otra vez, aunque sigue siendo patéticamente insuficiente. O tal vez disculparme otra vez. O decirle que verla organizar todo este evento por mi hermana solo ha confirmado lo que ya sabía: que estoy desesperadamente, completamente, irrevocablemente enamorado de ella.

Pero no digo nada. Porque este no es el momento para mis palabras, mis disculpas ni mis declaraciones. No me he ganado el derecho de decirle ni una maldita cosa, y si alguna vez recupero ese derecho, será como ella quiera. Esperaré esa oportunidad hasta el fin de los tiempos, pero es ella quien decide si me la da.

La oportunidad de amarla.

Así que mientras tanto, simplemente corro y acepto su regalo: no solo la carrera, no solo el dinero para Chloe, sino este momento, corriendo a mi lado cuando tiene todas las razones para mantenerse

lejos. Ayudándome cuando lo necesito, aunque yo era demasiado terco y orgulloso para pedirlo.

Estando ahí para mí, aunque ya no me quiera ahí para ella.

Aunque ya no me necesite.

Nos igualamos zancada por zancada, respiración por respiración. El sonido de nuestras pisadas crea un ritmo, una complicidad en movimiento que me recuerda a otros ritmos que hemos compartido: bailando en el club, moviéndonos juntos en la cama, el cómodo vaivén de nuestras conversaciones antes de que yo lo arruinara todo.

A nuestro alrededor, cientos de personas corren por Chloe, pero en este momento, es como si estuviéramos solos. Como si esta fuera nuestra propia carrera privada hacia algo que todavía no puedo ver del todo pero quiero desesperadamente alcanzar. No el perdón, tal vez —sé que no me lo he ganado—, pero quizás una línea de salida para algo nuevo.

Algo construido sobre la verdad esta vez, no sobre mentiras.

Cada célula de mi cuerpo quiere alargar la mano, tomar la suya, atraerla contra mí y nunca soltarla. Pero mantengo los brazos a los lados, conservo el espacio entre nosotros que ella eligió, y simplemente me dejo existir en este momento en que Maya Hayes corre a mi lado aunque no lo merezco.

Me arde el pecho, pero no estoy seguro de si es por correr o por tenerla así de cerca después de semanas de distancia. Y el marcador de la ruta más adelante indica que vamos en la milla dos. Una milla más de este regalo, esta gracia que no me he ganado. Una milla más respirando el mismo aire que ella, fingiendo que tal vez todavía hay esperanza para nosotros.

Una milla más corriendo juntos hacia algo que podría sanar más que solo a Chloe.

treinta y nueve

MAYA

TENGO QUE CORRER.

Desde mi puesto de mando junto a la mesa de inscripción, llevo un rato observándolo. No de forma obvia —soy demasiado buena para eso—, pero en esas miradas furtivas entre comprobar las asignaciones de voluntarios y coordinar los puestos de hidratación, Maine está en medio de esta cosa hermosa y caótica que yo construí.

Y parece… perdido.

Como un hombre ahogándose en una gratitud que no cree merecer.

Porque, incluso para mí, las últimas semanas han sido su propio tipo de maratón. Después de nuestra pelea a la salida de O'Neil's, me lancé de cabeza a organizar esta carrera. Cada patrocinador que conseguí, cada voluntario que recluté, cada publicación en redes sociales que redacté: todo fue una forma de canalizar la energía vibrante de mi corazón roto.

En algo útil.

Algo bueno.

La distancia ha sido necesaria. Como dejar que una quemadura sane sin estar arrancándose la costra todo el rato. Y durante todo este tiempo, Sophie ha ido soltando migajas de información que cree que necesito oír.

Renunció a la apuesta.

Le contó a todo el equipo lo de Chloe.

Ha estado durmiendo en el sofá de Mike.

Te echa de menos.

Maya, está hecho una mierda.

Cada informe ha ido desgastando la imagen que me construí de él como el villano de nuestra historia. Porque los villanos no renuncian a apuestas que les costarían un dinero que no tienen. Los villanos no admiten sus fracasos ante una sala llena de tíos a los que llevan años entreteniendo. Los villanos no están hechos una mierda porque no logran perdonarse a sí mismos.

La verdad es más desordenada e infinitamente más dolorosa: Maine no es un villano. Es un tipo aterrorizado y profundamente imperfecto que ha cometido un error catastrófico por orgullo y por miedo. Es alguien que lleva ahogándose tanto tiempo que no sabe aceptar un salvavidas cuando alguien se lo lanza.

Sé todo esto. Lo he analizado con el mismo desapego clínico que uso para memorizar interacciones farmacológicas y criterios diagnósticos. Comprender la patología de nuestra destrucción se ha convertido en mi pasatiempo nocturno favorito, justo al nivel de comerme el helado directamente del envase cuando estoy estresada.

Pero saber algo intelectualmente y sentirlo son dos cosas completamente distintas.

Ahí de pie, viéndolo intentar desaparecer entre una multitud que se reunió específicamente por su hermana, algo dentro de mí simplemente… se rompe. O quizá por fin sana. Y, de repente, el portapapeles en mi mano me parece un accesorio de una obra que estoy cansada de representar.

Lo que queda soy yo.

La mujer que lo ama.

Que sigue herida, sigue furiosa, pero sigue amándolo.

Mi cuerpo se mueve antes de que mi cerebro pueda construir una lista de razones por las que esto es una idea terrible. Le planto el portapapeles a Sophie y le pido que se haga cargo. El auricular va detrás, lanzado sobre la mesa de inscripción sin la menor

consideración por el voluntario que tendrá que desenredar el cable después.

—¿Maya? —me llama Sophie, pero yo ya estoy en movimiento, abriéndome paso entre la multitud hacia la línea de salida.

Esto no puede ser otra conversación llena de minas emocionales y defensas cuidadosamente construidas. Ya lo intentamos, y mira dónde nos ha llevado: él en el sofá de Mike y yo reconvirtiendo su habitación en un estudio de yoga que he usado exactamente una vez porque todavía huele a él.

No, esto tiene que ser otra cosa.

Algo honesto.

El disparo de salida ya ha sonado cuando tomo la decisión. Distingo los hombros anchos de Maine unas cincuenta yardas más adelante, su ritmo constante pero no competitivo. Y el hecho de que no vaya en cabeza del grupo, siendo uno de los tipos en mejor forma del campo, un atleta con potencial profesional, me dice mucho.

Sabe que esto no va de él.

No es una actuación ni algo que ganar para presumir.

Es por Chloe.

Me arden las piernas mientras acelero, zigzagueando entre los corredores más lentos con una urgencia que no tiene nada que ver con tiempos de carrera. Algunas personas me llaman —voluntarios que reconocen a su coordinadora abandonando su puesto—, pero no me detengo.

No puedo detenerme.

Cuando por fin lo alcanzo, me pongo deliberadamente a su ritmo a unos pasos de distancia. Lo bastante cerca para que sepa que estoy ahí, lo bastante lejos para que pueda fingir que no se da cuenta si es lo que necesita. Su cabeza gira levemente, lo justo para que vea cómo se le abren los ojos, cómo su zancada titubea durante medio segundo antes de recuperarse.

No hablamos, porque no necesitamos hacerlo.

Y durante los últimos diez minutos, nuestros cuerpos han sido los que hablan: cada respiración sincronizada, cada pisada sobre el asfalto convirtiéndose en su propia forma de comunicación. La

multitud a nuestro alrededor se desvanece en ruido de fondo. Solo estamos él y yo y el ritmo de nuestros pies golpeando el suelo en perfecto tándem.

Izquierda, derecha, izquierda, derecha.

Estoy aquí.

Izquierda, derecha, izquierda, derecha.

Te veo.

Izquierda, derecha, izquierda, derecha.

Lo siento.

Izquierda, derecha, izquierda, derecha.

Lo sé.

Con cada cuarto de milla, la distancia cuidadosa entre nosotros se reduce. No de forma consciente —no creo que ninguno de los dos decida acercarse—, sino de forma natural, como la gravedad, o el magnetismo, o cualquier fuerza que haga que las cosas rotas intenten volver a ser enteras.

Mi hombro roza el suyo al tomar una curva cerrada, y tengo que resistir el impulso absurdo de tomarle la mano. Esto no es una comedia romántica donde todo se arregla con un gesto dramático. Esto es la vida real, donde el perdón se gana paso a paso, respiración a respiración.

Acorta la zancada lo justo para igualar la mía. Es sutil —probablemente invisible para cualquier otro—, pero lo siento en la forma en que nuestros ritmos se alinean, en cómo nos convertimos en una sola unidad moviéndose por el espacio, dos personas ferozmente independientes y rotas convirtiéndose en una fuerza irresistible.

Para la segunda milla, corremos cadera con cadera, nuestros brazos rozándose de vez en cuando con cada balanceo. Los pulmones me gritan y siento las piernas de cemento, pero me niego a bajar el ritmo. Este dolor físico no es nada comparado con lo que nos hemos hecho el uno al otro. Si él puede seguir, yo también.

El recorrido gira de vuelta hacia los campos deportivos, y distingo la pancarta de la meta a lo lejos. Alguna parte competitiva de mí quiere esprintar, adelantarlo y cruzar la línea antes que él. Pero de

eso no va esto, y él parece entenderlo también, porque podría dejarme comiendo polvo si quisiera.

Al tomar la última curva, lo igualo paso a paso. Cruzamos la línea de meta al mismo tiempo, nuestros cuerpos cediendo en perfecta sincronía. Tropiezo, mis piernas finalmente rebelándose contra lo que les he exigido, y su mano sale disparada para sostenerme.

Me agarro a él sin pensar, usándolo como apoyo.

Su mano está en mi codo.

Mis dedos están enredados en su camiseta de la carrera.

Los dos estamos empapados de sudor, jadeando como si hubiéramos corrido un maratón en vez de tres millas, y durante un momento —solo un momento— me permito apoyarme en él. Me permito recordar lo que se siente cuando me sostiene cuando no puedo mantenerme en pie sola.

—Agua —logro jadear, apartándome antes de hacer algo estúpido como abrazarlo o darle un puñetazo.

Nos tambaleamos hacia los voluntarios que reparten botellas mientras, a nuestro alrededor, otros corredores van terminando y la voz del locutor retumba con actualizaciones sobre el total recaudado. Alguien le da una palmada en la espalda a Maine para felicitarlo, pero él apenas parece notarlo. Sus ojos no se han apartado de mí desde que cruzamos la línea.

No puedo con el peso de esa mirada ahora mismo. No con mis emociones en carne viva por la carrera.

—Debería volver —digo, dando ya un paso atrás.

—Maya.

Solo mi nombre, pero la forma en que lo dice me detiene en seco. Sin súplica, sin exigencia. Solo… derrotado. Como si ya hubiera aceptado que voy a alejarme otra vez, como si le hubiera encendido una chispa de esperanza en el pecho solo para echarle agua encima una vez más.

—Después —prometo, y lo digo en serio—. Cuando se hayan ido todos. Hablaremos.

Asiente, entendiendo que esto no es un rechazo, sino una promesa pendiente.

Empiezo a irme, y luego me giro.

—¿Maine?

—¿Sí?

—Ha sido una buena carrera.

La sonrisa que le ilumina la cara vale cada músculo ardiendo, cada respiración entrecortada, cada sentimiento complicado revolviéndose en mi pecho. Y mientras vuelvo a la zona de inscripción, donde Sophie está manejándolo todo con su habitual competencia silenciosa, me levanta una ceja.

—¿Qué? —digo, a la defensiva.

—Nada —dice, y me aprieta el hombro.

La siguiente hora pasa en un borrón de anuncios, agradecimientos y recuentos finales. El total final del termómetro de recaudación me aprieta el pecho con algo que podría ser orgullo o podrían ser lágrimas intentando escapar: ciento ochenta y nueve mil dólares y subiendo con las donaciones en línea.

Suficiente para el tratamiento de Chloe.

Suficiente para la esperanza.

Mientras la multitud va dispersándose y los voluntarios empiezan a desmontar las mesas, veo a Maine de pie junto a los campos deportivos vacíos, lejos de la celebración. Está exactamente como aquella noche en que lo encontré desplomado contra la puerta de nuestro departamento: agotado, vulnerable, completamente despojado de su bravuconería habitual.

Mis pies me llevan hacia él sin pensarlo.

—Hola —digo.

—Hola —responde, y de alguna manera es perfecto.

Nos quedamos ahí un momento, dos personas acostumbradas a ser el oxígeno social, el alma de la fiesta, las más ruidosas de cualquier sala. Pero esta vez estamos en silencio, personas que se han dicho las peores cosas intentando encontrar el camino de vuelta a algo mejor.

—Maya —empieza por fin, con la voz en carne viva—. Lo que hiciste… no tengo palabras lo bastante grandes.

Sus ojos azules encuentran los míos, y por primera vez desde que empezó todo este desastre, lo veo. No al animador, no al mujeriego, ni siquiera al hombre culpable suplicando perdón. Solo

Maine, el tipo que es el doble de fuerte de lo que nadie debería necesitar ser, y el doble de orgulloso y el doble de terco de lo que nadie debería ser.

Maine, aceptando ayuda, y agradeciéndola.

—Lo siento mucho —se pasa una mano por el pelo—. Por todo. Por la apuesta, por las mentiras, por ser un puto cobarde.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros, cargadas de verdad.

—Lo sé —digo.

En realidad, lo sé desde hace semanas, desde que Sophie me contó que renunció a la apuesta y desde que él no ha intentado ningún numerito ni ninguna mierda para recuperarme. Pero verlo hoy solo entre la multitud, un participante en vez del pavo real, eso fue lo que finalmente me reconquistó.

Toma aire, y puedo ver cómo reúne valor para algo más grande.

—Te quiero —dice—. Te necesito.

Ahí está.

La disculpa.

La pregunta.

La elección que me ofrece.

Tiene la mirada clavada en sus zapatillas, las manos en los bolsillos del pantalón corto. Y no tengo ninguna duda de que si le digo que ya no siento lo mismo, me dará las gracias otra vez y se irá, culpándose a sí mismo por lo que ha pasado y dejando el asunto zanjado ahí.

Y, si algo hace este momento, es aclararme exactamente lo que quiero.

A él.

—Lo sé —repito, más suave esta vez.

—No tengo derecho a decirlo —continúa, iluminándosele la cara, las palabras brotando de golpe como si temiera que lo voy a detener o a cambiar de opinión—. Lo sé. Sé que la cagué de formas que quizá sean imperdonables. Pero necesitaba que supieras que es real. Siempre fue real, incluso cuando era demasiado orgulloso y estaba demasiado asustado para…

—Maine.

Deja de hablar. Espera. Claramente aterrorizado de que le diga que no es suficiente o que es demasiado tarde.

—Como vuelvas a hacer algo así —digo, con la voz firme a pesar de las lágrimas amenazando con desbordarse—, te corto los huevos y te los doy de comer. ¿Queda claro?

La carcajada que se le escapa es mitad sollozo, todo alivio.

—Cristalino.

—Bien. —Doy un paso hacia él—. Puedes volver a casa. Si quieres.

Sus manos suben para enmarcarme la cara.

—No hay otro sitio donde quiera estar.

Cuando me besa, no es como los besos desesperados y hambrientos que hemos compartido antes. Esto es algo completamente distinto: gratitud y promesa y el tipo de alivio que se siente en los huesos cuando por fin dejas de contener la respiración. Y le devuelvo el beso con creces.

Sus manos se deslizan de mi cara a mi pelo, los dedos enredándose en los mechones sudados mientras me inclina la cabeza hacia atrás, profundizando el beso con un gemido que me vibra en el pecho. Mis brazos le rodean el cuello, atrayéndolo más cerca, necesitando borrar cada centímetro de espacio entre nosotros.

Los dos seguimos resbaladizos de sudor por la carrera, sal en los labios, los corazones martilleando contra las costillas del otro, pero me da igual. Necesito esto —lo necesito a él— como el aire, como la familia que siempre merecí pero nunca tuve y a la que ahora le he dicho adiós. Quiero que sea mi persona, mi hombre, mi familia.

Mi todo.

Su lengua se desliza contra la mía y hago un sonido del que probablemente me avergüence después, pero ahora mismo lo único que puedo hacer es agarrarme más fuerte. Una de sus manos baja a mi cintura, los dedos abriéndose sobre la parte baja de mi espalda, presionándome contra él como si temiera que voy a desaparecer si me suelta.

Agarro su camiseta de la carrera con los puños, usándola para atraerlo aún más, y él responde empujándome hacia atrás hasta que

choco contra la valla metálica detrás de nosotros. El metal repiquetea pero aguanta, y entonces su boca está en mi mandíbula, mi garganta, repartiendo besos que parecen disculpas y promesas y declaraciones todo a la vez.

—Maya —respira contra mi piel, y enredo mis dedos en su pelo, sosteniéndolo ahí, permitiéndome este momento de deseo puro y sin complicaciones.

De elegirlo a él. De que me elija a mí también.

Cuando por fin salimos a la superficie, los dos jadeamos más fuerte de lo que jadeábamos en la meta. Su frente descansa contra la mía, nuestras respiraciones mezclándose en el pequeño espacio entre nosotros. Su pulgar traza círculos en mi cadera donde la camiseta se me ha subido, y cada pasada me envía chispas por todo el cuerpo.

—Solo para que quede claro —digo, todavía recuperando el aliento contra él—, probablemente eso no ha sido un comportamiento apropiado para la coordinadora del evento.

Se ríe, bajo y ronco contra mi oído.

—Estoy bastante seguro de que al menos tres voluntarios se han dado un banquete visual.

—Genial. —Me aparto lo justo para verle la cara—. Quizá deberíamos incluirlo en la estrategia de recaudación. Veinte dólares por vernos enrollarnos contra la valla.

—Llegaríamos al millón antes de mediodía —dice, y algo me canta por dentro al oír esa confianza relajada que ha vuelto a su voz —. Aunque creo que eso viola las políticas de la universidad.

—Bueno, malas noticias… vamos a tener que compartir cama ahora —le informo, encontrando pie firme en el territorio familiar de nuestro tira y afloja—. Tu antigua habitación es mi estudio de yoga.

Su risa es real esta vez, plena y cálida y exactamente lo que me ha estado faltando. Y mientras seguimos ahí de pie y la limpieza continúa a nuestro alrededor, dos personas que corrieron tres millas para encontrar el camino de vuelta al otro, sé que no es perfecto. Sé que hay más que resolver, más conversaciones por tener y más confianza que reconstruir.

Pero es un comienzo.

cuarenta

MAINE

EL VESTUARIO VIBRA con algo más sagrado que la energía previa a un partido.

Es la acumulación de un mes de guerra.

Hace tres semanas, después de la carrera por Chloe, éramos solo un equipo intentando encontrar su ritmo. Desde entonces, hemos sido una máquina. Arrasamos los playoffs de conferencia como hombres poseídos. Sobrevivimos la ronda regional en doble prórroga. Y hace cuarenta y ocho horas, en la semifinal del Frozen Four, jugamos el mejor hockey de nuestras vidas para ganarnos este sitio.

Ahora es la electricidad silenciosa que viene de saber que estás a punto de pisar el hielo por última vez como jugador universitario. Por última vez con *tu* equipo. Se me cierra el pecho con algo que no sé nombrar: algo entre el duelo y la gratitud, la pérdida y el amor.

Termino de enrollar cinta alrededor de mi palo. Cinta negra, superpuesta a la perfección, como lo he hecho mil veces. Pero esta es la última vez que lo haré en este vestuario, con esta camiseta puesta, con estos chicos que se han convertido en algo más que compañeros de equipo.

Se han convertido en familia.

Al otro lado del vestuario, Mike está sentado perfectamente inmóvil frente a su casillero. No se mueve, no habla, solo mira

fijamente su placa con el nombre como si intentara memorizarla. Después de años cargando a este equipo sobre sus hombros —un camino que incluyó un desvío por su propia depresión después de una lesión y la lucha por volver—, está listo.

Pienso en todas las veces que me ha levantado del suelo. La noche que me arrancó de un taburete de bar cuando estaba demasiado borracho para mantenerme en pie. La mañana que me encontró durmiendo en la pista porque no podía permitirme la calefacción del departamento. El día que me dijo, con una honestidad brutal, exactamente cuánto la había cagado con Maya.

Gracias, quiero decirle. *Por todo.*

Pero las palabras se me atascan en la garganta.

Porque Mike y yo... somos los últimos del grupo original, que incluía a Linc, ahora en la NHL, y a Dec, ahora en una galería en Europa. Los que hemos estado aquí desde el principio, los que recordamos cuando no ganábamos un partido ni para salvar la vida.

Los que hemos crecido juntos, sobre este hielo y fuera de él, de formas que van más allá del hockey.

Y ahora toca pasar el relevo.

Rook está en su casillero, estirando metódicamente. Sin bromas, sin comentarios sobre con qué groupie del hockey piensa celebrar después. Su energía caótica habitual se ha afilado como una navaja, todo ese humor maníaco comprimido en pura concentración competitiva.

Porque sabe que es el próximo en ser capitán cuando Mike y yo nos hayamos ido.

¿Y el resto?

Cooper se venda los tobillos con precisión quirúrgica, cómo no. Schmidt en videollamada con su novia, dominado como siempre. Martinez rebota sobre las puntas de los pies, toda esa energía callada lista para explotar. Hasta Kellerman, nuestro estudiante de segundo eternamente aterrorizado, parece listo para atravesar una pared.

Y en unos diez minutos, vamos a jugar nuestro último partido juntos.

El peso de todo esto debería ser aplastante, pero en cambio me siento... ligero.

Porque las últimas semanas con Maya han sido una clase magistral para aprender a ser honesto: con ella, conmigo mismo, con todo el mundo. Hemos tenido conversaciones que parecían endodoncias emocionales, extrayendo toda la podredumbre y la infección de nuestras mentiras, y después reconstruimos.

Y ahora está ahí fuera en las gradas, con mi camiseta puesta. Solo de pensar en ella con mi camiseta, cómo le cuelga por debajo de las caderas, cómo tuvo que doblar las mangas tres veces... Joder, se me está poniendo dura dentro de la coquilla solo de pensarlo, y el momento no es exactamente ideal.

Concéntrate, Hamilton.

Pero ¿cómo voy a concentrarme cuando todo en mi vida ha encajado?

Chloe está a punto de empezar el tratamiento experimental.

Mis padres conservaron la casa.

Y no estoy totalmente arruinado... solo un poco arruinado.

Todo gracias a ella.

—Muy bien, chicos, acérquense —la voz del entrenador Pearson corta la neblina previa al partido. Y mientras nos reunimos a su alrededor, nos mira uno por uno, deteniendo los ojos en los de último año—. No voy a darles un gran discurso, porque ya saben lo que está en juego. Campeonato nacional.

Los chicos gritan confirmándolo.

—Para algunos de ustedes, esta es su primera oportunidad, pero para otros... —Sus ojos encuentran los míos, luego los de Mike, luego los de Rook—. Esta es su última oportunidad. La última vez que llevarán esa camiseta. La última vez que saldrán de ese túnel patinando como Devils de Pine Barren antes de pasar a cosas más grandes y mejores.

Se me cierra la garganta.

A mi lado, Mike aprieta la mandíbula.

—Cuatro años —continúa el entrenador, dirigiéndose específicamente a los de último año—. Cuatro años le han dado a este programa. Han sangrado por él. Se han sacrificado por él.

Entraron siendo chicos y se van siendo hombres. Campeones, si juegan como sé que pueden.

Hace una pausa, y cuando vuelve a hablar, su voz es más ronca.

—Ha sido un honor entrenarlos. A todos. Pero especialmente a ustedes dos. —Nos señala con la cabeza—. Hamilton, Altman: han sido el corazón de este equipo desde que llegué. Le han enseñado a estos chicos lo que significa ser un Devil. Ahora vayan y muéstrenselo al resto del país.

—¡SÍ, COACH! —rugimos al unísono, el sonido rebotando contra las paredes de hormigón del vestuario.

—Devils a la de tres —dice Mike, su voz de capitán firme a pesar de la emoción que le veo en los ojos—. Una, dos, tres...

—¡DEVILS!

El túnel hacia el hielo es oscuro, familiar, aterrador y querido a la vez. Lo he recorrido cientos de veces, pero nunca así. Nunca sabiendo que es la última. El rugido del público crece con cada paso, un muro de sonido que pasa de un rumor lejano a un tsunami ensordecedor.

Cuando irrumpimos en el hielo, la arena estalla. Miles de personas de pie, gritando hasta quedarse roncas. Las chicas del hielo están geniales.

Y nuestro tiempo en este hermoso infierno helado está a punto de terminar.

El reloj sigue corriendo. 2:00. 1:59. Cada segundo, otro grano de arena cayendo por el reloj de arena de mi carrera universitaria.

Busco a Maya en las gradas, mi estrella polar personal.

Mis padres están llorando, claro. Chloe aplaude con sus manos pequeñas y débiles, pero sus ojos arden de orgullo. Maya está ahí de pie sin más, con los puños cerrados, todo su cuerpo un resorte de esperanza tensado al máximo.

Te quiero, le digo moviendo los labios. *Ganemos o perdamos.*

Asiente, con los ojos llenos de lágrimas que no dejará caer. *Yo también te quiero.*

Entonces aparece Mike, dándome una palmada en el hombro.

—Una más, Hamilton. El todo por el todo.

—Vamos a ganar esta puta cosa —digo.

Volvemos a patinar hacia el hielo, con el peso de cien mil sueños en los hombros. El público es una sola bestia rugiente, su corazón latiendo al ritmo de los tambores que retumban por los altavoces. Cuando cae el disco, la explosión de ruido es física. Y sé que, ganemos o perdamos, lo dejaremos todo sobre este hielo, como hemos hecho mil veces.

Porque somos Devils. Y este es nuestro último baile.

❄

Sesenta minutos después, estamos en el infierno.

Partido empatado. Un minuto en el reloj. Todo por lo que hemos trabajado en la balanza.

El público es ensordecedor ahora, una cosa viva que presiona desde todos los lados, vibrando a través de las vallas hasta mis patines. Lo siento en el pecho, sacudiéndome las costillas. Las piernas me gritan, el ácido láctico ardiendo en los cuádriceps. Los pulmones no me dan para aspirar suficiente oxígeno a través del protector bucal. El sudor me arde en los ojos.

Esto es todo lo que siempre he querido. Este momento, aquí mismo.

El equipo rival —Princeton— son buenos.

Jodidamente buenos.

Tienen tres tipos que van fijo al draft de la NHL, incluido su centro, que está hecho un armario. Hemos estado intercambiando oportunidades durante todo el partido, los dos porteros en su mejor momento. Rook ha hecho paradas que no deberían ser físicamente posibles. Su portero ha hecho lo mismo.

Pero alguien tiene que ceder. Siempre cede alguien.

Ganan el saque en nuestra zona y montan inmediatamente su formación de superioridad numérica, aunque estemos cinco contra cinco. Así de seguros están. El disco se mueve con precisión quirúrgica: de defensa a defensa, abajo, de vuelta al punto. Buscan el tiro perfecto.

Su defensa se arma para disparar y todo se ralentiza.

Lo veo todo: la flexión de su palo, el disco saliendo de la pala como una bala negra, y Rook deslizándose por la portería. Hay tráfico delante: Cooper y su centro enredados, Schmidt intentando despejar la pantalla. El disco atraviesa todo, directo a la esquina alta donde el poste se encuentra con el travesaño.

El rincón con el que todo portero tiene pesadillas.

No.

Pero Rook —hermoso, demente, brillante Rook— levanta el guante en un ángulo imposible. El disco desaparece en cuero blanco justo cuando suena la bocina del tiempo muerto televisivo con treinta segundos en el reloj, y todo el mundo en la arena pierde la puta cabeza.

—¡LA PUTA MADRE! —grito, aunque nadie puede oírme por encima del público.

Rook le lanza el disco al árbitro con toda la calma del mundo, como si no acabara de salvar toda nuestra temporada, pero le veo la mano temblando ligeramente cuando se levanta la máscara para beber agua. Esa parada le costó todo lo que tenía, y sabe perfectamente que tuvo suerte y que no podrá repetirla.

Nos apiñamos en el banquillo. El entrenador intenta dibujar algo en su pizarra, pero sinceramente, todos sabemos cuál es la jugada. Ganar el saque, controlar el disco y buscar una buena oportunidad. No forzar, pero tampoco ser pasivos. El tipo de consejo que suena simple hasta que estás ahí fuera.

—Eh. —Mike me agarra de la camiseta y me acerca lo suficiente para poder oírle—. ¿Te acuerdas de BC? ¿Perdiendo por tres con cinco minutos en el reloj?

Me acuerdo. Nuestro primer partido juntos. Su segundo año. Mi tercero.

Perdimos siete a dos.

—Hemos recorrido un largo camino desde entonces —dice, y hay algo en sus ojos que me vuelve a cerrar la garganta—. Ha sido un honor, hermano.

—Mike...

—Treinta segundos para que cuente —continúa—. Un turno. Nuestro turno. Empezamos esto juntos. Lo terminamos juntos.

El entrenador nos manda por encima de las vallas para el saque en zona ofensiva. Nuestra mejor unidad ofensiva, la que ha cargado con el equipo toda la temporada. El árbitro sostiene el disco entre Schmidt y el centro de Princeton. El tipo le saca diez centímetros y quince kilos a Schmidt, pero Erik tiene esa intensidad callada que lo hace peligroso.

Todo se reduce a este círculo de hielo.

A este momento.

Cae el disco.

Schmidt lo gana limpio y lo barre hacia atrás, hacia mí.

En cuanto el disco toca mi palo, dos jugadores de Princeton convergen. Conocen mi tiro, porque *todo el mundo* conoce mi tiro. Es lo que hizo que los ojeadores de la NHL se fijaran en mí, lo que me hace peligroso desde cualquier punto de la zona ofensiva. Su plan es obvio: cerrarme los carriles de tiro, obligarme a pasar.

Hace tres semanas, habría intentado partirlos. Habría forzado algo espectacular porque eso es lo que hace Maine Hamilton. Hace la jugada para los resúmenes. Es la estrella. El poni de exhibición. El tipo que quiere cargar a todos sobre su espalda.

El Show de Maine.

Pero ya no soy ese tipo.

Cuando los defensas se lanzan hacia mí, capto movimiento con el rabillo del ojo. Han doblado a Mike también, pero Leo Cooper —callado, firme, fiable Cooper— se desliza como un fantasma hacia el segundo poste. Nadie le presta atención, todas las miradas en mí y en Mike, esperando el momento en que intente cerrar el partido.

El momento del todo o nada. Un tiro o un pase a Mike para sellar el asunto.

Pero hoy no.

Vendo el tiro con todo lo que tengo. Transferencia de peso, flexión del palo, hasta un pequeño gruñido de esfuerzo. El portero se tira, deslizándose desesperadamente hacia su izquierda antes de darse cuenta de que está cubriendo el aire, y los dos defensas intentan bloquear un tiro que nunca llega. Y en el último segundo, lanzo un pase de revés sin mirar por el hueco.

El disco aterriza en la cinta de Cooper como si siempre hubiera estado destinado a llegar ahí.

No duda.

Y entonces escucho el sonido más hermoso del hockey: la sirena de gol sobre la bocina final.

Durante un latido, hay quietud.

Ese momento perfecto, cristalino, en el que todos caen en la cuenta.

Y entonces el lugar se vuelve absolutamente nuclear.

Estoy de rodillas en la línea azul, el palo levantado hacia las vigas, gritando algo primitivo y sin palabras. Luego Cooper me embiste, seguido de Schmidt, y de repente estoy en el fondo de una montaña de cuerpos, el codo de alguien clavado en mi riñón y el protector de portero de Rook cruzándome la cara.

Y nunca he sido más feliz en toda mi vida.

Cuando por fin nos desenredamos, Mike está ahí. Nos estrellamos en un abrazo.

Él llora. Yo lloro. Los dos nos reímos y lloramos y nos agarramos el uno al otro.

—Pasaste —me dice al oído, apenas audible por encima del caos —. Cabrón precioso, pasaste.

—Necesitaba ayuda para terminarlo —respondo, aunque me sale más como un sollozo.

Los minutos siguientes son un borrón. La entrega del trofeo, fotos, y en medio de todo eso, no dejo de buscarla. Mis padres bajan al hielo, mi madre sollozando contra mi camiseta, la mano de mi padre pesada y orgullosa sobre mi hombro. Chloe me abraza tan fuerte que me preocupa que se haga daño, pero se está riendo por primera vez en meses.

Pero necesito a Maya.

Y entonces la veo y patino hacia ella.

—Hola —dice, como si no acabara de verme ganar un campeonato nacional.

—Hola —respondo, como si no estuviera cubierto de sudor.

—Ese pase —dice, acercándose un paso—. Inesperado...

—Era la jugada correcta —termino.

—No —dice ella, y ahora está justo frente a mí, lo bastante cerca como para que su perfume me llegue a través de la peste a hockey —. Ese eras tú. El verdadero tú. El tipo que cuida de todos primero, pero que ahora sabe cuándo necesita ayuda.

Se me cierra la garganta.

—Lo logramos —consigo decir.

—Lo lograste tú —me corrige, pero ya estoy negando con la cabeza.

—No. Nosotros. Nada de esto pasa sin ti. La recaudación, Chloe, nosotros resolviendo nuestra mierda... Maya, me salvaste. De todas las formas en que se puede salvar a una persona.

Se pone de puntillas y me baja la cara hacia la suya.

—Te salvaste solo. Yo solo... ayudé con la logística.

Cuando la beso, sabe a victoria y a futuro y a hogar, todo mezclado. Alguien suelta un silbido —probablemente Rook— pero me da igual. La levanto del suelo y la hago girar en un círculo como si estuviéramos en alguna película cursi, su risa brillante y perfecta contra mi boca.

—Te quiero —le digo cuando la bajo—. Te quiero tanto, joder, y espérate a ver todo el Gucci que vas a poder comprarte cuando me elijan en el draft...

—Lo sé —dice ella, sonriendo. Luego, más suave—: Yo también te quiero. Aunque huelas como si una bolsa de hockey se hubiera follado una cervecería.

—Romántica.

—Esa soy yo. —Entrelaza sus dedos con los míos—. Ven, campeón. Tu equipo te espera. Y después... —Sus ojos se oscurecen de una forma que hace que todo mi cuerpo responda—. Después nos vamos a casa, y te voy a enseñar exactamente lo orgullosa que estoy de ti, hombre hermoso, brillante y emocionalmente disponible.

Y eso —ser visto, ser conocido, ser amado por exactamente lo que soy— es mejor de lo que cualquier campeonato podría ser jamás.

Aunque el campeonato también está de puta madre.

cuarenta y uno

MAYA

LA PUERTA se cierra con un clic tras el último de nuestros amigos, y el sonido resuena por el departamento como un disparo en una iglesia.

El silencio repentino es casi opresivo después de horas de gritos, risas y el tipo de celebración alimentada por testosterona que solo llega después de ganar un campeonato nacional. El aire está cargado de todo eso: cerveza rancia adherida a cada superficie, pizza fría cuajándose en las cajas sobre la encimera, y algo más.

Y cuando miro a mi alrededor, lo descubro. No tiene nada que ver con el hockey ni con los restos de la fiesta, y todo que ver con la forma en que Maine me está mirando desde el arco de la cocina, todavía con la camiseta del partido puesta, sin haberse duchado siquiera.

Y joder, esa mirada.

No es la sonrisa arrogante que he visto mil veces, la que solía hacerme querer tirármelo y estrangularlo a partes iguales. Esto es algo completamente distinto. Es cruda y abrumadora, como si me estuviera viendo por primera vez, o quizá como si por fin me estuviera dejando verlo a *él*.

Todo él, sin máscaras, sin actuaciones, sin muros.

La intensidad me eriza la piel de calor, me dispara el pulso. Porque conozco esa mirada. Yo la llevo puesta desde hace semanas:

esa sensación abrumadora de por fin —*por fin*— ser honestos, de por fin estar juntos, de por fin ser *nosotros*.

No dice una palabra, porque no necesita hacerlo. Solo se despega del marco de la puerta con esa gracia perezosa y depredadora que todavía me seca la boca, incluso después de todos estos meses viviendo juntos, aprendiendo los ritmos y las señales del otro.

Me quedo inmóvil junto a la puerta, con la mano todavía en el cerrojo que acabo de girar, viéndolo avanzar hacia mí. El corazón me late tan fuerte que me sorprende que no pueda oírlo desde el otro lado de la habitación. O quizá sí puede. Quizá por eso se le oscurecen los ojos a medida que se acerca.

—Maine…

Pero lo que sea que iba a decir muere en mi lengua cuando me alcanza.

Su boca se estrella contra la mía, y no se parece a ningún otro beso que hayamos compartido. Este es más profundo, más hambriento, lleno de promesa e historia y ese tipo de certeza que se siente en los huesos, la que solo nace de haber atravesado el infierno juntos y haber salido del otro lado.

Su lengua se desliza contra la mía y gimo contra su boca, mis manos aferrándose a su camiseta. Todavía está húmeda de champán, y la tela se le pega al pecho, delineando cada surco de músculo, y de repente necesito que desaparezca. Necesito que desaparezca todo. Que no haya nada entre nosotros más que piel y sudor.

—Dormitorio —jadeo contra su boca, pero él tiene otras ideas.

Sus manos caen a mis muslos y me levanta con una facilidad que me corta la respiración. Mis piernas se enrollan alrededor de su cintura automáticamente, y me lleva no al dormitorio sino a la encimera de la cocina, sentándome sobre el granito frío donde estábamos tomando chupitos hace veinte minutos.

—¿Aquí? —me río, pero me sale sin aliento y necesitada.

—En todas partes —gruñe contra mi garganta—. Empezando aquí.

Sus manos están en todas partes: subiendo por mis muslos, empujando mi vestido más arriba, sus pulgares recorriendo la piel sensible de la cara interna de mis muslos. Ya estoy mojada, lo estoy desde el momento en que me miró desde el otro lado de la habitación, y cuando sus dedos rozan el encaje húmedo de mis bragas, los dos gemimos.

—Joder, Maya —respira, dejando caer la frente sobre mi hombro —. Ya estás empapada…

—Desde que le hiciste ese pase a Cooper —admito, y lo siento congelarse contra mí—. ¿Verte elegir al equipo por encima de la gloria? Sí, eso fue lo que me encendió.

Se aparta para mirarme, los ojos muy abiertos y oscuros y llenos de algo que me hace saltar un latido. —Vas a ser mi muerte.

—Qué manera de morir —bromeo, pero la voz se me quiebra cuando sus dedos se deslizan bajo el elástico de mis bragas y me encuentran resbaladiza y lista.

—Esto tiene que desaparecer —murmura, y levanto las caderas para ayudarlo a deslizarlas por mis piernas. Desaparecen en algún lugar detrás de él —probablemente cerca de algo para cocinar— pero me da igual porque sus dedos han vuelto, trazando círculos sobre mi clítoris con una presión que me hace ver estrellas.

—Dime qué quieres. —Su voz es grave y áspera, su mano libre enredándose en mi pelo para inclinarme la cabeza hacia atrás.

—A ti —jadeo cuando desliza dos dedos dentro de mí, su pulgar manteniendo esa presión enloquecedora sobre mi clítoris—. Siempre a ti.

Me besa de nuevo, tragándose mi gemido mientras me trabaja con los dedos, llevándome más alto con una pericia que debería ser ilegal. Conoce mi cuerpo ahora, sabe exactamente cómo tocarme, conoce el ritmo que me empujará al borde. Pero justo cuando estoy a punto de deshacerme, se detiene.

—Qué… —empiezo a protestar, pero ya me está levantando de la encimera.

—Dormitorio —dice, con la voz tensa.

Apenas llegamos a la puerta del dormitorio antes de empezar a arrancarnos la ropa. Su camiseta se le engancha en la cabeza por las

prisas, y los dos nos reímos mientras lo ayudo a liberarse, pero mi risa muere al instante en cuanto la tela toca el suelo.

Porque *joder*, es espectacular.

Lo he visto desnudo más veces de las que puedo contar ya, pero todavía me golpea como un impacto físico. La forma en que sus músculos ondean bajo su piel, la uve de sus caderas, el rastro de vello oscuro que desciende hasta una polla que es *jodidamente* mágica… y esta noche, tengo el plus de follarme a un campeón por prime—

—Tu turno —dice, con las manos ya en la cremallera de mi vestido.

No es ni lento ni sutil, baja la cremallera de un tirón y me ayuda a salir del vestido. Se acumula a mis pies, dejándome solo en sostén, y la forma en que me mira —como si fuera algo precioso y poderoso y *suyo*— me hace sentir como una diosa.

—Ven aquí —susurro, retrocediendo hacia la cama.

—Condón —jadea, estirándose hacia la mesita de noche, pero le agarro la muñeca.

—No te molestes.

Se congela, con los ojos buscando los míos. —Maya…

—Estoy tomando la píldora —digo, con la voz firme a pesar de cómo me late el corazón—. Desde el día después de la carrera.

La expresión de su cara —la sorpresa transformándose en asombro y luego en algo tan profundo y abrumador que me duele el pecho— lo es todo. Le hago un gesto para que venga, y caemos sobre el colchón en un enredo de extremidades y risas que se convierte rápidamente en algo más cuando piel se encuentra con piel.

—¿Quieres decir…?

—Sin barreras —confirmo—. Ya no. No entre nosotros.

Emite un sonido que es mitad risa, mitad sollozo, y entonces me besa como si yo fuera oxígeno y él se hubiera estado ahogando. Le tiemblan las manos mientras recorren mi cuerpo, como si fuera la primera vez otra vez, como si la ausencia de esa fina capa de látex lo hubiera cambiado todo.

Y quizá lo ha hecho.

Cuando se desliza dentro de mí, sin nada, jadea ante la sensación. —Joder —respira contra mi cuello—. Se siente increíble.

La sensación nueva parece alimentar su motor como nitro, tan potente que no puedo formar palabras. Apenas puedo sostenerme mientras se mueve, la adrenalina de su victoria todavía cantando en sus venas. Cada embestida es maravillosa e implacable al mismo tiempo, como si, si se detuviera un segundo, si bajara el ritmo siquiera un poco, fuera a perder esto.

—¿Crees que puedes seguirme el ritmo, Hayes? —jadea, aumentando el paso, y hay un desafío en su voz que me hace sonreír.

—¿Primera marcha? —me río, sabiendo exactamente cómo picarle el ego para que se exija más —para que *nos* exija más— y nos acerque a donde queremos llegar.

Le empujo los hombros, aprovechando su sorpresa momentánea para darnos la vuelta y quedar yo encima. El cambio de posición nos hace gemir a los dos, y me tomo un momento para simplemente mirarlo, despatarrado debajo de mí, con las manos aferradas a mis caderas, los ojos oscuros de deseo y algo más profundo.

—Dios, eres preciosa —dice, y la honestidad desnuda de su voz me hace sonrojar.

—Qué bonito hablas —bromeo, empezando a moverme, encontrando un ritmo que le hace echar la cabeza hacia atrás contra las almohadas.

—Solo digo la verdad —corrige, con las manos subiendo para abarcar mis pechos, los pulgares trazando círculos sobre mis pezones.

Lo monto con abandono, persiguiendo mi placer y el suyo, disfrutando cómo me mira, cómo se le tensan los abdominales al acompañar mis movimientos. Una de sus manos cae entre nosotros, su pulgar encontrando mi clítoris, y la estimulación adicional me arranca un grito.

—Así —me anima, con la voz ronca.

El orgasmo me encuentra un momento después, haciéndome temblar y contraerme a su alrededor. Gime mi nombre, sus caderas empujando hacia arriba al seguirme por el precipicio, y la sensación

de que se corre dentro de mí —sin barreras, solo nosotros— basta para desencadenar otra réplica más pequeña.

Pero no hemos terminado. Ni de lejos.

Apenas hemos recuperado el aliento cuando ya se está moviendo de nuevo, dándome la vuelta boca abajo y levantándome las caderas. La posición es primitiva, posesiva, y cuando se desliza dentro de mí otra vez, los dos gemimos por lo profundo que llega así, por cuánta energía le queda todavía después de un partido entero de hockey y la primera ronda de esto.

—¿Bien? —comprueba, con la mano acariciándome la columna.

—Más que bien —jadeo, empujando hacia atrás contra él.

Lo toma como el permiso que es, y su ritmo se vuelve casi castigador de la mejor manera posible. Sus manos están en todas partes: agarrándome las caderas, deslizándose para provocarme los pechos, enredándose en mi pelo para tirarme la cabeza hacia atrás y poder besarme el cuello.

—Eres mía —gruñe contra mi oído.

Debería sonar posesivo en el mal sentido, pero no. Porque sé que él también es mío. Nos pertenecemos ahora, en todas las formas que importan. Porque él es mi persona, y yo soy la suya, y haré todo lo que pueda por ayudarlo y sanarlo, por apoyarme en él y dejar que él se apoye en mí también.

—Tuya —acepto, y lo siento estremecerse contra mí.

Sale de mí de golpe y gimo por la pérdida, pero ya me está dando la vuelta, arrastrándome hasta el borde de la cama. Entra de nuevo, de pie al final de la cama con mis piernas sobre sus hombros, y el ángulo es lo más devastador que he experimentado en mi vida.

—Mírame —exige, y me obligo a abrir los ojos, encontrando su mirada.

La intensidad que hay ahí —el amor y la lujuria y la adoración absoluta— es casi insoportable. Pero no aparto la mirada. No puedo apartarla. No cuando me mira como si yo fuera todo su mundo.

—Te quiero —dice, con la voz quebrándosele un poco—. Te quiero una puta barbaridad.

—Yo también te quiero —jadeo, y entonces me estoy corriendo otra vez, todo mi cuerpo temblando.

Él me sigue inmediatamente, y se desploma en la cama a mi lado, los dos respirando como si hubiéramos corrido un maratón. Nos quedamos ahí un momento, sin aliento, nuestros cuerpos todavía vibrando con réplicas. Entonces me atrae hacia él, mi espalda contra su pecho, su brazo envuelto con firmeza alrededor de mi cintura.

El momento es perfecto: apacible y pleno de una forma que nunca creí que tendría. Y, cómo no, es justo entonces cuando su teléfono vibra en la mesita de noche. Lo siento tensarse inmediatamente, ese viejo temor familiar colándose de vuelta, que reconozco como similar a mi antigua ansiedad cuando llamaban mis padres.

Pero somos diferentes ahora. Hemos aprendido.

—Hola, mamá —dice después de contestar la llamada y ponerla en altavoz, su mano libre encontrando la mía, el pulgar acariciándome los nudillos.

—¿Maine? —Su voz tiembla, espesa de lágrimas, pero por una vez no suenan como lágrimas de miedo o agotamiento—. Van a empezar. La siguiente dosis del tratamiento.

Las palabras nos golpean a los dos como un impacto físico.

—Mamá, eso es… —La voz de Maine se quiebra, porque sé lo mucho que esto significa para él, pero también lo asustado que está.

—Estaremos ahí enseguida —digo, lo bastante alto para que su madre me oiga, apretándole la mano al mismo tiempo.

—¿Maya? —Su madre suena sorprendida pero contenta—. Oh, cielo, no tienes que…

—Estaremos ahí enseguida —repito, más firme esta vez, sin dejar espacio para discusión—. La familia está ahí.

Hay una pausa, y entonces su madre está llorando de verdad. —Gracias —susurra—. A los dos. Gracias.

Maine cuelga y me mira, con los ojos brillantes de lágrimas contenidas. —No tienes que venir. Después de lo que pasó con tu paciente…

Le presiono los dedos contra los labios, silenciándolo. —Esto es Chloe. Esto es tu familia. —Respiro hondo—. Esto es *nuestra* familia.

La mirada que me da entonces vale cada momento de dolor que atravesamos para llegar aquí. Es gratitud y amor y compañerismo, todo fundido en uno. —Vale —dice.

—Vámonos —digo, ya deslizándome fuera de la cama y buscando ropa—. Tu hermana nos espera.

Mientras nos duchamos y nos vestimos —él con vaqueros y la sudadera del equipo que le regalé en Navidad, yo con mallas y una de sus viejas camisetas— pienso en lo diferente que se siente esto de hace unos meses. Entonces, éramos dos personas enredadas en jueguecitos, demasiado asustados para ser vulnerables, demasiado orgullosos para admitir que nos necesitábamos.

Ahora, somos compañeros en el sentido más verdadero.

—¿Lista? —pregunta, tendiéndome la mano.

La tomo sin dudar. —Lista.

Salimos del departamento de la mano, hacia un futuro incierto. El tratamiento de Chloe puede funcionar, o puede que no. Habrá retrocesos y victorias, lágrimas y risas. Pero por primera vez en mi vida, no le tengo miedo al caos.

Porque camino directo hacia él, con el chico que elijo tener a mi lado, y sin ningún lastre que me pese. Y él está ahí conmigo, el Show de Maine 2.0, todavía tan gracioso y caótico y rotundamente *sexy* como siempre ha sido, pero ahora con un centro cremoso porque ya no le da miedo pedir ayuda.

Mientras cerramos con llave, Maine me atrae contra su costado y me planta un beso en la sien. —Gracias —susurra—. Por ser tú. Por estar aquí. Por todo.

Me giro entre sus brazos, alzando las manos para tomarle la cara y darle otro beso. —Eso es lo que hacen los compañeros.

El ascensor suena y entramos, todavía de la mano. Cuando las puertas se cierran, atrapo nuestro reflejo en las paredes de espejo: arrugados, agotados, pero brillando con algo que trasciende la satisfacción física de lo que acabamos de compartir. Parecemos lo que somos.

Un hermoso desastre, claro.

Pero también un equipo.

Y sea lo que sea que venga después, lo enfrentaremos juntos.

epílogo

MAYA

EL DEPARTAMENTO NUEVO HUELE A POSIBILIDAD, a pintura fresca, a serrín...

...y a esa variedad específica de caos que surge de combinar muebles de IKEA con las dudosas habilidades de ensamblaje de Mike Altman. Desde mi puesto en la escalera de mano, con la brocha goteando pintura blanca sobre la lona de abajo, lo observo entrecerrar los ojos ante los diagramas crípticos como si estuvieran escritos en sumerio antiguo.

—Esa pieza va ahí —dice Sophie con paciencia, señalando las instrucciones.

—No encaja.

—Porque está al revés.

—No está... —Mike gira la pieza, lo intenta otra vez—. Ah.

—Ah —lo imita Sophie, buscando mi mirada y lanzándome una expresión de exasperación cariñosa.

El sol de finales de verano entra a raudales por los ventanales del suelo al techo de nuestro departamento en Philadelphia, convirtiendo las motas de polvo en pequeñas bailarinas e iluminando el caos organizado del día de mudanza. Dos habitaciones, dos baños, todo nuestro en una ciudad nueva.

Cajas etiquetadas con la letra horrible de Maine («COSAS» y «MÁS COSAS» y mi favorita personal, «COSAS DE MAYA») se apilan

contra las paredes, mientras yo examino con envidia el sistema de embalaje mucho más sofisticado de Sophie, que no requirió absolutamente ninguna participación de Mike.

Mi mirada se detiene en el sobre grueso color crema apoyado contra una caja junto a la puerta. Reenviado desde Pine Barren, porque claro, mis padres todavía no saben mi nueva dirección. El escudo de la familia Hayes brilla en dorado bajo la luz de la tarde, tan pretencioso como siempre. Por dentro, seguro que la caligrafía es perfecta.

Hace dos años, habría arrancado el sobre, desesperada por ser aceptada.

¿Ahora?

Ahora lo miro y siento... nada.

Ninguna rabia.

Ninguna necesidad desesperada de demostrar mi valía.

Ningún deseo doloroso de su aprobación.

Solo... nada.

Porque la verdad es que ya lo tengo todo. Tengo un trabajo que amo en el Metropolitan Children's Hospital en Philly, donde mi supervisora elogió mi empatía la semana pasada en lugar de llamarla una debilidad. Tengo a Sophie trabajando tres pisos más abajo en urgencias, nuestros descansos para comer dedicados a chismear sobre los residentes.

Tengo a Mike armando muebles mal en mi sala, y a Rook mandando memes inapropiados al chat del grupo, y a toda esta familia elegida ridícula y perfecta que vio mi versión más desordenada y sin filtros y decidió que valía la pena quedarse conmigo.

Tengo padres que vuelan a visitarnos una vez al mes —no los míos, sino los de Maine—, que me quieren y me abrazan como si fuera su hija y me escriben todos los días. Susan Hamilton me envía recetas que nunca voy a preparar, y Richard me pide opinión sobre el plan de tratamiento de Chloe como si yo fuera la experta en la que tanto me esforcé por convertirme.

Y lo tengo a él.

Maine.

No solo al animador, no solo al seductor, aunque esas facetas suyas también son divertidas. Sino también al chico más dulce del universo entero, que me deja café por las mañanas y se queda despierto durante mis realities basura y me mira como si no pudiera creer que soy real.

Los ojos de Sophie encuentran los míos, con un destello de comprensión cruzándole el rostro. Sabe lo que era ese sobre. También sabe que no necesito hablar de ello. Eso sí que es madurar. Y cuando asiento, ella lo recoge y lo tira a la papelera de reciclaje sin decir ni una palabra.

La nevera —nuestra primera compra conjunta que no fue cerveza — ya está cubierta con los restos de nuestra nueva vida. El calendario de novato de Maine con Philadelphia ocupa la mitad de la puerta, pero no necesitamos el de Mike, porque claro, el universo decidió mantenerlos juntos.

Su romance fraternal trascendió el hockey universitario y se volvió profesional.

Pero también significa que teníamos amigos de serie en una ciudad nueva. Significa que Sophie y yo pudimos enfrentar nuestros nuevos trabajos sabiendo que nos teníamos la una a la otra. Significa que el hogar nos siguió hasta aquí, aunque Sophie vuela cada dos fines de semana a ver a su madre enferma y a su hermana.

Junto a los calendarios hay una foto que me hace un nudo en la garganta cada vez que la miro. Chloe en su última consulta, de hace unas semanas, con las mejillas rosadas de salud de verdad y no de fiebre, sonriendo de oreja a oreja mientras sostiene un cartel que dice *¡UN MES!*

El tratamiento experimental no es una cura —todos lo sabemos —, pero está funcionando.

Está funcionando, joder.

Y, mejor aún, el fondo fiduciario que Maine creó con su prima de fichaje significa que ella nunca más tendrá que preocuparse por los costos del tratamiento. Sus padres lloraron cuando se los dijo. Joder, yo lloré cuando se los dijo. Él solo se quedó sentado con esa sonrisa

tranquila, como si por fin hubiera dejado en el suelo un peso que había cargado toda su vida.

Pase lo que pase, Chloe está cubierta.

—Oye —dice Maine, subiendo a mi lado en la escalera de mano, que cruje de forma ominosa bajo nuestro peso combinado.

—Esto tiene un límite de peso —señalo—. Y no estoy segura de que a tu equipo le haga mucha gracia que te rompas una pierna cayéndote de una escalera...

—Bah, nos la jugamos. —Me pasa el pulgar por la mejilla y lo retira blanco de pintura—. Tienes un poco de...

—Decorar interiores es un trabajo sucio.

—Todo lo que tú haces es un trabajo sucio. —Pero lo dice con tanta ternura que suena como una declaración de amor.

Que, conociendo a Maine, probablemente lo sea. Ha mejorado en decir las palabras de verdad, pero de vez en cuando su «te quiero» suena a «tienes pintura en la cara» o «llamaron tus padres y les dije que estabas muerta».

(En realidad no les dijo que estaba muerta, pero sí que les dijo que estaba metida en todo tipo de drogas).

—¿Estás bien? —pregunta, y sé que me vio decirle a Sophie que tirara la carta.

Ya nada se le escapa, no cuando se trata de mí. Tiene fichada cada señal, cada mecanismo de defensa, cada forma en que intento esconderme. Y cada vez que intento escabullirme o desviar la atención, él simplemente me sostiene la mirada y me sostiene entre sus brazos. Debería ser aterrador. En cambio, es lo más segura que me he sentido en mi vida.

—Mejor que bien.

Me besa, y sabe a mañana y a todos los mañanas que vendrán después. A café de domingo por la mañana y comida a domicilio de jueves por la noche y a todos los momentos ordinarios y extraordinarios que construyen una vida. A quedarme dormida en su regazo después de un turno largo. A chistes privados y compras compartidas y la revolución silenciosa de elegirnos el uno al otro cada día.

—Qué asco —grita Mike—. Búsquense un cuarto.

—Tenemos un departamento entero —señala Maine.

—En el que yo estoy armando muebles ahora mismo —Mike pone los ojos en blanco.

—Llevas una hora con la misma estantería —le digo—. Sophie ya podría haber armado el dormitorio entero.

—Ya lo hice —dice Sophie con serenidad.

Mike parece genuinamente herido.

—¿Sin mí?

La risa de Maine retumba en su pecho, donde estoy apoyada contra él. Esto es por lo que luchamos. No los grandes gestos ni las reconciliaciones dramáticas, sino esto: la tranquila tarde de domingo con pintura en el pelo y su latido bajo mi palma y nuestros amigos convirtiendo nuestro departamento vacío en un hogar.

—Te quiero —le digo, porque ahora puedo. Porque decirlo no me hace débil ni vulnerable ni menos yo misma. Solo me hace honesta.

—Yo también te quiero —dice con naturalidad, como si fuera la verdad más simple del mundo, y luego baja la voz—. ¿En qué piensas?

—En casa —le digo, y veo cómo su sonrisa florece por su cara como un amanecer.

—¿Sí?

—Sí.

Sophie se ríe.

—De verdad que tenemos un tipo, ¿no?

—¿Jugadores de hockey guapos y medio tontos con corazón de oro? —ofrezco.

Sonríe de medio lado.

—Esos mismitos.

—Oye —protestan Mike y Maine al unísono, lo cual solo confirma lo que decimos.

El timbre suena antes de que puedan montar una defensa, y de repente todos estamos agarrando platos y palillos y discutiendo sobre la distribución de los dumplings y Maine me está robando comida del plato aunque el suyo es idéntico y Sophie insiste en que tenemos que comer en una mesa de verdad como adultos y Mike señala que todavía no tenemos mesa y—

Y es perfecto.

No perfecto a lo gala de los Hayes.

Ni siquiera perfecto a lo adulto sano y equilibrado.

Sino nuestro perfecto.

Una hermosa colisión de vida y risas y amor.

Sorprendo a Maine mirándome por encima de su montaña de dumplings, con esa sonrisa suave y privada que es solo para mí. La que dice lo logramos y esto es real y te elijo a ti, todo a la vez. Le devuelvo la sonrisa, con el corazón tan lleno que podría explotar sobre nuestras paredes a medio pintar.

Porque estamos en casa.

Por fin, de verdad, gloriosamente en casa.

❄

¿Lista para más?

Hace tres años, Rook le rompió el corazón.

Ahora son capitanes rivales compartiendo el mismo hielo.

Morgan no perdona. Rook no se rinde.

Él cae primero. Más fuerte. Y esta vez tiene que ganársela.

Ya lo has visto salir de todo a base de bromas.

Ahora míralo luchar por ella.

👉 ¡Empieza *La Apuesta Más Arriesgada* ahora!

O sigue leyendo para ver una muestra.

¡Únete a mi familia de lectoras!

- Únete a mi newsletter en ClaraWestBooks.com
- Sígueme en Amazon para no perderte ningún lanzamiento

- Encuéntrame en redes sociales o envíame un mensaje a través de mi web.

extracto de la apuesta más arriesgada

uno

ROOK

LAS LUCES del techo del estadio me golpean las retinas con la fuerza de una bofetada, y por un segundo lo único que veo es una nada blanca e incandescente. Después el mundo vuelve de golpe, y distingo miles de cuerpos apiñados en cada centímetro disponible de la Devil's Cauldron, su rugido colectivo estampándose contra mi pecho.

Me detengo al borde del túnel, sonriendo mientras la vibración viaja por el hielo, sube por mis patines y se mete en mi cuerpo, cargándome como una batería. Están coreando mi nombre, pero no saben que esto es mi droga. Mi dosis. El hermoso y bendito caos y ruido que mantiene el silencio a raya.

Me lo bebo todo. Las camisetas rojas y negras forman un mar pulsante en las gradas. Alguien sostiene un cartel que dice "ROOK FOR PRESIDENT" con mi cara pegada con un Photoshop pésimo sobre el Monte Rushmore, mientras otro reza "MARRY ME #31" en purpurina.

Dios santo, no soy Taylor Swift. Yo paro discos. A veces.

La energía me golpea en oleadas, cada una aflojando el nudo que lleva viviendo entre mis omóplatos desde que Maine y Mike se graduaron y fueron drafteados. Porque ahora yo soy el líder en la sala de los hermanos del hockey, el tipo al que el entrenador necesita para mantener a los animales del circo a raya.

Guío a los chicos hacia el hielo, mi momento de autoindulgencia replicado por más de unos cuantos de camino a la pista. Porque esto es un hogar para muchos de nosotros, incluido para mí —uno que no incluye las cazuelas pasivo-agresivas de mi madre ni las conferencias filosóficas de obrero de mi padre después de su tercera cerveza.

El entrenador Pearson ya está junto al banquillo, con los brazos cruzados pero con una sonrisa en la cara. Me dedica un asentimiento sutil, de esos que significan buen trabajo y no la cagues al mismo tiempo, pero no sorprende que evite los focos. Gane o pierda, bien o mal, le da el mérito a sus jugadores y se lleva toda la mierda.

A diferencia de otros…

Mientras nos alineamos en el centro del hielo, uno que adora los focos —nuestro director deportivo, Art Galloway— avanza hacia el centro de la pista con la confianza de un hombre que jamás se ha topado con un espejo que no le gustara. Lleva el pecho hinchado, su traje de cinco mil dólares beneficiándose de lo que estoy bastante seguro es una situación de Spanx.

—¡Afición de los Devils! —Su voz retumba por todo el estadio—. ¡Esta noche celebramos el comienzo de una dinastía!

La multitud detona, y alguien dispara una bocina de aire que está claramente prohibida por las normas del estadio, pero seguridad no va a tocar a nadie esta noche. Porque esta es nuestra casa y nuestra noche: la ceremonia de izado del banderín del campeonato por el que luchamos y sangramos el año pasado.

Galloway está gesticulando ahora, una mano carnosa barriendo hacia nuestro banquillo y después hacia las vigas donde el banderín del campeonato espera. Su anillo de campeonato de fútbol americano de la NCAA —que lleva a cada partido aunque no ha jugado un solo down desde la era Reagan— atrapa la luz.

—Dentro de un momento escucharemos a nuestro nuevo capitán —truena Galloway, señalando hacia el túnel—, pero antes, ¡demos la bienvenida de vuelta al hielo de Pine Barren a dos de los arquitectos clave de nuestra temporada de campeonato: Maine Hamilton y Mike Altman!

El rugido que sigue amenaza con volarle el techo a la Devil's Cauldron. Maine y Mike salen al hielo con sus nuevas camisetas de la NHL, con un aire algo cohibido mientras saludan a la multitud y se colocan al final de la fila de jugadores, ambos dedicándome un pequeño pulgar en alto.

Joder. Parecen profesionales de verdad.

Pero la sonrisa de Maine es la misma, ese destello engreído de dientes que solía hacer que las chicas de las hermandades se quedaran sin fuerzas en las rodillas. Mike se ve como siempre: calmado, controlado, como si ya llevara tres jugadas de ventaja en cualquier partido que estemos jugando. En algún lugar de las gradas, Sophie y Maya están gritando sus nombres.

—Ahora —dice Galloway, arrebatándole de nuevo la atención a la multitud—. Permítanme presentar al mejor portero… no, al mejor capitán del hockey universitario: ¡James Fitzgerald!

El ruido de algún modo se intensifica, lo cual no debería ser físicamente posible. Mis compañeros golpean sus palos a un ritmo que coincide con los latidos de mi corazón. Hasta Schmidt lo está haciendo, aunque parece personalmente ofendido por su participación en algo tan entusiasta.

Probablemente calculando la fuerza exacta necesaria para el nivel mínimo socialmente aceptable de golpeo de palo.

Galloway se acerca —y joder, el hombre se mueve sobre el hielo con toda la gracia de un hipopótamo tranquilizado— y me agarra del hombro con su mano. No es amistoso. Sus dedos se hunden en el músculo y se siente posesivo, como si quisiera ser dueño de mí tanto como parece querer adueñarse de la atención de este momento.

—Este es tu año, hijo —dice, su aliento caliente contra mi oído, la voz lo bastante baja para que solo yo la escuche—. No me decepciones.

Las palabras me caen al estómago y empiezan a pudrirse de inmediato.

Pero no hay tiempo para responder, porque la multitud quiere espectáculo.

Me impulso hacia el centro del hielo y el foco sigue mi movimiento con precisión depredadora, su calor haciendo que el

sudor me pique a lo largo de la columna. La energía de la multitud se siente distinta cuando estás solo en medio de ella: no es solo ruido, sino peso, miles de personas creyendo que eres algo especial.

Algo más que el niño que aprendió a ser ruidoso porque el silencio significaba peligro, me recuerda mi mente, muy servicial.

Agarro el micrófono del soporte y se siente bien en la mano porque esta es la parte fácil. La parte en la que no tengo que pensar, solo actuar. Le dedico a la multitud una sonrisa amplia y alzo un puño en el aire, provocando otra ronda de vítores y aplausos.

—¡Joder, qué ruidosos son! —grito, y la risa se extiende por el estadio—. Quiero decir… —Lanzo una mirada exagerada hacia donde se sienta la administración de la universidad, todos caras mojigatas y ceños fruncidos—. ¡Jolín! Apto para toda la familia, ese soy yo. No he dicho una palabrota en mi vida, pregúntenle a mi madre.

Más risas.

Dios, podría inyectarme este sonido directamente en las venas.

—Sobre este campeonato —continúo, patinando en un círculo lento para poder dirigirme a todo el estadio—. Fue un esfuerzo de equipo, obviamente, lo que significa darle las gracias a Leo Cooper por marcar el gol de la victoria. Sinceramente, es lo más interesante que tiene, señoras, así que formen una cola ordenada.

Más risas y Cooper poniendo los ojos en blanco.

—¡Ben Kellerman, nuestra arma secreta en defensa, que la semana pasada bloqueó un tiro sin pedirle perdón al disco! ¡Eso es progreso! ¡Para los playoffs puede que hasta golpee a alguien sin disculparse! ¡O al menos lo piense muy agresivamente! —Le dedico una sonrisa a Kellerman—. En serio, Ben fue clave para la victoria…

La pantalla gigante encuentra a Kellerman, y su cara está tan roja que podría alimentar el campus durante unas horas. Va a repetir este momento en su cabeza durante semanas, probablemente tumbado en la cama a las tres de la mañana, preguntándose si todo el mundo piensa que es tan desastre como lo estoy haciendo sonar. Lo es, pero de una forma entrañable.

—Y Erik… —Hago una pausa dramática, señalando con mi palo hacia Schmidt. La pantalla gigante lo encuentra, y su expresión ya se ha asentado en una resignación cansada—. i…que celebró nuestro

campeonato haciendo una hoja de cálculo para organizar nuestros entrenamientos de verano! ¡Con margen extra para el tráfico!

Schmidt se limita a negar con la cabeza, pero hay una levísima curva hacia arriba en la comisura de su boca. La multitud se lo traga, sus risas mezclándose con los aplausos.

—Pero en serio —digo, y dejo que mi voz baje lo justo para señalar el giro. Las risas se desvanecen hasta un silencio expectante —. Este banderín le pertenece a cada aficionado que perdió la voz gritando por nosotros. A todos los que creyeron en el hockey de Pine Barren cuando decían que no podíamos competir con las grandes universidades.

El estadio se queda callado —no en silencio, sino en esa quietud contenida en la que miles de personas se inclinan hacia delante al mismo tiempo— y están esperándome.

—Y les prometo… —Alzo mi palo por encima de la cabeza—. ¡Este no será el último!

El lugar se vuelve nuclear. El edificio tiembla. Y les hago un gesto a mis compañeros —tanto a los actuales como a Mike y Maine— para que se unan a la vuelta de honor. Como hicimos en aquel partido decisivo hace unos meses, nos movemos como una sola unidad, alzando los palos para saludar a distintas secciones de la grada.

Es entonces cuando me fijo en Kellerman.

El chico ha dejado de patinar por completo. Está ahí parado en la línea azul, con la cabeza echada hacia atrás, mirando el banderín con la boca abierta. Asombro puro, sin filtros. Tiene los ojos vidriosos, completamente desbordado por la emoción a pesar de haber sido parte de la victoria.

Ese eras tú hace tres años, mirando a Maine y Declan, a Mike y Linc, pensando que eran dioses entre mortales.

Ahora Kellerman me mira a mí con esa misma expresión. Para él, no soy el desastre que una vez le prendió fuego a su bolsa de equipo intentando secar los guantes con un mechero, ni el tipo que accidentalmente se encerró en el baño del autobús de camino a Syracuse.

Soy su capitán. Su héroe.

Dios, el chico no tiene ni idea de que solo soy un muy buen estafador con reflejos rápidos.

Me acerco patinando, sacándolo de su trance.

—¡Acostúmbrate, Kellerman! ¡Esto es solo el principio!

Su cara se transforma, abriéndose en una sonrisa tan amplia que parece doler.

—Ojalá tengas razón, Rook. Me encantaría otro.

La sinceridad en su voz me retuerce algo en las tripas, y el peso de su confianza se siente pesado. Es un chico leal que probablemente se tiraría del techo del estadio si le dijera que ayudaría al equipo, y la responsabilidad de eso me aterra dado que yo siempre había tenido a otros a quienes admirar y seguir.

La ceremonia llega a su fin, y en el vestuario es un caos controlado. Los chicos están a medio vestir, gritándose unos a otros, música a todo volumen. Todo el desorden es hermoso, el tipo de caos que te llena cada rincón del cerebro tan completamente que no puedes pensar en nada más.

Es entonces cuando me acorralan.

—¡Ahí está nuestro chico! —La voz de Maine corta por encima de todo lo demás, y de repente me están atrayendo hacia un abrazo que huele caro.

—Eh, Estrella —sonrío—. Has mejorado de ropa desde que llegó el dinero de la NHL…

Mike está justo detrás.

—Eh, ¿crees que pagamos por algo de esta mierda? Si necesitas un traje o unas zapatillas, avísame…

Nos sumergimos en la misma conversación fácil que hemos compartido durante años, aunque los dos son distintos. Solo han pasado tres meses desde la graduación, pero ya se comportan de otra manera. Tienen los hombros más anchos, o quizá simplemente los llevan de otra forma. Ocupan más espacio, lo reclaman.

—El banderín del campeonato queda bien ahí arriba —dice Mike, pero hay un peso en su tono, algo que lo transforma de observación en expectativa.

—Tu equipo ahora, Rook. —La mano de Maine me atenaza el hombro—. Tu función. Tú la diriges.

—Pero sin presión —añade Mike con una sonrisa que no le llega del todo a los ojos—. Solo el legado entero del hockey de PBU, un programa que construimos de la nada.

—No seas el que lo echa a perder —dice Maine, y aunque está sonriendo, todos sabemos que no bromea.

Se van juntos, y los veo marcharse: los gigantes que solían cargar con el equipo, que siempre sabían exactamente qué hacer, o al menos eso es lo que yo sentía. La puerta del vestuario se cierra tras ellos con un golpe seco y definitivo que resuena contra las paredes de hormigón.

El silencio que sigue es ensordecedor.

Uno a uno, el vestuario se vacía. Primero los novatos, prácticamente corriendo para llegar a las fiestas. Después los de segundo y tercero, marchándose en grupos, sus voces desvaneciéndose pasillo abajo. Schmidt pasa junto a mí de salida, hablando por teléfono con su novia, mientras Cooper se limita a asentir, que es su versión de una despedida emotiva.

Pronto solo quedamos yo y el sonido del agua goteando de un cabezal de ducha.

Plic. Plic. Plic.

El silencio empieza a colarse por los bordes. La piel me queda demasiado apretada y hay un zumbido en los oídos que no tiene nada que ver con el ruido de antes. No lo soporto, así que necesito salir de aquí. Quizá encontrar una fiesta, con ruido y suficiente cerveza para difuminar los bordes de todo.

Pero antes —Dios, qué patético— necesito verlo otra vez.

Cuando llego al estadio, es una morgue. Las luces están bajadas al mínimo de emergencia, bañándolo todo en un amarillo enfermizo. Miles de asientos vacíos me devuelven la mirada, acusatorios en su vacío. El hielo se extiende frente a mí, marcado por nuestros patines.

El silencio me presiona contra los tímpanos hasta que duelen. Este es el silencio del que llevo huyendo desde los siete años, desde que aprendí que el silencio significaba que la tormenta se estaba formando y alguien iba a explotar, y que yo había fallado en mi trabajo como conserje emocional de la familia.

El banderín cuelga allí en la penumbra, enorme e inmóvil. Sin la energía de la multitud, sin las luces y la celebración, se ve mal. Menos como un símbolo de victoria y más como una acusación, porque es todo lo que se supone que debo ser y todo lo que sé que no soy.

Un banderín está bien. Pero ese lo consiguieron Maine y Mike. ¿Piensas hacerlo mejor que ellos, o simplemente estás calentando el asiento?

La voz en mi cabeza suena exactamente como mi padre después de tres cervezas, no lo bastante borracho para arrastrar las palabras, solo lo bastante borracho para ser un cabrón. El pecho se me aprieta y de repente tengo siete años otra vez, de pie entre mis padres en la cocina, intentando hacer suficiente ruido y caos para detener la pelea antes de que empiece.

Con las manos temblando y el corazón saltándose latidos, le doy la espalda al banderín y prácticamente corro hacia la puerta. La mano se me resbala en el picaporte dos veces —la palma resbaladiza de sudor— antes de lograr abrirla de un tirón, y entonces la puerta se cierra de golpe detrás de mí con un sonido que me persigue túnel abajo.

Necesito ruido. Necesito cuerpos apretados. Necesito música tan alta que me haga doler los dientes y cerveza que sepa horrible pero que haga todo suave y manejable. Ya tengo el móvil en la mano, el pulgar volando por la pantalla en un mensaje al chat del grupo:

¿Dónde hay fiesta? ¡El capitán necesita celebrar! 🏆🍺

Tres puntos aparecen de inmediato. Después cinco. Después diez. Todo el mundo responde a la vez, y el zumbido constante de las notificaciones contra mi palma es la sensación más bonita del mundo. Cada vibración es una pequeña promesa de que no estaré solo, no estaré en silencio y no tendré que sentarme con esta sensación.

Prácticamente corro hacia la salida, hacia el ruido, hacia el bendito caos que mantiene a los monstruos a raya.

dos

MORGAN

ART GALLOWAY QUIERE que le suplique, y antes me prendo fuego.

La silla de cuero gime debajo de mí mientras me aferro al borde, negándome a hundirme en ella. Eso es lo que quiere: que me recueste, que me ponga cómoda, mientras me da palmaditas en la cabeza y me despacha sin más que condescendencia disfrazada de tarjeta de presentación de la tienda de equipo usado de su primo.

Mi carpeta descansa abierta sobre su escritorio de caoba como una prueba, sus páginas un golpe de realidad para combatir toda su mierda. Cada página está marcada con pestañas y códigos de color, prueba de las promesas que hizo cuando voló a Montana para reclutarme como capitana del equipo inaugural de hockey femenino de Pine Barren.

Tres meses atrás, se había sentado frente a mí en una cafetería de Missoula, con los ojos brillantes de lo que yo había confundido con entusiasmo genuino.

—Estamos construyendo algo especial, Morgan —había dicho, deslizando folletos relucientes sobre la mesa—. Apoyo total de la NCAA. Instalaciones de primer nivel. Vas a hacer historia.

Pero ahora, la carpeta documenta cada garantía que se evaporó en el momento en que firmé mis papeles de transferencia.

—…y como puede ver en los datos comparativos —digo, con la voz nivelada como un filo—, nuestra asignación actual de tiempo en el hielo es inferior al sesenta por ciento del estándar mínimo de la NCAA División I, lo cual es francamente inaceptable dado que este es un programa completamente nuevo con jugadoras que nunca han jugado juntas.

Mi dedo golpetea la gráfica que pasé tres horas perfeccionando, porque sabía que él buscaría cualquier excusa para desestimar lo que intento mostrarle. Puedo verlo a la caza, sus ojos rastreando una línea torcida, un error tipográfico, un dato incorrecto… cualquier cosa que le permita descartarme como una chica histérica jugando a ser deportista.

Sus gafas de lectura están torcidas sobre su nariz, pero parece no necesitarlas para leer; incluso se las quita cuando mira algo de cerca. Un accesorio, probablemente, porque los hombres como él no leen de verdad, sino que esperan a que dejes de hablar para poder explicarte por qué estás equivocada.

—Sesenta por ciento —repite, estirando las palabras como si las saboreara—. ¿Sabes? Cuando yo jugaba al fútbol americano aquí…

—Con todo respeto, señor Galloway, el equipo de fútbol americano nunca tuvo que compartir tiempo de cancha con otros tres programas mientras intentaba establecerse desde cero.

Enarca las cejas ligeramente.

—¿Ya me estás interrumpiendo? Eso no es muy… universitario de tu parte.

La palabra queda suspendida entre nosotros, cargada de subtexto. Sé lo que en realidad está diciendo: nada propio de una señorita.

—El problema del tiempo en el hielo se agrava por una escasez significativa de recursos. —Paso a la siguiente pestaña; el papel satinado produce un suave shiff—. Estamos reutilizando cinta que debería ser desecho médico, y mi extremo de tercera línea juega con un palo que se sostiene con plegarias.

Cada palabra sabe a metal —el sabor de la humillación—, porque ya he sido víctima de esta clase de estafa antes. En la preparatoria, me robaron la capitanía a base de mentiras y manipulación, y la

adolescente que fue emboscada por su mejor amiga debería haber visto esto venir.

Pero al parecer necesitaba la lección dos veces.

Su silla cruje. Detrás de él, su muro de la gloria grita su inseguridad: fotos con cada atleta semifamoso que haya pasado por PBU, una camiseta de sus tiempos de jugador de fútbol americano en PBU que ya no le cabría ni por un brazo, y ese anillo de campeonato que gira cuando quiere que lo notes.

—Vaya, menuda presentación, Morgan —dice, en un tono que usaría con una becaria que le recoge la ropa de la tintorería—. Gracias por haberte esforzado tanto.

—Me esforcé porque mi equipo merece recursos —digo—. Los recursos que usted prometió cuando me reclutó.

—¿Prometí? —Se recuesta, y su silla protesta bajo el peso—. No recuerdo haber hecho promesas. Recuerdo haber discutido posibilidades, trayectorias potenciales…

—Usted dijo, y cito textualmente: «franjas de práctica garantizadas equivalentes a las del equipo masculino». —Paso a la página donde transcribí sus palabras exactas de nuestra reunión—. Eso fue el 15 de marzo, 2:17 de la tarde, en el Breakwater Café de Missoula.

Se ríe. De verdad se ríe. Como si le hubiera contado una anécdota encantadora sobre un cachorro.

—¿Grabaste nuestra conversación?

—Documento todo lo que importa.

—Qué… minuciosa.

Hace un gesto hacia la pared, donde una foto de la ceremonia del banderín de la semana pasada ocupa el lugar de honor. Él sonriendo mientras el equipo masculino se agrupa a su alrededor, chicos que jamás han tenido que justificar su existencia. La etiqueta de precio del marco todavía es visible: 89,99 dólares, que nos comprarían una semana de cinta.

—Mira, Morgan, cada programa deportivo necesita entender las prioridades estratégicas. —Sus manos se cruzan sobre su estómago, tensando los botones de la camisa—. El equipo masculino genera un

retorno de inversión enorme. Campeonatos, elegidos en el draft de la NHL, compromiso de los donantes.

Claro. Porque cuarenta y tres días conmigo al mando de este programa son definitivamente tiempo suficiente para curar el cáncer, dividir el átomo y hacer que los ríos de oro de los patrocinadores fluyan hasta su oficina, pienso, pero me las arreglo para no decirlo. A estas alturas ya debería tener tres Stanley Cups, y quizá un Premio Nobel para ir sobre seguro.

Parece interpretar mi silencio como una invitación a continuar, cuando en realidad necesito todo mi autocontrol para no poner los ojos en blanco o soltar alguna respuesta mordaz. Pero cuando se inclina hacia delante, algo cambia en su expresión, y su sonrisa se transforma en algo que me aprieta el estómago.

—Lo que tu programa necesita, niña, es demostrar que puede poner culos en las butacas —dice.

Al decir «culos», su mirada baja.

Sin disimulo. Sin prisa. Sin siquiera fingir que es accidental.

Su mirada comienza en mi cara y desciende con paciencia depredadora. Se detiene en mi pecho —un segundo, dos— el tiempo suficiente para que su asistente Patricia prepare una cafetera entera. Luego baja a mi cintura, mis caderas, y finalmente al punto donde mi falda —que de pronto se siente ocho centímetros demasiado corta— se encuentra con mis muslos.

Y durante todo el recorrido, queda claro que no solo está mirando.

Está tasando mercancía.

Mi mercancía.

Cada instinto biológico me grita que huya. Mis músculos se tensan, esa respuesta ancestral de presa inundando mi sistema con adrenalina que no tiene adónde ir. La oficina de pronto se siente más pequeña, las paredes cerrándose, la puerta demasiado lejos.

Pero he sobrevivido cosas peores —una crucifixión social a los diecisiete, y un corazón roto cortesía de James Fitzgerald un año después— y ni loca le doy a este cretino la satisfacción de creer que me ha intimidado. Así que me quedo ahí sentada, con el desdén claro en mi rostro, hasta que termina.

Y cuando sus ojos finalmente regresan a mi cara, su mueca celebra lo que acaba de pasar. El inventario que acaba de hacer de mi cuerpo. Los pensamientos asquerosos que probablemente le acaban de llenar la cabeza. La perspectiva de pasear a la chica bonita en cenas de donantes y decir «miren qué progresistas somos».

Pero entonces estira el brazo sobre el escritorio. Su mano, húmeda de un sudor enfermizo, aterriza sobre la mía donde descansa sobre mi carpeta. El contacto me hiela las venas. No es miedo —maté esa emoción hace años— sino repulsión tan pura que podría arrancar la pintura.

Dos palmaditas.

Como si fuera un golden retriever que ejecutó un truco.

—Admiro tu empeño, niña. De verdad. —Su pulgar se mueve, apenas, acariciando el costado de mi mano.

El movimiento es tan sutil que casi podría ser accidental, de no ser por el brillo de satisfacción en sus ojos, vigilando mi reacción como un gato con un ratón acorralado. Pero sé que ceder —decir algo o apartarme— no solo me marcará como débil, sino que también será la sentencia de muerte de cualquier posibilidad de financiamiento.

Continúa.

—Esa clase de… dedicación abre puertas, porque las oportunidades se presentan para chicas con tus… atributos particulares.

La pausa antes de «atributos» es obscena, porque ambos sabemos a qué se refiere.

Chicas.

No mujeres. No deportistas.

Chicas.

Pero no retiro la mano. Eso es lo que quiere: verme retroceder para poder hacerse la víctima. Solo estaba siendo amable. Ya sabes cómo exageran. Y, no por primera vez, recuerdo a mi madre diciéndome que nunca dejes que los tipos asquerosos vean cómo te afectan, que en cambio te conviertas en la persona a la que nadie se atrevería a dar palmaditas en la mano.

Pero ella nunca aprendió a los diecisiete que la confianza es solo una traición con la mecha más larga.

—Bueno. —Galloway retira su mano, dejando humedad en mi piel—. Estoy seguro de que encontrarás soluciones creativas, una chica lista como tú…

—Pero…

Me corta con un gesto desdeñoso de la mano.

—Solo recuerda: todo imperio empezó con alguien dispuesto a jugar a largo plazo.

Mientras se ríe de su propia sabiduría, queda claro que ha dejado de fingir que escucha y que estoy despedida. Cierro la carpeta despacio; el golpe basta para que levante la vista, y durante medio segundo, dejo que lo vea: la furia que podría reducir a cenizas todo este departamento deportivo.

Luego devuelvo mi expresión a la neutralidad profesional.

—Gracias por su tiempo, señor Galloway.

—Llámame Art —dice, con esa sonrisa espantosa extendiéndose, sus ojos recorriéndome de arriba abajo otra vez—. Aquí somos todos familia.

Camino hacia la puerta, y cuando mi mano toca el pomo, siento su mirada otra vez. No mirándome a mí, sino mirándome el culo y catalogando la vista trasera. La sensación me trepa por la columna, pero no corro, porque ni muerta le doy esa satisfacción.

Abro la puerta con precisión controlada, cruzo el umbral y la cierro con un clic suave. De vuelta en la recepción, Patricia levanta la vista de su escritorio, su expresión una sinfonía de lástima y resignación que puedo leer como un libro abierto, una mirada que probablemente les ha dedicado a un millón de empleadas y estudiantes a lo largo de los años.

Lo siento, cariño. Ya he visto esta película.

Me alejo con la carpeta apretada contra el pecho. Y, con cada paso, me maldigo por haber caído, porque sabía que esto pasaría cuando me mudé de un programa pequeño pero decente a Pine Barren por la promesa de la gloria de División I.

No esperaba el acoso visual ni la palmadita que todavía me eriza la piel, pero la forma general era predecible: las promesas

evaporándose y los recursos colgando justo fuera de mi alcance. Todo diseñado para recordarme que no soy capitana ni jugadora ni persona, que soy solo una niña jugando a disfrazarse en un mundo de hombres.

En esto termina la confianza.

El pensamiento llega con la cara de James Fitzgerald aquella noche, años atrás, cuando su risa atravesó mi pregunta sobre nuestro futuro y convirtió meses de conexión en un remate. Esa fue la última vez que confié en alguien, y no parece que Galloway vaya a romper la tendencia.

Mi equipo necesita el tiempo en el hielo, el equipamiento y los recursos que Galloway me había prometido cuando voló a Montana para venderme la idea de capitanear el equipo femenino de PBU. Pero está claro que Galloway nunca nos dará lo que necesitamos, porque nos ve como accesorios en lugar de deportistas.

Se acabó el suplicar.

Si Art Galloway piensa que voy a sonreír y hacerme la mansa, a hacerme la bonita para los donantes y a desfilar feliz por el hielo con un tercio del tiempo que los hombres reciben, está catastróficamente equivocado. Porque yo construí el programa de Montana desde la nada, y voy a hacerlo de nuevo aquí mismo.

Sin su ayuda.

Sin la ayuda de nadie, si es necesario.

No confíes en nadie, pienso. Quizá debería tatuármelo justo en la frente.

Mi teléfono vibra. Un mensaje de Amelia «Mills» Ramírez, mi segunda al mando:

¿Cómo te fue, Capi?

Me quedo mirando la pantalla, porque sé que ella es la avanzadilla de las dos docenas de chicas que depositaron su fe en mí, que confiaron en mí, cuando prometí que construiríamos algo real. Y, por mucho que me cueste confiar en alguien últimamente, tampoco voy a decepcionar a las personas que lo han apostado todo por mí.

Escribo una respuesta:

Trabajando en ello.

Porque eso es lo que haces cuando la gente cuenta contigo. Mientes. Finges que tienes un plan. Actúas como si no estuvieras plantada en un pasillo con el sudor de otro hombre todavía contaminándote la piel, calculando exactamente cuánta indignidad puedes tragar antes de ahogarte.

Sobrevives.

Y después encuentras la manera de ganar de todas formas, solo para restregárselo a todos.

tres

ROOK

SOLO LLEGO DIEZ MINUTOS TARDE. No pasa nada. ¿Verdad?

Empujo las puertas de la sala de juntas con el hombro, y mi bolsa de equipo anuncia mi llegada con un estruendo que hace saltar todas las botellas de agua de la mesa. El ruido interrumpe cualquier sermón burocrático que estuviera en marcha, y todas las cabezas giran hacia mí, que es exactamente lo que necesito.

No puede haber silencio incómodo si todos están pendientes del payaso.

—¡Perdón, perdón! —Abro los brazos de par en par, aceptando el aplauso imaginario por una entrada que haría a mi madre apretar la mandíbula tan fuerte que necesitaría ir al dentista—. El tráfico era absolutamente brutal viniendo de… —hago una pausa, dejo que se inclinen— la otra punta del campus.

El capitán de béisbol me dedica un parpadeo lento y teatral, con la mirada dirigida al techo en una plegaria silenciosa de paciencia.

—Por Dios, Fitzgerald —murmura entre dientes, aunque sin verdadera malicia: solo la resignación agotada de alguien que ya ha presenciado mis entradas.

La capitana del equipo de natación —¿Jennifer? ¿Jessica? ¿Jemima?— parece lista para ahogarme en la parte poco profunda de la piscina. Sus dedos tamborilean contra la mesa en un ritmo que

grita: «Tengo responsabilidades de verdad y me estás haciendo perder el tiempo», y, sinceramente, es bastante justo.

Pero sus reacciones son ruido de fondo porque Art Galloway ya se está levantando de su sillón ejecutivo.

—¡Aquí está nuestro campeón! —Sonríe, con la voz retumbando como si me estuviera presentando en el Garden en lugar de en una reunión—. Ven aquí, Rook. Te guardamos el buen asiento.

Señala la silla a su derecha, el asiento que grita «este tipo importa más que ustedes, plebeyos», y la validación me entra en el torrente sanguíneo como cafeína pura, ahogando temporalmente ese susurro persistente que me acecha desde que izaron nuestra pancarta.

¿Qué va a pasar cuando se den cuenta de que no eres Maine? ¿Ni Mike?

Avanzo hacia la cabecera de la mesa pavoneándome, asegurándome de chocar los cinco con el capitán de lacrosse, que es buen tipo a pesar del desafortunado vello facial que parece como si se hubiera pegado pelos púbicos en la barbilla.

—Qué bien te ves —miento, porque ¿qué más le dices a alguien que claramente perdió una apuesta o posiblemente su espejo?

Lanzo un par de asentimientos y sonrisas a algunos de los otros capitanes que conozco, pero hay muchos aquí que no, de deportes menores o que acaban de llegar al campus. La capitana de gimnasia parece tener doce años, toda ojos grandes y postura perfecta, probablemente preguntándose si todos los jugadores de hockey son este nivel de desastre.

Alerta de spoiler: lo somos.

—Ahora que nuestro campeón nacional vigente ha llegado, continuemos con las presentaciones —dice Galloway, con la mano aterrizando sobre mi hombro. El peso de su palma es reconfortante y asfixiante a la vez, como si estuviera reclamándome y midiendo si valgo la inversión al mismo tiempo.

Cuando me dejo caer en el trono de cuero, me siento satisfecho, cálido y a salvo, porque esa breve bendición pública es exactamente la dosis que necesitaba. Fue color y movimiento y afirmación todo en uno, no silencio ni las preguntas susurradas de mi cabeza.

La pancarta dice que importo.

Galloway dice que importo.

Así que, por ahora, mi síndrome del impostor se arrastra de vuelta a su rincón.

—Como decía —continúa Galloway, todo dientes y encanto calculado—, este año tenemos una nueva incorporación a nuestra familia deportiva. La universidad ha invertido en un programa de hockey femenino, y me gustaría que todos le dieran la bienvenida a su capitana fundadora, Morgan Riley.

El nombre me congela, aniquilando la sensación cálida por completo.

Mis pulmones olvidan su único trabajo. Mi corazón se detiene, reconsidera, y luego se dispara a toda velocidad como si intentara atravesarme las costillas y salir corriendo. No puedo moverme, apenas puedo respirar, y no estoy seguro de querer pensar en la fusión nuclear que Galloway acaba de detonar.

El aire reciclado de la sala de juntas de pronto se siente denso como cemento, presionando contra mi pecho, y estoy convencido de que todos pueden oír la sangre rugiendo en mis oídos como rápidos de agua blanca. Porque, de todas las personas en todos los lugares, esto no puede estar pasando.

Pero entonces una figura se levanta desde el otro extremo de la mesa. Se parece a ella, claro. Pero es más como su gemela malvada que asesinó a la original y le robó la cara, porque la Morgan que yo conocí tenía bordes suaves, sonrisas cálidas que empezaban en sus ojos y pelo que atrapaba la luz como cobre hilado.

¿Pero esta mujer?

Parece tallada en permafrost. Su blazer está tan severamente entallado que podría cortar cristal. Ese precioso pelo rojo está recogido tan tirante que podría causar migrañas. Su postura pertenece a un póster de reclutamiento militar: hombros cuadrados, espalda recta, lista para recibir una bala o disparar una.

Y esos ojos —Dios, esos ojos que, durante unas semanas, me miraron como si yo significara algo— ahora son gris pizarra y vacíos como un cielo de enero. Es como ver a una desconocida usando la

cara de Morgan, y lo incorrecto de todo esto me retuerce el estómago en nudos que no sabía que eran posibles.

El tiempo se fractura, y de pronto ya no estoy en este purgatorio fluorescente.

Tengo dieciocho años y estamos en un campamento de hockey del último año de preparatoria, con los mejores jugadores y jugadoras del país reunidos durante dos semanas de conferencias y entrenamiento con profesionales. Es básicamente un ataque hormonal adolescente, y tanto Morgan como yo fuimos víctimas voluntarias.

Está acostada a mi lado sobre arena áspera, los dos bajando del subidón de nuestra primera vez. Su cabeza descansa en mi pecho, su dedo trazando patrones en mi estómago. Y, por única vez en mi vida, el silencio no se siente como la cuenta regresiva de una bomba, sino como flotar.

—Estás callado —dice, su aliento cálido contra mi piel.

—Sí —digo, sorprendiéndome con mi propia honestidad—. Se siente bien.

Y así es. Con ella, el silencio no significa que alguien va a lanzar un plato después de un insulto o un puñetazo después de demasiadas cervezas. Solo significa que estamos aquí, juntos, y eso es suficiente. Me hace preguntarme si así es la vida para la mayoría de la gente, poder simplemente… estar.

Avance rápido a nuestra última noche. Estamos sobre el capó de mi camioneta, mirando estrellas que parecen imposiblemente brillantes. Lleva puesta mi sudadera —nadando en ella, la verdad— y estoy teniendo pensamientos peligrosos sobre que se la quede para siempre. Se gira hacia mí con una mirada que me comprime el pecho.

—¿Y qué pasa cuando termine el campamento? —Su voz apenas está ahí—. Con nosotros.

La pregunta queda suspendida entre nosotros como una mecha encendida, y de pronto el silencio que había sido cómodo con ella durante dos semanas se vuelve ruidoso. El pánico me inunda el sistema —esa necesidad familiar, desesperada, de desactivar, desviar, hacer que esto sea cualquier cosa menos real— porque real

significa que puede doler… real significa que podríamos convertirnos en mis padres.

—Bueno —me oigo decir, con la voz demasiado fuerte, demasiado alegre—, supongo que siempre tendremos estas dos semanas de increíble… —hago un gesto vulgar, moviendo las caderas— …rendimiento atlético para recordar, ¿no? De verdad que clavamos el aterrizaje. Diez de diez, totalmente recomendable.

Se estremece como si la hubiera abofeteado.

—¡O a lo mejor podemos ser amigos por correspondencia! —La hemorragia verbal continúa mientras mi nivel de pánico aumenta—. ¿La gente todavía hace eso? ¡Muy romántico! Podemos mandarnos esos corazoncitos con los mensajitos de dulce. «Sé mía», «Eres dulce», «¡Perdón por ser un inútil emocional!»

Su cara se cierra por completo. Persianas antes de un huracán.

—Claro —dice, plana y definitiva—. Solo diversión.

Se baja del capó de mi camioneta y se aleja sin siquiera mirar atrás. Me quedo sentado ahí, ahogándome en el silencio que yo creé, sabiendo que acabo de tirar algo irremplazable porque tuve demasiado miedo de decir: «Creo que me estoy enamorando de ti, Morgan, y ya resolveremos los detalles después…»

La voz de Galloway me arrastra de vuelta al presente.

—Morgan viene a nosotros de la Universidad de Montana, donde construyó su programa de la nada. —Está usando su voz de «miren lo que adquirí», la misma que usó cuando anunció el nuevo marcador el año pasado, como si Morgan fuera un juguete para su colección.

Mis ojos se fijan en ella cuando Galloway se mueve detrás de su silla. Su mano aterriza en su hombro, y algo primitivo en mis entrañas se contrae con fuerza suficiente para sentir sabor a cobre, porque ese contacto no es profesional. Su pulgar acaricia la tela de su blazer mientras sus dedos se curvan posesivamente alrededor de su hombro.

Es un gesto que dice: mía, no tocar.

La rabia me inunda el sistema, caliente y violenta. Mis manos se cierran en puños debajo de la mesa, las uñas tallando medialunas en mis palmas. Cada músculo se tensa con la necesidad de lanzarme a

través de esta superficie pulida y retirarle la mano, preferiblemente a la altura de la muñeca y con fuerza letal.

La parte racional de mi cerebro —lo que queda de ella— grita que empezar una pelea con el director deportivo sería suicidio profesional. Pero la parte cavernícola que recuerda cómo se sentía la piel de Morgan bajo mis dedos ya está calculando trayectorias y puntos de impacto.

Puedo verlo perfectamente: yo saltando esta mesa como un héroe de acción desquiciado, tacleando a Galloway a través de la ventana detrás de él, el vidrio haciéndose añicos dramáticamente. Sería glorioso, pero definitivamente me expulsarían, aunque tal vez valdría la pena.

Pero me contengo, porque Morgan no reacciona.

Soporta su contacto con la quietud de alguien que ha practicado esto. Y cuando habla sobre construir programas competitivos y excelencia, su voz es acero, cada palabra calculada para máximo impacto profesional y mínima revelación personal.

Cuando su mirada recorre la sala, pasa sobre mí como si fuera parte del mobiliario o una de las fotos de equipo que adornan las paredes. El desaire es tan completo que me pregunto si imaginé esas dos semanas o si inventé a la chica que se reía de mis chistes pésimos y me besaba como si yo fuera oxígeno.

El resto de la reunión pasa borroso. Galloway perorata sobre presupuestos y planes de viaje mientras mi cerebro gira en un solo carril: Está aquí y te odia. Todo el tiempo, Morgan toma notas, y yo estoy sentado como si alguien hubiera reemplazado mi cerebro con algodón de azúcar: pegajoso, inútil, disolviéndose.

Cuando Galloway finalmente nos libera con lugares comunes sobre «excelencia» y «tradición», y una última palmada en la espalda para mí y solo para mí, mi cuerpo se mueve en piloto automático. Mi monólogo interno —el conserje emocional que no puede dejar que el silencio o el desorden simplemente existan— empieza a gritar.

¡Arregla esto! ¡Haz un chiste! ¡Di algo estúpido! ¡Esa es tu especialidad!

La intercepto en el pasillo antes de que pueda escapar.

—¡Morgan! ¡Espera!

Se detiene y se gira, su cara un retrato de indiferencia.

—¿Qué?

Despliego mi sonrisa marca registrada, la que nunca me ha fallado.

—Qué locura encontrarte aquí, ¿no? —digo—. Es un mundo pequeño. O una universidad pequeña… o… —Mi boca es un tren sin frenos—. O una universidad de tamaño mediano, en realidad, si lo piensas. O sea, no es diminuta pero tampoco enorme. Somos como la Ricitos de Oro de las universidades. Justo la medida.

—Creo que nos veremos en varias funciones del departamento deportivo —dice, su voz afilada como un picahielo—. Confío en que te comportarás de manera apropiada.

El subtexto aterriza como un golpe al cuerpo: Somos desconocidos y seguiremos siendo desconocidos, así que por favor no pongas esto a prueba.

—Morgan, yo… —Lo siento. Fui un cobarde. Tenía dieciocho años y era estúpido y me he arrepentido cada día.

—Si me disculpas —dice, su tono lo suficientemente cortante para sacar sangre—. Tengo un equipo que preparar.

Se aleja, sus tacones marcando golpes perfectos, medidos. Cada paso pone más distancia entre el ahora y el entonces, entre quiénes éramos y en quiénes nos hemos convertido. La veo irse, y es esa noche otra vez, excepto que esta vez sé que no va a volver.

Me quedo en el pasillo vacío, mi arsenal habitual inútil contra la fortaleza que ella ha construido. Y, por primera vez en tres años, estoy pensando de verdad en esa noche y en la pregunta que tuve demasiado miedo de responder. Pero, más que nada, en la chica que se fue porque no pude decirle la verdad.

Que ella era la única persona que hacía que el silencio se sintiera seguro.

Y ahora ha vuelto, envuelta en una armadura que yo la obligué a ponerse.

El pasillo se siente demasiado silencioso, demasiado parecido al interior de mi cabeza cuando me permito pensar en lo que he perdido. Necesito ruido. Necesito caos. Necesito literalmente

cualquier cosa que ahogue la voz que susurra: Tú hiciste esto. Tenías algo real y lo destruiste porque tenías miedo.

Agarro mi bolsa de equipo y salgo disparado, ya enviando un mensaje al chat grupal del equipo:

O'NEIL'S. ESTA NOCHE. CÓDIGO ROJO.

Schmidt responde de inmediato:

¿De qué nivel de desastre estamos hablando?

Respondo:

DEFCON 1. Traigan a todo el equipo.

Leo es el siguiente:

¿Incluso a los novatos?

Respondo:

Especialmente a los novatos. Necesitan aprender a autodestruirse como se debe.

Porque si no puedo arreglar esto —la forma en que me miró como si yo no existiera, como si ya estuviera muerto para ella— al menos puedo asegurarme de estar demasiado borracho para pensar en ello. Ese es básicamente el lema de la familia Fitzgerald: Ante la duda, añade alcohol y volumen.

Pero incluso mientras las respuestas siguen llegando, llenando mi teléfono de emojis y promesas de tragos, no puedo quitarme la imagen de la mano de Galloway en su hombro y la forma en que ella lo soportó con esa quietud aterradora. Como si hubiera estado soportando cosas sola durante tres años.

Porque yo le enseñé que dejar entrar a la gente solo lleva a la decepción.

también de clara west

La serie Pine Barren University
Más Allá de los Límites
La Práctica Hace la Perfección
Cambiando las Reglas del Juego
La Colisión Perfecta
La Apuesta Más Arriesgada
La Señal Rota

Todos estos libros tienen un final feliz garantizado y pueden leerse en orden o de forma independiente.